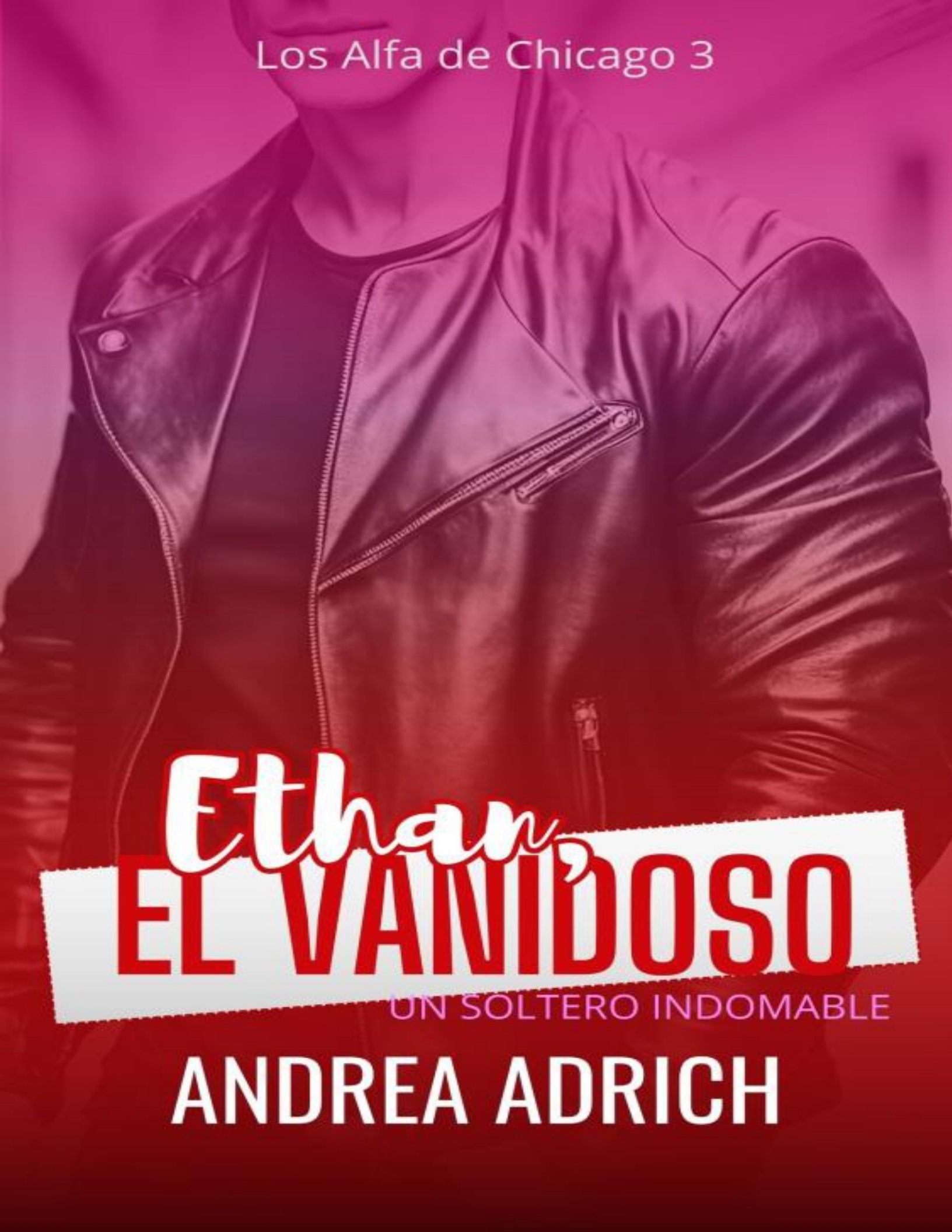
Los Alfa de Chicago 3



Ethan, EL VANIDOSO

UN SOLTERO INDOMABLE

ANDREA ADRICH

Ethan, EL VANIDOSO

UN SOLTERO INDOMABLE

ANDREA ADRICH

Copyright © Edición original 2025 por Andrea Adrich

Todos los derechos están reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier modo, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor.

Esta es una novela ficticia en su totalidad. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Primera edición: marzo 2025

Título: ETHAN, el Vanidoso: Un soltero Indomable.

Número de Registro en SafeCreative: 2503201219380

Puedes seguir a la autora a través de Facebook y ahora también en Instagram (andreaadrich_), y así conocer todas sus novedades y sus próximas publicaciones.

GRACIAS POR COMPRAR ESTE EBOOK

ÍNDICE

ADVERTENCIA
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41

CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54
CAPÍTULO 55
CAPÍTULO 56
CAPÍTULO 57
CAPÍTULO 58
CAPÍTULO 59
CAPÍTULO 60
CAPÍTULO 61
CAPÍTULO 62
CAPÍTULO 63
CAPÍTULO 64
CAPÍTULO 65
CAPÍTULO 66
CAPÍTULO 67
CAPÍTULO 68
CAPÍTULO 69
CAPÍTULO 70
CAPÍTULO 71
CAPÍTULO 72
CAPÍTULO 73
CAPÍTULO 74
CAPÍTULO 75
CAPÍTULO 76
CAPÍTULO 77
CAPÍTULO 78
CAPÍTULO 79
CAPÍTULO 80
CAPÍTULO 81
CAPÍTULO 82
CAPÍTULO 83
CAPÍTULO 84
CAPÍTULO 85
CAPÍTULO 86

CAPÍTULO 87
CAPÍTULO 88
CAPÍTULO 89
EPÍLOGO
1ª NOTA DE LA AUTORA
2ª NOTA DE LA AUTORA

ADVERTENCIA

Este libro contiene una sección (NO tiene que ver con sexo) que aborda temas sensibles y puede incluir descripciones detalladas de situaciones que podrían herir la sensibilidad.

PRÓLOGO

Namibia, 5 años atrás

La noche era densa y oscura, como si el cielo hubiera decidido envolver el mundo en un manto impenetrable.

Bishara, con el corazón latiendo desbocado en el pecho, sostenía firmemente la mano de la pequeña Nadira mientras avanzaban sigilosamente por el muelle desierto.

A su lado, Cassie y Keeya caminaban en silencio, deprisa. Sus ojos grandes y asustados reflejaban la incertidumbre del momento.

El aire estaba cargado de tensión y miedo, mucho miedo; de ese miedo que se mete en el fondo de los huesos. Cada crujido de la madera bajo sus pies resonaba como un trueno en la quietud de la noche.

Bishara era muy consciente de que no podían permitirse ser descubiertas; el riesgo era demasiado grande. Habían dejado atrás todo lo que conocían, huyendo no solo del hombre con el que había formado una familia, sino también de las tradiciones atávicas que amenazaban con atraparlas en un ciclo interminable de opresión, y de otras tantas cosas.

Al llegar al punto acordado, un hombre corpulento y de aspecto rudo emergió de las sombras. Su rostro estaba parcialmente oculto bajo una gorra desgastada, pero sus ojos brillaban con una calculadora frialdad. Solo alguien verdaderamente desesperado se atrevería a hacer tratos con un tipo como aquel.

Bishara sintió un escalofrío recorrerle la espina dorsal, mientras alargaba la mano y le entregaba un fajo envuelto en un trozo de tela andrajosa. En su interior estaban los ahorros cuidadosamente guardados que había conseguido durante años de paciencia y sacrificio.

Era todo lo que tenían, pero también era su única esperanza para escapar.

—Suban rápido —gruñó el hombre con voz áspera, señalando con la barbilla hacia el barco anclado a pocos metros.

Cassie, que por aquel entonces tenía catorce años, tragó saliva, sintiendo cómo la ansiedad se arremolinaba en su estómago.

Alzó sus grandes ojos negros y miró a su madre buscando consuelo. Lo que encontró en su mirada fue una férrea determinación que le dio fuerzas para seguir adelante.

Juntas, ayudaron a Keeya y a Nadira a subir al barco antes de escabullirse ellas mismas a

bordo.

—Vamos, vamos, vamos… —les metió prisa el hombre en un tono que dejaba ver sus malas pulgas.

El espacio donde se escondieron era estrecho y oscuro, un rincón sumido en las sombras destinado al equipaje de los pasajeros.

El aire salado del mar golpeaba con fuerza, mezclándose con el olor a moho, metal oxidado y combustible, del viejo barco que se mecía violentamente sobre las olas.

Se acurrucaron juntas en aquel refugio improvisado.

Bishara envolvió a sus hijas con sus brazos protectores y las apretó contra su pecho, tratando de ofrecerles calor y seguridad, si es que era posible, en aquel refugió improvisado, donde centenares de maletas se amontonaban formando una precaria barrera entre ellas y el resto del mundo.

El sonido del motor retumbaba en sus oídos, un ruido ensordecedor, pero no era tan fuerte como el latido acelerado de su corazón.

Nadira comenzó a sollozar suavemente. Su pequeño cuerpo temblaba contra el pecho de su madre. Bishara acarició su cabello con ternura infinita, murmurando palabras tranquilizadoras, aunque por dentro ella se encontraba luchando contra sus propios miedos.

—Shhh… todo está bien —susurró con voz temblorosa—. Estamos juntas, y eso es lo más importante —la consoló.

—Mamá —dijo Keeya, la mediana—, ¿cuánto falta para llegar?

—No mucho, cariño —mintió—. Pronto estaremos a salvo.

El trayecto sería largo y peligroso; Bishara lo sabían bien. Tenían que atravesar todo el océano Atlántico. Pero también sabía que no había vuelta atrás: había apostado todo por una oportunidad para empezar de nuevo lejos del pasado que las perseguía…

Sus hijas merecían ser libres, y aquel era el primer paso.

Cassie, la mayor, apretó los dientes para no llorar. A su escasa edad, sentía el peso de la responsabilidad sobre sus hombros. Sabía que su madre estaba haciendo eso por ellas, por darles una vida lejos del miedo, lejos de su padre y de las tradiciones que las perseguían como sombras malditas.

Pero el miedo no la abandonaba. Estaba adherido a su piel, a sus huesos, a las células de su cuerpo.

Cada crujido del barco, cada golpe de las olas, le hacía pensar que en cualquier momento alguien las descubriría.

—Mamá —dijo, con una voz que apenas se escuchaba sobre el ruido del motor—, ¿y si nos encuentran?

—No nos encontrarán, Cassie. Hemos pagado mucho dinero por este viaje. Ese hombre nos prometió que estaríamos a salvo.

—Pero ese hombre era malo —respondió Cassie, con un nudo en la garganta—. ¿Y si nos

traiciona?

Bishara apretó los labios.

Sabía que Cassie podía tener razón; era una de las posibilidades. Pero no tenían otra opción. Era eso, o quedarse en Namibia, esperando a que su padre las encontrara y las obligara a volver.

—Confía en mí, Cassie —aseveró, con el tono de voz más firme que pudo encontrar—. Hemos llegado hasta aquí. No vamos a rendirnos ahora.

En ese momento, Nadira, comenzó de nuevo a llorar.

—Mamá, tengo miedo —susurró, enterrando su carita en el pecho de Bishara.

Bishara la abrazó con más fuerza, sintiendo cómo las lágrimas asomaban a sus ojos.

—No tengas miedo, mi amor. Estoy aquí. Siempre estaré aquí. Yo os protegeré.

Cassie observó a su madre con ojos de admiración. Incluso en aquel momento desesperado, Bishara irradiaba una fuerza inquebrantable que les daba esperanza a las tres.

Era una mujer fuerte, más fuerte de lo que cualquiera podría imaginar. Había dejado atrás todo lo que conocía, arriesgando su vida y la de sus hijas, solo para darles una oportunidad, una nueva vida. Y Cassie sabía que, pasase lo que pasase, no podía decepcionarla.

—Mamá —dijo Cassie, con una voz que pretendía ser firme—, cuando lleguemos a Estados Unidos, yo te ayudaré. Encontraré un trabajo, cuidaré de Keeya y Nadira. No tendrás que hacerlo todo sola.

Bishara la miró con sentimientos encontrados, con una expresión llena de orgullo y a la vez de tristeza.

—Cassie, tú solo tienes que preocuparte de ser una niña, ya has sufrido bastante. Yo me encargaré del resto.

A Bishara se le revolvían las entrañas cada vez que recordaba la atrocidad que le habían hecho a su pequeña.

—Pero no soy una niña —aseveró Cassie, con una determinación que sorprendió incluso a su madre—. Soy tu hija, y quiero ayudarte.

Bishara sonrió, acariciándole la mejilla con suavidad.

—Eres maravillosa, Cassie —dijo—. Pero por ahora, solo concéntrate en mantenerte fuerte. Pronto estaremos a salvo.

Keeya se aferró al brazo de Cassie buscando consuelo, mientras intentaban encontrar algo parecido al sueño entre las sacudidas del barco.

CAPÍTULO 1

Actualidad

Cassie entró corriendo en la cocina. En aquel momento era un torbellino de energía y pelo rizado negro.

—¡Mierda, mierda, mierda! —exclamó, corriendo hacia la nevera.

—¿Qué demonios te pasa? —le preguntó su hermana, que se encontraba sentada a la mesa, revisando su móvil.

—Hay muchas posibilidades de que llegue tarde el primer día de Universidad.

—Eso no está nada bien —se burló Keeya.

Cassie giró el rostro mientras pasaba delante de ella y la fulminó con la mirada.

—No me digas —exclamó en tono sarcástico.

Keeya sonrió.

Los ojos de Cassie se posaron en el tazón que tenía su hermana delante.

—Keeya, ¿qué narices estás comiendo? —le preguntó, con la voz todavía algo ronca por el sueño.

Keeya levantó la vista, dejando la cuchara a medio camino de la boca.

—¿Qué quieres decir, Cassie? Es un desayuno perfecto —respondió.

Cassie, que sentía que una vena le palpitaba en la frente, se acercó un poco más. Estiró el cuello.

—¿Sin leche? ¿Estás comiendo cereales sin leche?

Keeya se encogió de hombros, con una nota de picardía en los ojos.

—Es una nueva tendencia en redes sociales. Se llama «desayuno rústico». Lo está petando en Tik Tok. Tú no estás al tanto de esas cosas, hermanita.

Cassie puso los ojos en blanco.

—Solo tienes dos años menos que yo, Keeya. No me hables como si hubiera nacido en la Edad Media —contestó.

Se giró y abrió la puerta de la nevera. Cogió la botella de leche. Chasqueó la lengua, molesta,

al ver que estaba vacía.

«Genial», masculló en silencio.

Entrecerró los ojos y la sospecha se apoderó de ella. Se volvió hacia su hermana con expresión asesina.

—Así que desayunar los cereales solos es una nueva tendencia en Tik Tok, ¿eh? —dijo, agitando la botella vacía.

Keeya compuso una mueca con la boca, pero no hizo ningún comentario.

—¿Qué te tengo dicho cuando termines la leche? —Cassie no le dejó contestar—. Que compres más. Hay dinero en la lata —dijo.

Señaló la lata de metal amarilla con el dibujo de una vaca sonriendo que había en uno de los estantes.

—No, no hay.

—¿Ya se ha terminado lo que dejé la semana pasada? —preguntó Cassie con las cejas arqueadas y cierta incredulidad en la voz.

—Me temo que sí —respondió Keeya, y se metió una cucharada de cereales secos en la boca.

Cassie suspiró. La cabeza comenzaba a darle vueltas. Era un milagro que no se hubiera desmayado ya por la falta de cafeína.

—Vale, después de clase me acercaré a un cajero y sacaré dinero —dijo. Miró a su hermana—. Y la próxima vez no dejes la botella vacía en la nevera. No se va a rellenar sola —la reprendió.

—Sí, *mamá* —farfulló Keeya, poniendo los ojos en blanco, sin dejar de mirar el móvil.

Cassie sacudió la cabeza. No podía perder tiempo.

—Ya tomaré algo cuando llegue a la Universidad. Tienen máquinas expendedoras en algunos pasillos. Espero que haya una de café instantáneo.

Se acercó a su hermana con un par de zancadas y le dio un beso en la mejilla.

—Que tengas un buen día en el instituto —le deseó, mientras se colgaba la mochila en el hombro.

Keeya llevaba ya un par de semanas en el instituto, así que estaba relajada. En esos días le había dado tiempo de adaptarse. No como Cassie, que estaba tan nerviosa que por momentos creía que iba a vomitar.

—Suerte en tu primer día en la Universidad —contestó su hermana.

Cassie tuvo que coger aire. Su corazón latía con fuerza contra las costillas.

Había llegado el momento.

Su primer día en la prestigiosa Universidad de Derecho de Chicago, un sueño que había acariciado desde que era una niña. Sentía el estómago como si le diera volteretas.

—Cassie… —la llamó su hermana al cabo de un rato.

Ella pestañeó un par de veces.

—¿Qué? —dijo, ensimismada.

—¿No has dicho que vas a llegar tarde? —le preguntó Keeya.

Cassie reaccionó con un sobresalto. Dios, se había quedado divagando en su particular mundo.

—¡Mierda, sí! —respondió atropelladamente. Y salió disparada de la cocina.

Ahora era Keeya la que negaba con la cabeza dejando que una sonrisilla asomara a sus labios. Su hermana no cambiaría nunca. Era una soñadora e idealista incurable.

CAPÍTULO 2

El sol de primera hora de la mañana brillaba con un resplandor dorado sobre Chicago, arrancando destellos a las superficies metálicas de los coches.

Los dedos de Cassie se apretaban alrededor del cuero del volante, cada nudillo se volvía blanco mientras avanzaba poco a poco por el laberinto que formaba el estacionamiento.

—Mierda… —murmuró dentro de su pequeño y destartalado Ford Ka rojo, con una mezcla de frustración y resignación en la voz.

Iba a llegar tarde a la primera clase y el aparcamiento estaba hasta la bandera. Aquello era un hervidero de actividad, aunque a Cassie le parecía un caos dentro del mismísimo infierno. Motores rugiendo, bocinas impacientes, y enjambres de estudiantes revoloteando entre los coches.

—Bienvenida a los *Juegos del Hambre* —se dijo a sí misma, comparando la tarea de aparcar con la que sufrían los tributos de los libros por sobrevivir. Y la verdad es que era algo parecido.

—¿Es que no hay ni un maldito hueco? —dijo Cassie, al tiempo que sus ojos rebotaban a izquierda y a derecha.

Tenía el ceño fruncido y los labios apretados en una línea, a medida que avanzaba lentamente por las filas de vehículos aparcados, en busca de un hueco libre.

Sus rizos de color ébano rebotaban ligeramente con cada giro de cabeza.

—Venga, venga… —murmuró para sí misma, echando un vistazo nervioso al reloj del salpicadero, cuyos números no terminaban de salir enteros. La clase comenzaría en menos de un cuarto de hora y aún no había encontrado dónde aparcar.

Era el primer día de clase y no podía llegar tarde.

Cassie estaba al borde del pánico cuando vio un espacio vacío detrás de una hilera de coches.

La expresión se le iluminó.

Frenó de golpe, ganándose un pitido del coche que iba detrás de ella.

—Lo siento —dijo con voz suave, encogiéndose de hombros. No estaba dispuesta a dejarse robar aquel preciado aparcamiento. Por nada del mundo. Si tenía que matar, bien sabía Dios que lo haría.

Calibró el espacio que había entre un todoterreno y una moto. Su coche era pequeño, pero el hueco para aparcar también, ¡y ella era novata! Apenas llevaba con el carné de conducir seis meses.

Miró de nuevo.

El espacio no era grande, pero si maniobraba con cuidado podría meter su coche sin problemas.

Lo conseguiría.

Con algo de prisa giró el volante, dio marcha atrás, asegurándose de que ningún peatón perdido se interpusiera en su camino, y comenzó a encajar el Ford Ka en el diminuto espacio, observando por el espejo retrovisor la enorme moto que había detrás.

Notó cómo la rueda rozaba el bordillo. Enderezó el volante, sacó un poco el coche y volvió a intentarlo.

Fue entonces cuando sucedió.

Un *crunch* (o algo parecido) resonó cuando el parachoques del coche chocó con algo. Un chirrido de metal contra metal llenó el aire.

Cassie frenó de golpe, haciendo que el Ford Ka se detuviera en seco y provocando que su cuerpo se sacudiera hacia adelante.

Su corazón se catapultó a su garganta.

—No puede ser… —musitó.

Cerró los ojos, como si eso pudiera deshacer lo ocurrido. Un sudor frío le cubrió la frente.

—Pero ¿qué mierda…? —Una voz grave y masculina le hizo abrir los ojos.

Expulsó el aire que había estado conteniendo en los pulmones. Echó el freno de mano y buscó a tientas la puerta. Cuando salió del coche para evaluar los daños, la Tierra pareció inclinarse sobre su eje.

«Que sea solo un rasguño, que sea solo un rasguño…», suplicó.

La moto era impresionante, una poderosa BMW Motorrand K de alta gama en negro y plata, que parecía sacada directamente de una película de acción. El tipo de máquina que uno esperaría ver conducida por alguien rebelde, seguro de sí mismo, y quizá un poco temerario. Una moto dos veces más grande que su viejo coche y a la que su dueño amaría por encima de todas las cosas. DE-TO-DAS- LAS-CO-SAS.

Y lo peor era que ahora estaba marcada por unos enormes arañazos y una abolladura que hundía el metal negro y que se extendían por el frontal.

—¿Estás ciega o qué? —dijo un chico, mientras se acercaba a grandes zancadas hacia ella.

Cassie se topó con Ethan Lawson, un tipo alto, guapo, con el pelo castaño oscuro y una presencia magnética que demandaba atención de manera inmediata.

Tenía unos ojos expresivos, facciones casi simétricas, nariz recta, y una mandíbula tan perfecta que parecía esculpida, y que en ese momento formaba una línea dura.

Llevaba una chaqueta de cuero negro, que daba la impresión de haber sido diseñada específicamente para él. Todo en Ethan proyectaba una imagen profesional y al mismo tiempo rebelde.

Cassie tragó saliva, notando cómo las gotas de sudor se acumulaban en su frente. Le ardía la cara de vergüenza. Varios estudiantes se habían parado para ver qué sucedía y cuchicheaban unos con otros.

Dios.

Lo único que quería era que la Tierra se abriera y la tragara, a lo más profundo.

—Lo siento, no vi tu moto…

Ethan no le dejó terminar.

—¿Qué no has visto mi moto? Es más grande que tu coche —comentó, arqueando una ceja con escepticismo.

—Sí, bueno, no he querido decir que no la viera, sino que no creía que estuviera tan cerca como para golpearla.

Ethan se agachó con mala leche e inspeccionó de cerca la abolladura que había sufrido la carrocería de la moto.

—¿No te parece que deberías haber mirado antes de dar marcha atrás? —le preguntó a Cassie, levantando la vista y mirándola de reojo con irritación, al ver lo que había sucedido con su adorada moto.

Cassie alzó las manos en señal de disculpa mientras intentaba mantener la compostura ante su intensa mirada.

—Sí, vale, tienes razón. ¿Conforme? —dijo.

Ethan la taladró con los ojos.

—No, no estoy conforme —respondió, sintiendo como la adrenalina fluía por sus venas—. Me has abollado la moto. Menudo viaje le has dado.

Los estudiantes que se habían parado a curiosear no dejaban de cuchichear. ¿Qué coño les pasaba? ¿Por qué miraban al chico de la moto de esa manera tan extraña y a ella como si fuera un pobre corderito que se dirigiera a un matadero?

Cassie se giró hacia ellos.

—¿Queréis que os traiga unas palomitas? —dijo con mordacidad, sin poder contenerse.

Los chicos la miraron una última vez y echaron a andar. Cassie se volvió de nuevo hacia Ethan, que se había levantado.

—Bueno, podría haber sido peor. Al menos no he tirado *tu joyita* al suelo —comentó.

¿Por qué había dicho «tu joyita» en aquel tono despectivo?, se preguntó Ethan.

—Tu trozo de chatarra no hubiera podido tirarla —contraatacó, señalando el Ford Ka con desdén—. Tu coche parece diseñado para que lo conduzca un niño de diez años.

Cassie lo miró indignada.

—No digas de *Beetle* que es un trozo de chatarra —contestó Cassie a la defensiva, sintiendo como la rabia se apoderaba de ella—. Aunque es viejo no me da ningún problema. Es práctico y

hace lo que tiene que hacer. A diferencia de tu moto, que solo sirve para presumir, hacer ruido y contaminar —soltó de carrerilla.

Ethan la miró con cara de sorpresa.

—¿*Beetle*? —repitió—. ¿Llamas a tu coche *Beetle*?

A pesar del calor que subía a sus mejillas por la vergüenza, Cassie trató de mantener la compostura, aunque era difícil. Le había dicho el nombre de su coche a un desconocido. A un desconocido con cara de pocos amigos. Seguro que pensaba que estaba como una cabra.

—Sí, se llama *Beetle* —dijo, tratando de darle naturalidad—. Se lo pusieron mis hermanas —añadió como dato informativo.

Precisamente había sido el tamaño del coche el que había provocado que se ganara ese apodo, porque era pequeño como un escarabajo, y Keeya tenía la afición de poner nombre a las cosas. Nadira la había apoyado.

Ethan apretó los labios para no reír.

Aquella chica con la piel del color del chocolate y los rizos disparados en todas direcciones llamaba a su destartalado coche *Beatle*. No se lo podía creer.

Cassie consultó su reloj. No quería llegar tarde a clase. No el primer día. ¿Qué imagen daría eso delante del profesor para una futura abogada como ella quería ser?

No, aunque le tocara correr un sprint tenía que llegar a tiempo.

Abrió el bolso y sacó una pequeña libreta y un bolígrafo que siempre llevaba dentro. Apuntó rápidamente su número de teléfono, arrancó la hoja y se la tendió a Ethan.

—Escucha, tengo que irme —dijo. Ethan tomó el papel y Cassie aprovechó para coger la carpeta del asiento trasero del coche—. Llámame y te daré los datos necesarios. Lo resolveremos: seguro, detalles, todo —añadió con palabras atropelladas.

Ethan abrió la boca con la intención de hablar, pero ella ya se alejaba a toda prisa por el campus, abriéndose paso entre la multitud.

—La próxima vez ten más cuidado, ¿vale? —fue lo único que dijo.

De espaldas a él, Cassie movió la mano en el aire a modo de despedida (o más bien diciendo «ahí te quedas») y murmuró algo que Ethan no pudo oír. Después desapareció entre el mar de estudiantes que se dirigía hacia la entrada de la Universidad, con los rizos agitándose alrededor de su cabeza.

Cuando la perdió de vista, se quedó mirando unos segundos la pequeña hoja de papel, antes de guardársela en el bolsillo de la cazadora de cuero.

Consultó su reloj. Él también tenía clase y poco tiempo que perder.

CAPÍTULO 3

Cassie entró corriendo en el nuevo edificio de la Universidad. Una construcción que mezclaba vidrio y acero, lo que le daba un aspecto elegante y luminoso.

Levantó la cabeza y miró hacia arriba. Los grandes ventanales permitían que la luz natural inundara los pasillos, creando un ambiente acogedor y al mismo tiempo estimulante.

No pudo evitar sonreír.

Había logrado alcanzar su sueño. Entrar en una de las universidades de derecho más importantes de Estados Unidos. Miembros como Barack Obama y jueces de la altura de Antonin Scalia o Elena Kagan habían estudiado allí.

Cuando cayó en la cuenta de que no le sobraba el tiempo, miró al frente y echó a correr de nuevo entre el río de estudiantes que se movía de un lado a otro.

Sacó de la carpeta el plano de la Universidad y buscó casi a la carrera su clase. Estaba al final del pasillo. Se dirigió allí sin pérdida de tiempo.

Cassie entró en el aula con el corazón latiendo con fuerza tras el encuentro que había tenido con el chico de la moto en el estacionamiento. Le había parecido un idiota integral. Por suerte no volvería a verlo. Podrían resolver el asunto del seguro del coche por teléfono.

La sala era imponente. Las paredes estaban revestidas de paneles de madera oscura que le conferían un aire solemne. Filas de asientos escalonados se extendían hacia abajo, formando un semicírculo alrededor del estrado donde los profesores impartían la clase.

Cassie se detuvo un momento en el umbral, buscando un asiento libre entre las decenas de estudiantes. Estaba abarrotada.

El murmullo de las conversaciones llenaba la estancia y el aire flotaba cargado de anticipación, creando una atmósfera vibrante pero ligeramente tensa. Normal. Era el primer día de clase para todos y los nervios y la emoción estaban a flor de piel.

Estiró el cuello y miró a un lado y a otro. Chasqueó la lengua.

—Joder —susurró—. ¿Voy a tener que estar de pie durante toda la clase? —se preguntó a sí misma.

Y todo por culpa del tío ese al que había abollado la moto. Por su culpa casi había llegado tarde.

Finalmente divisó un asiento vacío en el centro del aula entre un chico que hojeaba distraídamente un libro y una chica pelirroja con la melena rizada que miraba hacia el estrado.

Cassie se dirigió rápidamente al hueco libre. Si no andaba lista, alguien terminaría ocupándolo.

—Lo siento… Perdón… —murmuró con una sonrisa afable mientras pasaba por delante de los otros estudiantes sentados en la fila.

Al fin se acomodó entre el chico y la chica y colocó la carpeta en la mesa.

—Hola, soy Ingrid —se presentó la chica pelirroja.

Cassie se giró hacia ella.

—Hola, Ingrid. Encantada de conocerte. Yo soy Cassie.

—Encantada, Cassie —dijo Ingrid—. ¿Nerviosa? —le preguntó con una sonrisa.

Cassie le devolvió el gesto.

—Un poco, la verdad —contestó con sinceridad.

—La universidad impone.

—Sí, más el primer día.

—Es normal sentirse intimidado por el ambiente universitario, y más si la primera clase es con el profesor Ethan Lawson.

—¿Qué pasa con él? —curioseó Cassie.

—Ethan Lawson es el profesor de la asignatura más difícil del curso —respondió Ingrid.

—Perdonad, chicas —intervino de pronto el chico que estaba al otro lado de Cassie, el que estaba hojeando el libro cuando había entrado en clase—. ¿La más difícil del curso? Yo diría que es la más difícil de toda la carrera. Por cierto, mi nombre es Gerard —se presentó.

—Yo soy Cassie.

—Y yo Ingrid.

—Encantada, chicas. Como os iba diciendo… —Gerard tomó de nuevo la palabra—. El profesor Ethan Lawson imparte Derecho Romano, el hueso más duro de roer de toda la carrera.

—Supongo que habréis oído eso de que «no hay verano sin Derecho Romano» —dijo Ingrid.

—¿Qué se supone que significa? —preguntó Cassie, sin estar segura de querer saber la respuesta.

—Pues que es una asignatura que suspende casi todo el mundo… —comenzó Ingrid.

—… y que tienes que estudiar en verano —añadió Gerard.

—¿Tan difícil es? —Cassie había oído que esa asignatura era complicada, pero ¿tanto?

—Muy difícil —contestó Gerard con una sonrisa nerviosa— Y al parecer se vuelve imposible con Ethan Lawson—. Se dice por ahí que es bastante… intenso. —El chico se inclinó hacia Cassie e Ingrid y adoptó un tono de confidencialidad—. Se dice, se habla, se comenta, que una estudiante se desmayó en su clase el año pasado.

—Joder, no me digas eso —exclamó Cassie con los ojos muy abiertos—. ¿En serio?

—Sí, al parecer fue un momento épico —dijo Gerard.

—¿Y no puede ser una leyenda urbana? —preguntó Ingrid.

—Sí, todos los profesores tienen sus propias leyendas —comentó Cassie.

Gerard encogió los hombros.

—Puede, pero Ethan Lawson es jodido —dijo.

—Pues espero que a mí nunca me pase algo así. No estoy lista para ser la protagonista de un drama universitario —respondió Cassie.

Ingrid y Gerard se echaron a reír.

—Ninguno lo estamos —repuso Ingrid—. ¿Os imagináis? Dios, qué horror.

—Si mantenemos la cabeza fría y nos preparamos para cualquier cosa con él… —dijo Gerard.

—Como si eso fuera tan fácil —comentó Ingrid.

—Yo me atrevería a decir que nuestras carreras de Derecho están en sus manos —dijo Gerard.

Cassie pensó que ese tal Ethan Lawson del que estaban hablando sería uno de esos profesores con todos los años del mundo, más viejo que un bosque, por cuyas manos habían pasado miles de alumnos, a los que había hecho llorar, dejar la carrera y hasta desmayarse. Sin embargo, no podía estar más equivocada.

Los murmullos que recorrían el aula se intensificaron.

—Hablando del diablo… —susurró Gerard.

Cassie estiró el cuello y miró hacia la puerta.

Justo en ese momento entró Ethan.

Cassie se dio cuenta de que sus suposiciones estaban muy lejos de la realidad.

El profesor Ethan Lawson era un hombre joven, quizá no mucho mayor que ella, que tenía diecinueve, con un pelo oscuro y algo desordenado. Iba vestido con un pantalón de traje y una camisa blanca. La corbata era de color verde. ¿Dónde había dejado la cazadora de cuero?

Su presencia era imponente y tenía una mirada tan intensa que parecía traspasar a cada uno de los estudiantes.

De repente Cassie palideció. En unos segundos toda la sangre de su rostro se esfumó.

No podía ser.

No, joder. No podía ser.

El famoso profesor Ethan Lawson del que habían estado hablando, el que había provocado que una chica se desmayara según alguna leyenda urbana que circulaba por ahí, era ni más ni menos que el chico con el que había discutido en el aparcamiento, el chico al que le había abollado la moto.

El aliento se le quedó atrapado en la garganta.

A medida que avanzaba hasta el estrado con pasos largos y confiados, los murmullos crecieron y los suspiros entre las chicas comenzaron a llenar el aire.

—¡Madre mía! —exclamó Ingrid—. Es… guapísimo. No me extraña que las chicas se desmayen en su presencia —dijo en tono de broma—. Creo que yo ahora mismo estoy a punto de desmayarme. —Volvió la cabeza hacia Cassie mientras se abanicaba con la mano—. ¿Has visto lo bueno que está?

Ella lo miraba fijamente, con la cara desencajada.

—Joder —masculló nerviosa.

Ingrid la miró detenidamente.

—Cassie, ¿te encuentras bien? Estás pálida.

—¿Ese es Ethan Lawson? —dijo.

—Sí —contestó Gerard.

—No me lo puedo creer —masculló.

—¿Qué pasa? Parece que estás viendo un fantasma —apuntó Ingrid.

—He discutido con ese tío hace un rato en el aparcamiento —respondió Cassie.

CAPÍTULO 4

—¿Cómo que has discutido con él en el aparcamiento? —susurró Ingrid con incredulidad.

—Sí, yo… Mierda, mierda, mierda… —Cassie se pasó las manos por la cabeza, agobiada. El Universo no podía tener un sentido del humor tan retorcido—. He abollado su moto con mi coche al aparcar.

No podía creerse que el mismo tío con el que había discutido unos minutos antes ahora estuviera en el estrado y fuera su profesor.

Los ojos de Ingrid y de Gerard se abrieron de par en par.

—¿Has discutido con Ethan Lawson? —preguntó Gerard, y el tono de su voz no presagiaba nada bueno.

—Sí, bueno… —Cassie titubeó—. Y encima me he ido y le he dejado con la palabra en la boca porque no quería llegar tarde a clase.

—¿Y cómo se te ha ocurrido hacer algo así? —Gerard volvió a tomar la palabra.

—No lo sé… A veces soy muy impulsiva y él se estaba comportando como un idiota —respondió Cassie—. Pensé que era un alumno de último curso de la Universidad, jamás me imaginé que pudiera ser profesor.

—La verdad es que es muy joven. ¿Cuántos años tiene? ¿Veinticuatro? ¿Veinticinco? —lanzó Ingrid.

—No me puedo creer que sea mi profesor, pensé que no volvería a verlo nunca —comentó Cassie.

Se pasó la mano por la cabeza.

Ese tío había jurado en siete idiomas diferentes. Gracias a él había descubierto blasfemias que ni sabía que existían.

—Pues estás jodida —aseveró Gerard.

Cassie giró la cabeza hacia él.

—Te acabo de conocer, pero ya me están dando ganas de atravesarte la garganta con un bolígrafo —dijo Cassie—. Ahora entiendo por qué los chicos que se han parado para ver qué sucedía, lo miraban de manera tan extraña y a mí como si fuera un pobre corderito que se dirigiera a un matadero.

—Mira, Cassie, siento ser tan pesimista, pero estamos hablando de Ethan Lawson, el profesor

más temido de la Universidad de Derecho, y le has abollado la moto… Seguro que es uno de esos tíos que ama a su cacharrito más que a un hijo.

Cassie chasqueó la lengua.

De pie, en mitad del estrado, Ethan carraspeó ligeramente antes de dirigirse a la clase. Los murmullos se silenciaron.

—Buenos días a todos —comenzó—. Soy Ethan Lawson y os impartiré la asignatura de Derecho Romano. —Su voz resonó en toda el aula.

Cassie miró a su alrededor. Varios grupos de chicas cuchicheaban entre risillas nerviosas sin apartar la mirada de él.

Todos los ojos, indistintamente, se centraban en Ethan. Había algo magnético en su presencia. Proyectaba autoridad sin esforzarse. Lo que hizo que aumentara la tensión en Cassie.

¿Qué había hecho?

Ethan Lawson empezaría a tenerle manía. Durante el semestre. Durante la carrera. Durante toda su vida, y las próximas siete reencarnaciones que viviera.

Intentó concentrarse mientras él continuaba presentándose a la clase.

—Espero que estén preparados para trabajar duro —continuó Ethan—. El Derecho Romano es conocido por ser una de las más desafiantes del programa.

Gerard bufó.

—Desafiantes, dice —susurró con burla—. Él la hace ser más desafiante de lo que ya lo es por sí misma.

El comentario de Ethan, no solo no pasó desapercibido para Gerard, tampoco para el resto de los estudiantes, que intercambiaban miradas curiosas unos con otros. Al parecer, todos habían oído historias sobre lo exigente y severo que era el profesor Ethan Lawson.

—Para ir conociéndonos y romper el hielo, voy a pasar lista, y después, si alguien se anima, nos dará unas breves pinceladas de por qué ha elegido estudiar Derecho.

Cassie casi se mareó.

—Va a pasar lista —le susurró a Ingrid con la voz estrangulada—. Mierda.

—Lo siento —dijo ella.

—Te tiene pillada, Cassie —comentó Gerard.

Cassie giró el rostro hacia él y lo fulminó con sus ojos de color café.

—Gracias por tus ánimos, Gerard —masculló de mala gana.

Ethan empezó a decir nombres de una lista que sacó de la carpeta que había llevado.

—Maggie Allman… Tony Anderson… George Andrews… —Su voz resonaba clara y segura mientras avanzaba por la lista.

Uno tras otro, los alumnos fueron levantando la mano para testificar su presencia.

Cassie deseaba que el suelo la tragara o que un meteorito chocara con la Tierra y la destruyera

por completo, a medida que se acercaba su turno.

—¿Y si no levanto la mano? —les preguntó a sus recientes amigos.

—No puedes hacer eso. No el primer día —le aconsejó Ingrid.

—Ni se te ocurra, se dará cuenta y te ganarás su animadversión de por vida —dijo Gerard—. Y entonces no te salvará ni Dios ni el Diablo.

Cassie llegó a la conclusión de que Gerard era un poco exagerado en su forma de expresarse.

—Cassandra Maalim —dijo Ethan de pronto. Hubo unos instantes de silencio. Un segundo, quizás dos—. Cassandra Maalim —repitió, al ver que nadie levantaba la mano.

Finalmente, Cassie alzó el brazo.

—Soy yo —dijo. Sus ojos se cruzaron.

Entonces Ethan la vio. La chica que le había abollado la moto y con la que había discutido en el parking había resultado ser su alumna. Aquello era toda una sorpresa. Inesperada, por otro lado.

La miró con una mezcla de incredulidad y diversión.

—Bien —se limitó únicamente a decir, asintiendo con la cabeza.

Y sin más comentarios, continuó pasando lista.

—A ver… —comenzó de nuevo cuando terminó—. ¿Alguien se anima a decir por qué ha escogido estudiar Derecho?

Ethan esperó un rato hasta que un chico del fondo habló:

—A mí en particular porque el Derecho representa un desafío intelectual. Me fascina cómo las leyes pueden influir en la vida de las personas y cómo se aplican en diferentes contextos.

—Bien —dijo Ethan—. ¿Alguien más?

—Yo porque vi la serie *Suits* y pensé que sería tan fácil como llevar trajes elegantes y tener conversaciones ingeniosas en un bufete.

Las risas recorrieron el aula.

—Tendrá que hacerse con una buena colección de trajes, entonces, y aprender a tener conversaciones ingeniosas —comentó Ethan.

—Eso te lo ha dicho porque ahora no eres ingenioso —dijo su amigo, dándole un pequeño golpe en el hombro.

Las risas se prolongaron.

—Yo porque vi *Una rubia muy legal* y me pareció divertido —soltó una chica rubia sentada en la segunda fila—. Reese Whitherspoon está genial en esa película.

—Y además está muy buena —añadió alguien del otro extremo del aula.

La clase volvió a estallar en risas.

—Yo siempre he tenido interés por los temas sociales y políticos, y creo que estudiar Derecho

me permitirá entender mejor cómo funcionan nuestras instituciones y cómo puedo contribuir a mejorarlas —dijo la chica que estaba al lado de la rubia que acababa de hablar.

—Su postura es muy interesante —dijo Ethan. Se hizo un silencio—. ¿Alguien más se anima? —Pasó la mirada por las filas de estudiantes—. ¿Nadie?

Al no recibir respuesta de ninguno, cogió la lista con el nombre de todos los alumnos. Cassie tuvo un presentimiento. Un mal presentimiento.

Bajó la cabeza, como si de esa manera pudiera pasar desapercibida.

«Que no me diga a mí, que no me diga a mí, que no me diga a mí…», se repitió para sus adentros.

—Cassandra Maalim —dijo Ethan, levantando la cabeza y mirando hacia donde se encontraba.

—Mierda —masculló Cassie, nerviosa.

Lo sabía. Sabía que repararía en ella. Estaba sentenciada.

—¿Por qué ha escogido la carrera de Derecho? —le preguntó—. ¿También fue porque vio *Suits* o *Una rubia muy legal*?

Cassie sintió que todas las miradas se posaban en ella, y aunque su primer instinto fue encogerse en el asiento, decidió enfrentar la pregunta con dignidad. ¿Qué más daba si había abollado la moto del profesor más estricto y duro de la Universidad? ¿Qué más daba si había discutido con él en mitad del aparcamiento? ¿Qué más daba si su asignatura era la más difícil del curso y de la carrera?

Cogió aire.

—Yo he elegido estudiar Derecho porque creo que es una herramienta poderosa para generar cambios en la sociedad. Quiero ayudar a las personas a defender sus derechos y a luchar por lo que es justo —respondió, tratando de que la voz le sonara firme.

—¿En qué especialidad? —preguntó Ethan, serio.

—Derechos humanos —respondió Cassie.

Ethan asintió, aparentemente satisfecho con su respuesta. Continuó.

—¿Alguien más? —dijo.

Apartó la vista de Cassie y recorrió con los ojos los rostros del resto de los estudiantes.

—¿No? Bien, entonces pasaré a hablar de las expectativas de la asignatura, y de cómo cada uno de ustedes tendrá que prepararse para desafiar sus propios límites.

Cuando por fin terminó la clase, Cassie resopló, como si se hubiera quitado un peso de encima.

—Pensé que no acababa nunca —dijo.

—Pues te recuerdo que vas a ver a Ethan Lawson todos los días —comentó Gerard.

—Veo que eres una persona muy optimista —repuso Cassie con ironía.

—Soy una persona realista —respondió él.

—Ya veo, ya —dijo Cassie.

—Mirad lo que acabo de descubrir —intervino Ingrid, que llevaba un rato callada, mirando el teléfono.

—¿Qué? —curioseó Cassie.

—Ethan Lawson forma parte del bufete más prestigioso de la ciudad junto con otros tres socios, a los que apodan los «Alfa de Chicago».

—¿Los Alfa de Chicago? ¿Qué clase de apodo es ese? —dijo Cassie.

—Pues uno que les viene al pelo, porque los cuatro son guapos, millonarios y exitosos. Es decir, que son unos auténticos alfas. —Ingrid acercó el rostro a la pantalla—. Madre mía, parecen modelos de pasarela —comentó.

Mostró el móvil a Cassie, que flipó cuando vio en una foto de las que circulaban por Google al propio Ethan junto a sus socios: Samuel, Asher y Trevor.

—Es verdad —dijo. Eran realmente muy guapos.

—Yo no sabría con cuál de todos quedarme —dijo Ingrid.

—¿No sabíais que Ethan Lawson forma parte de los «Alfa de Chicago»? —les preguntó Gerard.

—No —contestaron las dos a la vez.

—¿Deberíamos saberlo? —añadió Cassie.

—Sí, los «Alfa de Chicago» son muy conocidos en la ciudad, por todo lo que ha dicho Ingrid.

—Bueno, yo tengo una disculpa, soy de Londres —dijo Ingrid.

—Y yo solo llevo un par de meses en Chicago —dijo Cassie.

—Entonces os pondré un poco al día —comenzó Gerard—. Ethan Lawson es un cerebrito. Un tipo de esos cuyo coeficiente intelectual se acerca al de Einstein. Según he leído por ahí, se sacó la carrera de Derecho en dos años, nada más y nada menos que en Harvard, y *Summa Cum Laude*.

—¡Joder! —no puedo evitar exclamar Cassie.

—Le ofrecieron trabajar en la Universidad después de que uno de los profesores tuviera un grave accidente. Está haciendo su baja laboral.

—Lo tiene todo —dijo Ingrid—. Es guapo, es joven, es inteligente, es rico… ¿sabes si está soltero? —le preguntó a Gerard.

—No ando muy puesto en su vida sentimental, pero tiene fama de picaflor y de rompecorazones. Según dicen las malas lenguas, más de una famosa y más de una celebridad ha pasado por su cama.

—O sea, que es un mujeriego —apuntó Cassie.

—Parece que sí —concluyó Gerard.

La profesora de la siguiente clase entró en el aula y cada uno volvió a su sitio.

CAPÍTULO 5

Cassie metió la llave en la cerradura, dio media vuelta y abrió. Por fin estaba en casa. La mañana se le había hecho eterna.

—Ya he llegado —anunció a su hermana.

—Estoy en la cocina —respondió Keeya.

Cassie se dirigió directamente allí.

—Hola —la saludó, dejando encima de la mesa una bolsa con tres botellas de leche que había comprado en el supermercado antes de subir a casa.

—Hola —dijo su hermana.

Cassie abrió el bolso y sacó de la cartera algunos billetes.

—Dejo ciento cincuenta dólares en la lata, ¿vale? —Cogió la lata de la estantería y metió el dinero.

—Vale. —Keeya la miró—. No tienes buena cara, ¿qué tal tu primer día en la Universidad? —le preguntó, mientras removía la sopa de verduras que estaba haciendo para comer.

—Horrible —contestó Cassie, dejándose caer en una de las sillas.

Keeya frunció el ceño.

—¿Tan mal ha ido?

—Creo que hoy ha sido el peor día de mi vida.

—Vamos, no puede haber sido tan malo.

—Nada más llegar, al aparcar a *Beetle* en el parking del campus he abollado la moto de un tío que ha resultado ser mi profesor —resumió Cassie.

Keeya levantó las cejas.

—¡¿Qué?! —exclamó.

—Lo que has oído. Pero lo peor es que hemos discutido en el parking, delante de algunas personas.

—Oh, por favor, Cassie. Algo así solo te podía pasar a ti —rio su hermana.

—No te rías, joder. Resulta que el tío imparte la asignatura más difícil del curso —añadió Cassie.

—La cosa empeora por momentos, ¿eh?

—Y tanto que empeora por momentos, porque encima es súper estricto —respondió Cassie—. Por lo que me he enterado, tiene un bufete aquí en Chicago junto con otros tres socios a los que apodan los «Alfa de Chicago».

—El apodo se las trae —comentó Keeya.

—Sí, pero les viene al pelo, porque todos son guapísimos, exitosísimos y riquísimos… —dijo Cassie.

—Pero me imagino que ese tío tiene que ser mayor.

Cassie negó con la cabeza.

—De eso nada. Tiene veinticuatro o veinticinco años —respondió.

—¿Tienes un profesor solo unos cuantos años mayor que tú que encima es un pibón? —le preguntó Keeya.

—Sí.

—Siempre he pensado que los profesores de la Universidad eran viejos que llevaban media vida en la enseñanza.

—También los hay así, pero Ethan Lawson es superdotado. Se sacó la carrera de Derecho en Harvard en dos años y *Summa Cum Laude*.

—¿Qué narices es eso? —dijo Keeya.

—Es la más alta distinción académica que se le otorga a un estudiante —contestó Cassie.

—Estoy segura de que tú te la vas a sacar así, Summa cum…, como se llame.

Cassie se echó a reír.

—*Summa Cum Laude.*

—Sí, eso.

—No seas exagerada, no soy tan inteligente —dijo Cassie con humildad.

Keeya miró a su hermana con la cabeza ladeada.

—Vamos, te sacaste un 9.94 en el SAT. Fuiste la mejor de tu promoción en las pruebas de acceso a la universidad —dijo.

—Sí, bueno, pero ahora es distinto. La universidad es otra cosa.

—Cassie, eres una empollona —dijo Keeya como algo obvio.

—No digas que soy una empollona —contestó ella.

—¿Por qué no? Si lo eres. Estoy segura de que te sacarás la carrera con el *Summa Cum.*… ese.

—*Summa Cum Laude* —repitió Cassie.

—Sí, eso —volvió a decir Keeya.

—Y mi 9.94 en el SAT me permitió obtener una beca, pero no lo suficientemente alta para

costear todos los gastos que implica la universidad y vivir en Chicago, por lo que tengo que trabajar de cajera en un supermercado, lo que me recuerda que empiezo el turno a las cuatro y tengo que comer, si no quiero llegar tarde.

—La comida ya está lista —dijo Keeya.

Cassie se levantó de la silla y sacó un par de platos del armario para poner la mesa.

—Lo bueno del día es que he conocido a una chica y a un chico que me han caído genial. Se llaman Ingrid y Gerard y son muy majos. Gerard es un poco… —Cassie sonrió al recordarlo—. No sé cómo definirlo… exagerado —dijo finalmente—, y dramático. Pero es un buen tío.

Keeya colocó la cazuela en el centro de la mesa.

—¿Tiene posibilidades de ser un futurible novio? —le preguntó a Cassie.

—¿Qué? ¡No! —respondió ella rápidamente.

—¿Es guapo?

—Sí, es guapo, pero ya sabes que yo no pienso en esas cosas… No estoy interesada en tener novio ahora. Quiero concentrarme en mis estudios y en lo que quiero lograr —dijo Cassie.

Keeya la miró comprensiva.

—Pero algún día…

—No, Keeya, para mí… —Cassie se tomó un momento para continuar hablando. Se colocó unos cuantos rizos detrás de la oreja—. Ahora mismo tengo muchas cosas en la cabeza. La universidad, la carrera, el trabajo en el supermercado… No quiero distraerme.

Keeya sabía que no solo era que su hermana no quisiera distraerse. No. Pero era un tema del que no se hablaba. Había algo profundo detrás de la determinación de Cassie, un miedo al rechazo que la mantenía alejada de cualquier posibilidad de romance.

Keeya lo notaba en la forma en que su hermana evitaba las conversaciones sobre relaciones, cómo cambiaba de tema cuando alguien le mencionaba a un chico interesante o cómo sus ojos se llenaban de inseguridad cuando tocaban el tema del amor.

Cassie había construido un muro alrededor de su corazón, protegiéndose de la posibilidad de ser herida.

Keeya lo entendía, hasta cierto punto. Su vida no había sido fácil, la de ningún miembro de la familia, pero la de Cassie había sido particularmente dura.

El rechazo podía ser devastador y a veces dejaba cicatrices profundas, pero Keeya también sabía que el amor podía ser maravilloso y… transformador.

Sin embargo, no quería presionar a su hermana; cada persona tenía su propio ritmo para abrirse y enfrentar esos temores.

Introdujo el cazo en la cazuela y echó un poco de sopa en el plato de Cassie.

—Cassie, algún día conocerás a un chico que te guste y al que tú le gustes… —comenzó.

—Keeya —trató de frenarla ella.

—Cassie… —comenzó de nuevo Keeya.

—¿Qué? —dijo Cassie, en un tono de voz más alto de lo que pretendía.

—Algún día tendrás que darle a alguien una oportunidad. Abrirte al amor…

—No quiero hablar de eso —la cortó.

—Pero quizá si lo hablaras…

Cassie negó con la cabeza.

—No me gusta hablar de lo que pasó, no me gusta hablar de lo que me hicieron… —dijo, hundiendo la cuchara en la sopa.

Keeya apretó los labios.

—Está bien, como quieras —dijo, resignada.

—Vamos a comer, no quiero llegar tarde al trabajo —repuso Cassie, metiéndose la cuchara de sopa en la boca.

Keeya se quedó mirando a su hermana unos segundos. Todavía no había sido capaz de borrar la cicatriz de su cuerpo ni de su alma. Y lo peor era que Keeya no estaba muy segura de que algún día lo superara.

CAPÍTULO 6

—¿Qué le ha pasado a tu moto? —le preguntó Trevor a Ethan, después de estacionar su coche en la plaza de al lado en el garaje del bufete, y ver la abolladura que tenía la carrocería en un lateral.

—Le ha dado un golpe una estudiante esta mañana al ir a aparcar —respondió Ethan.

—Madre mía, no quiero imaginarme cómo te habrás puesto con ella... Para ti tu moto es como una hija —comentó Trevor.

—Tenía que haberme puesto peor. ¿Has visto cómo me la ha dejado? Joder —se quejó Ethan.

—Vamos, Ethan, eso te lo arreglan en unos días en el taller y queda como nueva. No seas exagerado.

—Eso espero, porque si no me vengaré de esa chica. Resulta que es mi alumna. Después de discutir con ella en el aparcamiento, la he encontrado en clase.

—¿No serás tan cabrón de convertir su semestre en un infierno? —dijo Trevor.

—No sé, me lo estoy pensando.

Trevor sacudió la cabeza. Para Ethan, su moto era sagrada.

—Por Dios, Ethan, que el Derecho Romano ya es bastante infernal y tedioso por sí solo, sin que tú tengas que añadir más dificultad a la asignatura —dijo, mientras se dirigían a la zona de los ascensores. Juntos subieron hasta la última planta, donde estaban sus despachos.

—Asher quiere vernos en la sala de reuniones para comentar los últimos casos —les anunció Samuel, al verlos salir del ascensor.

Sin más preámbulos, los tres se dirigieron a la sala donde hacían sus acostumbradas reuniones.

La estancia estaba iluminada por las primeras horas de la tarde, tiñendo de ámbar las estanterías repletas de libros de Derecho. Los muebles de color oscuro conferían al lugar un aire de sofisticación.

—No vais a creer lo que le ha pasado a Ethan esta mañana —dijo Trevor nada más entrar.

Asher se encontraba ya sentado. Varias carpetas de documentos estaban sobre la mesa.

—Déjame adivinar. ¿Finalmente te has dado cuenta de que tus habilidades culinarias son un peligro para la salud pública? —dijo Samuel en tono burlón, tomando asiento en una de las sillas que había alrededor de la mesa—. Ninguno de los tres quisimos decírtelo, para no herir tus sentimientos, pero la cena del otro día cuando fuimos a tu casa a ver a los Chicago Bulls era poco

menos que veneno. Aquello era incomible.

Ethan lo miró con los ojos entornados.

—Muy gracioso —masculló.

—¿Podría ser que has admitido de una vez que tu corbata preferida es horrenda? —dijo Asher con su humor mordaz, señalando la corbata verde que Ethan llevaba puesta.

—¿Qué cojones habéis desayunado hoy? —soltó Ethan—. Sea lo que sea, debéis dejarlo, no os sienta bien.

Puso los ojos en blanco, acostumbrado a las bromas y piques constantes de sus amigos.

—No, no es nada de eso —dijo. Miró a Samuel—. Por cierto, la próxima vez que cenemos en mi casa, espero que no se me olvide echar un poco de arsénico en la salsa. Y añadiré unas gotitas más en tu plato.

Samuel dejó escapar una carcajada.

Trevor apoyó el maletín encima de la mesa, lo abrió y sacó algunos papeles de su interior. Mientras tanto, Ethan se servía un café de la máquina que había en la sala.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Asher, ya en un tono más serio.

—Que me han jodido la moto —respondió él.

—Vamos, Ethan, deja de ser tan dramático —intervino Trevor—. Es una simple abolladura.

—Una abolladura que antes no tenía —dijo Ethan.

Removió el café con la cucharilla de plástico.

—Una abolladura que te van a arreglar en el taller sin mayores problemas —contraatacó Trevor—. Tu maquinita va a quedar como nueva.

—Más que maquinita es maquinaza —comentó Samuel.

—¿Y cómo te has hecho esa abolladura? —preguntó Asher.

—No la he hecho yo, ha sido una estudiante de la Universidad —respondió Ethan.

—A eso lo llamo yo empezar bien el curso —dijo Samuel.

—Una estudiante que encima es alumna suya —añadió Trevor.

—Pobre chica —dijo Samuel.

Conociendo a Ethan, seguramente le había montado un pollo. Aquella moto era su debilidad. Mataba por ella.

—De pobre nada, se ha defendido bien —repuso Ethan, rememorando el momento.

—¿Así que te ha plantado cara? —comentó Samuel, con media sonrisa en los labios.

—Incluso se ha atrevido a irse y dejarme con la palabra en la boca —respondió Ethan.

Samuel soltó una risotada.

—Va a ser una buena abogada —dijo.

Ethan giró el rostro y lo fulminó con la mirada.

—Eso será si Ethan le aprueba su asignatura —dijo Trevor.

—¿No serás tan hijo de puta de amargarle el curso? —habló Asher.

—Eso mismo le he dicho yo —repuso Trevor.

—Así podrá usar lo que ha pasado como un ejemplo de responsabilidad civil —contestó Ethan.

—Venga ya, Ethan —dijo Asher—. Derecho Romano es un peñazo de asignatura. No la tortures con ella.

Él dio un trago de café.

—Deja en paz a la pobre chica, bastante mala suerte tiene de que tú seas su profesor —dijo Asher.

—Yo solo espero que tenga el nivel que exijo. Nada más. Si está a la altura, no tendrá ningún problema en aprobar mi asignatura —repuso Ethan.

—A saber cuál es el nivel que exiges tú, cerebrito —dijo Trevor—. El curso pasado viniste un día amenazando con que ibas a suspender a todos tus alumnos.

Ethan tomó otro sorbo de café.

—Y lo hubiera hecho, si no hubieran mejorado.

—A mí no me cabe la menor duda —aseveró Samuel—. Eres el Calígula de la enseñanza. Tu fama va a empezar a traspasar fronteras, si sigues siendo profesor de la Universidad de Chicago.

Ethan terminó de beberse el café, aplastó el vaso de cartón y lo lanzó a la papelera.

—Empecemos —dijo Asher.

CAPÍTULO 7

El timbre sonó, la puerta del aula se abrió y Ethan entró con pasos firmes y su habitual confianza.

Un murmullo de admiración se extendió rápidamente entre las chicas que había en la clase. Al parecer, todas suspiraban por él. O para ser más exactos, babeaban por él.

Varias alumnas empezaron a cuchichear en la fila que había delante de los asientos de Cassie, Ingrid y Gerard.

Ethan llevaba una americana ajustada que acentuaba su figura atlética y sus anchos hombros.

—¿Os habéis fijado bien? —dijo una de ellas, jugueteando con su pelo—. Es increíblemente guapo.

—E increíblemente joven —comentó otra.

La primera chica asintió con entusiasmo, tratando de contener una risilla nerviosa.

—A mí no me importaría pasar una noche en su cama. Ya me entendéis… —dijo una tercera.

Cassie e Ingrid intercambiaron una mirada, mientras las chicas reían con complicidad.

—Joder, y esa americana le queda perfecta. Es tan alto —habló la primera, mordiéndose el labio interior.

—¿Y los pantalones? ¿Qué me decís de los pantalones? Ufff… Creo que me va a dar algo.

—Y tiene aire de chico malo.

—Me encantan los chicos malos. Son los mejores en la cama.

—Sí, porque son unos *empotradores* natos.

En otros puntos de la enorme aula otras chicas también se estaban dejando llevar por la emoción; algunas incluso se pasaban notas entre sí, comentando lo guapo que era.

Las risitas y los murmullos continuaron en un lado y en otro, aunque Ethan las ignoraba. Pero era evidente que había captado la atención de todas, dejando un rastro de suspiros, de corazones acelerados y de bragas mojadas.

—Qué suerte es tenerlo como profesor —comentó otra de las chicas sentada delante de Cassie.

«¿Suerte?», pensó ella con escepticismo para sus adentros.

Para Cassie era todo lo contrario. El Universo parecía estar burlándose de ella. Más que burlándose, riéndose a carcajadas en su cara.

Estaba harta de oírles hablar. Se inclinó hacia adelante.

—Seguro que es gay —les dijo desde atrás. A ver si conseguía que se callaran.

Las chicas la miraron con extrañeza.

—¿Tú crees? —le preguntaron.

—Estoy convencida —afirmó Cassie, añadiendo más leña al fuego.

Ingrid tuvo que morderse los labios para no reír. ¿Cómo se le había ocurrido a Cassie decir aquello? Oh, Dios.

Gerard, por su parte, estaba distraído consultando los resultados de los partidos de béisbol en el móvil, así que no se estaba enterando de lo que pasaba a su alrededor.

Las chicas giraron el rostro hacia Ethan y lo estudiaron mientras él sacaba un libro de su maletín.

—Quizás es verdad. Es demasiado perfecto para ser heterosexual —comentó una de las chicas.

Ingrid dio un codazo en el costado a Cassie. Estaba a punto de estallar. Se estaba muriendo de risa. Cassie la miró de reojo.

—Buenos días a todos y a todas —dijo Ethan.

Sus ojos castaños recorrieron el aula. Cassie trató de ocultarse detrás de la chica que estaba delante de ella, pero era difícil teniendo en cuenta que las filas de los asientos estaban escalonadas.

De todas formas, al no llamarla para pedirle los datos de la póliza del seguro del coche para empezar a hacer los trámites de la abolladura de la moto, tendría que hablar con él al final de la clase. Algo que no le hacía la menor gracia. De hecho, la tenía bastante nerviosa. Volver a enfrentarse a él… No era tan fácil ahora que sabía que era su profesor.

Al oír la voz de Ethan, la clase se silenció.

—Hoy vamos a hablar de por qué en el siglo XXI hablamos del Derecho Romano —comenzó a decir—. Y lo hacemos porque el Derecho Romano estableció las bases de la convivencia de la población, fue el antecedente de la división de poderes y del Derecho Civil como lo conocemos en la actualidad…

—Qué voz más varonil tiene —dijo una de las chicas, inclinando la cabeza hacia su amiga.

—Ya me he dado cuenta, ¿te lo imaginas diciéndote guarradas en la cama con esa voz? Diosss —le comentó la amiga.

Cassie frunció el ceño.

¿Pero qué diablos les pasaba? ¿Es que iba a tener que aguantarlas así durante toda la clase? Parecían un par de cotorras.

Mientras Ethan seguía hablando, Ingrid le susurró a Cassie:

—¿Te llamó ayer para lo del seguro?

—No —contestó Cassie.

—Mejor, ¿no?

—No, porque eso me obliga a hablar con él, y tendré que hacerlo después de clase. No quiero alargar esto más. Solo pienso en quitármelo de encima cuanto antes.

Ethan miró hacia la parte de la grada donde se encontraban y Cassie se calló. Cuando Ethan se volvió hacia la pizarra, continuó hablando.

—El Derecho Romano establece las normas que imponen los deberes sociales.

—Maldita la hora en la que le abollé la moto —dijo Cassie, mirando hacia el estrado para asegurarse de que Ethan no la veía.

—En el fondo es una tontería, es solo una abolladura —comentó Ingrid.

—No para alguien que ama su moto como Ethan Lawson ama la suya. Tiene razón Gerard. Este tipo de tíos aman sus máquinas más que a sus propios hijos —dijo Cassie.

—Entonces, ¿vas a hablar con él?

Cassie encogió los hombros.

—No me queda otro remedio —contestó.

—Pues te deseo suerte —intervino Gerard—. O te acompaño en el sentimiento. No sé muy bien qué decirte.

Cassie giró el rostro hacia él con una ceja arqueada. Si antes creía que Gerard era muy exagerado, en aquel momento estaba completamente segura.

—Gracias, Gerard, ya sabes que aprecio mucho tus ánimos en esta situación —dijo en tono sarcástico.

Gerard se inclinó un poco hacia ella, encogiendo los hombros.

—Es que no sé qué decirte —se excusó.

—Puedes no decir nada —susurró Ingrid.

Cassie negó con la cabeza.

Cuando la clase terminó, la gente empezó a levantarse de sus asientos y a salir del aula.

Cassie recogió los libros y la carpeta y tras lanzar una última mirada a sus nuevos amigos, bajó las escaleras de las gradas en dirección a Ethan.

—Señor Lawson… —lo llamó.

Ethan alzó la vista.

—Señorita Maalim —dijo.

—Como no me ha llamado, le he traído los datos de la póliza del seguro —comenzó. Abrió la carpeta y sacó un papel.

—No es necesario —respondió Ethan, recogiendo los libros que había encima de su mesa.

—¿Cómo que no es necesario? —le preguntó Cassie, sin entender.

—Ya he llevado la moto al taller.

—Pero…

—Yo mismo me haré cargo del pago del arreglo —dijo Ethan.

Cassie se sorprendió ante aquella respuesta.

—¿Por qué?

—Porque si damos parte a su seguro, a usted le subirán el próximo año la cuota, y en el fondo yo puedo hacerme cargo sin problema —contestó Ethan.

Cassie pensó que, si era cierto que era multimillonario, como había dicho Gerard, tenía razón en afirmar que podía pagarlo sin problema. Incluso podía comprarse diez motos iguales sin problema. Y un jet privado, y un yate, y el mundo entero si se le antojaba.

—Además, la burocracia de los seguros tardará probablemente semanas en resolverse. No me merece la pena —añadió. Ethan miró a los ojos a Cassie—. Aunque le confieso que me lo he pensado dos veces, a ver si con un escarmiento tiene más cuidado.

—Tuve cuidado —replicó ella.

Quizá estaba siendo una temeraria.

Quizá no debería tentar a su suerte.

Quizá no debería hacer enfadar a Ethan Lawson… más todavía.

Ethan metió el último libro en su maletín y lo cerró.

—No tuvo el suficiente cuidado si me abolló la moto —dijo.

Cassie agarró con fuerza la carpeta y los libros, que sujetaba contra el pecho.

Qué jodido insoportable era aquel tío.

La sacaba de sus casillas.

¿Cómo era posible que tuviera que aguantarlo durante seis meses?

—Fue un accidente, le puede pasar a cualquiera —se defendió, tratando de mantener la compostura y de no saltarle a la yugular, aunque ganas no le faltaban—. Esas cosas pasan.

—Sí, pasan cuando la gente no presta atención —respondió Ethan con una mirada mordaz. Cassie sintió una chispa de indignación—. Espero, señorita Maalim, que mantenga a… Llama *Beetle* a su coche, ¿verdad? —preguntó Ethan con una nota de mofa en la voz.

—Sí —contestó Cassie.

—Espero que mantenga a *Beetle* alejado de mi moto —terminó de decir Ethan.

Y sin más, cerró el maletín, lo cogió del asa, se giró con una media sonrisa en la cara, que Cassie deseó quitarle de un librazo en la cabeza, y salió del aula.

—Espero que mantenga a *Beetle* alejado de mi moto —susurró Cassie, imitando su voz mientras gesticulaba teatralmente con la cara.

—Como te pille haciéndole burla no aprobarás su asignatura en lo que te queda de vida —dijo Gerard.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó Ingrid.

Tanto ella como Gerard habían estado esperándola en una esquina de la clase.

Cassie sintió que una ola de cansancio la invadía.

—Dios, es tan… vanidoso. No lo aguanto —dijo. Soltó el aire que había estado conteniendo en los pulmones—. Tengo que encontrar una manera de sobrevivir este semestre, de soportar a Ethan Lawson. Él tiene el poder de dictar mi futuro, y no hay forma de escapar de ello.

—Si te sirve de consuelo, tiene el poder de dictar el futuro de todos —comentó Ingrid.

—Pero yo estoy en su punto de mira —dijo Cassie—. Va a arreglar la moto por su cuenta, así que no tengo que dar parte al seguro.

—Eso es todo un detallazo por su parte —dijo Gerard. Por primera vez hacía un comentario positivo.

—Es millonario, puede permitírselo —repuso Cassie—. Lo hace porque así se ahorra el tiempo que tarda la burocracia de los seguros en gestionar el incidente. No me está haciendo ningún favor, lo hace para seguir alimentando su vanidad, exhibiendo su moto de un millón de dólares.

—¿Qué os parece si nos tomamos un café? —sugirió Gerard.

—Me parece la mejor idea del mundo si lo acompañamos con un trozo de tarta —respondió Cassie.

Ingrid se echó a reír.

—A mí también —dijo—. Necesitamos una buena dosis de calorías. En la cafetería del campus hay una de tres pisos con tres clases de chocolates distintos que está para chuparse los dedos.

—¿Y a qué estamos esperando? —bromeó Cassie, con prisa por llegar a la cafetería.

CAPÍTULO 8

Al día siguiente, Cassie e Ingrid entraron al mismo tiempo en el aula. Gerard lo hizo después, pero pudo sentarse a su lado porque le habían guardado un sitio.

El murmullo de las animadas charlas y el sonido de las risas llenaban el aire.

Gerard estaba comentando algo cuando Ethan entró. Su presencia hizo que las conversaciones se apagaran hasta que solo quedó el sonido de sus pasos resonando en el suelo.

Dejó el maletín sobre el escritorio y miró a la clase con una expresión seria.

—¿Por qué siempre parece que se ha tragado un palo? —dijo Cassie.

—Se toma demasiado en serio esto —contestó Gerard.

—Pues podía relajarse un poco —apuntó Ingrid.

—Este tío no soporta la mediocridad —dijo Gerard.

—No todo el mundo es un superdotado intelectualmente como él —susurró Cassie con mordacidad.

—Buenos días —dijo Ethan con voz firme—. La primera parte de la clase de hoy será teórica. Hablaremos de los principales conceptos del Derecho Romano y cómo han persistido hasta nuestros días. Después voy a plantear un caso práctico para que lo desarrollen.

Todos comenzaron a tomar apuntes mientras Ethan comenzaba a repasar los conceptos de los que había hablado.

Cassie entendió porque la asignatura de Derecho Romano era una de las más difíciles de aprobar. Era densa, compleja y tediosa.

Al llegar al caso práctico, la clase se distendió un poco, haciéndose más enérgica, algo que todos agradecieron.

Ethan les planteó un posible caso real con unas condiciones específicas. Para que el ejemplo fuera más dinámico, hizo preguntas al azar a diferentes estudiantes, para asegurarse de que seguían su ritmo.

Por alguna extraña razón, Cassie sabía que a ella le caería alguna pregunta, y que no sería el azar quien la había elegido para responder, si no la antipatía que le tenía Ethan Lawson.

No se equivocó.

Los ojos de Ethan se posaron en ella.

—Señorita Maalim —dijo—, ¿podría explicarnos cuál fue el fallo principal del tribunal en este caso?

Cassie tragó saliva y asintió lentamente antes de responder. ¿Por qué Ethan Lawson la ponía tan nerviosa? ¿Era por la discusión que había tenido con él en el aparcamiento? ¿O porque la tenía entre ceja y ceja? ¿O porque le parecía un tío insufrible?

—Bueno, creo que el fallo principal fue… —hizo una pausa breve para ordenar sus pensamientos—… que el tribunal no consideró adecuadamente las pruebas circunstanciales presentadas por la defensa.

Ethan arqueó una ceja, y Cassie supo de inmediato que no estaba satisfecho con la respuesta que le había dado.

—¿Lo cree? —replicó en un tono ligeramente sarcástico—. ¿O está segura?

Cassie sintió cómo sus mejillas comenzaban a arder bajo la mirada escrutadora de Ethan y las miradas curiosas de sus compañeros.

Como lo odiaba. Había esperado llegar a la parte más compleja para preguntarle a ella.

Cabrón.

—Estoy segura —respondió finalmente, tratando de sonar más confiada. Tenía que poner toda la carne en el asador y encomendarse a Dios. O al Diablo.

Ethan cruzó los brazos por encima del pecho.

—Entonces explíquenos por qué esas pruebas eran tan cruciales para el caso —dijo, sin dejar de mirarla ni un solo instante.

Cassie buscó desesperadamente en su cabeza algo que pudiera respaldar su afirmación. Sin embargo, se había quedado en blanco por culpa de la presión y los nervios del momento. ¿Por qué la tenía que mirar así?

—Las pruebas… muestran inconsistencias en los testimonios… —comenzó a decir titubeante.

Ethan la interrumpió antes de que pudiera continuar.

—Decir que mostraban inconsistencias es un término muy vago aquí. Necesitamos precisión si queremos entender realmente lo que ocurrió —aseveró.

Cassie cada vez lo odiaba un poquito más.

—¿Se le ocurre algo que pueda añadir? —preguntó Ethan con visible aire de suficiencia.

Cassie mantuvo silencio.

—¿Nada? —insistió Ethan.

Más silencio.

Ethan apartó la mirada de Cassie.

—¿Alguien puede ayudar a la señorita Maalim?

Un par de manos se levantaron inmediatamente entre las chicas ansiosas por impresionar a su profesor.

Cassie bajó la mirada mientras escuchaba cómo otra estudiante ofrecía una explicación mucho más detallada y precisa sobre las pruebas circunstanciales omitidas por ella misma momentos antes.

Lo sabía, pero la mente le había jugado una mala pasada. Su cerebro daba la sensación de no funcionar en presencia de Ethan.

Ingrid apretó el brazo de Cassie en un gesto de consuelo, para aliviar la tensión.

—Tranquila —susurró.

Pero Cassie no estaba tranquila, ¿cómo iba a estarlo? El corazón le latía a mil por hora, se le iba a salir por la garganta, y todo por culpa de ese maldito de Ethan Lawson.

—Estoy bien —mintió.

Ethan asintió satisfecho hacia la chica que había respondido correctamente, antes de volver a dirigirse a toda clase.

—Es importante revisar siempre cada detalle minuciosamente. ¿Le ha quedado claro, señorita Maalim? —Su mirada se detuvo en ella.

—Sí —respondió Cassie.

Ethan devolvió la atención al resto de los alumnos.

—Eso marca la diferencia entre un buen abogado y un *excelente* abogado —concluyó. Miró de nuevo brevemente hacia Cassie sin añadir nada más personal hacia ella, pero dejando claro el mensaje implícito que había detrás de sus palabras.

Cassie frunció el ceño.

¿Qué cojones estaba tratando de decir? ¿Que ella no sería una excelente abogada?

Aparte de cabrón era también un hijo de puta.

Sintió que el calor en sus mejillas se intensificaba, mientras las palabras de Ethan resonaban en su mente. La humillación era palpable, y aunque intentó concentrarse de nuevo, no lo consiguió.

A medida que la clase continuaba, Cassie luchó por mantener la compostura. Tomaba notas mecánicamente, sin procesar realmente lo que escribía. Su mente seguía regresando una y otra vez al momento en que Ethan había señalado su error frente a todos.

Sabía que era un profesor exigente, que no le gustaba la mediocridad, como había señalado Gerard, pero nunca había esperado que la corrigiera públicamente de aquella forma, cuando no lo había hecho con nadie más.

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, la clase llegó a su fin.

Los estudiantes comenzaron a recoger sus cosas y a salir del aula.

Algunos le lanzaban miradas comprensivas a Cassie mientras pasaban a su lado. Ella permaneció sentada un rato más, tratando de calmarse.

No sopesó ni se detuvo a pensar si enfrentarlo era buena o mala idea. Simplemente, guiada por un impulso, se levantó.

—¿Dónde vas? —le preguntó Ingrid, al ver la resolución que había en la expresión de su cara.

—A hablar con él —respondió Cassie.

CAPÍTULO 9

—¿Qué? ¿Te has vuelto loca? —intervino Gerard al oírla—. No puedes enfrentarte a él.

Cassie se volvió hacia sus amigos.

—Claro que puedo hacerlo. No voy a aguantar todo el semestre así —aseveró—. Ethan Lawson la tiene tomada conmigo por la abolladura que le hice a su maldita moto, y es injusto.

—Cassie, ten cuidado, puedes empeorar las cosas —dijo Ingrid.

—Ya me da igual —atajó—. Si quiere suspenderme, que lo haga.

Se giró y terminó de bajar las escaleras.

—Te esperamos fuera, ¿vale? —dijo Ingrid.

—Vale —respondió Cassie sin volverse.

Ethan recogía sus papeles y los guardaba en su maletín con movimientos metódicos, cuando Cassie se dirigía a él con pasos decididos. Su corazón latía con fuerza, impulsado por una mezcla de rabia y determinación. Tenía que decir algo; no podía dejar que aquella situación quedara así.

El aula se había vaciado rápidamente, dejando un silencio tenso en el aire. Las luces fluorescentes zumbaban en el techo.

—Señor Lawson —dijo con voz firme pero controlada—, ¿tiene un momento? Me gustaría hablar con usted.

Ethan levantó la vista de sus papeles y asintió con la cabeza.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita Maalim?

—Quiero hablar con usted sobre lo que ha pasado hoy en clase.

Los ojos de Ethan reflejaron una mezcla de impaciencia y curiosidad.

—Sobre qué quiere hablar exactamente —dijo con un tono que sugería que ya sabía por dónde iba a ir la conversación.

Cassie respiró hondo antes de continuar. Su voz temblaba ligeramente por la indignación, pero necesitaba mostrarse firme. No iba a permitir que Ethan Lawson la intimidara. O por lo menos no iba a dejar que se le notara. Antes se cortaba las piernas.

—Me ha dejado en evidencia frente a toda la clase —comenzó—. Cuestionó mis respuestas de una forma que no ha hecho con nadie más, y no creo que haya sido justo.

—Señorita Maalim, una parte de mi trabajo consiste en desafiar a mis alumnos para que

piensen de manera crítica.

Cassie negó con la cabeza, sin dejarse convencer por su explicación.

—¿Y eso incluye humillar a sus alumnos? —le preguntó directamente.

—Yo no he tratado de humillarla. Le hice esas preguntas porque pensé que podía manejarlas.

—No lo hizo por eso, lo hizo porque tiene una cruzada contra mí.

—Eso es una conjetura personal, yo no tengo nada en contra de usted —afirmó Ethan.

—¿Ah, no? —Cassie se agarró con fuerza a su carpeta.

Ethan soltó un suspiro exasperado, claramente irritado por la acusación de Cassie. Apoyó las palmas de las manos en la mesa y se inclinó hacia adelante.

Cassie no pudo evitar fijarse en cómo la tela de la camisa se tensaba alrededor de sus anchos hombros. Enfadada consigo misma, se preguntó por qué tenía que fijarse en eso.

—Nadie me dice cómo llevar mis clases, señorita Maalim —dijo en tono tajante—. Sé perfectamente lo que funciona para motivar a los estudiantes. Si no puede manejar un poco de presión, tal vez debería reconsiderar sus prioridades académicas.

Las palabras de Ethan cayeron como un jarro de agua fría sobre Cassie, pero ella no retrocedió. Dio un paso adelante, decidida a defenderse.

—No estoy diciendo que no pueda desafiarme —insistió—. Pero hay una línea entre eso y hacerme sentir incompetente delante de toda la clase. Usted ha cruzado esa línea hoy.

Ethan enderezó la espalda, bufando. La tensión en el aire era palpable.

—No tengo tiempo para preocuparme de los sentimientos personales de mis alumnos cuando trato de prepararlos para el mundo real —replicó, sin ceder terreno.

Cassie sonrió con amargura para sus adentros. Como si ella no supiera lo que era el mundo real. Ella lo sabía mejor que nadie.

—Tal vez debería empezar a preocuparse un poco más por los sentimientos personales de sus alumnos si quiere ser un buen profesor —dijo finalmente. Su voz estaba cargada de desafío.

Ethan la ignoró.

—Buenos días, señorita Maalim —dijo, antes de girarse para salir del aula.

Cassie sintió cómo la frustración ardía dentro de ella ante la falta de comprensión de Ethan. ¿Cómo podía ser así?

Resopló y se pinzó el puente de la nariz con los dedos. Se preguntó cómo iba a sobrevivir al primer año de Derecho y cómo iba a sobrevivir a Ethan Lawson.

Transcurridos unos segundos, salió del aula.

La puerta se cerró detrás de ella con un suave *clic*, pero el eco de la discusión aún resonaba como un eco en su mente.

El pasillo era un hervidero de estudiantes, que caminaban de un lado a otro hacia sus próximas clases.

Unos metros más adelante la esperaban Ingrid y Gerard. Ambos levantaron la vista al verla acercarse, y sus expresiones cambiaron rápidamente al notar la tensión que mostraba el rostro de Cassie.

—¿Qué tal te ha ido? —preguntó Ingrid, dando un paso adelante, con una preocupación evidente en la voz.

Cassie se detuvo frente a ellos, sintiendo cómo la rabia y la frustración pugnaban por salir en forma de lágrimas. Se cruzó de brazos, como si intentara contenerse a sí misma.

—Ha ido fatal —comenzó. Su voz temblaba ligeramente.

—¿Qué te ha dicho? —dijo Gerard.

—Básicamente me ha dicho que nadie le dice cómo dar sus clases y que si no puedo manejar la presión, debería reconsiderar mis prioridades académicas —explicó.

Ingrid intercambió una mirada rápida con Gerard antes de volver su atención a Cassie.

—Es un jodido cabrón —comentó Gerard.

—No ha querido entenderme ni un solo momento —añadió Cassie—. Es como hablar con una pared.

—Lo siento mucho —dijo Ingrid con indignación, abrazándola—. Es muy injusto, Cassie. No puede tratarte así solo porque es profesor.

Gerard asintió enérgicamente, compartiendo el sentimiento de Ingrid.

—Ingrid tiene razón —dijo.

—Él trata así a todo el mundo. Tiene un ego y una vanidad tan grandes que lo van a aplastar. Si hubiera sido rey le hubieran llamado Ethan, «el Vanidoso» —repuso Cassie, con una ligera nota de humor en la voz.

Ingrid y Gerard se echaron a reír.

—Eres genial, Cassie —afirmó Gerard, y le guiñó un ojo con complicidad.

Ella sonrió débilmente.

Ingrid le dio un suave apretón en el brazo mientras le ofrecía una sonrisa alentadora.

—Gracias, chicos —murmuró Cassie.

—Nos conocemos desde hace poco. —Ingrid intercambió una mirada con Gerard—, pero puedes contar con nosotros —dijo.

—Sí, por supuesto —aseguró Gerard—. Te apoyaremos sin importar las circunstancias.

—Gracias, de verdad. Esto se lleva mejor con vosotros al lado —dijo Cassie.

Gerard alargó el brazo y le dio un apretón en el hombro.

—Tenemos libre la siguiente hora, ¿qué os parece si vamos a la cafetería a hincharnos a tarta de chocolate? —propuso Ingrid.

Los tres se miraron.

—Igual que dije ayer, me parece la mejor idea del mundo. No hay nada mejor que una buena dosis de chocolate para aliviar las penas —dijo Cassie.

—A mí también me parece una buena idea, sigo necesitando un poco de cafeína para despertar —apostilló Gerard.

Y pusieron rumbo a la cafetería.

CAPÍTULO 10

El sol de media mañana se filtraba a través de los amplios ventanales del despacho del rector de la universidad, proyectando sombras azuladas sobre el suelo de madera pulida.

Las figuras danzaban suavemente al ritmo del viento que agitaba las ramas de los árboles en el campus.

El aire del interior estaba impregnado de un leve aroma a café y papel.

En el fondo de la estancia, detrás de un imponente escritorio de caoba, que parecía haber sido testigo de muchas reuniones importantes, se encontraba el rector Harold Whitmore. Un hombre de sesenta y cuatro años, con el pelo canoso y penetrantes ojos grises, que había guiado con mano firme a generaciones enteras de estudiantes y profesores.

Los diplomas y títulos enmarcados que adornaban las paredes eran testigos de su legado académico.

Frente a él, en una silla de cuero negra, estaba sentado Ethan. Tenía una expresión expectante en el rostro, curioso por saber para qué le había llamado el rector y qué quería de él.

Durante unos segundos, se le había pasado por la cabeza que quizá a la señorita Maalim se le había ocurrido quejarse de él. No parecía muy contenta después de la última discusión que habían tenido.

Cruzó las piernas con una elegancia natural, mientras Harold se reajustaba la corbata.

—¿Para qué me has llamado, Harold? —dijo.

—Lo primero, quería agradecerte que hayas venido tan rápido. Hay algo importante que necesito discutir contigo —comenzó el rector con voz grave pero amistosa.

Ethan seguía expectante.

—¿De qué se trata? —preguntó con tono neutral, aunque su mente ya llevaba un rato especulando sobre el motivo detrás de aquella inesperada reunión, y no parecía que tuviera nada que ver con ninguna queja de Cassandra Maalim.

Harold se inclinó hacia adelante, entrelazando los dedos sobre la mesa mientras elegía cuidadosamente sus palabras. Sabía que lo que estaba a punto de proponer requeriría toda su habilidad de persuasión.

—Como sabes —comenzó lentamente—, nuestra universidad ha estado luchando por recuperar su prestigio en los últimos años. Hemos perdido terreno ante otras universidades en varios frentes, y uno de ellos es el concurso anual de Jóvenes Abogados. Hace más de una

década que no ganamos ese premio —explicó con un deje de preocupación en su voz—, con todo lo que ello conlleva. Menos influencia, menos subvenciones, menos reputación… La gente apenas se acuerda de que aquí estudió Barack Obama —se quejó.

Ethan asintió lentamente con la cabeza, recordando vagamente las conversaciones sobre el concurso que había escuchado en los pasillos.

Era un prestigioso evento que reunía a las mentes jóvenes más brillantes del país para competir en la elaboración de una defensa oral sobre un caso de Derecho simulado.

Ganar significaba, no solo reconocimiento para la Universidad, sino también para quienes estuvieran involucrados directamente y, además, el alumno se postulaba para conseguir el Rising Stars, dirigido a ofrecer a los profesionales un reconocimiento por las valiosas contribuciones en su carrera.

Ethan había ganado uno a los diecinueve años, convirtiéndose en el estudiante más joven en conseguirlo.

—Entiendo la importancia del concurso, pero ¿qué tiene eso que ver conmigo? —le preguntó directamente al rector.

Harold sonrió levemente.

—Quiero que seas el tutor de nuestro representante este año —dijo sin entretenerse en preámbulos.

Ethan levantó una ceja, sorprendido por la propuesta.

—¿Por qué quieres que sea yo? —preguntó.

—Creo que tu experiencia y habilidades podrían marcar la diferencia para nosotros —respondió el rector—. Eres uno de los mejores abogados del país. Tu reputación es impecable y eres conocido por la agudeza de tu inteligencia.

—¿Y quién es la representante? —quiso saber Ethan.

—Es una alumna tuya. —El rector miró un papel—: Cassandra Maalim.

El nombre cayó como una piedra lanzada a un abismo, en el silencio del despacho.

Ethan sintió cierta reticencia ante la posibilidad de trabajar junto a la señorita Maalim. La relación con ella había sido tensa desde el principio. Era evidente que no se caían bien, aunque el rector no estuviera al tanto de ello.

—No estoy seguro de si soy la persona adecuada para esto —dijo.

—¿Por qué?

—La señorita Maalim y yo no nos llevamos precisamente bien —respondió Ethan.

—¿Tienes problemas con ella? —preguntó Harold, mostrando un leve matiz de alarma.

Ethan sacudió la cabeza.

—Nada importante. No es la primera vez que un alumno no aprueba mi forma de llevar las clases.

—Pero eso no es una razón de peso, Ethan. —Harold mantuvo el contacto visual con él—. Estoy seguro de que, si colaboráis juntos, sabrás manejar la situación—. Además, las posibilidades de éxito serán mayores si vuestras perspectivas son diferentes —dijo, tratando de convencerle.

Ethan permaneció en silencio unos segundos evaluando la situación.

La idea de compartir tanto tiempo con Cassandra Maalim no le hacía gracia. Esa chica no tenía ningún reparo en hacerle cara. Ya habían tenido dos enfrentamientos y, si trabajaban juntos, estaba convencido de que tendrían muchos más.

—¿Estás seguro de que Cassandra Maalim es la candidata ideal? —preguntó al rector, dejando entrever su escepticismo.

—Tiene un 9.94 en el SAT —contestó Harold—. Es la alumna con la nota más alta de los últimos años.

Ethan no pudo evitar sorprenderse. Sin embargo, la idea seguía sin resultarle atractiva. Prefería concentrarse en otras cosas, sin distracciones adicionales ni conflictos innecesarios.

Giró la cabeza hacia las ventanas, y observó los jardines bien cuidados del campus por los que decenas de estudiantes paseaban despreocupadamente bajo el cálido sol.

Pero Harold tenía un as bajo la manga. Un as que estaba seguro de que a Ethan le gustaría, así que decidió jugarlo, confiado de su efectividad.

—Además —comenzó en tono persuasivo, sabiendo el impacto que su oferta tendría en Ethan —. Si aceptas ser el tutor de Cassandra Maalim y logramos ganar el concurso de «Jóvenes Abogados» este año, habrá una cátedra esperándote. Si ganáis el concurso de Jóvenes Abogados, te asegurarás una cátedra en la Universidad.

Ethan volvió el rostro hacia el rector.

Sus palabras resonaron en su interior. Ethan era un adicto a los títulos y a las titulaciones. Tenía muchos, pero nunca parecían ser suficientes. Una cátedra a su edad era todo un récord. Un reconocimiento oficial académico, símbolo del respeto profesional por su dedicación al estudio del Derecho.

De pronto la oferta se había vuelto tentadora, demasiado tentadora para ignorarla, pese a que tuviera que trabajar junto a Cassandra Maalim.

Exhaló despacio antes de responder.

Dudaba del resultado final de aquella colaboración, aunque la señorita Maalim hubiera sacado un 9.94 en el SAT.

Supondría todo un desafío.

—Está bien, acepto —dijo finalmente, mirando directamente a los ojos grises del rector Whitmore, que sonrió satisfecho por haber logrado convencerlo.

—No has podido tomar una mejor decisión, Ethan —repuso Harold.

—¿Cuándo se lo vas a comunicar a Cassandra Maalim? —quiso saber él.

—Mañana.

Ethan asintió.

Después, ambos continuaron hablando de los detalles necesarios para preparar la participación en la próxima edición del Concurso de Jóvenes Abogados, donde el rector esperaba demostrar nuevamente la excelencia educativa de la Universidad de Derecho de Chicago frente a otros muchos competidores del país.

CAPÍTULO 11

Los alumnos entraban por ambas puertas del aula e iban tomando asiento.

Cassie, Ingrid y Gerard habían llegado juntos y se habían sentado en la parte central, justo en el pasillo que había en medio de la clase.

El murmullo habitual de los estudiantes llenaba el aire mientras se acomodaban, sacando cuadernos y ordenadores portátiles.

Ethan entró como todos los días con su maletín y su perpetua expresión de ligera desaprobación, recordando a un director de orquesta esperando el más mínimo error.

Su presencia imponente hizo que el bullicio disminuyera ligeramente, como ocurría siempre.

Cuando vio a Cassie, se acercó a ella con pasos decididos.

—Señorita Maalim, cuando acabe la clase, vaya al despacho del rector. Tiene que hablar con usted —dijo en tono neutral, sin detenerse demasiado tiempo.

Cassie se quedó a cuadros.

Ni siquiera le dio tiempo a preguntarle a Ethan para qué quería hablar el rector con ella, porque él continuó andando hasta el estrado, donde comenzó a preparar sus notas para la clase.

—¿Qué narices quiere hablar el rector contigo? —preguntó Ingrid, inclinándose hacia Cassie con curiosidad.

—No lo sé —respondió ella, tratando de mantener la calma, aunque notaba cómo un nudo se formaba en su estómago.

—¿Crees que Ethan Lawson se ha quejado de ti ante él? —lanzó Gerard, siempre dispuesto a especular sobre cualquier situación.

—Eso mismo es lo que me estoy preguntando yo —dijo Cassie, sintiendo que la ansiedad se apoderaba de ella. Recordó la discusión que habían tenido el día anterior. ¿Ethan se había chivado?

Ingrid frunció el ceño, compartiendo la preocupación de Cassie.

—No creo que vuestra discusión fuera tan grave como para que te llamen al despacho del rector para echarte la bronca… ¿o sí? —dijo Gerard, aunque su voz traicionaba cierta duda. Pero en él era normal, era un pesimista nato.

—No puede ser tan cabrón —intervino Ingrid, indignada.

—Si os soy sincera, yo de Ethan Lawson me espero cualquier cosa —contestó Cassie.

—Pues si le ha ido al rector Whitmore con el cuento es un cerdo —aseveró Ingrid.

Cassie respiró hondo, intentando calmarse mientras miraba al frente, donde Ethan iba a comenzar la clase.

Sacó el libro y el cuaderno para tomar apuntes. Sin embargo su mente no paraba de preguntarse cuál sería el motivo de aquella inesperada convocatoria.

La cabeza le daba mil vueltas.

Apenas podía concentrarse. Su mente seguía regresando a aquel encuentro con el rector Whitmore y las implicaciones que podría tener.

¿Había cruzado alguna línea sin darse cuenta? ¿Se había excedido? ¿Realmente Ethan se había quejado de ella por la discusión que habían tenido?

Un hilo de sudor frío se deslizó por su espalda.

La cabeza le iba a estallar.

Llegó el final de la clase y los estudiantes comenzaron a recoger sus cosas mientras salían del aula. Cassie permaneció sentada un rato más mientras se despejaban las escaleras.

—¿Estás bien? —le preguntó Ingrid.

—No lo sé —fue la respuesta de Cassie.

Ingrid y Gerard se levantaron para irse.

—Seguro que es una tontería —dijo Ingrid, tratando de algún modo de consolar a Cassie.

—¿Desde cuándo el rector te llama a su despacho por una tontería? —lanzó Gerard.

Ingrid lo fulminó con la mirada, aunque Cassie no lo vio porque aún estaba sentada.

—Por Dios Santo, Gerard, ¿es que no puedes callarte? Aunque sea un ratito —lo increpó Ingrid.

Él se encogió de hombros.

—Lo siento —se disculpó.

—Es igual —dijo Cassie distraída, mientras guardaba sus cosas en la mochila.

—Si necesitas que después le demos una paliza a Ethan Lawson, yo conozco a alguien que lo haría barato —bromeó Gerard.

Cassie no tuvo más remedio que reírse.

—Lo tendré en cuenta —dijo.

—Buena suerte —le deseó Ingrid, antes de salir del aula junto con Gerard.

Cassie asintió con la cabeza, agradecida.

Ya a solas, sabía que no podía posponer más aquel encuentro; tenía que enfrentarlo fuera lo que fuese lo que tuviera que decirle el rector.

Tomó una bocanada de aire para llenar los pulmones, se levantó del asiento y salió del aula en dirección al despacho del rector Whitmore.

Cassie caminaba por el pasillo que conducía al despacho del rector con una mezcla de ansiedad y nervios. El eco de sus pasos resonaba en el suelo.

Intentó calmarse inhalando aire varias veces seguidas de forma profunda, pero parecía una tarea imposible, su cabeza seguía dando vueltas a la posibilidad de que Ethan Lawson se hubiera quejado de ella.

Si lo había hecho, se merecía que le arrancaran la piel a tiras despacio. Muy despacio. Pensar en ello hizo que esbozara una sonrisa maliciosa en los labios. Sería tan delicioso verlo sufrir.

Al llegar a la puerta del despacho, se detuvo unos instantes para recomponerse. Finalmente alzó el brazo y tocó un par de veces con los nudillos. Un golpe suave, pero firme. Estaba decidida a defenderse de lo que hubiera dicho Ethan Lawson de ella.

Espero a que le indicaran que podía pasar.

—Adelante —dijo una voz madura desde dentro.

Le estaban sudando las manos, así que se las secó contra el pantalón antes de agarrar el pomo.

Al abrir la puerta, lo primero que notó fue un aroma familiar. La fragancia cálida y profunda de Ethan llenó sus fosas nasales con notas especiadas y toques cítricos.

Miró hacia su derecha.

Para su sorpresa, no solo estaba el rector Harold Whitmore sentado detrás de su imponente escritorio de caoba, sino también Ethan Lawson, que ocupaba una silla frente a él. Tenía los brazos cruzados y una ligera sonrisa en las comisuras de la boca, como si se acabara de reírse del remate de un chiste o algo gracioso. Un mechón de pelo caía ligeramente sobre su frente, enmarcando un rostro exasperadamente perfecto y jodidamente vanidoso.

La presencia de Ethan allí hizo que Cassie se detuviera en seco durante unos instantes. El estómago se le retorció.

Y sus peores presagios cristalizaron.

Si Ethan estaba en el despacho del rector era porque se había quejado de ella.

Tragó saliva, y sintió como si hubiera tragado un puñado de canicas.

—Ah, señorita Maalim —dijo el rector—. Por favor, tome asiento.

Cassie caminó hasta la silla vacía que había junto a Ethan y se sentó con la mochila encima de las piernas, tratando por todos los medios de ignorar la incómoda sensación que le producía estar tan cerca de él fuera del entorno del aula.

Notó cómo Ethan giraba ligeramente la cabeza hacia ella, pero evitó encontrarse con su mirada directamente.

—Genial, solo diez minutos tarde —refunfuñó.

«¿Cómo iba a quedarse callado?», pensó Cassie.

—Es que no encontraba el despacho —se defendió.

—Gracias por venir —continuó el rector, sin hacerles caso—. Sé que probablemente se esté preguntando por qué la he mandado venir a mi despacho.

«Por culpa de Ethan Lawson», se respondió Cassie a sí misma en silencio.

—Sí —dijo. Su voz sonó más aguda de lo que pretendía.

Lanzó una mirada rápida hacia Ethan, que mantenía su expresión neutral e imperturbable de costumbre. Era como si estuviera completamente ajeno a cualquier tensión entre ellos.

¡Dios, iba a matarlo! Contrataría a un sicario para que lo mataran.

—Bueno —comenzó Harold, mientras entrelazaba los dedos sobre el escritorio—, hemos estado revisando nuestras opciones para el próximo Concurso de Jóvenes Abogados. ¿Ha oído hablar de él, señorita Maalim?

—No —respondió Cassie.

El rector volvió a tomar la palabra.

—Es un concurso que consiste en la elaboración de una defensa oral sobre un caso de Derecho simulado en distintas rondas —le explicó—. Es un evento muy importante para nuestra Universidad y queremos asegurarnos de enviar a nuestros mejores estudiantes. Además, este año somos los anfitriones, ya que se celebra en Chicago.

Cassie sintió que el corazón le daba un vuelco.

—No tengo que decirle que ganar significa un reconocimiento para nuestra Universidad, pero también para el estudiante que participe. Incluso podría postularse para el Rising Stars.

El pulso de Cassie se aceleró. Sabía lo prestigioso que era el Rising Stars y lo mucho que significaba optar a él.

—Creemos que usted es una candidata perfecta para representarnos este año.

—¿Lo está diciendo en serio? —preguntó Cassie.

—Por supuesto. Usted tiene la nota más alta del SAT, eso es una excelente carta de presentación.

La sorpresa inicial dio paso rápidamente al nerviosismo. Participar en el concurso sería una oportunidad increíble. Sin embargo, antes de poder responder, el rector añadió algo más.

—Y estoy seguro de que estará encantada de saber que el profesor Lawson será su tutor durante este proceso. Él será quien la prepare.

Cassie parpadeó varias veces mientras procesaba la información.

¿Ethan Lawson? ¿Su tutor?

¿Qué clase de retorcido juego se traía el puto Universo con ella? No, tenía que ser una broma. Sí, una jodida y maquiavélica broma.

La idea le resultaba incluso rocambolesca, si no fuera porque sabía lo serio que era todo aquello.

Miró a Ethan buscando alguna señal de burla o un gesto de ironía en su rostro, pero él simplemente la observaba con una tranquilidad que no hacía otra cosa que irritar a Cassie. De hecho, su expresión sugería que preferiría estar en cualquier otro lugar, tal vez incluso atrapado en un atasco.

—¿El profesor Lawson? —repitió, con incredulidad en la voz.

Ethan asintió ligeramente, sin cambiar su expresión impasible.

—Sí —confirmó Harold Whitmore, por si Cassie no había escuchado bien—. El profesor Lawson es el más adecuado para prepararla. Sus conocimientos y su experiencia como abogado son invaluables.

Cassie no quería trabajar con Ethan. Era insufrible. Fueran o no fueran sus conocimientos y su experiencia invaluables.

«¿Por qué a mí y por qué con él? Hay muchos más profesores, joder», pensó.

Todo terminaría en un desastre. No lo soportaba y menos después de la discusión que habían tenido, y todo lo que le había dicho y la insensibilidad que había mostrado. Aquel hombre podría convertir su vida en un infierno sin mucho esfuerzo.

Y ella acabaría saliendo en el telediario, porque seguramente trataría de estrangularlo en algún momento.

Definitivamente no quería tener a Ethan Lawson como tutor, ya era suficiente aguantarlo como profesor de la asignatura más difícil del curso.

Intentando mantener la compostura, dijo:

—Agradezco mucho el ofrecimiento… pero creo que hay otros estudiantes igualmente capacitados que podrían beneficiarse de esta oportunidad.

El rector levantó sus canosas cejas, sorprendido ante la inesperada respuesta de Cassie, mientras Ethan permanecía en silencio, observándola atentamente…

—Señorita Maalim, ¿es usted consciente de lo que se le está proponiendo? —preguntó el rector en tono serio.

—Sí —respondió ella.

—¿Está segura?

—Sí. Simplemente en estos momentos no es la mejor opción para mí. —Y sin añadir nada más, se levantó de la silla, colgándose la mochila en el hombro, se giró y salió del despacho.

Cuando la puerta se cerró, Ethan y el rector intercambiaron una mirada.

—Busca a otra y problema resuelto —dijo Ethan, encogiendo los hombros.

Harold Whitmore negó con la cabeza.

—No, Ethan, el consejo la quiere a ella —respondió.

Ethan frunció el ceño, intrigado por la insistencia del rector.

—¿Por qué?

—Aparte de por la nota que sacó en el SAT, es una inmigrante africana en Estados Unidos. Es perfecta para todo este movimiento «woke» en el que estamos inmersos actualmente. Ya sabes… empoderar a grupos que han sido históricamente marginados de la sociedad.

Ethan asintió.

Entendía las implicaciones sociales y políticas detrás de la decisión de escoger a Cassandra Maalim. La universidad no solo buscaba destacar académicamente, sino también vincularse con valores que promovieran la diversidad y la inclusión.

Harold recostó la espalda en la silla.

—Llevar a esa chica es un punto extra para nosotros. —Bajó la mirada—. Esas cosas cuentan.

—Lo entiendo —dijo Ethan—. Pero eso no cambia el hecho de que ella no está interesada.

Harold lo miró directamente a los ojos.

—Ethan, sé que puedes ser muy persuasivo cuando te lo propones. Además, creo que debajo de esa resistencia inicial de la señorita Maalim hay un deseo de aprovechar esta oportunidad. Solo necesita un poco de orientación… y quizás alguien que le muestre que puede confiar en él durante este proceso.

Ethan dejó escapar una pequeña risa llena de ironía.

—¿Así que ahora soy un guía espiritual además de profesor? —bromeó.

Harold sonrió por el comentario antes de ponerse serio nuevamente.

—Confío en tu capacidad para manejar esto —comenzó—. Eres uno de los mejores abogados de la ciudad, has convencido a jurados completos para llevártelos a tu terreno y ganar un caso. —Echó el torso hacia adelante—. La señorita Maalim tiene potencial; solo necesita alguien que crea en ella tanto como nosotros lo hacemos.

Ethan se quedó pensativo unos segundos.

Quizá Harold tuviera razón y la señorita Maalim tuviera suficiente potencial como para ganar el Concurso de Jóvenes Abogados.

—Está bien —accedió finalmente—. Me encargaré de convencerla para que participe en el concurso. Haré lo que esté en mi mano para asegurarme de que cambie de opinión.

Harold asintió, satisfecho con la respuesta de Ethan.

—Confío plenamente en tu habilidad para persuadirla —dijo—. Si alguien puede lograrlo, ese eres tú. —Sonrió—. Además, todos salimos beneficiados. Si ganamos el Concurso de Jóvenes Abogados, la Universidad vuelve a posicionarse entre las mejores del país y tú te convertirás en un ilustre catedrático antes de cumplir los veinticinco.

Ethan tuvo que admitir que la idea le entusiasmaba. Un nuevo título con el que ampliar su currículum.

Harold levantó un dedo.

—Ah, un pequeño detalle… No le digas que he sido yo el que te ha mandado para que trates de convencerla, dile que ha salido de ti, que crees en su potencial, que ves algo especial en ella… —Esbozó una sonrisa de complicidad—. Eso será un punto a tu favor.

—Vale.

CAPÍTULO 12

Cassie salió del despacho del rector con la cabeza hecha una maraña de pensamientos y el corazón latiendo a mil por hora.

Estaba confusa por el ofrecimiento que le habían hecho y frustrada ante la idea de trabajar con Ethan Lawson. Incluso había un toque de ironía en toda aquella situación, considerando las circunstancias en las que Ethan y ella se habían conocido.

Atravesó el campus camino del parking, intentando ordenar todas las emociones que pasaban por su cabeza. A su alrededor, estudiantes paseaban despreocupadamente disfrutando de la cálida tarde soleada. Otros estaban tumbados en el césped, hablando animadamente y compartiendo risas.

—He tomado la decisión correcta —susurró.

Estaba convencida de que había elegido lo que era mejor. No podría superar las diferencias que existían entre ella y el profesor Lawson lo suficiente para que su colaboración fuera exitosa de cara al concurso.

No se tragaban, y era mutuo, y algo casi palpable.

Sí, había tomado la decisión correcta.

Al llegar al coche, lo abrió, se subió en él, lo arrancó y se marchó a casa. Por fin había llegado el ansiado fin de semana.

Colocó la mochila en la silla del escritorio, se quitó las zapatillas Converse blancas, lanzándolas por ahí y aterrizando a saber dónde, y se dejó caer sobre la cama.

Suspiró ruidosamente.

De pronto, el sonido de varios WhatsApp llenó el aire. Sacó el teléfono del bolsillo de su pantalón y, bocarriba en la cama, abrió la aplicación.

Una sonrisa se extendió en sus labios al ver que eran Ingrid y Gerard, preguntándole acerca de lo que había pasado en el despacho del rector.

Abrió el grupo que habían creado y al que habían llamado «Los Tres Mosqueteros», un nombre que había surgido tras los inspiradores bocados de la tarta de tres chocolates de la

cafetería del campus.

Ingrid: ¿Cómo ha ido? Dime que bien.

Gerard: ¿Hay que matar a Ethan Lawson?

Cassie: No, todavía no es necesario mancharnos las manos. Me han escogido para ser la representante este año en el Concurso de Jóvenes Abogados.

Hubo una pausa breve antes de que las respuestas llegaran casi simultáneamente.

Ingrid: ¡¿QUÉEEE?! Cassie, eso es increíble. ¡¡¡¡Felicidades!!!!

Gerard: ¡¡¡Tomaaa!!! Eso es un notición.

Cassie se rio mientras leía los mensajes. Sabía que Ingrid y Gerard estaban emocionados por ella, pero aún tenía que contarles la parte complicada.

Cassie: Esperad, chicos, hay un pequeño detalle... He dicho que no.

La respuesta de uno y de otro fue inmediata.

Ingrid: ¿Perdón? Creo que mi cerebro acaba de sufrir un cortocircuito. ¿Por qué dirías que no? ¿Estás LOCA?

Gerard: Cassie, ¿te golpeaste la cabeza al salir del despacho? Porque eso explicaría todo.

Cassie suspiró y comenzó a escribir rápidamente en la pantalla para explicarles la situación.

Cassie: No, no me he dado un golpe en la cabeza. El problema es quién sería mi tutor…

Ingrid: ¿Quién?

Cassie: Ethan Lawson.

Hubo un silencio momentáneo antes de que Gerard hablara de nuevo.

Gerard: No jodas. ¿Es una broma? ¿Te estás quedando con nosotros?

Cassie: No.

Ingrid: No puede ser.

Cassie: Eso mismo he pensado yo, pero lo es.

Ingrid: Puedo entenderlo, Cassie, pero aún así no puedes rechazarlo.

Gerard: Vamos, Cassie. No puedes dejar pasar esta oportunidad solo porque Lawson te cae como una patada en el hígado .

Cassie sabía que tenían razón, pero aún sentía esa resistencia interna cada vez que pensaba en trabajar con Ethan. Había una vocecita interior que le gritaba que no era buena idea.

Cassie: Es solo que… yo tampoco le caigo bien a él. Disfruta haciéndome la vida imposible en clase. No sé si podría soportarlo también fuera.

Ingrid: Mira, te entiendo. Tiene que ser horrible. Pero piensa en lo beneficioso que sería para tu futuro participar en ese concurso. Podrías ganar el Rising Stars y abrirte muchas puertas después de graduarte.

Gerard añadió su propio toque persuasivo al argumento.

Gerard: Cassie, imagina lo satisfactorio que sería demostrarle al engreído de Lawson lo increíblemente buena que eres. ¡Joder, te sacaste un 9.94 en el SAT! Sería como ganarle en su

propio juego.

Cassie sonrió ante la imagen mental creada por Gerard. Tenía que admitir que había algo tentador en su idea…

Cassie: Muy buena perspectiva, Gerard.

Gerard: Entonces, ¿te lo vas a pensar? Al menos…

Cassie: No, chicos. La decisión ya está tomada. Agradezco mucho todo lo que me decís… Pero no quiero tener nada que ver con Ethan Lawson. No puedo imaginarme lo que tiene que ser lidiar con él todos los días fuera del aula también…

Cassie sabía lo importante que era esa oportunidad desde una perspectiva profesional, pero algo dentro de ella se resistía firmemente a aceptar trabajar de forma tan estrecha con Ethan Lawson.

Ingrid intentó cambiar el enfoque.

Ingrid: Tal vez el profesor Lawson sea diferente fuera del entorno académico… Podrías sorprenderte…

Cassie negó con la cabeza, escéptica, aunque ellos no podían verla.

Cassie: Lo dudo mucho… Además, hay otros estudiantes igualmente capacitados que podrían beneficiarse de esta oportunidad.

Ingrid: ¡No podemos dejarte renunciar sin más!

Gerard: Exacto. Somos Los Tres Mosqueteros por algo… Uno para todos y todos para uno.

Ingrid: Esto requiere un consenso entre los tres, frente a un trozo de tarta de la cafetería del campus.

Gerard: Lo secundo.

Cassie se echó a reír.

Cassie: Chicos, estamos cogiendo una costumbre muy mala con la tarta de tres chocolates de la cafetería. A este ritmo, vamos a terminar el curso pesando quince kilos más.

Gerard: jajajaja

Ingrid: jajajajajaja

Cassie: Chicos, os dejo. Tengo que comer para irme a trabajar al supermercado. Nos vemos el lunes.

Gerard: Yo este fin de semana me voy de pesca con mi padre.

Ingrid: Disfruta.

Cassie: Sí, disfruta.

Ingrid: Hasta el lunes.

Gerard: Hasta el lunes.

Cassie: Hasta el lunes.

Cassie se levantó de la cama, guardó el teléfono en el bolsillo trasero del pantalón y se dirigió a la cocina.

Keeya estaba en el instituto, pero había dejado preparado en la nevera unos macarrones con tomate para comer.

CAPÍTULO 13

La noche había caído sobre Chicago como un manto oscuro, salpicado aquí y allá por las luces parpadeantes de los letreros de los comercios.

El aire era fresco, con una brisa fresca que arrastraba el aroma del asfalto húmedo tras una breve tormenta que había dejado una ligera llovizna.

Cassie acababa de terminar su turno en el supermercado y caminaba a paso rápido por la acera. Sus zapatillas chapoteaban suavemente en los charcos que se habían formado a lo largo de la calle.

Sus abundantes rizos negros estaban recogidos en una coleta en lo alto de la cabeza y sus mejillas estaba ligeramente frías, por el aire fresco que había dejado la tormenta.

A pesar del cansancio acumulado tras horas de trabajo y de pasar toda la mañana en la Universidad, Cassie se sentía relativamente tranquila mientras recorría las calles casi desiertas del barrio.

Había llegado a la conclusión de que a veces era necesario priorizar el bienestar mental sobre cualquier otra cosa. Después de todo, había muchas maneras de alcanzar el éxito y construir un futuro brillante; el Concurso de Jóvenes Abogados era solo una opción entre muchas otras posibilidades.

Un ruido apagado en la calle la hizo detenerse. Se puso tensa. ¿Sería un gato?

Miró a un lado y a otro, pero no vio nada. Así que metió las manos en los bolsillos de la cazadora vaquera y siguió su camino.

La sensación de calma se desvaneció rápidamente cuando dobló la esquina y oyó una voz a su espalda.

—Hola, Cassie.

Cassie cerró los ojos.

Conocía bien quién era el dueño de esa voz ronca. Pertenecía a Jake, el macarra oficial del barrio. Jake era conocido por causar problemas y buscar pelea con cualquiera que considerara una presa fácil.

Jake, como muchos macarras, en el fondo era un cobarde.

A Cassie no le gustaba. De hecho, le tenía miedo, aunque nunca lo había demostrado delante de él.

Desde que Keeya y ella se habían mudado a aquel barrio en la periferia de Chicago, Jake le

había soltado alguna que otra grosería de índole sexual, pero Cassie lo había ignorado.

No quería problemas.

Había oído suficientes historias sobre él y sus amigos como para saber que era mejor evitarlos si era posible.

Abrió los ojos, dio media vuelta y se encontró a Jake junto con otro chico, bajo la luz amarillenta de una farola.

—¿Qué queréis? —preguntó, luchando por que su voz sonara firme. No podía permitirse el lujo de mostrarse débil ante él. Esos tipos eran como las hienas.

—Charlar un rato contigo —respondió Jake.

—Tengo prisa —dijo Cassie, echando a andar.

Intentó retomar su camino hacia casa, pero Jake hizo un gesto al otro chico, y ambos se interpusieron en su recorrido.

Jake no era muy alto, pero sí corpulento. Tenía el pelo rapado y una chaqueta de piel descolorida (y que en otros tiempos había sido marrón). Sus ojos oscuros destellaban una peligrosa arrogancia, y en aquel momento la miraban con interés mientras se acercaba a ella.

Cassie sintió cómo su corazón comenzaba a latir más rápido.

—¿Por qué tanta prisa? —dijo Jake, con una sonrisa de medio lado que no auguraba nada bueno.

—Acabo de salir de trabajar y estoy cansada, solo quiero llegar a casa —respondió Cassie, levantando la barbilla.

—Ah, sí, trabajas en el supermercado de la esquina que está a tres manzanas de aquí.

A Cassie no le gustó que supiera dónde trabajaba. Pero era algo normal, por otro lado. Por supuesto, en aquel barrio no pasaba nada que Jake no supiera.

Quizá también sabía que vivía sola con su hermana y que no tenían a nadie que las protegiera.

—¿Te apetece venir a una fiesta con nosotros? —le preguntó Jake—. Te aseguro que te divertirás. —Lanzó un vistazo rápido al chico que iba con él, que se echó a reír de forma sugerente.

Cassie sintió un nudo formarse en su estómago mientras intentaba mantener la calma y se agarraba fuerte a la correa del bolso que llevaba colgando en el hombro. Sabía que no debía mostrar miedo; eso solo les daría más poder sobre ella.

—Ya os he dicho que estoy cansada —contestó, luchando por contener el temblor de su voz.

Echó a andar de nuevo, pero Jake dio un par de pasos hacia adelante, bloqueándole el paso.

—Vamos, no seas así.

Cassie miró a su alrededor en busca de ayuda o de alguna ruta alternativa para escapar, pero las calles estaban desiertas en aquella parte de la ciudad y Jake y su amigo ya habían comenzado a rodearla lentamente. La situación se volvía cada vez más tensa e incómoda.

Tragó saliva. Tenía la boca tan seca por los nervios que sintió la garganta como si fuera lija.

La cosa se estaba poniendo fea. Pero fea de verdad.

—Déjame pasar —insistió Cassie, tratando de sonar más segura de lo que realmente se sentía.

Jake levantó las manos en un gesto aparentemente pacífico pero cargado de burla.

—Tranquila. No queremos hacerte daño… a menos que nos obligues —dijo con voz melosa, antes de intentar acercarse aún más.

Cassie se dio cuenta de que aquel encuentro no había sido fortuito. Ni mucho menos. Jake había ido a por ella. Sabía que todos los días pasaba por allí a la misma hora, cuando salía de trabajar en el supermercado. Y la había esperado.

Fue entonces cuando Cassie sintió cómo el pánico comenzaba a apoderarse de ella. Su mente corría frenéticamente buscando alguna solución, mientras el instinto le hacía retroceder unos pasos para mantener la distancia entre ambos.

Jake alargó los brazos y le dio un empujón, provocando que Cassie trastabillara. Por suerte no se cayó al suelo. Y aunque pudo recobrar el equilibrio, el otro chico la empujó de nuevo contra Jake.

—Dejadme en paz —dijo Cassie. Su voz empezó a sonar desesperada.

Pero sus palabras cayeron en saco roto. Aquellos tipejos tenían un objetivo claramente definido: ella.

Estaba perdida.

Cassie sintió que el corazón le latía en la base del cuello, mientras la zarandeaban de un lado a otro.

Justo cuando parecía que las cosas iban a empeorar irremediablemente, se escuchó una voz grave y profunda.

—¿Qué está pasando aquí?

CAPÍTULO 14

Ethan Lawson surgió caminando entre la penumbra, como si emergiera directamente de las sombras de la mismísima noche.

Apareció alto y solemne, con un porte elegante que mantenía incluso bajo la presión de aquellas circunstancias. Su cabello oscuro, cuidadosamente peinado de manera informal, reflejaba la tenue luz de la farola, creando un halo dorado alrededor de su cabeza.

Vestía una cazadora de cuero de color negro, pantalones oscuros y botas de cordones por encima del tobillo, completando así una imagen sofisticada e imponente.

Cassie sintió un enorme alivio. No sabía qué hacía allí, pero había llegado en el momento más oportuno. Se recolocó la cazadora sobre el hombro.

Al ver la escena que se estaba desarrollando frente a él, Ethan frunció el ceño.

Avanzó decidido hacia Jake y su amigo, y fue entonces cuando vio a Cassie. Hasta ese momento no la había reconocido debido a los claroscuros de la calle. Sabía que algo estaba ocurriendo con una chica, pero no se había dado cuenta de que esa chica era la señorita Maalim.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó de nuevo Ethan, con una voz tan autoritaria que era capaz de cortar la tensión que había en el ambiente como un cuchillo caliente un trozo de mantequilla.

Jake y su amigo intercambiaron una mirada rápida antes de responder, intentando mantener una fachada desafiante.

—Nada importante —contestó Jake—. Solo estábamos charlando con esta chica.

Ethan dirigió una mirada fulminante a Jake, como si fuera un ángel vengador, que ahora parecía menos seguro de sí mismo bajo el intenso escrutinio de los ojos oscuros de Ethan.

—No parece una reunión muy amigable desde mi perspectiva —replicó Ethan, sin perder la compostura ni apartar la vista de Jake.

Él miró a su amigo y ambos retrocedieron un par de pasos.

—Está bien, no queremos problemas —dijo Jake.

—Será mejor que os vayáis —repuso Ethan.

—Claro, nos vamos ahora mismo —habló de nuevo Jake. Su tono era chulesco.

Miró a su amigo, que le siguió cuando se dio la vuelta, lanzando una última mirada a Cassie.

Ethan se acercó a ella.

—¿Está bien? —Pero apenas le dio tiempo de formular la pregunta, cuando recibió un golpe por detrás.

Lanzó un gruñido al aire.

Jake le había pegado un puñetazo en el costado a traición. En aquel momento, la actitud tranquila de Ethan se esfumó.

Se movió con una velocidad sorprendente, girándose hacia su agresor, al que sacaba una cabeza de altura. Una rápida patada en la rodilla hizo que Jake se doblara. Rugió de dolor, agarrándose la pierna.

El otro chico se abalanzó sobre Ethan, pero él se echó hacia un lado y esquivó el golpe que pretendía propinarle. Después se giró y le asestó un fuerte puñetazo en la mandíbula, enviándolo al suelo.

Jake, recuperado, intentó otro ataque, sin embargo Ethan, con la adrenalina corriéndole por las venas, le asestó un golpe en el plexo solar, incapacitándolo de manera efectiva. Ethan sintió un dolor agudo en la mano derecha; los nudillos le palpitaban. Pero le daba igual.

Jake y su amigo parecían no haber tenido suficiente, porque juntos volvieron a atacar a Ethan. Él golpeó con los puños todo lo que pudo, utilizando su tamaño y su fuerza para controlar la situación.

Los años que llevaba practicando boxeo con los socios del bufete merecían la pena.

La lucha culminó con Ethan lanzando a Jake contra el suelo, con un rodillazo bien dirigido a su estómago.

—Vámonos —dijo Jake a su amigo, al tiempo que le agarraba de los hombros y tiraba de él para ayudarlo a levantarse.

Ethan seguía con los puños en el aire, dispuesto a continuar peleando si aquellos mamarrachos eran tan inconscientes de no parar.

Jake se incorporó y lanzó a Ethan una mirada de desprecio mientras se tocaba el labio inferior, por el que se deslizaba un hilo de sangre. Su amigo tiró de él.

—Jake, vámonos —repitió.

Ethan entornó los ojos y los apuntó con el dedo índice.

—Pobre de vosotros como me entere de que la molestáis de nuevo —amenazó.

Finalmente los chicos echaron a correr, trastabillando, y desaparecieron tras una esquina. Fue entonces cuando Ethan empezó a registrar el dolor de su mano derecha.

Tomó aire y miró a Cassie, que estaba de pie a un lado, con el rostro desencajado.

—¿Señorita Maalim, está bien? —le preguntó.

—Sí, pero usted no —respondió ella, algo alarmada, observando su mano.

Ethan bajó la mirada y revisó sus nudillos, notando la hinchazón y los moratones. En uno de ellos se había abierto una pequeña grieta y tenía unos puntitos de sangre.

—No es nada —dijo, abriendo y cerrando la mano para desentumecerla.

—Espere un momento —murmuró Cassie, buscando algo en el bolso—. Tengo pañuelos de papel…

—No importa —se adelantó a decir Ethan.

Pero Cassie ignoró sus palabras. Sacó unos cuantos pañuelos del paquete, los extendió y los colocó sobre los magullados nudillos.

—Gracias —le agradeció Ethan, rompiendo el silencio. Cassie alzó la vista hacia él y lo miró directamente a los ojos—. No sé qué habría pasado si no hubiera llegado.

—No ha sido nada —contestó Ethan.

—Yo creo que sí —dijo Cassie, señalando con la barbilla su mano—. Será mejor que pongamos un poco de hielo.

Caminaron en silencio hacia su piso, sus pasos resonando suavemente en la acera mojada.

La noche seguía envolviendo Chicago, pero ahora parecía menos amenazante con Ethan a su lado. Cassie era muy consciente de que su oportuna intervención la había salvado. Todavía estaba conmocionada.

Al llegar al edificio, una construcción de cuatro plantas con la fachada ligeramente descolorida y descascarillada, Cassie abrió la puerta y lo invitó a entrar.

Subieron por las escaleras hasta su apartamento en el segundo piso.

El lugar era pequeño pero acogedor, con una decoración sencilla que reflejaba una personalidad práctica y organizada. Había una estantería llena de libros de diferentes tamaños, junto a un sofá cubierto con una manta tejida a mano de colores vivos.

—Siéntese —le indicó Cassie, señalando el sofá, mientras colgaba el bolso del respaldo de una silla y se quitaba la cazadora vaquera.

Ethan obedeció, sintiendo cómo la adrenalina del encuentro comenzaba a desvanecerse, dando paso a un dolor sordo en los nudillos.

En ese momento Keeya salió de su habitación y apareció en el salón. Arqueó las cejas con sorpresa al verlos.

—¿Qué narices ha pasado? —preguntó, con los ojos abiertos de par en par.

—Jake y uno de sus amigos han intentado sobrepasarse conmigo —dijo Cassie, mientras se dirigía a la nevera para buscar una bolsa de hielo.

—¡¡¿Qué?!! —Keeya la miró horrorizada—. Cassie, ¿estás bien? ¿Han…?

Cassie miró a su hermana.

—No —la cortó—, por suerte, el profesor Lawson llegó a tiempo para impedirlo.

Keeya levantó levemente las cejas. Un gesto apenas perceptible al caer en la cuenta de que aquel hombre era el profesor del que Cassie le había hablado, al que le había abollado la moto.

—Ese tío y los chuchos lameculos que tiene de amigos son unos cabrones —dijo, con su habitual naturalidad—. Siempre están buscando pelea.

Miró a Ethan.

—¿Usted está bien? —se preocupó.

—Su mano necesita un poco de hielo —se adelantó a responder Cassie, envolviendo una bolsa que había sacado del congelador en un paño limpio.

—No es necesario —dijo Ethan, restándole importancia.

—Claro que es necesario, se ha destrozado los nudillos —comentó Cassie—. Creo que una bolsa de guisantes valdrá de momento para bajarle la hinchazón —añadió, pasándole la bolsa helada.

Ethan la cogió y se la puso encima de la mano derecha.

—Gracias por defender a Cassie —intervino Keeya, mostrando un verdadero agradecimiento.

—No ha sido nada —dijo Ethan.

—Debería tener más cuidado —dijo Cassie en un tono suave.

—No suelo meterme en peleas callejeras —respondió Ethan.

Cassie alzó la vista hacia su hermana. En silencio le estaba diciendo que los dejara solos. Keeya lo entendió de inmediato.

—Bueno, yo… —apuntó hacia su habitación con los pulgares—… voy a seguir estudiando —dijo—. Mucho gusto conocerlo. Me llamo Keeya, soy hermana de Cassie.

—Yo, Ethan. Igualmente. Un placer —correspondió él.

Keeya dio media vuelta y se metió en su habitación, no sin antes lanzar una última y significativa mirada a su hermana. Cuando se quedaron solos en el salón, Cassie lo miró.

—¿Qué hacía por aquí? —le preguntó.

—Supongo que no me creerá si le digo que estaba dando un paseo —contestó Ethan.

—No sería muy listo si viene a pasear por esta zona.

Ethan miró a Cassie. Había algo vulnerable en sus ojos negros.

—He venido a convencerla para que participe en el Concurso de Jóvenes Abogados —dijo.

De todas las respuestas que podía haberle dado Ethan, esa era una de las que menos hubiera esperado. Frunció el ceño ligeramente, preguntándose adónde quería llegar Ethan con eso. Sabía que había rechazado la oferta de participar en el Concurso de Jóvenes Abogados debido a su reticencia a trabajar bajo su tutela. No podía evitar sentir que él disfrutaba poniéndola en situaciones incómodas durante las clases.

Cassie le dedicó una mirada llena de suspicacia.

—¿Le ha mandado el rector Whitmore? —preguntó.

Ethan recordó las palabras de Harold.

—No, él no tiene nada que ver. He venido por mi propia cuenta —mintió.

—¿Por qué yo? —dijo Cassie.

—Porque creo que tiene muchas posibilidades de ganar —repuso Ethan.

Cassie parpadeó, sorprendida por su respuesta. A Ethan no le pasó desapercibido su gesto.

—Hay otros estudiantes igual de capacitados… incluso más —dijo Cassie, reticente.

—Mire, sé que no hemos tenido el mejor comienzo —admitió Ethan—. Pero creo sinceramente que tiene un gran potencial. Hay algo especial en usted, señorita Maalim. Defiende con vehemencia lo que cree correcto, lo hizo conmigo el otro día, después de clase, y eso es precisamente una de las cosas que se necesitan para participar en ese concurso.

A pesar del cumplido implícito que había en las palabras de Ethan, Cassie seguía sintiéndose escéptica respecto a trabajar tan estrechamente con él. Aquel hombre no dejaría de ser insufrible fuera del aula.

—No estoy segura de si sería buena idea… —dijo dubitativa.

—Entiendo sus reservas —concedió Ethan suavemente, sin perder el contacto visual con ella.

Era abogado, jugaba con las palabras, con el lenguaje corporal, y sabía perfectamente qué tenía que hacer para llevar a su terreno a una persona.

—Usted me cae mal —soltó Cassie, y lo hizo con una naturalidad que Ethan no pudo reprimir el amago de una sonrisa.

—Puedo entenderlo —dijo—. Pero eso no debería ser impedimento para participar en el concurso.

Cassie levantó una ceja.

—¿No?

—Quizá cambie de opinión cuando me conozca —dijo Ethan.

—Lo dudo —replicó Cassie.

—Tiene razón, quizá no cambie de opinión, pero no por eso debe rechazar representar a la Universidad en un concurso tan prestigioso como lo es el de Jóvenes Abogados. —Ethan miró de nuevo a Cassie directamente a los ojos—. No si yo he detectado algo especial en usted que la puede hacer ganar.

—¿Eso es verdad? —le preguntó Cassie.

Ethan mantuvo su mirada fija en ella.

—Por supuesto que es verdad —respondió. Su voz sonaba llena de convicción—. Quiero ayudarla a alcanzar ese premio y que le sirva en un futuro para ganar el Rising Star.

Cassie lo miró con atención, sopesando las opciones.

—Le aseguro que no se arrepentirá —añadió Ethan.

Cassie inhaló hondo.

—Está bien —contestó finalmente, transcurridos unos segundos, aunque todavía con cierta cautela en la voz.

Ethan asintió, satisfecho con su respuesta.

—Eso es todo lo que necesito oír —dijo—. Trabajaremos juntos para asegurarnos de que esté preparada para cualquier desafío que se presente en el concurso.

—Acepto, pero solo si promete no hacerme sentir como una tonta cuando me equivoque —agregó Cassie.

—Prometido.

Cassie alzó la mano con el dedo meñique estirado.

—Prométalo entrelazando su meñique con el mío —le pidió.

—¿Qué? —masculló Ethan, visiblemente desconcertado.

—Lo que ha oído, prométalo entrelazando su dedo meñique con el mío —repitió Cassie.

Ethan no pudo evitar sonreír ante aquella petición tan peculiar, preguntándose de dónde había salido aquella chica.

Resignado, dejó la bolsa de los guisantes sobre la mesa auxiliar, alzó la mano y entrelazó el meñique con el dedo de Cassie.

—Prometido —volvió a decir, sellando su compromiso con un apretón firme de su meñique, como si el universo entero fuera testigo de ello—. ¿Qué se supone que me pasará si no cumplo mi promesa? —preguntó.

—No querrá saberlo —respondió Cassie con humor y un aire misterioso.

Ethan ahogó una carcajada, al tiempo que negaba con la cabeza.

—Creo que es hora de irme —anunció, levantándose del sofá—. La veo el lunes en clase.

Cassie también se levantó. Asintió con la cabeza.

—Gracias de nuevo por lo que ha hecho por mí esta noche —dijo—, y siento que se haya magullado la mano.

—Las tengo entrenadas, llevo muchos años practicando boxeo con mis compañeros de bufete —respondió.

Cassie sonrió.

—Hasta el lunes, señor Lawson —se despidió.

—Hasta el lunes, señorita Maalim.

CAPÍTULO 15

En cuanto Cassie cerró la puerta, Keeya salió de su habitación. Se estaba mordiendo las uñas por culpa de la curiosidad.

—¿Qué hacía tu profesor en este barrio? —preguntó directamente.

—Ha venido a convencerme para que participe en el Concurso de Jóvenes Abogados —respondió Cassie.

—Bueno, ¿y que le has dicho? —Keeya tiró de la mano de su hermana y la obligó a sentarse en el sofá con ella.

—Que sí —dijo Cassie.

Keeya se lanzó a sus brazos.

—Es la mejor decisión que puedes tomar, Cassie —dijo, entusiasmada—. Nadie se merece representar a la Universidad tanto como tú. Tienes coco suficiente para ganar.

—Keeya, no es tan fácil —dijo Cassie con los pies en la Tierra.

—Pues algo ha visto tu profesor en ti para venir en persona hasta aquí y tratar de convencerte.

—Al principio pensé que le había enviado el rector de la Universidad, pero me ha dicho que no, que ha venido por su cuenta.

Keeya dio palmaditas en el aire.

—¿Lo ves? Eso es porque cree en ti.

—Yo prefiero tomármelo con cautela.

—Tú y tu cautela —se mofó Keeya—. Oye, cambiando de tema. Tu profe está muy bueno, ¿no? Es blanco, pero está muy bueno.

—Keeya, no digas que es «blanco», como los blancos dicen «negro» —dijo Cassie.

—Bueno, pero es blanco, ¿no?

Cassie rodó los ojos hacia el techo.

—Sí, es blanco.

—Pues está cañón —repitió Keeya—. Pero cañón, cañón.

—Keeya, es mi profesor.

—Pero no el mío —respondió ella en tono pícaro.

—Te recuerdo que eres menor de edad —bromeó Cassie.

—Solo hasta dentro de unos meses —respondió Keeya—. Lo que no puedo hacer es beber alcohol.

—Yo tampoco —dijo Cassie.

—Es una mierda que aquí no te dejen beber alcohol hasta los veintiún años, en la mayoría de los países lo permiten cuando cumples los dieciocho —divagó Keeya.

—Pues sí, pero estamos en Estados Unidos y es lo que hay.

Keeya retomó la conversación.

—Oye, se lo tienes que decir a mamá y a Nadira. Mamá se va a volver loca de contenta.

Cassie sonrió.

—Seguro que incluso se pone a llorar —dijo.

—Seguro. Pero se lo va a contar a todas sus compañeras de trabajo —dijo Keeya.

—Sí, siempre lo hace —dijo Cassie. Se levantó del sofá—. Voy a darme una ducha, a ver si me relaja un poco. Ha sido un día muy largo.

—Cassie, ¿estás bien con todo eso que ha pasado con el imbécil de Jake?

Cassie suspiró.

—Sí, ya sabemos cómo es este barrio, y sabemos la fama que tiene ese tío.

—Me alegro un montón de que apareciera tu profesor —aseveró Keeya.

Cassie se pasó la mano por el cuello.

—Sí, yo también. Quizás si no hubiera aparecido…

—¡No lo digas! —exclamó Keeya—. Se me ponen los pelos de punta solo pensarlo.

—Pues Ethan les ha dado una buena paliza, a pesar de que ellos eran dos.

Cassie recordó el modo en que se movía, rápido y sin dudar, asestando golpes, patadas y puñetazos.

—Se ve que está cachas —dijo Keeya.

—Practica boxeo desde hace algunos años.

—Entonces es normal que les haya dado una paliza. Se la merecen, son unos cabrones. Seguro que ahora se lo piensan dos veces antes de meterse contigo.

—Ethan les ha amenazado.

—Qué pena que me lo haya perdido.

—Bueno, voy a ducharme —dijo Cassie en tono cansado.

—Después llama a mamá.

—Sí, y también se lo tengo que contar a Ingrid y Gerard. Van a flipar.

Cassie se dejó caer sobre la cama con el albornoz puesto, sintiendo como el colchón la acogía. La tenue luz ambarina de la lámpara iluminaba su habitación, proyectando sombras en las paredes, decoradas con fotografías y pósteres de sus películas favoritas.

Le dolía ligeramente la cabeza, pero era normal, después de todo lo que había pasado en las últimas horas.

Aún podía sentir el eco de los acontecimientos reverberando en su mente, como si todo hubiera formado parte de un sueño extraño.

Cogió el teléfono y abrió el WhatsApp. Tenía que contarle a Ingrid y Gerard lo que había sucedido.

Entró en el grupo de «Los Tres Mosqueteros» y comenzó a escribir.

Cassie: ¡Chicos! No os vais a creer lo que me ha pasado hoy.

Ingrid fue la primera en responder.

Ingrid: ¡Cuenta, cuenta! Estoy lista para un buen cotilleo.

Gerard no tardó mucho en unirse a la conversación.

Gerard: ¿Qué has hecho, Cassie? Espero que no hayas abollado ninguna moto más.

Cassie sonrió ante sus respuestas, mientras sus dedos volaban sobre el teclado virtual.

Cassie: Nooo, no he abollado ninguna moto más… todavía.

Gerard: jajaja

Ingrid: jajajaja

Cassie: No sé por dónde empezar…

Ingrid: Empieza por dónde sea, pero empieza ya, porque no me quedan uñas.

Cassie: Cuando he salido de trabajar del supermercado, me he topado con unos… No sé cómo definirlos… matones del barrio.

Hubo una pausa breve antes de que Ingrid y Gerard respondieran casi al mismo tiempo.

Ingrid: ¿De qué estás hablando, Cassie? ¿Estás bien?

Gerard: Joder, ¿te hicieron algo?

Cassie: Estoy bien, estoy bien. Pero aquí viene lo loco… ¿Sabéis quién apareció justo a tiempo?

Ingrid: ¿Quién?

Cassie: Ethan Lawson.

La reacción fue inmediata y exactamente lo que Cassie esperaba.

Ingrid: ¡¿Ethan Lawson?! ¿Nuestro profesor de Derecho Romano? Se me acaba de volar la cabeza.

Cassie: Sí, el mismo.

Gerard: Hostias, Cassie, eso no me lo esperaba. ¿Y cómo pasó?

Cassie cogió aire antes de continuar escribiendo, recordando cada detalle vívidamente. Mientras lo hacía, tecleaba en la pantalla del móvil. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal.

Cassie: Apareció en el momento más crítico y se enfrentó a esos dos imbéciles sin dudarlo. Nunca pensé que pudiera hacer algo así. No sabéis la paliza que les ha dado… ¡Que el tío practica boxeo!

Ingrid: ¿Así que nuestro profesor engreído y vanidoso es un héroe? Me quedo patidifusa.

Cassie: Parece ser que sí.

Gerard: Parece sacado directamente de una película. Pero me alegra saber que estás bien gracias a él.

Ingrid: De una película romántica.

Cassie sonrió al leer el comentario de Ingrid.

Cassie: Más bien de una película policiaca.

Gerard: ¿Y qué hacía por tu barrio? ¿Estaba dando un paseo?

Cassie: Ahí viene la segunda parte.

Ingrid: ¡¡¡¿Hay más?!!!

Cassie: Sí.

Ingrid: Me estás matando, ¡¡habla ya!!

Cassie: Allá va… Ha venido a convencerme para participar en el Concurso de Jóvenes Abogados.

La respuesta de Gerard fue instantánea.

Gerard: ¿En serioooooo?

Cassie: Que te parta un rayo si estoy mintiendo.

Gerard: jajajajajaja

Ingrid: ¡¿Y qué le has dicho?!

Gerard: Espero que hayas dicho que sí… Sería increíble verte competir.

Cassie: Al principio he dudado, porque ya sabéis lo que pienso de Ethan Lawson, pero… al final he aceptado.

Ingrid: Síiii

Gerard: ¡¡Bien!!

Cassie rio ante el entusiasmo de sus amigos.

Cassie: Creo que realmente Ethan Lawson quiere ayudarme a ganar ese concurso.

Gerard: A la Universidad le vendría muy bien.

Cassie: Sí, por eso me insistió tanto el rector.

A pesar de sus reservas iniciales sobre Ethan, Cassie no podía negar la oportunidad que tenía delante. Y aunque no estaba segura de si cambiaría su opinión sobre él (seguramente no), estaba decidida a demostrarle, y a demostrarse a sí misma, que podía ganar ese concurso.

Ingrid: ¡Vas a hacerlo genial, Cassie!

Cassie: He hecho prometer a Ethan Lawson que no hará sentirme como una tonta cuando me equivoque.

Ingrid: ¿En serio?

Cassie: Sí, y también le he dicho que me cae mal.

Cassie se ahorró decirles que le había obligado a hacer la promesa a través de los meñiques, algo que ella hacía con su madre y sus hermanas.

Gerard: ¡¡¿Se lo has dicho a la cara?!!

Cassie: Sí.

Ingrid: ¿Y cómo te has atrevido?

Cassie: Yo también le caigo mal a él. No es nada nuevo. Si vamos a trabajar tantas horas juntos, lo mejor es que las cosas entre nosotros estén claras.

Gerard: Estoy flipando.

Ingrid: Yo también, jajaja

Gerard: Cassie, ¿eres consciente de que ese tío es tu profesor de Derecho Romano y que tiene el futuro de tu carrera en sus manos? ¿A qué vienen esas tendencias suicidas?

Cassie soltó una carcajada.

Cassie: Por supuesto que soy consciente, pero ya os he dicho que lo mejor es que las cosas estén claras entre nosotros.

Ingrid: Eres mi «ídola».

Cassie: jajajaj… Chicos, tengo que llamar a mi madre para contarle la noticia, hablamos el lunes, ¿vale?

Gerard: Vale.

Ingrid: Ok.

CAPÍTULO 16

El pub estaba lleno de murmullos y risas, e irradiaba un ambiente distendido desde el momento en que cruzabas el umbral.

Las paredes de madera y ladrillo rojizo estaban adornadas con láminas de fotos en blanco y negro de los edificios icónicos de las ciudades más importantes de Estados Unidos, y las luces que caían del techo proyectaban un resplandor cálido sobre las mesas oscuras.

Ethan se encontraba en su lugar habitual, una mesa redonda en la esquina del local, sentado en uno de los cómodos sillones de cuero, junto a Trevor, Samuel y Asher.

Habían decidido reunirse para tomar unas cervezas artesanales y ver el partido de los Chicago Bulls en la pantalla gigante del bar al que solían ir.

Ethan levantó su jarra, disfrutando del sabor amargo y refrescante de su cerveza.

Trevor no pudo evitar fijarse en los nudillos de su mano derecha. Alzó las cejas con asombro.

—¿A quién le has partido la cara? —preguntó, señalando la mano con la barbilla.

Samuel y Asher dirigieron su atención hacia los nudillos magullados de Ethan, que mostraban pequeñas heridas y moretones.

—Sí, ¿a quién? —curioseó Samuel.

Ethan dejó la jarra en la mesa y bajó la vista hasta su mano. Aunque había mejorado bastante, todavía había restos que testificaban lo que había ocurrido el viernes por la noche.

—Tuve un encuentro poco amable con unos tipos poco amables en un barrio de la periferia —respondió.

Los ojos de Trevor y Samuel se abrieron con sorpresa e incredulidad. Asher frunció el ceño, extrañado.

—¿Qué coño hacías tú en un barrio de la periferia? —preguntó.

—¿Os acordáis de la chica que me abolló la moto? —dijo Ethan.

—Sí, la que es tu alumna —comentó Samuel.

—No me jodas que fuiste a tocarle las narices —intervino Asher.

Ethan lo miró.

—No, joder —respondió—. Resulta que el rector y el Consejo de la Universidad quieren que esa chica —sí, esa chica y no otro estudiante, represente a la Universidad en el Concurso de

Jóvenes Abogados —dijo—. Fui a convencerla.

—¿No quiere participar? Es raro… Ese concurso es muy prestigioso —apuntó Trevor.

—Yo sería su tutor, quien la prepararía, y no le hace mucha gracia —dijo Ethan.

Samuel meneó la cabeza.

—Ahora lo entiendo todo —se burló—. Eres tan insoportable que renuncia a participar en el concurso solo para no aguantarte. He de decir que la entiendo.

Trevor soltó una carcajada sarcástica mientras daba un sorbo a su cerveza.

—Pues es básicamente eso —dijo Ethan.

—Eres demasiado duro con tus alumnos, Ethan. Tienes que quitar el pie del acelerador. No les amargues la vida —intervino Asher.

—¿Y la convenciste? —quiso saber Samuel.

Ethan afirmó con la cabeza.

—Sí. No es tonta y sabe que es una oportunidad que no debe dejar pasar, aunque tenga que soportarme en el proceso —contestó—. Le dije que tenía potencial, que creía en ella, que había visto algo especial y bla, bla, bla…

Trevor levantó su jarra y dio un trago de cerveza.

—¿Y no crees en ella? —preguntó.

Ethan se encogió de hombros.

—El rector me aconsejó que se lo dijera, a ver si así emerge una ola de simpatía entre nosotros. Se sacó un 9.94 en el SAT, así que supongo que algo podremos hacer…

—Bueno, por lo menos tienes algún que otro encanto, aunque sea discutible —apostilló Samuel.

—¿Y cómo vas a prepararla? No es fácil ganarse a alguien que ya tiene una opinión formada sobre ti —dijo Trevor.

Ethan se recostó en su silla, pensativo.

—Podemos dejar a un lado nuestras desavenencias y centrarnos en el concurso, independientemente de si nos caemos mal o bien —explicó—. Voy a enfocarme en sus fortalezas y a ayudarla a pulirlas. La señorita Maalim argumenta bien y es vehemente. Si logro canalizar eso, quizá se haga con el premio.

—Si te tiene a ti de tutor es probable que gane —comentó Asher.

Y lo decía en serio.

—¿Lo dudas? —lanzó Ethan en tono de suficiencia.

—Modesto baja, que sube Ethan —intervino Samuel.

—Pues yo me compadezco de ella —dijo Trevor.

Ethan lo miró.

—Muchas gracias —contestó con ironía.

—Eres demasiado duro, Ethan. Tus estándares son muy altos y no te das cuenta de que tus alumnos están empezando. Eres de esos profesores por los que mucha gente deja una carrera.

—Eres un exagerado —se defendió Ethan.

—De eso nada. No exagero ni un pelo. Para ti, cada ejercicio, cada argumento, cada respuesta debe de estar impecablemente justificada.

—Es que no soporto la mediocridad.

—Tus alumnos no son mediocres, pero tampoco son superdotados como tú —habló de nuevo Trevor—. No todo el mundo tiene un coeficiente intelectual como el de Einstein, Ethan, y no por eso dejan de ser inteligentes. No los puedes poner constantemente al límite, por eso me compadezco de esa chica.

—Me ha hecho prometerle que no la haré sentir como una tonta si se equivoca —dijo Ethan.

—Es lógico —dijo Samuel.

—Y, además, entrelazamos los meñiques.

Asher, Samuel y Trevor intercambiaron miradas entre ellos.

—Explica eso —dijo Samuel.

—Hicimos ese gesto de entrelazar los meñiques para sellar una promesa —respondió Ethan, representando el gesto con sus dedos.

—¿Y accediste? —preguntó Samuel.

—Pues claro, ¿qué le iba a decir?

—¿Tú?, cualquier cosa —contestó Asher.

—Pues ya puedes cumplirla, porque la idea original de ese gesto es que, quien rompe la promesa, debía cortarse el meñique —dijo Samuel.

Ethan sonrió al oírlo, recordando que le había preguntado a Cassie que le pasaría si no cumplía la promesa, y ella le había respondido en un tono mezcla de misterio y diversión que no querría saberlo.

—No quiero perder mi meñique —dijo con una risilla.

—Entonces, cumple la promesa —replicó Asher. Se llevó la cerveza a los labios y dio un sorbo—. Y ahora explícanos cómo terminaste partiéndoles la cara a los matones del barrio —preguntó.

—El rector me pidió que la convenciera, ya os lo he dicho, así que decidí ir a hablar con ella. A fin de cuentas, mi cátedra está juego. Cuando llegué, estaba teniendo un altercado con dos imbéciles que la estaban acosando.

—Y tú, que siempre estás dispuesto a salvar a una damisela en apuros y que te gusta mucho jugar al héroe, la situación te vino al pelo —dijo Trevor.

Asher, dejó de lado las bromas durante un rato.

—En serio, ¿cómo terminó todo? —se interesó.

—Rápido —atajó Ethan—. Un par de golpes aquí y allá… Nada demasiado dramático.

Samuel negó con la cabeza, fingiendo desaprobación, mientras sonreía divertido.

—Qué jodido vanidoso eres —comentó.

Ethan alzó una ceja.

—Cada uno de nosotros tenemos un pecado que expiar —dijo.

—Cierto —respondió Samuel.

Todo el mundo sabía que él pecaba de arrogancia.

—Por lo menos conseguiste que esos dos idiotas no le hicieran daño a la chica —repuso Trevor.

—Sí, porque sinceramente el asunto pintaba feo —aseveró Ethan.

—Así es como empiezan todas las grandes historias románticas —comenzó Samuel—. Chico conoce a chica; chico salva a chica; chico prepara a chica para participar en un concurso y terminan enamorándose…

Ethan puso los ojos en blanco.

—Oh, por favor, no me podéis salir con esas… —se quejó.

Asher continuó picándole.

—Vamos, Ethan —insistió con una sonrisa traviesa—. Todos sabemos que las mejores historias de amor comienzan cuando menos te lo esperas y con la persona más inesperada.

Ethan negó con la cabeza.

—Lo siento, chicos, pero esta no es una de esas historias. La señorita Maalim es mi alumna y mi única intención es ayudarle a ganar el concurso, y yo conseguir mi cátedra. Os aseguro que en lo que menos estoy pensando es en el amor y todas esas chorradas. —Miró a Asher y a Samuel —. Joder, desde que os habéis enamorado estáis insoportables —apuntó. Después desvió sus ojos hasta Trevor—. Tú eres el único consuelo que me queda.

Trevor sonrió y le dio un par de palmaditas en la espalda.

—Tranquilo, yo no pienso unirme a estos dos. El amor no está hecho para mí —dijo.

—Menos mal. Eres él último bastión que me queda. Estos dos se han vuelto unos cursis de cojones.

—Algún día caeréis —dijo Asher—. Nadie se escapa al amor.

—Y Asher y yo estaremos aquí para recordaros esta conversación —dijo Samuel

Ethan puso los ojos en blanco.

—¿Ves? —se dirigió a Trevor—. Parece que se han comido un ramo de amapolas cada uno —se burló.

—Estoy totalmente de acuerdo —afirmó él—. ¿Por qué no hablamos de algo más interesante?

Cómo quién va a pagar la próxima ronda.

Las risas de todos llenaron el aire.

CAPÍTULO 17

El lunes, nada más entrar en el aula, Ethan se dirigió a Cassie.

—Señorita Maalim, ¿puede ir al Aula Magna después de las clases? —le preguntó.

—Sí.

—Hoy mismo empezaremos con su preparación para el Concurso de Jóvenes Abogados, no tenemos tiempo que perder.

—Claro —respondió Cassie.

Cuando se alejó, intercambió miradas con Ingrid y Gerard.

Cassie caminaba por los pasillos llenos de gente buscando el Aula Magna.

A medida que se acercaba, no podía evitar sentir un nudo en el estómago. La idea de trabajar de manera tan estrecha con Ethan Lawson no dejaba de ser intimidante. Objetivamente, por muy joven que fuera, tenía un currículum impresionante. Si había un profesor preparado en la Universidad, desde luego era él, incluso por encima de los más veteranos. Sin embargo, también sentía una chispa de curiosidad y emoción, mucha emoción por lo que estaba por venir.

Al llegar al Aula Magna, empujó la pesada puerta de madera y entró.

El espacio era amplio (mucho más grande que la clase) y majestuoso, con filas de asientos dispuestos en semicírculo alrededor del estrado central. Las luces blancas de los fluorescentes iluminaban el lugar junto con la luz natural que entraba por la fila de ventanas que había en un lateral del aula.

Ethan ya estaba allí, sentado detrás de la mesa que había en el estrado, revisando unos documentos.

Al escuchar el ruido de la puerta, levantó la cabeza. Miró el reloj.

Cassie esperó algún comentario sobre la puntualidad o la falta de ella, pero Ethan no dijo nada.

—Buenas tardes, señorita Maalim —la saludó.

—Buenos días, profesor Lawson —respondió Cassie, tratando de sonar más segura de lo que realmente se sentía.

Avanzó por el pasillo decidida a causar una buena impresión, preferiblemente una que no implicara tropezarse con sus propios pies, o alguna otra cosa que la hiciera avergonzarse de manera espectacular.

Llegó sana y salva al centro del aula y se sentó en una de las filas. Dejó la carpeta y los libros a un lado.

—¿Qué tal la mano? —le preguntó a Ethan.

Él se miró los nudillos.

—Bien, no se preocupe —contestó, restándole importancia.

—Me alegro —dijo Cassie.

—Por favor, saque algo para tomar apuntes —indicó Ethan, sin perder un segundo de tiempo.

Cassie asintió. Abrió la carpeta y sacó unos cuantos folios en blanco.

—Bien —comenzó Ethan en tono profesional—. Lo primero que debe saber es que en la dinámica de este concurso tendrá que asumir el papel de abogado defensor o abogado de la acusación en diferentes rondas.

Cassie asintió lentamente mientras tomaba notas sobre cada detalle importante mencionado por Ethan.

—Lo crucial aquí es su capacidad para construir argumentos sólidos y persuasivos —continuó él—. Sean verdaderos o no.

Aquellas últimas palabras provocaron que Cassie alzara la vista.

—¿Sean verdaderos o no? —repitió.

—Sí —respondió Ethan como una obviedad—. Trabajará en casos en los que tendrá que defender a un delincuente frente al abogado de la acusación.

Ethan observó a Cassie fruncir el ceño con evidente desaprobación.

Se levantó de la silla, rodeó la mesa y se apoyó con la pierna en el borde.

Cassie se fijó en su atuendo.

Estaba impecablemente vestido con un traje que parecía hecho a medida. El color era de un azul marino oscuro, casi negro, que le confería una presencia autoritaria pero elegante. La chaqueta se ajustaba perfectamente a sus hombros, y el corte entallado resaltaba su figura atlética. La camisa blanca que llevaba debajo estaba planchada de forma perfecta.

La corbata, de un tono burdeos y con el nudo Windsor centrado justo en el medio del cuello, añadía un toque de sofisticación.

Cassie no pudo evitar fijarse en él. Aunque no era su intención distraerse (y mucho menos andar fijándose en el vanidoso Ethan Lawson), había algo en su porte y en la seguridad con la que se desenvolvía que capturaba su atención, como la luz a una polilla.

Observó cómo el traje se movía con él, cada pliegue cayendo en su lugar como si estuviera coreografiado. ¿Por qué siempre parecía que acababa de posar para la portada de una revista de moda, y no un profesor de la Universidad?

—¿Por qué no está de acuerdo? —le preguntó Ethan, adivinando lo que pasaba por su cabeza.

—No sé si sería capaz de defender una mentira —respondió Cassie.

Ethan esbozó una ligera sonrisa.

—Si trabaja como abogada independiente podrá permitirse el lujo de elegir los casos de los que se quiere ocupar. Pero si trabaja como abogada de oficio, el Estado le asignará los casos que correspondan, sin tener en cuenta si le gustan o no. Téngalo en cuenta.

Cassie respiró hondo, y continuó tomando apuntes.

Ethan prosiguió con su argumento.

—Si quiere tener alguna oportunidad en ese concurso necesita ser capaz de anticipar los movimientos del oponente y tener respuestas preparadas para contrarrestarlos eficazmente —dijo —. Le ayudaré a hacerlo, una vez que tengamos las circunstancias del caso en las manos, buscaremos la mejor estrategia.

Cassie trataba de no perder el hilo, captando cada palabra de Ethan, aunque a veces le costaba horrores concentrarse.

Cuando salió del Aula Magna, se detuvo en mitad del pasillo y, de pie, tomó una bocanada de aire.

Tenía la cabeza como un bombo. Iba a estallarle de un momento a otro.

Estaba saturada. Necesitaba un respiro, unos segundos para ordenar las ideas.

Miró a su alrededor. Las clases de la mañana habían terminado y los pasillos estaban casi vacíos, solo unos cuantos estudiantes caminaban en dirección contraria.

Resopló y echó a andar hacia la salida.

CAPÍTULO 18

—¿Cómo te fue ayer con el profesor Lawson? —preguntó Ingrid a Cassie frente al café que acababan de pedir en la cafetería del campus.

Cassie torció el gesto.

—A veces es difícil seguirle el ritmo —dijo, removiendo distraídamente su café.

El lugar estaba lleno de estudiantes que charlaban animadamente, el murmullo constante de conversaciones y el tintineo de tazas creaban un ambiente bullicioso al que Cassie empezaba a acostumbrarse.

Ingrid y ella se habían sentado en una mesa junto a la ventana, donde la luz del sol entraba a raudales, iluminando sus rostros con un resplandor cálido.

—No me sorprende —dijo Ingrid en tono comprensible—. Ethan Lawson es conocido por ser intenso y exigente.

—Doy fe de que lo es —afirmó Cassie—. Suelta mil palabras por minuto y yo solo puedo procesar la mitad —añadió.

Ingrid se echó a reír.

—Ese tío es un caso aparte. Disfruta complicando las cosas.

Un chico pasó por delante de la mesa y se quedó mirando a Cassie.

Desde que había entrado, Cassie había notado algunas miradas curiosas dirigidas hacia ella desde otras mesas. Sabía que muchos estudiantes ya estaban al tanto de que había sido elegida para participar en el Concurso de Jóvenes Abogados y eso la estaba poniendo en el centro de atención.

—Creo que toda la Universidad ya se ha enterado de que eres la representante en el Concurso de Jóvenes Abogados —dijo Ingrid.

—Parece que sí —contestó Cassie, con cierta timidez.

Nada más decir aquello, un chico alto y desgarbado, con el pelo oscuro despeinado cayéndole por la frente, se paró frente a ellas.

—¿Eres Cassandra Maalim? —preguntó.

—Sí —contestó Cassie.

—Vas a participar en el Concurso de Jóvenes Abogados, ¿verdad?

Cassie asintió.

—Sí.

—Te deseo suerte, a ver si por fin ganamos —dijo—. Llevamos más de una década sin comernos un rosco en ese concurso.

Cassie sonrió.

—Gracias —le agradeció.

—Aunque no me gustaría estar en tu lugar —añadió el chico—. Tener al profesor Lawson como tutor no creo que sea muy agradable. Solo espero que no acabe contigo.

Cassie enarcó las cejas, sorprendida.

—No lo hará —afirmó.

No estaba segura de si lo iba a conseguir, pero lo intentaría. Aunque había muchas posibilidades de que terminara volviéndose loca.

—Yo lo tuve el año pasado en la asignatura de Derecho Romano y fue una bajada a los infiernos.

Cassie e Ingrid no pudieron evitar dejar escapar una risilla.

—Nosotras lo tenemos este año —intervino Ingrid.

—Entonces preparaos para dar un paseo por el infierno —aseveró el chico.

—Vale —comentó Ingrid.

El chico dirigió una mirada a Cassie.

—Lo dicho, suerte en el concurso.

—Gracias —repitió Cassie.

Cuando el chico se alejó, Cassie e Ingrid intercambiaron una mirada.

—La fama del profesor Lawson es legendaria —dijo Ingrid—, y eso que solo lleva unos meses en la universidad, sustituyendo al profesor ese que tuvo el accidente esquiando.

Cassie se echó a reír.

—Hay muchas posibilidades de que no salga viva de esto —bromeó.

Ingrid rio.

—Pues yo creo que eres lo suficiente fuerte como para comerte a Ethan Lawson con patatas —dijo.

—¿Tú crees?

—Le has dicho que te cae mal, ¿quién se atrevería a decirle algo así?

Volvieron a echarse a reír de forma cómplice.

Ingrid dio un sorbo de café y se inclinó hacia adelante.

—Dime una cosa —comenzó en tono confidencial—, ¿no te intimida pasar tanto tiempo a

solas con él?

—Hay momentos en los que me siento como si estuviera bajo un microscopio —respondió Cassie.

—Pero no me refiero a eso, sino a que… Bueno, Ethan Lawson puede ser un cabrón, pero… no es precisamente feo. De hecho, creo que todas las chicas de la universidad están coladas por él —dijo Ingrid—. Y alguna que otra profesora —añadió—. Que sea tan guapo, ¿no complica las cosas?

Cassie se encogió de hombros, tratando de restarle importancia a la pregunta de Ingrid. Quería evitar decirle que sí, que a veces el propio Ethan Lawson añadía una capa extra de distracción a las clases, y que se había descubierto en algún momento observando cómo movía los labios al hablar.

Sin embargo, decidió salir al paso con humor y naturalidad.

—Digamos que no ayuda —admitió finalmente en tono despreocupado—. Pero estoy decidida a mantenerme enfocada en lo importante de todo esto: ganar ese concurso.

—Y lo vas a ganar —afirmó Ingrid con convicción, dándole un suave golpe en el brazo para enfatizar sus palabras—. No tengo ninguna duda. Quizás tengas que aguantar al profesor Lawson, pero merecerá la pena, ya lo verás. Es indiscutible que él es muy bueno. Es un genio del Derecho.

—En eso tienes razón. Controla muchísimo. Conceptos, términos, leyes… No se le escapa nada. —Había un deje de admiración en la voz de Cassie.

Ingrid ladeó la cabeza.

—Incluso aunque no ganaras, aprenderás un montón.

—Sí, Ethan Lawson puede ser un engreído, un vanidoso y todos los calificativos más que queramos ponerle, pero es el mejor.

—Por eso le ha elegido la Universidad para preparar al alumno que irá al Concurso de Jóvenes Abogados.

—Además, si logro sobrevivir a sus sesiones, podré enfrentarme a cualquier cosa —dijo Cassie.

Ingrid dejó escapar una carcajada.

En ese momento, la puerta de la cafetería se abrió con un suave tintineo.

Cassie levantó la mirada justo para ver entrar a Ethan con una mujer joven, morena, con el pelo largo liso y vestida con un traje de chaqueta de color berenjena. Iban hablando animadamente mientras se dirigían a la barra.

Ingrid, que estaba sentada frente a Cassie, también vio su llegada y arqueó una ceja con interés.

—¿Sabes quién es? —preguntó Cassie, porque no la había visto antes.

—Charlotte Fanning, es profesora de Derecho Civil —dijo Ingrid—. He oído que es bastante brillante y que ha publicado algunos artículos interesantes.

Cassie asintió lentamente, observando cómo Ethan y Charlotte reían juntos mientras esperaban su turno en la barra. Parecían muy cómodos hablando, como si compartieran una buena relación profesional o incluso una amistad.

—Parece que se llevan bien —comentó Cassie.

Ingrid les echó un vistazo de reojo.

—Hay quienes dicen que ella le *hace ojitos*.

Cassie frunció un poco el ceño.

—¿Qué significa eso? —preguntó.

Tenía un inglés casi impecable, pero todavía se le escapaban algunas frases coloquiales del idioma que no terminaba de entender.

Ingrid esbozó una sonrisa.

—Las malas lenguas dicen que ella está colada por él —respondió.

—¿Está enamorada de él?

—No sé si está enamorada, pero según parece, le tiene unas ganas tremendas. —Ingrid le guiñó un ojo a Cassie—. Ya me entiendes…

Cassie observó a la tal Charlotte. No dejaba de sonreír y de acaparar la atención de Ethan: que sí ahora me río, que si ahora te toco, que si ahora me acercó para decirte algo…

—De todas formas, no creo que llegue a nada serio con él. Ethan es uno de esos hombres que no se compromete con las mujeres —dijo Ingrid—. Acuérdate de lo que dijo Gerard.

Cassie hizo memoria.

—Que es un picaflor y un rompecorazones —repuso.

—Sí, eso. —Ingrid miró de nuevo a la pareja—. Solo espero que Charlotte Fanning no termine con el corazón hecho añicos.

Cassie los observó unos segundos más mientras esperaban a que les sirvieran sus cafés, hasta que de repente, Ingrid la interrumpió.

—Tenemos que irnos, Cassie. Nuestra clase de Fundamentos de Derecho Constitucional está a punto de empezar.

Cassie consultó su reloj. Abrió los ojos como platos.

—Es cierto, ¡empieza en cinco minutos! —exclamó, levantándose de la silla tan rápido que casi la tiró.

De pie, apuró el último trago de café que tenía en la taza. Cogió rápidamente la mochila, se la echó al hombro, al igual que Ingrid, y ambas salieron disparadas de la cafetería.

Ethan alcanzó a ver a Cassie cuando cruzaba el local, esquivando mesas y sillas como si estuviera en una carrera de obstáculos.

La vio pasar por delante de la cristalera, con una sonrisa de oreja a oreja que compartía con Ingrid.

—¡Siempre nos pasa lo mismo! —gritó Cassie entre risas.

—Es verdad, siempre terminamos corriendo como locas —respondió Ingrid, casi sin aliento, pero sin dejar de reír.

—¡Date prisa, que no nos van a dejar entrar! —dijo Cassie. Agarró a Ingrid del brazo y tiró de ella para ir un poco más rápido.

—No puedo más. Mis piernas no dan más de sí —protestó Ingrid, pero seguía corriendo con una sonrisa en la cara.

Ethan no pudo evitar esbozar una sonrisa al verlas atravesar el campus a toda prisa.

CAPÍTULO 19

Cassie abrió la puerta de madera del Aula Magna. Como siempre, Ethan ya estaba dentro. Las luces iluminaban la mesa detrás de la que estaba sentado. Encima había dispuesto unos papeles y un par de libros de Derecho.

Miró el reloj.

—Tranquila, señorita Maalim, llega puntual —se adelantó a decir Ethan.

Cassie bajó las escaleras y se sentó en el centro de aula.

Estaba un poco más relajada que en su primera clase, aunque el tamaño del aula y el propio Ethan Lawson seguían imponiéndole cierto respeto.

Ethan ojeó sus notas antes de mirar a Cassie. Después las dejó sobre la mesa.

—Bien, señorita Maalim —comenzó, cruzando los brazos mientras adoptaba una postura pensativa—. Hoy vamos a hacer algo diferente. Quiero que imagine que está defendiendo a un cliente muy peculiar: un gato acusado de robar pescado en el mercado local.

Cassie parpadeó sorprendida antes de soltar una pequeña risa involuntaria.

—¿Cómo dice? —preguntó. No se podía creer que le estuviera pidiendo eso en serio.

—Lo que ha oído —respondió Ethan, sin inmutarse.

—Quiere que defienda a… ¿un gato ladrón? —repitió ella, tratando de contener la risa.

—Exactamente.

Cassie bufó.

—¿Y cuál es mi línea de defensa? ¿Que tiene derecho a seguir sus instintos naturales? —bromeó.

—Por ejemplo —dijo Ethan—. Y recuerde, el jurado está compuesto por perros, así que tendrá que ser especialmente persuasiva —añadió con un guiño.

Cassie se quedó mirando a Ethan.

¿Lo estaba diciendo en serio? ¿Qué pretendía conseguir?

Durante unos segundos pensó que habría alguna cámara oculta en algún rincón y que alguien entraría en el aula gritando: «Inocente». Pero Ethan esperaba en silencio su argumentación.

Aquello iba en serio.

Cassie carraspeó para aclararse la garganta.

—Señoras y señores del jurado… —comenzó.

—Póngase de pie —la interrumpió Ethan.

—¿Qué?

—Póngase de pie, levántese.

Cassie se rascó el cuello, nerviosa, e hizo lo que le pidió.

—Empiece de nuevo —dijo Ethan.

Cassie tomó aire.

«Confía en el proceso», se dijo a sí misma.

Había oído aquella frase miles de veces en vídeos de Instagram y Tik Tok cuando alguien hacía algo que parecía imposible que saliera bien. (De hecho, muchas veces no salía bien).

—Señoras y señores del jurado —comenzó con voz solemne, pero con un brillo divertido en los ojos—, les pido que consideren la naturaleza misma de mi cliente. Un gato no puede ser juzgado por actuar conforme a su esencia… felina, a su instinto animal. Eso sería un grave error. ¿Acaso no perseguimos todos lo que deseamos? Además, ¿quién puede resistirse al… aroma tentador del pescado fresco?

Ethan asintió, animándola a continuar.

—Y si bien es cierto que el mercado sufrió pérdidas, no podemos negarlo —prosiguió Cassie —, debemos preguntarnos: ¿no es acaso responsabilidad del dueño del pescado proteger su mercancía? Mi cliente simplemente aprovechó una oportunidad… como cualquier buen empresario haría.

Ethan sonrió ante la ingeniosa defensa de Cassie.

—Me ha convencido, señorita Maalim —dijo—. Creo que incluso los perros del jurado estarían dispuestos a dejar ir al gato con solo una advertencia. Puede sentarse.

Cassie sonrió, sintiéndose más segura y cómoda gracias a aquel ejercicio inesperado. La tensión habitual de las sesiones se había disipado momentáneamente.

Tomó de nuevo asiento con una expresión de triunfo en los ojos.

—Supongo que se preguntará por qué le he mandado hacer este ejercicio aparentemente estúpido —dijo Ethan.

—Sí —contestó ella en tono obvio.

—Improvisación, señorita Maalim —respondió Ethan, levantando la mano para enfatizar sus palabras—. Dominar el arte de la improvisación es clave para un abogado. En un juicio siempre se pueden producir situaciones que exijan que intervenga obligado por las circunstancias del momento, sin tener preparada previamente la forma de actuar. Existen muchos factores que pueden derivar en situaciones imprevistas. Interrupción del juez, interrupción de un testigo, de alguien del público, del oponente… Tiene que estar preparada para cualquier cosa. Nunca sabes cuándo te tocará defender algo indefendible en la vida real.

En ese momento, Cassie entendió el por qué de aquel ejercicio que en un principio parecía una idiotez. Se quedó pensativa. No lo admitiría nunca, ni aunque la torturaran y le clavaran alfileres debajo de las uñas, pero Ethan Lawson era brillante.

—Por hoy, hemos terminado —anunció Ethan.

—¿Ya? —dijo.

Ethan asintió.

—Sí. Las últimas clases han sido bastante intensas, lo último que quiero es que se canse de mí —dijo.

Cassie lo miró y sonrió. Un gesto que dejó a la vista sus dientes blancos y alineados.

—Entonces, ¿puedo irme? —preguntó, sin apartar los ojos del rostro de Ethan.

Él asintió.

—Sí —dijo.

Cassie cogió la mochila y se la colgó en el hombro.

—Hasta el lunes —se despidió.

—Hasta el lunes —dijo Ethan.

Cassie dio media vuelta y enfiló los pasos hacia la puerta.

—Señorita Maalim… —La voz de Ethan sonó a su espalda.

Con la mano en el asa de la mochila, Cassie giró el rostro por encima del hombro. Ethan estaba recogiendo los papeles y los libros que había sobre la mesa.

—Que tenga buen fin de semana —dijo.

—Igualmente —respondió Cassie al cabo de unos segundos, sorprendida.

—Y, por favor, cuídese. El lunes la quiero entera.

Cassie asintió con una sonrisa en los labios.

CAPÍTULO 20

El sol brillaba intensamente en el campus, donde los estudiantes se reunían en pequeños grupos para disfrutar de la buena temperatura que regalaba septiembre.

La brisa suave hacía que las hojas de los árboles cercanos susurraran suavemente y que el sonido se mezclara con los retazos de las conversaciones y las risas.

Cassie estaba tumbada en el césped. Ingrid tenía la cabeza apoyada en su estómago y Gerard se encontraba de frente, sentado al estilo indio. Sus mochilas, libros y carpetas estaban esparcidos al azar a su alrededor.

Gerard dejó de comer el helado de chocolate con fresa y miró a Cassie.

—Entonces, ¿cómo van las clases de preparación para el concurso de Jóvenes Abogados? —preguntó con una sonrisa—. ¿Qué tal se está comportando el profesor Lawson? ¿Es tan cabrón como en las clases?

Cassie soltó una risa ligera, recordando la última sesión.

—Sí, definitivamente lo es, pero tiene un sentido del humor un tanto peculiar. —Dio un mordisco a su helado de vainilla—. ¿Sabéis que el otro día me pidió que defendiera a un gato acusado de robar pescado en el mercado?

Gerard arqueó una ceja, intrigado.

—¿Qué? —dijo, sin poder contener la risa—. ¿Cómo que tuviste que defender a un gato acusado de robar pescado? ¿Se le ha ido la cabeza?

Ingrid miró hacia arriba para encontrarse con los ojos de Cassie.

—¿Y cómo se te quedó la cara cuando te lo dijo? —le preguntó.

—Pues pensé que me estaba tomando el pelo —respondió Cassie con sinceridad—. Os juro que creí que había una cámara oculta por algún lado.

Ingrid estalló en carcajadas, llevándose una mano a la boca para intentar contenerse.

—Joder, no me extraña. Yo hubiera puesto cara de tonta.

—Yo creo que la puse, sobre todo cuando dijo que el jurado estaba compuesto por perros.

—Dios mío —farfulló Gerard entre risas.

—Lo que pasó es que luego me di cuenta de que estaba hablando en serio —dijo Cassie, riendo—, y no me quedó más remedio que tomármelo yo también en serio.

—Yo no sé cómo hubiera reaccionado —comentó Ingrid, tratando de ponerse en el lugar de Cassie.

—A mí me pareció algo que no tenía ningún sentido. Parece una locura, ¿verdad? —preguntó Cassie, disfrutando de las risas con sus amigos.

—Sí —respondieron Ingrid y Gerard al mismo tiempo.

—¿Y cómo te fue en tu defensa? —preguntó Gerard.

—Pues dije lo primero que se me vino a la cabeza —dijo Cassie—. En resumen, argumenté que mi cliente simplemente seguía sus instintos naturales, como animal que era, y que el verdadero culpable era el dueño del pescado por no protegerlo adecuadamente.

—No parece una mala defensa —comentó Ingrid.

—¿Qué te dijo Ethan Lawson? —quiso saber Gerard, metiéndose en la boca el último trozo de helado.

Cassie sonrió ampliamente, sintiéndose satisfecha al recordar cómo había manejado la situación.

—Bueno, dijo que incluso los perros del jurado habrían estado dispuestos a dejar ir al gato con solo una advertencia —respondió Cassie. Dio otro mordisco a su helado—. ¿Y sabéis por qué lo hizo? —lanzó la pregunta.

—¿Por qué? —se adelantó Ingrid.

—Porque la improvisación es clave para un abogado. Me «obligó» a improvisar con un ejemplo que a primera vista es una estupidez solo para que aprenda a improvisar, valga la redundancia —explicó Cassie. Alzó los brazos al aire, tratando de que el helado no se le cayera —. ¿No os parece una genialidad?

Gerard asintió pensativo, mientras jugaba con una brizna de hierba entre los dedos.

—Sí, lo es, y de paso te prepara para pensar rápido bajo presión, algo que vas a tener que hacer a menudo en el concurso.

Cassie asintió enérgicamente.

—Hay que reconocer que su enfoque es distinto al de cualquier otro profesor —comentó Ingrid.

—No me extraña que sea uno de los mejores abogados de la ciudad —dijo Cassie.

Y en su voz volvía a estar esa nota de admiración que había aparecido a lo largo de la conversación.

Gerard desvió los ojos hacia ella.

—¿Ahora sientes admiración por él? —preguntó. Su voz contenía un deje que Cassie no supo interpretar.

Se encogió de hombros.

—Ethan Lawson es muchas cosas, Gerard —comenzó—. Es vanidoso, es engreído, es estirado, es exigente, es un cabrón, pero es brillante.

—Claro, yo no digo lo contrario —apuntó Gerard, y en su tono seguía estando ese deje que Cassie no podía descifrar.

Gerard miró su reloj.

—Me voy, tengo clase dentro de diez minutos y no quiero llegar tarde.

Se levantó y se sacudió la hierba de los pantalones con las manos. Cogió los libros del suelo.

—Nos vemos luego —dijo a modo de despedida.

—Hasta luego —dijo Ingrid.

—Hasta luego —se despidió Cassie.

Gerard dio media vuelta y se alejó hacia el edificio de la universidad. Cassie se quedó mirándolo.

—¿No lo has notado un poco raro? —comentó a Ingrid.

—Sí —respondió ella—. Yo creo que está un poco agobiado. El primer año en la universidad es difícil y apenas nos estamos adaptando.

Cassie se quedó pensativa.

—Puede ser.

CAPÍTULO 21

El Aula Magna estaba en silencio, salvo por el suave murmullo de las páginas al pasar mientras Ethan revisaba sus notas.

Cassie estaba sentada frente a él, a unas cuantas filas de distancia, lista para la siguiente clase de preparación para el concurso.

Ethan levantó la vista y sin saber por qué, la observó un rato mientras escribía en su cuaderno.

Había algo fascinante en la expresión que ponía cuando estaba concentrada. La forma en que sus cejas se fruncían ligeramente cuando se encontraba con un concepto desafiante, solo para relajarse unos segundos después al encontrarle sentido.

Pero su observación fue por otro camino… muy distinto.

Se fijó en que su piel de color chocolate brillaba suavemente bajo la luz del sol que entraba por las ventanas, y que sus ojos negros eran profundos y muy expresivos. La señorita Maalim decía casi todo a través de la mirada. También se fijó en cómo sus abundantes rizos caían alrededor de su rostro.

De repente, Cassie levantó la vista de su cuaderno y sus miradas se encontraron. Una sonrisa tímida apareció en sus carnosos labios al darse cuenta de que estaba siendo el centro de atención de Ethan.

Frunció el ceño. ¿Por qué la miraba del modo que lo estaba haciendo?

—¿Está todo bien? —preguntó.

—Sí, está todo bien —respondió Ethan.

Y sonrió con un destello travieso en los ojos que Cassie ya había aprendido a reconocer. Algo se traía entre manos.

—Bien, señorita Maalim —dijo Ethan, dejando sus notas a un lado—. Vamos a hacer un pequeño ejercicio. Quiero que defienda una posición contraria a sus opiniones personales. ¿Cree en el cambio climático?

—Sí —dijo Cassie.

Ethan se levantó de la silla, rodeó la mesa y se sentó en uno de los asientos del hemiciclo, acortando la distancia con Cassie. Ella se dio cuenta de que era la primera vez que él hacía algo así, siempre estaba de pie o sentado detrás de la mesa del estrado.

—Quiero que defienda la idea de que el cambio climático no existe —anunció—. Empiece, por favor.

Cassie tomó aire.

—Bueno…, los científicos hablan del calentamiento global, sin embargo, ¿dónde está? Porque en algunos países hay frío extremo y tormentas de nieve. Aquí en Chicago tenemos un claro ejemplo. Por otro lado, el clima de la tierra siempre ha cambiado, lo que está ocurriendo ahora es parte de un ciclo natural de nuestro planeta.

—Me falta vehemencia en sus argumentos —dijo Ethan, inclinándose hacia adelante—. Usted no se lo cree. Y si no se lo cree, nadie más lo hará. Menos aún un jurado o un juez. —Tomó aire —. Inténtelo de nuevo, pero esta vez con convicción. Imagine que está en un debate, y su oponente acaba de decir que el cambio climático es una emergencia global. ¿Cómo lo rebate?

Cassie se movió en su asiento, sintiendo la presión de la intensa mirada de Ethan sobre ella.

—El cambio climático es una narrativa conveniente para quienes quieren… controlar nuestras vidas —comenzó, tratando de sonar más segura—. Nos dicen que debemos reducir nuestras emisiones, que debemos… cambiar nuestra forma de vivir, pero ¿qué pruebas reales tenemos de que esto sea necesario? Los datos históricos muestran que el clima ha fluctuado durante miles de años…

—Señorita Maalim, es como un loro —la interrumpió Ethan, con expresión crítica en el rostro —. Habla, habla, y habla y no expresa nada. En un juicio provocaría que el jurado se durmiese —dijo, haciendo un aspaviento con la mano—. Defendió mejor al gato ladrón —añadió.

Cassie suspiró.

Para Ethan no era suficiente. Pero ¿lo sería alguna vez?

Dejó caer la espalda en el respaldo del asiento, desanimada. ¿Cómo podía ser vehemente con algo que no creía?

Ethan advirtió la expresión de su rostro.

—Recoja sus cosas, nos vamos a la cafetería —dijo.

Cassie lo miró desconcertada.

—¿A la cafetería? —repitió, mirándolo con incredulidad.

—Sí, vamos, vamos —dijo Ethan con prisa. Él ya se dirigía a la puerta.

Cassie metió rápidamente las cosas en la mochila, se la colgó y salió a toda velocidad para alcanzar a Ethan.

—¿Qué vamos a hacer en la cafetería? —preguntó Cassie de camino a ella, mientras atravesaban el campus.

—Ahora lo verá —respondió Ethan en tono enigmático.

Aquella mañana el lugar estaba lleno, con estudiantes charlando animadamente mientras disfrutaban de sus almuerzos.

El aroma del café recién hecho se mezclaba con el olor de los sándwiches tostados.

Ethan y Cassie entraron juntos, y él la guio hacia una mesa vacía que había en un rincón, desde donde podían observar a los demás estudiantes.

Ethan se inclinó hacia Cassie con una sonrisilla traviesa en el rostro.

—Muy bien, señorita Maalim —dijo en voz baja pero clara, mirándola directamente a los ojos —. Aquí tiene su próximo desafío: quiero que convenza a todas las personas que están en la cafetería de que soy el profesor más jodidamente amable y benevolente de la Universidad.

Cassie lo miró incrédula, con los ojos abiertos como platos.

«¿Que tengo que hacer qué? ¿Se había vuelto loco?», pensó.

—¿En serio? —preguntó, mientras dejaba escapar una risilla nerviosa.

—Totalmente en serio —respondió Ethan con tranquilidad—. Convénzales de que soy un buen tipo.

—¡Pero eso es imposible! —exclamó Cassie, bajando la voz para que nadie más la escuchara —. ¿Ha visto cómo le miran? Parece que ha matado a todos sus familiares.

Ethan rio, un sonido breve y seco.

—Por eso es un desafío. Si fuera fácil no tendría gracia.

—Pero todo el mundo piensa que usted es…

—Un cabrón —terminó la frase Ethan—. Sí, lo sé, caer mal a los alumnos es parte de mi encanto. Por eso va a tener que ser muy vehemente con sus argumentos. Muy muy vehemente — enfatizó cada palabra, cruzándose de brazos—. Ahora, demuestre su talento.

Cassie alcanzó a ver la expresión divertida que mostraban sus ojos castaños.

—Se van a descojonar de mí —dijo.

—No, si lo hace bien —contestó Ethan—. Es un magnífico ejercicio, señorita Maalim — repuso—. Si puede convencerlos de algo tan contrario a su percepción, podrá convencer a cualquiera de cualquier cosa. Si es capaz de convencerlos de que no soy un cabrón, le aseguro que será la ganadora del Concurso de Jóvenes Abogados…, y tal vez no la suspenda este semestre.

Cassie lo fulminó con la mirada.

—¿Eso es un incentivo o una amenaza?

—Ambas cosas —respondió Ethan con una sonrisilla pícara.

Cassie giró la cabeza y echó un vistazo a la cafetería.

¡Mierda!, encima era el día que más gente había. ¿Es que nadie tenía clase? ¿Trabajo? ¿Casa? ¿Vida?

Respiró hondo, tratando de calmar los nervios que revoloteaban en su estómago. Sabía que no tenía escapatoria.

Se levantó lentamente, pasándose las manos por el pelo, y se dirigió al centro de la cafetería,

consciente de las miradas curiosas de algunos estudiantes posadas sobre ella. Sintió que el calor le subía por el rostro.

¿Cómo iba a convencerlos de que Ethan Lawson no era un cabrón, si en esos momentos era cuando ella más creía que lo era?

¡Iba a matarlo!

Carraspeó con fuerza un par de veces.

—Hola a todos —comenzó. Lanzó una última mirada a Ethan, que había cruzado las piernas y estaba repantigado en la silla, esperando a que comenzara el espectáculo.

Cassie notó que le ardían las mejillas.

Dios, se iba a hablar de aquello a lo largo de los años, junto con la historia de esa chica a la que Ethan había hecho desmayar.

—Me gustaría que me prestarais atención un momento… —continuó.

Algunos estudiantes levantaron la vista de sus cafés, o sus cervezas, intrigados por la repentina interrupción.

—¿Podéis escucharme, por favor?

Los presentes la miraban, pero no le hacían caso. Se limitaban a cuchichear entre ellos y a sonreír.

Cassie miró a Ethan, que volvía a tener esa expresión crítica en el rostro. Lo estaba haciendo mal. Mejor dicho, mucho peor que mal.

Dejó escapar un suspiro y miró de nuevo a su alrededor. Entonces se le ocurrió algo.

Cogió una silla y se subió encima de ella. Se colocó recta y alzó la barbilla.

—Prestarme atención, por favor —comenzó de nuevo—. Me gustaría hablarles de alguien muy especial: el profesor Ethan Lawson.

Los murmullos se intensificaron.

—Sé que muchos pensáis que es estricto —dijo desde lo alto—, y tenéis razón. Pero dejadme deciros algo: detrás de esa fachada de profesor exigente, duro…

—A mí me hizo llorar el curso pasado —soltó de pronto una chica, con el pelo teñido de morado, que estaba sentada en una de las mesas del fondo.

Cassie miró a Ethan con los ojos entornados, como si le estuviera reprobando su acción. Él seguía con los brazos cruzados y simplemente se limitó a alzar los hombros. Poco le importaba que hubiera hecho llorar a una alumna.

O a dos.

O a tres.

Cassie le devolvió su atención a la gente que estaba en la cafetería. Se rascó el cuello. Aquello iba a ser más complicado de lo que pensaba. Todo el mundo odiaba a Ethan Lawson.

—Sí, a veces puede ser un poco… intenso en su forma de enseñar —masculló.

Los estudiantes se miraron entre sí, claramente incrédulos.

—Como iba diciendo, sé que muchos pensáis que es estricto, duro. Pero dejadme deciros algo: detrás de esa fachada, hay un profesor increíblemente dedicado al Derecho y a nuestro aprendizaje.

Cassie enfatizaba cada frase, cada palabra que decía con el cuerpo. Alzaba los brazos, movía las manos, miraba a los ojos…

—¿Estás hablando del mismo Ethan Lawson que nos dijo que si no entendíamos las cosas era porque éramos «intelectualmente perezosos»? —replicó un chico.

Cassie tragó saliva.

Madre de Dios.

Sintió cómo una gota de sudor resbalaba por su espalda.

—Bueno, eso es solo su forma de… motivarnos. Es como un entrenador duro, pero en el fondo se preocupa por nosotros —aseveró—. Pero siempre está dispuesto a ayudarnos fuera del horario de clases y busca formas creativas para hacernos pensar más allá de aprobar el examen.

A medida que hablaba, Cassie notó cómo algunas expresiones comenzaban a suavizarse; incluso vio algunas sonrisas entre los rostros atentos.

—Además —añadió con entusiasmo—, es inteligente, brillante, y uno de los mejores abogados de Chicago. Capaz de desafiarnos como solo él sabe hacerlo. No solo nos enseña Derecho, también nos enseña habilidades valiosas para la vida real: iniciativa, persuasión y confianza en nosotros mismos.

A esas alturas, ya había captado completamente la atención de aquel público improvisado; algunos incluso asentían ligeramente a sus palabras.

—Es duro, sí, y exigente, pero su nivel supera la media. Y eso no lo podemos negar, ¿verdad?

Miró a algunos estudiantes al azar, que afirmaron con la cabeza.

—No nos dejemos engañar —levantó el dedo—, ni asustar, por su exigencia o su dureza. Debemos quedarnos con el modo en que vive el Derecho y con la manera de enseñarlo. Esa es la verdadera esencia. —Cassie miró a Ethan de reojo—. Y está dispuesto a partirse la cara por defender a quien sea necesario —añadió.

Y esto último lo dijo en tono serio, acordándose del modo en que la había defendido de Jake y su amigo el día que fue a su barrio, para convencerla de que participará en el concurso de Jóvenes Abogados.

—Vale, esto es genial —dijo un chico con una sudadera negra, haciendo un aspaviento con la mano—. Pero ahora, ¿puedes dejarnos comer tranquilos?

Cassie asintió rápidamente.

—Claro, claro. Gracias por escuchar —dijo, metiéndose de nuevo en el ejercicio—. Pero si alguna vez tenéis dudas sobre quién es realmente el profesor Lawson… Bueno… ¡Ahora ya lo sabéis!

La cafetería estalló en aplausos y risas mientras Cassie se bajaba de la silla y regresaba

triunfante junto a Ethan. Él la recibió con una sonrisa de aprobación.

—Ha hecho un trabajo maravilloso, pero creo que podría haber añadido que también soy increíblemente modesto —dijo.

Cassie levantó una ceja.

—Es increíblemente vanidoso —replicó, llevándole la contraria.

Ethan dejó escapar una pequeña sonrisa. Era una sonrisa de alguien que sabe que su alumna está empezando a entender el juego.

—Vamos a tomar un café, señorita Maalim, se lo ha ganado —dijo.

CAPÍTULO 22

Cassie entró en el piso y dejó caer su mochila en el suelo del salón con un suspiro de alivio. Keeya estaba en el sofá, rodeada de papeles y libros, haciendo los deberes del instituto.

Al ver a su hermana, levantó una ceja con curiosidad. Conocía todas y cada una de las expresiones de Cassie, que era como un libro abierto.

Cassie no podía esperar para compartir con Keeya la última anécdota de sus clases con Ethan.

—¡No te imaginas lo que me ha hecho hacer Ethan hoy! —exclamó Cassie.

—Cuéntame —la animó Keeya.

—Ese tío está loco, pero loco de verdad.

—¿Por qué?

—Fuimos a la cafetería del campus y me retó a convencer a todos los que estaban allí de que él era el profesor más *majo* de toda la Universidad —comenzó, enfatizando la palabra «majo» con un gesto dramático—. Imagínate, Keeya… Tú sabes cómo es realmente. La gente lo odia. Lo miraban como si les debiera dinero.

Keeya se echó a reír.

—Convencer a la gente de que Ethan es majo es todo un desafío —dijo.

—Y tanto que lo es —repuso Cassie—. Quería matarlo. Te juro que quería matarlo. Tenías que haberme visto, subida a una silla…

—Espera un momento, ¿te subiste a una silla?

—Tenía que tratar de captar la atención de la gente, porque no me hacían ni puñetero caso y tenía la mirada de Ethan clavada en mí.

Keeya soltó una carcajada, imaginando la escena.

—Madre mía.

—Al principio estaba muerta de vergüenza, quería morirme —admitió Cassie entre risas—. Me quedé ahí, medio paralizada, como un árbol de Navidad, pensando: «¿Cómo coño salgo yo de esta?». Imagínate, teniendo que decirle a la gente que Ethan Lawson, el mismo que hace llorar a los estudiantes, era buena gente.

Keeya se inclinó hacia adelante, se lo estaba pasando bomba con el relato de Cassie.

—¿Y qué hiciste? —preguntó ansiosa por saber cómo había salido Cassie de aquello.

—Respirar hondo y empezar a hablar. Me lancé y de repente una chica dice que a ella Ethan Lawson la hizo llorar y luego otro chico dijo que Ethan les había dicho que si no entendían las cosas era porque eran «intelectualmente perezosos». —Cassie frunció el ceño—. Por Dios, ¿tú crees que se le puede decir eso a alguien? Y él nada, como si la cosa no fuera con él, como si no estuvieran hablando de él. —Cassie miró a su hermana—. A veces creo que no es humano, ¿sabes? ¿Cómo se puede mantener impasible a todo lo que la gente piensa de él?

—Porque ese tío está por encima de todo y de todos, Cassie —respondió Keeya—. Está por encima del bien y del mal.

—Supongo que es demasiado vanidoso como para preocuparse de lo que piensen los demás de él —concluyó Cassie.

—¿Y qué dijiste a los estudiantes de la cafetería para convencerlos de que Ethan es un profe guay?

—Les conté que estaba profundamente dedicado al Derecho y a la enseñanza, que detrás de la fachada de profesor exigente y duro, que siempre está dispuesto a ayudarnos fuera del horario de clases, que nos enseña habilidades valiosas para la vida real y otras cuantas cosas más… —Cassie se quedó unos segundos pensando—. La verdad es que no sé cómo no me desmayé. Todo era surrealista.

Keeya soltó una carcajada tan fuerte que casi se cayó del sofá.

—Estoy segura de que dejaste a todos boquiabiertos —dijo.

—Sí, de horror —bromeó Cassie, echándose a reír.

—No me digas que la gente se lo creyó —dijo Keeya.

Cassie se encogió de hombros.

—No lo sé, pero te aseguro que ha habido gente que ha asentido con la cabeza, como si estuviera de acuerdo con lo que decía.

—Eso sí que es surrealista —repuso Keeya.

Cassie suspiró.

—Menos mal que esta tarde no tengo que ir a trabajar al supermercado, porque necesito un descanso. Ethan Lawson va a acabar conmigo —dijo.

CAPÍTULO 23

—¡Cassie! —La voz de Ingrid sonó a su espalda.

Cassie se giró. Ingrid corría hacia ella, así que Cassie se paró y la esperó.

—Buenos días —la saludó Ingrid al alcanzarla.

—Buenos días —respondió Cassie.

—¿Es cierto lo que he oído? —dijo Ingrid, apretando la carpeta y los libros contra su pecho.

—¿Qué?

—Que ayer el profesor Lawson te hizo convencer a la gente que estaba en la cafetería de que es un profesor guay —respondió Ingrid.

—Sí —dijo Cassie.

Echaron a andar hacia el edificio de la universidad.

—¡¿En serio?! —exclamó Ingrid.

—Totalmente en serio.

—¡No me lo puedo creer! Así que es cierto.

—Creí que me moriría de vergüenza —dijo Cassie.

—No es para menos. Pero quiero que me lo cuentes todo —dijo Ingrid entusiasmada.

Gerard se unió a ellas en el aula.

Cassie les estaba relatando cómo había sucedido todo, cuando Ethan entró. Como siempre ocurría, los murmullos fueron haciéndose cada vez más pequeños.

Él se acercó a Cassie antes de dirigirse al estrado.

—Señorita Maalim, la espero en la biblioteca cuando termine las clases —dijo.

—Vale —respondió ella.

La biblioteca era poco menos que un santuario de silencio, solo interrumpido por el leve siseo

de las páginas de los libros y el susurro ocasional de alguien que intentaba no hacer ruido. Lo normal en una biblioteca.

Las estanterías se alzaban hasta el techo, repletas de libros que abarcaban desde los clásicos hasta los más recientes tratados de Derecho.

Las luces de los fluorescentes zumbaban sobre las cabezas, proyectando un brillo apagado en los escritorios de madera.

Cassie estiró el cuello y echó un vistazo a las mesas que estaban ocupadas.

Ethan se encontraba sentado al fondo, detrás de una mesa cubierta por una montaña de libros.

Cassie enderezó la espalda y caminó hasta él.

Mientras avanzaba por la biblioteca, pensó que era normal que el primer día lo confundiera con un alumno de último año. Lo parecía. De hecho, por su edad, podía serlo.

¿Cómo iba a pensar que en realidad era profesor? Era inusualmente joven, algo que sorprendía a los nuevos estudiantes. Algo que la había sorprendido a ella misma. Su juventud contrastaba con la seriedad de su profesión.

Tenía el pelo ligeramente despeinado, como si acabara de pasar una mano distraída por él, mientras leía algún artículo fascinante. Aquel día vestía de manera más informal, pero elegante, con una camisa blanca arremangada hasta los codos y unos pantalones oscuros que acentuaban su figura atlética.

A pesar de su reputación, había algo en su sonrisa que lo hacía irresistiblemente atractivo.

Un momento…

Los pensamientos de Cassie se detuvieron de golpe.

«¿Qué cojones hago pensando en la sonrisa de Ethan Lawson?», se preguntó a sí misma.

Sacudió la cabeza, tratando de empujar todos aquellos pensamientos a un lado.

Objetivamente, era un tío guapo, muy guapo, para ser exactos. Habría que estar muerta para no darse cuenta, pero eso no significaba que ella tuviera que estar fijándose en ello.

Ethan Lawson era su profesor. Y un profesor que no le caía nada bien. Pero nada nada bien.

—Hola —lo saludó, agarrando el asa de la mochila con la mano.

—Hola —respondió él—. ¿Preparada?

—Sí —respondió Cassie—. ¿Qué es todo esto? —preguntó, echando un vistazo a la torre de libros.

—Tu ejercicio de hoy —contestó Ethan.

Sus labios se curvaron en una sonrisa juguetona. Una sonrisa que a Cassie le pareció demasiado satisfecha. ¿Qué tramaba?

—Tiene que identificar en estos libros las diferentes interpretaciones que se han hecho de la Ley de Derechos Civiles de 1964 a lo largo del tiempo y cómo estas han influido en su aplicación actual —dijo Ethan—. El primer día dijo en clase que quería dedicarse a la rama de

Derechos Humanos, ¿verdad?

—Sí —respondió Cassie.

—Bien, esta ley ha sido objeto de numerosas interpretaciones y debates desde su promulgación. A lo largo de los años, los tribunales han tenido que interpretar sus disposiciones en casos relacionados con el empleo, la educación y el acceso a servicios públicos, contra la discriminación por motivos de raza, color, religión, sexo u origen nacional.

Cassie miró la montaña de libros con incredulidad. Había tomos tan gordos que parecían capaces de sostener una puerta abierta durante un tornado.

—Tiene que estar de broma —dijo.

—No, para nada —contestó Ethan con toda la tranquilidad del mundo.

Y esa sonrisa de satisfacción seguía estando en su cara.

—¿En serio? —preguntó Cassie—. ¿Todo esto?

Ethan asintió.

—Sí.

Cassie cambió el peso del cuerpo de un pie a otro.

—¿Por qué me castiga? ¿Qué hecho tan malo para merecer esto? —dijo.

—No es un castigo, señorita Maalim. Es un ejercicio excelente para desarrollar sus habilidades de investigación y síntesis —respondió Ethan con tono solemne, aunque sus ojos brillaban con diversión—. Y aprenderá a descubrir qué es importante y qué no.

—Bueno, supongo que va a ayudarme…

—Oh, no. Yo he quedado con un cliente.

Cassie lo miró, esperando que fuera una broma. Pero la expresión de Ethan no cambió.

—¡¿Qué?! —Cassie quiso gritar, pero recordó que estaba en una biblioteca—. No puede… No puede darme todo este trabajo y marcharse sin más.

—Claro que puedo, soy el profesor. —Ethan se levantó y cogió el maletín que tenía apoyado en el suelo.

—¿Y qué? —Cassie lo siguió con la mirada mientras rodeaba la mesa—. No puede marcharse como si nada.

—Confío en usted. Estoy seguro de que hará un buen trabajo —dijo Ethan, mientras se alejaba con paso tranquilo y seguro, dejando a Cassie sola ante su monumental tarea.

—¡Espere! —Cassie bajó el tono de voz para que no la oyeran, pero él solo levantó una mano en un gesto de despedida sin ni siquiera volverse.

—Buena suerte, señorita Maalim. Nos vemos mañana.

Y así, con esa despedida, Ethan desapareció por el pasillo que formaban las estanterías, dejando a Cassie sola frente a la pila de libros. Ella se quedó mirando la montaña de tomos y títulos que parecían burlarse de ella.

—Esto no puede estar pasando… —murmuró para sí misma, acercándose a la mesa con cautela, como si los libros pudieran atacarla en cualquier momento.

Se pasó las manos por el pelo y resopló.

Se sentó en la silla que había ocupado Ethan y cogió el primer libro de la pila. Era pesado, tanto que tuvo que usar ambas manos para levantarlo.

Lo abrió por la primera página y se encontró con un prólogo interminable escrito en un lenguaje tan técnico que parecía otro idioma.

—Vale, Cassie, tú puedes —se dijo a sí misma, tratando de animarse.

Levantó la cabeza y miró a su alrededor, como si esperara que alguien fuera a rescatarla. Pero la biblioteca seguía en silencio, y los estudiantes que estaban cerca parecían demasiado absortos en sus propios problemas como para notar su desesperación.

Tomó aire.

—Esto es ridículo —susurró, cerrando el libro con un golpe seco, que hizo que un par de personas levantaran la cabeza y la miraran—. No puedo hacer esto sola.

Suspiró teatralmente.

CAPÍTULO 24

Miró de nuevo la torre de libros y después de unos segundos, cogió una bocanada de aire, llenándose los pulmones. Entornó los ojos en un gesto de determinación.

—Vale, a ver qué tenéis que contarme —murmuró con una determinación renovada. Ethan no podría con ella. Ni aquellos libros tampoco.

Cogió la mochila, la puso en su regazo, corrió la cremallera y sacó una botella de agua, que colocó al lado, y un par de cuadernos en los que tomaría notas.

Abrió de nuevo el libro que había cerrado un minuto antes con un golpe. Al pasar las páginas del prólogo, se encontró un trozo de papel al principio del primer capítulo.

Lo cogió, le dio la vuelta y lo leyó.

«Señorita Maalim, si está leyendo esto, significa que no ha huido todavía. Buen comienzo.

E.L.»

Cassie esbozó una sonrisa. Era una nota de Ethan.

Releyó de nuevo el mensaje que le había escrito. Movió la cabeza.

Definitivamente aquel hombre estaba loco.

Dejó el papel a un lado y comenzó a leer.

Había tomado algunas notas de los dos primeros capítulos cuando se dio cuenta de que aquella forma de trabajar no la llevaría a ninguna parte.

Entonces recordó las palabras de Ethan antes de marcharse: «Descubrirá qué es importante y qué no».

Respiró hondo.

—Vale, Cassie, piensa cómo Ethan —se dijo—. Por muy insufrible que sea, ni él, con un coeficiente como el de Einstein, podría leerse todo esto.

Decidió cambiar de estrategia. En lugar de intentar leer todo, comenzó a hojear el libro, buscando títulos de capítulos que coincidieran con el tema que tenía que investigar, resúmenes o cualquier cosa que pareciera relevante.

La idea la hizo sonreír, y de repente el ejercicio pareció un poco menos imposible.

Siguió buscando, tomando notas y marcando páginas. Aunque no estaba segura de estar haciendo lo correcto, al menos sentía que lo tenía todo más bajo control.

Cogió el segundo libro de la pila que había sobre la mesa, y en medio de un capítulo especialmente denso sobre derechos y deberes de las personas, se encontró una segunda nota de Ethan.

La leyó con los ojos brillantes.

«¿Aburrida? No se preocupe, solo quedan unas dos mil quinientas páginas más. No desespere.

E.L.»

En ese momento, Cassie no sabía si odiarlo, pero la nota le arrancó una sonrisa.

En medio del tedio de la investigación (que era tediosa de cojones), la inesperada aparición de los mensajes de Ethan se estaban convirtiendo en una especie de oasis en mitad del desierto.

¿Lo había hecho a propósito?

Era raro pensar que Ethan Lawson hiciera algo amable por los demás.

Dejó la segunda nota encima de la primera, quitó el tapón de la botella de agua y dio un sorbo. Después volvió a enfrascarse en la lectura de los libros que tenía delante.

En el tercer volumen, apareció otra nota de Ethan.

«¿Se siente abrumada? Bien. Eso significa que está prestando atención. O que este libro es tan aburrido como parece.

E.L.»

Cassie apretó los labios para no echarse a reír. ¿En serio?

Quizá Ethan lo hubiera hecho a propósito, pero Cassie avanzaba en aquella tarea ilusionada por querer encontrar un nuevo mensaje suyo.

Fue en el cuarto libro, un tomo de jurisprudencia, que hablaba de un caso relevante, donde encontró la siguiente nota.

«Este caso es un clásico. Si lo entiende, enhorabuena. Si no, no se preocupe, nadie lo hace en el primer intento. Excepto yo, claro. Pero yo soy yo.

E.L.»

Aquellas palabras le hicieron soltar una carcajada en medio del silencio de la biblioteca. Fue

inevitable. Pero provocó que varias cabezas se volvieran hacia ella y la miraran con curiosidad. Una chica incluso la instó a guardar silencio con cara de pocos amigos.

—Perdón —se disculpó Cassie, apretando los labios.

Leyó la nota de nuevo.

Era Ethan Lawson en toda su esencia. Pero con un sentido del humor desconocido hasta ese momento.

Si algo estaba descubriendo Cassie durante las horas que estaba compartiendo con él mientras la preparaba para participar en el Concurso de Jóvenes Abogados era que Ethan Lawson era divertido. Tenía un lado cómico muy particular. Y le gustaba.

Con la esperanza de hallar un nuevo mensaje, tomó las notas oportunas de ese libro y se sumergió rápidamente en el siguiente.

En el capítulo veinticinco apareció esa nueva nota.

«¡Sorpresa! Aquí tiene otro capítulo fascinante sobre procedimientos legales de hace mil años.

E.L.»

Más abajo, en esa misma página, había un post-it de color amarillo con otro mensaje.

«Este párrafo es importante.

E.L.»

Cassie lo leyó y anotó algunos datos interesantes en el cuaderno.

Sintió una oleada de simpatía hacia Ethan Lawson. Aunque pareciera increíble, era precisamente él el que le estaba recordando que comprendía la tarea a la que se enfrentaba, y que estaba ahí para apoyarla, aunque fuera a través de pequeños mensajes.

—Gracias, profesor Lawson —susurró en voz muy baja. No quería que la loca por el silencio volviera a llamarle la atención.

En un libro sobre interpretación jurídica, encontró una última nota:

«Si ha llegado hasta aquí, es más disciplinada de lo que pensaba, y eso me gusta. Le daré una buena noticia: está aprendiendo mucho. La mala: que no hay atajos. Ahora haga algo con toda la información que ha recopilado.

E.L.»

Cassie sonrió.

Quizá no hubiera atajos, pero sí ayuda. Ella la había recibido de él.

A medida que había ido encontrando las notas escondidas entre las páginas de los libros, Cassie había ido experimentando una creciente sensación de complicidad con Ethan.

Cada mensaje se había convertido en un pequeño tesoro que buscaba con anticipación, mientras avanzaba en aquel tedioso trabajo. Las notas no solo le habían regalado momentos de humor, sino que también habían reforzado su motivación para seguir adelante.

Ethan le había dejado notas intencionadamente para animarla. A su manera, había estado presente todo el rato, haciendo que Cassie se sintiera menos sola haciendo el trabajo. De alguna forma, había sido una tarea compartida.

Cuando cerró el último libro y levantó la vista, el sol comenzaba a ponerse tras las ventanas y la biblioteca se había teñido de un tono de color caramelo.

Cassie estaba agotada, pero satisfecha. Aquella tarde había sobrevivido a la torre de libros y, de alguna manera, a Ethan. Y eso era una victoria en sí misma.

Cogió las notas, las dobló con cuidado y se las guardó en el bolsillo del pantalón.

Mientras recogía sus cosas y las metía en la mochila, no pudo evitar pensar lo agradecida que se sentía (en secreto, por supuesto, jamás se lo diría a él), por tener a alguien como Ethan Lawson empujándola fuera de la zona de confort.

Se colgó la mochila al hombro, cogió la pila de libros, procurando que no se le cayeran y se los dejó a la bibliotecaria encima del mostrador, para que los colocara.

—Gracias —dijo.

La mujer asintió.

CAPÍTULO 25

Cassie, Ingrid y Gerard estaban sentados en una de las mesas de madera de los merenderos que había en un parque cercano a la Universidad, mientras se atiborraban a patatas fritas y chucherías.

El sol brillaba en lo alto de un cielo despejado de nubes y un azul puro, bañando el parque con una luz dorada que hacía resplandecer las hojas verdes de los árboles. El aire estaba impregnado del aroma fresco del césped recién cortado.

A esas horas de la tarde, el parque estaba lleno de vida.

Un grupo de adolescentes jugaba alegremente al frisbee, mientras unos niños reían en los columpios.

El ambiente era perfecto para una tarde relajada. La calidez del sol sobre sus pieles contrastaba con la frescura de la brisa que acariciaba sus rostros.

Cassie acababa de terminar de contarles cómo Ethan la había dejado sola en la biblioteca con una pila enorme de libros y cómo, para su sorpresa, había encontrado notas escondidas entre las páginas, alentándola a seguir adelante.

—¿De verdad? —dijo Ingrid, apoyando la barbilla en la mano—. ¿Y qué decían las notas? ¿Eran mensajes secretos o algo así? —preguntó, muerta de curiosidad, con los ojos brillantes.

Cassie sonrió, recordando las palabras sarcásticas de Ethan.

—Bueno, no eran exactamente mensajes secretos —dijo, riéndose un poco—. Eran más bien… irónicos. Como: «Si está leyendo esto, significa que no ha huido todavía», o «¿Se siente abrumada? Bien. Eso significa que está prestando atención. O que este libro es tan aburrido como parece» — citó, poniendo algunos ejemplos.

Ingrid rio, apoyándose en la mesa.

—¿Ethan Lawson tiene sentido del humor? Quién lo diría. —Metió la mano en la bolsa de las patatas fritas, sacó una y se la llevó a la boca.

—Sí, tiene humor —dijo Cassie.

—Es como si te estuviera diciendo: «Sé que esto es un infierno, pero aquí tienes un poco de diversión para que no te rindas» —comentó Ingrid.

Cassie cogió un regaliz rojo de la bolsa de las gominolas y le dio un mordisco.

—Sí, algo así —dijo, riéndose—. Al principio estaba súper frustrada. La pila de libros me parecía interminable, pero cuando empecé a encontrar las notas, me dio un poco de ánimo. Era

como si estuviera jugando un juego, ¿sabéis?

—Es una forma genial de motivar a alguien. Debería hacer eso más a menudo —habló de nuevo Ingrid—. Aunque, claro, con Ethan nunca sabes si lo hace para ayudarte o para burlarse de ti.

—Probablemente ambas cosas —intervino Gerard, que hasta ese momento había permanecido en silencio, sin querer participar en la conversación, jugueteando distraídamente con su lata de refresco.

—En mi caso al menos hizo que el trabajo fuera un poco menos tedioso —dijo Cassie.

—No sé, Cassie —dijo Gerard, mirándola—. A mí me parece un poco… raro. ¿No crees que es un poco extraño que un profesor te deje notas escondidas en los libros? Parece algo demasiado personal. —Su tono de voz intentaba sonar casual, pero delataba una ligera tensión.

Cassie lo miró, un poco sorprendida por su comentario.

—¿Raro? No lo sé. —Se encogió de hombros, sin darle importancia—. Creo que solo estaba intentando animarme. Ethan es así, sabe cómo sacarte de quicio, pero también tiene su lado… bueno. No sé si decir amable, pero al menos no es completamente insensible.

Ingrid intervino, señalando a Gerard con la gominola que se estaba comiendo.

—Vamos, Gerard, es solo una forma de hacerle el trabajo más llevadero a Cassie —dijo—. A fin de cuentas, él es también humano.

—Pues parece que solo saca su humanidad con Cassie, porque con el resto se porta como un auténtico cabrón —aseveró Gerard, frunciendo ligeramente el ceño antes de recuperar su expresión neutral.

Ingrid terminó de masticar y tragar la gominola que tenía en la boca.

—Está preparando a Cassie para participar en un concurso muy importante para la Universidad, es lógico que sea un poco amable… aunque sea de vez en cuando —repuso.

Gerard se encogió de hombros, pero no parecía convencido.

—Sí, supongo —murmuró, aunque su tono seguía siendo cauteloso—. Solo digo que hay que tener cuidado. A veces los profesores pueden cruzar ciertas líneas con sus alumnos sin darse cuenta.

Cassie arqueó una ceja, confundida por la actitud de Gerard.

—¿Crees que Ethan está cruzando una línea conmigo? —preguntó—. No creo que sea para tanto. Solo son notas, Gerard. No es como si me estuviera enviando flores y bombones, o algo así.

Ingrid soltó una risita.

—Sí, Gerard, relájate —dijo—. Ethan Lawson no es el tipo de hombre que envía flores ni bombones. A lo sumo, te enviaría un libro de Derecho Romano con una escueta nota que dijera: «Feliz cumpleaños. Ahora léete esto si no quieres que te suspenda».

Los tres rieron, pero Gerard no parecía tan divertido. Se limitó a sonreír débilmente (incluso un poco forzado) y a tomar un sorbo de su lata de refresco, evitando el contacto visual con

Cassie.

—Bueno, solo digo que hay que tener cuidado —repitió, en un tono más suave en aquel momento—. No quiero que te metas en problemas.

Cassie lo miró con curiosidad, notando algo extraño en su actitud, pero no pudo saber qué era.

—No te preocupes, Gerard —dijo, sonriéndole—. Sé cuidarme sola. Además, Ethan es… bueno, Ethan. No hay nada de qué preocuparse. ¡Por Dios, estamos hablando de Ethan Lawson! ¿Nos hemos vuelto locos?

Ingrid asintió, aprobando las palabras de Cassie, y después cambió de tema.

—Chicos, Ed Sheeran viene el próximo mes a Chicago a dar un concierto, ¿os apetece ir a verlo? —preguntó.

—Ay, sí, por favor, me encanta Ed Sheeran —se adelantó a decir Cassie, dando unas palmaditas en el aire, entusiasmada.

—Sí, podemos ver cómo lo hacemos —dijo Gerard.

Cassie e Ingrid se enfrascaron en una animada charla haciendo ya planes para comprar las entradas y comentando qué se iban a poner. Gerard, en cambio, permanecía en silencio, asintiendo ocasionalmente a lo que decían, pero sin participar de forma activa en la conversación.

CAPÍTULO 26

El aula estaba casi vacía, con solo unos pocos estudiantes dispersos por los asientos, revisando apuntes o charlando en voz baja mientras esperaban a que comenzara la clase.

Cassie entró y se sentó al final de la fila de asientos, al lado de una de las puertas. Dejó la mochila a un lado y sacó el libro de Derecho Romano.

Ni Ingrid ni Gerard irían a clase aquel día. Gerard tenía gastroenteritis e Ingrid se había ido a Nevada, porque su abuela se había puesto enferma. Cassie sería la encargada de pasarles después los apuntes.

Estaba sacando el cuaderno, cuando sonó su móvil.

Abrió el pequeño bolsillo de la mochila en el que lo guardaba y lo sacó. Era su madre.

Frunció el ceño.

¿Qué hacía su madre llamándole a esas horas? ¿Habría pasado algo? Cassie sabía que las llamadas inesperadas de su madre rara vez traían buenas noticias.

—Hola, mamá —dijo al descolgar.

—Hola, cariño —respondió ella.

Cassie conocía muy bien a su madre y solo escuchar su tono de voz fue suficiente para saber que algo no iba bien.

—¿Qué pasa, mamá? —le preguntó.

—Es tu padre, Cassie —dijo su madre—. Lo está preparando todo para viajar otra vez a Estados Unidos.

El corazón de Cassie se detuvo.

Sintió que el aire se le escapaba de los pulmones. Las paredes del aula parecían cerrarse alrededor de ella.

—¿Estás segura, mamá? —preguntó en un susurro, inclinándose hacia adelante, como si eso pudiera proteger la conversación de oídos indiscretos.

—Sí, Cassie —dijo su madre, con un tono que mezclaba cansancio y ansiedad—. Nos está buscando de nuevo. Debemos de tener cuidado —le advirtió.

Cassie cerró los ojos unos instantes, sintiendo un nudo en el estómago. Habían pasado varios años desde que su madre había huido de Namibia con ella y sus dos hermanas, escapando de un hombre que había convertido sus vidas en un infierno. Un hombre que llevaba las tradiciones de

la cultura a la que pertenecía hasta sus últimas consecuencias.

Pensar que él podía estar cerca otra vez la llenaba de miedo.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó, tratando de mantener la calma, aunque su voz temblaba ligeramente.

—Por ahora, nada —dijo su madre—. Solo estate atenta, Cassie. Avisa a Keeya para que ella también esté atenta.

Ethan entró en el aula con paso decidido. Llevaba el maletín en la mano y un par de libros bajo el brazo.

Al ver a Cassie hablando por teléfono y notando su tono preocupado, se detuvo instintivamente en la entrada. Algo en su interior le dijo que no debía interrumpirla; había una urgencia en su voz que lo hizo quedarse quieto y escuchar sin querer.

—Lo sé, mamá —continuó Cassie, tratando de mantener la calma—. Pero tenemos que ser cuidadosas. No quiero que nos encuentre… No después de todo lo que hemos pasado.

Su voz surgió ligeramente emocionada al final de la frase, y Ethan frunció el ceño al captar la angustia detrás de sus palabras.

Cassie escuchaba atentamente mientras su madre hablaba al otro lado de la línea telefónica, asintiendo.

—Sí… sí, entiendo —respondió—. Por favor, cuídate y cuida a Nadira. Ella y Keeya son las que más peligro corren en estos momentos. Te llamaré más tarde.

Con un suspiro profundo y tembloroso, Cassie colgó el teléfono.

Lanzó un vistazo a su alrededor, asegurándose de que nadie hubiera escuchado la conversación. Los demás estudiantes parecían absortos en sus propias cosas, indiferentes.

Se quedó mirando al vacío durante unos segundos, tratando de recomponerse antes de que comenzara la clase. Sin embargo, no podía sacudirse la sensación de vulnerabilidad que sentía.

Ethan aprovechó ese instante para moverse discretamente y cerrar la puerta del aula con un ruido suficientemente sonoro como para que Cassie lo escuchara, dando a entender que acababa de entrar.

—Buenos días, señorita Maalim —la saludó con naturalidad, al pasar junto a ella.

Su tono era casual, pero sus ojos buscaban algún indicio adicional en la expresión de Cassie.

Ella levantó la vista rápidamente y forzó una sonrisa.

—Buenos días, señor Lawson —respondió, mientras guardaba el teléfono en su bolso e intentaba parecer tranquila, aunque no estaba segura de poder ocultar su preocupación.

Ethan caminó hacia su mesa con su habitual aire de confianza, colocando su maletín sobre la superficie y sacando sus notas sin mirar directamente a Cassie. Sin embargo, no pudo evitar lanzarle una mirada rápida mientras ella se recomponía.

Los estudiantes comenzaron a llenar el aula y el murmullo aumentó hasta convertirse en un pequeño zumbido.

—Buenos días —dijo Ethan, dirigiéndose a la clase en general. Cuando comenzó a hablar, el ruido se fue apagando—. Espero que todos hayan leído los capítulos que hablan de las Constituciones Imperiales para hoy. Si no es así, les sugiero que empiecen a buscar una excusa convincente.

Los estudiantes rieron, pero Cassie apenas reaccionó. Ethan la miró de reojo mientras comenzaba la clase, notando cómo ella intentaba concentrarse en los apuntes, pero su mente estaba en otra parte.

Había algo que estaba ocurriendo en la vida de la señorita Maalim. Algo grave.

A lo largo de la hora, Ethan no pudo evitar pensar en lo que había escuchado. No era su estilo entrometerse en la vida personal de sus estudiantes, pero algo en la expresión de Cassie le había afectado de cierta forma.

No dijo nada. No era su problema y tampoco podía invadir su privacidad. Sin embargo, hizo una nota mental para estar atento a cualquier señal futura.

Cuando la clase terminó y los estudiantes comenzaron a salir del aula, Ethan se acercó a Cassie.

—Señorita Maalim, puede irse a casa, si quiere, hoy no tendremos tutoría —dijo.

Cassie lo miró sorprendida. Durante un momento, pareció que iba a decir algo, pero luego simplemente asintió.

—Vale —dijo.

Ethan se quedó mirándola unos instantes. Sus ojos negros, siempre brillantes, lucían un tono apagado en aquel momento.

—Descanse, se lo ha ganado —añadió. Su voz sonó un poco más suave de lo habitual en él.

Ethan se dio cuenta de que lo que menos necesitaba Cassie era otra hora de Derecho. Durante la clase, mientras explicaba la lección del día, había notado como se perdía en sus pensamientos una y otra vez.

—Gracias —murmuró Cassie.

—Que tenga buen día.

—Igualmente.

Ethan asintió débilmente. Cuando se disponía a salir del aula, Cassie lo llamó.

—Profesor Lawson…

Él se volvió.

—Dígame.

—Gracias por las notitas que me dejó en los libros —dijo Cassie—. Realmente me animaron a continuar.

—¿Notitas? —preguntó él, en un tono inocente que no engañaría a nadie—. No sé de qué está hablando.

Cassie soltó una risa ligera, sabiendo perfectamente que él estaba jugando con ella. Pero es que Ethan Lawson era así.

—Claro —respondió—, porque reconocerlo perjudicaría su reputación de profesor insufrible.

—No puedo permitir que mis estudiantes piensen que soy blando —replicó él, fingiendo seriedad. La miró de una forma que Cassie hubiera jurado que era complicidad—. Tengo una imagen que mantener, ya sabe…

—Bueno, entonces supongo que tendré que guardar el secreto —dijo Cassie en tono conspirador—. No quiero ser responsable de arruinar su temida reputación.

—Lo dicho, señorita Maalim, que tenga buen día —se despidió Ethan. Y salió del aula.

—Igualmente —repitió Cassie.

Ya sola, negó con la cabeza. Una sonrisilla se escapó de sus labios. Lo de Ethan Lawson no tenía nombre.

CAPÍTULO 27

El apartamento estaba en silencio, solo el tenue zumbido de la nevera rompía la quietud de la noche.

Cassie y Keeya estaban sentadas en el sofá, envueltas en la penumbra de una lámpara de pie que proyectaba sombras alargadas sobre las paredes y el suelo.

Keeya sostenía una taza de té matcha entre las manos, mientras Cassie, sentada a su lado, jugueteaba nerviosamente con el borde de su camiseta.

El aire entre ellas era denso, cargado de algo que Keeya no podía identificar, pero que la hacía sentir incómoda.

—Cassie, ¿qué pasa? —preguntó, rompiendo el silencio—. Llevas toda la noche callada.

Cassie tomó una bocanada de aire, como si estuviera preparándose para algo. Sus ojos, que normalmente estaban llenos de determinación, ahora reflejaban preocupación.

Se mordió el labio y finalmente habló. No podía retrasar más aquella conversación. Tenía que poner sobre aviso a su hermana.

—Esta mañana me ha llamado mamá —dijo, con una voz que apenas superaba un susurro.

—¿Y qué quería? —dijo Keeya.

—Hablar de papá.

Keeya se tensó de inmediato, como si el nombre de su padre fuera un golpe directo al estómago. La taza de té que sostenía tembló ligeramente entre sus manos, y tuvo que dejarla en la mesa para evitar caerla.

—¿Qué pasa con él? —preguntó, aunque algo en su interior ya sabía que la respuesta no sería buena.

Cassie miró a su hermana, buscando las palabras adecuadas, aunque sabía que no había forma de suavizar lo que iba a decir.

—Está preparándolo todo para venir a Estados Unidos —dijo, en un tono grave, aunque tratando de mantener la calma—. Nos está buscando.

Keeya miró a Cassie con los ojos llenos de incredulidad.

—No —murmuró, negando con la cabeza—. No puede ser. Otra vez no. No después de lo que le hizo a mamá, de lo que te hizo a ti…

—Lo sé —dijo Cassie, acercándose un poco más a su hermana—. Pero él sabe que estamos

aquí, y está decidido a encontrarnos.

Keeya se levantó del sofá, incapaz de quedarse quieta. Caminó hacia la ventana y miró fuera, como si esperara ver a su padre acechando en la oscuridad.

Las luces del centro de Chicago parpadeaban a lo lejos, pero para ella, en aquel momento, el mundo exterior parecía borroso, distante.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó, nerviosa, girándose para mirar a Cassie—. No podemos simplemente esperar a que nos encuentre. Sabes lo que pasará si nos lleva de vuelta... Nadira y yo todavía somos menores de edad.

Cassie también se levantó y se acercó a su hermana, colocando una mano sobre su hombro.

—Ni mamá ni yo vamos a permitir que os hagan lo que me hicieron a mí, Keeya. No vamos a permitir que paséis por lo mismo que pasé yo.

—Pero… —Keeya apretó los labios, tratando de no llorar.

—Debemos de tener cuidado. Mamá dijo que no le ha dicho nada a Nadira todavía. No quiere asustarla. Pero tú y yo… tenemos que estar alerta. No podemos bajar la guardia. Papá sabe que estamos en Estados Unidos, pero no sabe dónde estamos actualmente. Por suerte para nosotras, este país es muy grande.

Keeya miró a su hermana, y por primera vez en mucho tiempo, Cassie vio miedo en sus ojos. Un miedo que ella misma sentía, un miedo que ella misma había sentido, pero que en aquel momento no podía permitirse el lujo de mostrar.

—Cassie, si nos encuentra… —Keeya no terminó la frase, pero no hacía falta. Ambas sabían lo que significaba.

Su padre no era un hombre que aceptara un «no» por respuesta. Era autoritario, conservador, inflexible, arraigado en las tradiciones de su cultura. Un hombre que no se abría a las opiniones o deseos de sus hijas. Que jamás lo había hecho.

Si las encontraba, haría lo que fuera necesario para llevárselas con él, y ninguna de ellas quería imaginar lo que eso implicaría. Menos aún, Keeya y Nadira.

—No nos encontrará —dijo Cassie, con una firmeza que no sentía del todo—. Ya te he dicho que este país es muy grande. Pero tienes que prometerme que tendrás cuidado. Intenta estar sola el menor tiempo posible, y si ves algo raro, cualquier cosa, me llamas de inmediato. ¿Entendido?

Keeya asintió.

—Sí —respondió.

—Prométeme que tendrás cuidado —insistió Cassie, mirándola directamente a los ojos.

—Te lo prometo —contestó Keeya, aunque todavía había un atisbo de miedo en su voz.

Cassie estiró el dedo meñique de su mano derecha y se lo ofreció a Keeya, que de inmediato lo entrelazó con el suyo. Era la forma en que sellaban una promesa.

—Cassie… ¿y si esta vez no podemos detenerlo? ¿Y si nos encuentra? —dijo Keeya.

Cassie la abrazó, apretándola con fuerza, como si pudiera protegerla del mundo solo con eso.

—No lo hará —murmuró, aunque no estaba segura de si lo decía para convencer a Keeya o a sí misma—. No lo permitiremos. Juntas, nos cuidaremos. Como siempre lo hemos hecho.

Keeya se aferró a su hermana, sintiendo el peso de la situación caer sobre sus hombros.

El miedo, la rabia y la impotencia se mezclaban en su interior, pero también había algo más: una nueva determinación.

No importaba lo que su padre hiciera, lo que intentara, no iba a volver a dejar que él controlara sus vidas. Ya no era una niña, como cuando huyeron de Namibia sin mirar atrás.

—Juntas —repitió Keeya, con una voz más firme ahora—. Como siempre.

Cassie asintió, rompiendo el abrazo y separándose un poco para mirar a su hermana a los ojos.

—Como siempre —repitió, con una sonrisa triste, pero llena de cariño.

Cassie y Keeya sabían que, pasase lo que pasase, se tenían la una a la otra. Y eso, al menos por ahora, tendría que ser suficiente. Su madre se ocuparía de proteger a Nadira, su hermana pequeña.

Cassie sabía que tendrían que enfrentarse juntas a cualquier desafío que se presentara; no permitiría que nada ni nadie les hiciera a sus hermanas lo que le hicieron a ella. Pensar en ello le produjo un escalofrío.

Haría lo que fuera necesario para evitarlo.

CAPÍTULO 28

En el Aula Magna, Ethan estaba de pie frente a una pizarra blanca, garabateando términos legales con una energía que parecía inagotable. Cassie, sentada en las gradas del hemiciclo, intentaba desesperadamente con su cuaderno y bolígrafo en mano, seguir el ritmo frenético de su explicación.

Él, como siempre, hablaba rápido, gesticulando con las manos y saltando de un tema a otro como si estuviera en una carrera contrarreloj.

«Joder, ¿no puede ir más despacio?», se quejó Cassie para sus adentros.

—Entonces, si analizamos el caso *Marbury vs. Madison*, verá que el principio de revisión judicial es fundamental para entender la estructura del sistema legal estadounidense —decía Ethan, mientras escribía en la pizarra con una energía que hacía que el rotulador chirriara—. Pero no se confunda, porque esto no es lo mismo que el control de constitucionalidad en otros sistemas, como el alemán o el español.

—En cuanto al principio del «Habeas Corpus» es fundamental para…

Cassie, con el bolígrafo volando sobre el papel, levantó la mano en un gesto de rendición.

—¡Espere, espere…! —exclamó, casi sin aliento, interrumpiéndolo—. No puedo seguirle el ritmo. ¿Puede ir más despacio? Mis apuntes parecen jeroglíficos. Joder, no soy un taquígrafo humano —se quejó.

Ethan se detuvo en seco y la miró con una ceja levantada, como si acabara de decirle que iba a cortarlo en pedazos y a esparcir sus trozos por el campus.

—¿Más despacio? —preguntó, con ese deje mordaz tan característico suyo—. Señorita Maalim, esto no es una clase de yoga.

Cassie suspiró, dejando caer el bolígrafo sobre la mesa.

—Lo siento, no puedo seguirle el ritmo. Tomar apuntes a mano es más lento, y usted habla como si estuviera retransmitiendo un partido de rugby a cámara rápida.

Ethan apretó los labios para no reírse.

—¿Tiene algo en contra de la tecnología? ¿O es una de esas personas que piensa que los ordenadores son obra del diablo? —dijo Ethan en tono distendido.

Cassie rio, a pesar de la frustración.

—No es que tenga algo en contra de la tecnología —respondió, encogiéndose de hombros—. Es que mi portátil decidió jubilarse antes de tiempo y no puedo permitirme comprar uno nuevo

ahora mismo. Así que me toca hacer las cosas a la vieja usanza. Ya sabe, papel y boli. Como en los viejos tiempos.

Ethan admiró la sinceridad de Cassie, y recordó que estudiar en Estados Unidos era muy caro. A veces se convertía en un lujo que pocos se podían permitir. Ni siquiera las becas aseguraban un curso sin quebraderos de cabeza por culpa del dinero.

—Está bien —dijo en tono comprensible.

—Solo necesito que no hable como si estuviera en una subasta —repuso Cassie.

Ethan la miró un instante.

—Iré más despacio, pero porque no quiero que sus apuntes terminen siendo un código indescifrable que ni usted misma pueda entender —dijo, con media sonrisa.

Cassie también sonrió.

Y a Ethan le gustó verla sonreír.

Sus labios carnosos se curvaban suavemente hacia arriba, revelando unos dientes blancos que contrastaban con su preciosa piel de color chocolate. Era una sonrisa cálida, genuina, optimista. Una sonrisa que siempre llegaba a sus ojos, haciéndolos brillar con un destello especial.

—Se lo agradezco —dijo Cassie, volviendo a coger el bolígrafo—. Prometo que intentaré no quedarme atrás… demasiado —añadió.

Ethan borró parte de lo que había en la pizarra y comenzó a escribir nuevamente, esta vez a un ritmo mucho más pausado.

—Bueno, entonces, ¿por dónde íbamos? Ah, sí, el principio del «Habeas Corpus» en el caso de *Marbury vs. Madison.*…

Cassie estaba desarrollando en el cuaderno el último ejercicio que le había puesto Ethan y, aunque estaba concentrada, su estómago decidió que era el momento perfecto para recordarle que existía. Y lo hizo en medio del silencio que reinaba en esos momentos en el Aula Magna.

Un sonido bajo pero inconfundible retumbó entre las paredes. Por suerte, no fue un pedo.

Cassie se quedó paralizada, con los ojos abiertos como platos, mientras Ethan detenía lo que estaba haciendo y levantaba el rostro hacia ella.

Los dos se miraron en silencio durante un segundo, hasta que Ethan rompió el hielo.

—¿Eso ha sido un trueno o su estómago? —preguntó, con una ceja oscura enarcada y una media sonrisa que delataba su diversión.

Cassie sintió que el calor le subía por las mejillas. Dios, le ardía el rostro. Cualquiera diría que se había tragado un dragón.

—Eh… lo siento —murmuró, tratando de ocultar su vergüenza.

—Parece que alguien tiene hambre. ¿Cuándo fue la última vez que comió algo? —le preguntó Ethan.

—A media mañana me he tomado un café de la máquina —respondió Cassie.

—¿Se atreve a beber ese matarratas? —dijo Ethan—. Es muy valiente, señorita Maalim —afirmó.

Cassie dejó escapar una carcajada.

—Era eso o nada, y necesitaba un chute de cafeína obligatoriamente.

—Es muy optimista si piensa que lo que tiene ese café es cafeína.

Cassie siguió riendo.

Ethan miró su reloj de pulsera, como si acabara de darse cuenta de la hora.

—¿Qué le parece si pedimos una pizza?

—¿Pizza en una clase?

—No quiero que me demande por negligencia. Y está lejos de mi intención provocar que se desmaye de inanición.

Cassie sonrió.

—Bueno, si es por evitar una demanda, supongo que no tengo opción. ¿Qué tipo de pizza pedimos?

Ethan sacó su teléfono del bolsillo del pantalón y comenzó a buscar el número de la pizzería.

—Yo soy partidario de la clásica: pepperoni y champiñones. Pero si tiene alguna preferencia, este es su momento de hablar.

Cassie pensó unos segundos.

—Con extra de queso —dijo, con una sonrisa—. Y tal vez unas aceitunas, si no le importa.

Ethan la miró fingiendo indignación.

—Aceitunas... Eso es casi una herejía. Pero bueno, supongo que puedo hacer una excepción. Solo esta vez —bromeó.

Aquellas palabras arrancaron de nuevo una sonrisa en Cassie, que se sentía más relajada de lo que se había sentido en todo el día.

—Gracias, profesor Lawson. Es usted muy generoso —dijo, siguiéndole el juego.

—No se acostumbre —repuso él, marcando el número de la pizzería—. Esto es una excepción, no un precedente.

Mientras Ethan hacía el pedido, Cassie se recostó en la silla, consciente de que el ambiente entre ellos había cambiado. Ya no era solo una clase formal; había algo más, una complicidad que no podía explicar, pero que le resultaba agradable, y que crecía poco a poco, sin que ninguno lo notara del todo.

Un cuarto de hora después, llegó la pizza de pepperoni y champiñones con extra de queso y aceitunas.

Entre los dos sacaron los refrescos, las servilletas y demás cosas de la bolsa, y lo colocaron en el sitio en el que estaba sentada Cassie.

Justo cuando estaban a punto de dar el primer mordisco a sus trozos de pizza, la puerta del aula se abrió con un suave chasquido y apareció Charlotte Fanning, con un aire de suficiencia que rápidamente se desvaneció al ver la escena que había ante sus ojos.

CAPÍTULO 29

Ethan y Cassie estaban sentados uno frente a otro en el centro de las gradas del hemiciclo, con una caja de pizza abierta entre ellos.

Charlotte se quedó paralizada durante unos segundos, pero rápidamente recuperó la compostura, aunque no pudo evitar que una sombra de celos cruzara por su rostro. Sin embargo nadie se dio cuenta de ello.

—Ethan, no sabía que dabas clases particulares… con pizza incluida —dijo, con una sonrisa forzada.

Ethan levantó la vista.

—Hola, Charlotte —la saludó—. El hambre es el enemigo de la concentración. Así que decidimos combinar el trabajo con la comida. Eficiencia pura —respondió, en un tono despreocupado.

—Ya veo —dijo Charlotte Fanning.

Ethan señaló la caja de pizza.

—¿Quieres un trozo? Pepperoni y champiñones, con extra de queso. La señorita Maalim insistió en echarle aceitunas, pero bueno, nadie es perfecto.

Cassie se sintió un poco incómoda bajo la mirada escrutadora que en ese momento le estaba dedicando Charlotte.

—No, gracias —contestó la profesora.

Con una mirada que intentaba ser casual pero que no ocultaba su interés por Ethan, se dirigió directamente a él.

—¿Nos vamos luego juntos a casa? —le preguntó.

Ethan miró su reloj y después la pila de libros y papeles sobre la mesa.

—Lo siento, Charlotte. Hoy tengo mucho trabajo. La señorita Maalim y yo todavía tenemos que repasar un par de casos importantes, y no sé cuándo acabaré.

Charlotte asintió, y su sonrisa, aunque había sido impostada todo el tiempo, se desvaneció por completo.

—Claro, entiendo. No quiero interrumpir vuestro… trabajo. —Hizo una pausa, mirando a Cassie con una expresión que no era del todo amistosa—. Señorita Maalim, espero que esté aprovechando bien esta oportunidad. No todos los estudiantes tienen la suerte de recibir una

atención tan… personalizada por parte del profesor Lawson.

Cassie asintió con la cabeza, notando que la tensión del aula había aumentado.

—Sí. Estoy aprendiendo mucho de él —contestó.

—Me alegra oírlo —dijo Charlotte, en un tono que no sonaba muy convincente—. Bueno, no os molesto más. Ethan, ya sabes dónde encontrarme si cambias de opinión.

—Claro, Charlotte. Gracias —dijo él, con una sonrisa distraída mientras volvía a sus notas.

Charlotte dio media vuelta y salió del aula, cerrando la puerta con un poco más de fuerza de la necesaria.

Cassie observó toda la escena con atención y no pudo evitar sentir un pequeño alivio al ver a Ethan quedarse. Aunque no lo admitiera abiertamente, aunque no lo reconociera en voz alta, no le habría gustado mucho la idea de que él se fuera con Charlotte Fanning.

Miró a Ethan. ¿Sería consciente de que le gustaba a esa profesora?

Ethan, mientras tanto, estaba a lo suyo. Cogió el cuaderno de Cassie mientras le daba un bocado a su trozo de pizza.

—Bueno, al menos tiene buena letra a la hora de coger apuntes —bromeó, mirando las páginas llenas de notas cuidadosamente escritas de Cassie—. La mía parece la de un médico, cuando escribo rápido.

Cassie sonrió y le lanzó una mirada cómplice.

—Tal vez debería considerar dar clases de caligrafía para mejorarla —sugirió.

Ethan se llevó una mano al pecho fingiendo estar ofendido.

—¡Ay! Eso dolió —dijo dramáticamente antes de echarse a reír.

Cassie rio con él. Ladeó la cabeza.

—Debería sacar más a menudo ese sentido del humor —le aconsejó.

—¿Y dejar de ser el profesor más cabrón de la Universidad de Derecho de Chicago? Jamás —respondió él.

Cassie tuvo que reír de nuevo. Después dio un morisco de su pizza.

—¿Sabe? Creo que no es tan terrible como aparenta ser —comentó.

Ethan la miró con una ceja levantada.

—No se confíe, señorita Maalim —dijo.

Cassie sonrió a su comentario.

—Le gusta actuar como el lobo feroz, sin embargo a mí todavía no me ha devorado.

Ethan soltó una risa breve, pero genuina.

—Tal vez solo estoy esperando el momento adecuado para devorarla —dijo—. Pero no vaya diciéndolo por ahí, podría arruinar mi reputación.

—No se preocupe, su secreto está a salvo conmigo.

Cassie, animada por la informalidad del momento, se atrevió a hacerle una pregunta que le rondaba la cabeza.

—¿Es verdad lo que dicen por ahí de usted?

Ethan la miró a los ojos mientras masticaba el trozo de pizza que se había metido en la boca.

—Dicen muchas cosas de mí, ¿cuál de todas? —repuso.

—Que el curso pasado provocó que una chica se desmayara en su clase —dijo Cassie.

Ethan frunció el ceño.

—¡¿Qué?! ¡No! —negó rápidamente—. ¿De dónde ha salido eso?

Cassie se encogió de hombros.

—Lo dicen por ahí.

Ethan cogió su lata de Coca-Cola y bebió un sorbo.

—No se crea todo lo que dicen por ahí, señorita Maalim. Ni siquiera lo que dicen de mí. La gente se aburre mucho y se pone a inventar cosas para tener algo de qué hablar. —Sacudió la cabeza—. ¿En serio creyó que yo había provocado que una chica se desmayara?

Cassie alzó un hombro.

—Bueno, no sé…

CAPÍTULO 30

—¿Qué estás mirando tan concentrado en la tablet? —preguntó Asher a Ethan, al entrar en la sala de reuniones del bufete aquella mañana.

—Estoy mirando ordenadores portátiles —respondió él—. ¿Cuál creéis que es mejor? ¿Un HP Pavilion o un Dell Inspiration?

—Creo que el Dell Inspiration tiene la pantalla táctil —comentó Samuel.

Ethan leyó las indicaciones.

—Sí, es cierto. Punto a su favor.

—¿Qué ha pasado con tu portátil? —dijo Asher.

—No me digas que lo has quemado de tanto ver porn… —comenzó a decir Trevor en broma.

Ethan chasqueó la lengua.

—No, idiota, deja de decir cerdadas —lo interrumpió.

Los chicos se echaron a reír, menos Ethan, claro.

—No es para mí —dijo.

—¿No? Entonces, ¿para quién es? —curioseó Samuel.

—Es para la alumna a la que estoy preparando para el Concurso de Jóvenes Abogados.

Samuel, Trevor y Asher se miraron entre sí, y una sonrisa cómplice comenzó a formarse en sus rostros. Trevor fue el primero en hablar.

—¿Ahora te has convertido en Santa Claus y vas regalando ordenadores portátiles a tus alumnos? —dijo.

—Por supuesto que no —respondió Ethan—. Se le jodió el portátil hace unos meses y no puede comprarse otro. La pobre tiene que estar tomando apuntes a mano como si estuviéramos en el siglo XIX.

Samuel, Trevor y Asher asintieron, pero las sonrisas en sus rostros no desaparecieron.

—La pobre… —repitió Asher—. ¿Desde cuándo tienes piedad con tus alumnos?

—Dejad de hablar de mí como si fuera un ogro —se defendió Ethan.

—Es que eres un ogro —afirmó Trevor—. Tus alumnos te odian, por si no te habías enterado —añadió en tono burlón.

Ethan suspiró.

—La señorita Maalim no es como el resto de mis alumnos. Ella es… especial, y no quiero que se retrase en la clase por culpa de un portátil.

Los chicos volvieron a intercambiar una mirada entre ellos.

Trevor se inclinó hacia adelante, con una sonrisa que no auguraba nada bueno.

—Especial, ¿eh? ¿Y en qué sentido es *especial*? ¿Es guapa, tal vez? —preguntó.

Ethan lo miró con una expresión que pretendía ser de indiferencia.

—Bueno, sí, es guapa. Es… muy guapa —dijo.

Sin pretenderlo, se quedó pensando en ella. Y su mente conjuró su imagen.

Había algo exótico en la apariencia de Cassandra Maalim, en el tono chocolate de su piel, que capturaba la atención sin esfuerzo; su nariz pequeña le daba un aire de elegancia natural. Sus labios carnosos y sensuales siempre parecían estar a punto de esbozar una sonrisa, y cuando lo hacían, esa sonrisa era contagiosa.

La señorita Maalim era difícil de ignorar.

—Pero eso no tiene nada que ver —replicó con firmeza, tratando de que su imagen desapareciera de su mente—. Es una buena estudiante, y quiero que tenga las herramientas necesarias para ganar el concurso de Jóvenes Abogados. Nada más.

—Claro, claro. Y el hecho de que sea guapa es solo una coincidencia, ¿verdad? —lanzó Samuel—. Ethan, ¿estás seguro de que solo la ayudas porque quieres que gane ese concurso?

—No sé qué estás tratando de decir —dijo él.

Asher bufó.

—Vamos, Ethan, deja de hacerte el tonto.

—¿No te estará empezando a gustar esa chica? —le preguntó Trevor directamente.

Ethan puso cara de sorpresa. Y de otras muchas cosas más.

—¡¿Qué?! ¿Os habéis vuelto idiotas?

—Si no te gusta, ¿por qué te tomas tantas molestias? —intervino de nuevo Asher.

—Solo quiero que podamos trabajar de manera más eficiente. Es una cuestión práctica —contestó Ethan—. Tendrá mayor acceso a los recursos, no solo de mi materia, también de la del resto de profesores, mayor control de tareas y horarios, y más facilidad para buscar información que si lo hace con el móvil. —Los apuntó con el dedo índice—. Recordad que mi cátedra depende de ella. —Ethan alzó las cejas—. Y quiero ese cargo académico en mi currículum. Punto final.

Samuel puso los ojos en blanco.

—Joder, tú, los títulos, los reconocimientos y los cargos académicos. Estás obsesionado, tío —repuso.

Ethan se limitó a encoger los hombros. No podía decir que fuera mentira.

Asher se inclinó hacia adelante.

—Ethan… creo que te estás empezando a meter en aguas profundas.

Ethan resopló ruidosamente, cansado de aquella conversación.

—Maldita la hora en la que os he pedido opinión, con lo bien que estoy callado —se quejó.

—Está bien. Lo que tú digas —dijo Asher.

Pero Trevor no estaba por la labor de dar por concluido el tema.

—¿Te cae bien? —le preguntó, porque a Ethan no le caía bien mucha gente.

Era un genio, y como buen genio, no terminaba nunca de encajar en ningún lado, ni con todas las personas. Todo el mundo le caía mal.

Ethan tomó aire.

—Admito que está empezando a caerme bien —dijo finalmente, a ver si le dejaban en paz de una vez—. Ahora volviendo al tema…, ¿alguna recomendación sobre portátiles?

Samuel levantó las cejas.

—Si una tía que te abolló la moto te cae bien es que la cosa es más seria de lo que parece —observó.

Ethan decidió pasar de él.

—Los portátiles, por favor —dijo con voz firme.

—Vale, te ayudamos. Pero de regalarle un portátil a empezar a comprarle flores y bombones hay solo un paso —dijo Samuel.

Evidentemente lo hacía para picarle, y Ethan sabía que se estaban quedando con él, que le estaban tomando el pelo.

A ninguno se le pasaría por la cabeza en serio, que Ethan pudiera enamorarse de una alumna. Bueno, ni de una alumna ni de ninguna otra mujer.

Ethan era conocido por ser un soltero indomable, un hombre que valoraba la lógica y la razón por encima de las emociones.

Para él, el amor era un concepto abstracto, algo que complicaba innecesariamente la vida ordenada que llevaba.

Ethan miró a los tres, consciente de que no iba a ganar aquella discusión.

«Flores y bombones... ¿Qué tontería es esa?», pensó para sus adentros.

—Me tengo ganando el jodido Cielo con vosotros —dijo.

Sin embargo, mientras Trevor, Asher y Samuel seguían bromeando sobre él y Cassie, una pequeña parte de él se preguntó si quizás no estaba siendo demasiado rígido en su visión. Pero rápidamente desechó ese pensamiento. Después de todo, tenía una alumna a la que preparar para ganar el Concurso de Jóvenes Abogados y conseguir su cátedra. Sobre todo eso, conseguir su cátedra, y convertirse en el profesor más joven en tener ese cargo académico. Eso era lo único que importaba… ¿verdad?

—Bueno, ¿alguno tiene alguna recomendación de portátiles o vamos a seguir hablando gilipolleces?

Trevor levantó las manos en un gesto de rendición.

—Está bien, está bien... Te recomiendo un MacBook Air. Es ligero, rápido y no se estropea fácilmente.

—Por fin alguien está siendo útil.

Mientras Ethan buscaba el modelo en su tablet para ver las características, Samuel, Trevor y Asher intercambiaron miradas cómplices. Sabían que algo estaba pasando, y aunque Ethan lo negara, no iban a dejar que se saliera con la suya tan fácilmente.

—Si algún día le compras flores, que no sean rosas rojas, ya están muy vistas —comenzó Samuel—. Mejor que sean…

Ethan los taladró con la mirada. La conversación había tomado un giro que no podía controlar. Y eso le molestaba sobremanera.

Empujó la silla hacia atrás y se levantó como un resorte.

—Me largo de aquí. No os aguanto —dijo, echando a andar a zancadas hacia la puerta.

—Pero no te pongas así, hombre —dijo Trevor en tono divertido.

Ethan, sin volverse, le enseñó el dedo corazón.

CAPÍTULO 31

Ethan entró en el aula con su habitual paso decidido y se dirigió hacia el estrado. Bajo el brazo llevaba una carpeta llena de notas y documentos para la clase del día, que dejó sobre la mesa.

Al levantar la vista, buscó a Cassie entre las decenas de alumnos. Era algo a lo que se había acostumbrado; un gesto que hacía de forma involuntaria, automática.

Pero Cassie no estaba en su asiento habitual, junto a Ingrid y Gerard, donde solía sentarse con su cuaderno abierto y su bolígrafo listo para tomar apuntes.

Ethan frunció el ceño mientras recorría la sala con la mirada, pero no la vio por ningún lado.

La clase transcurrió como de costumbre, con Ethan explicando el conjunto de normas jurídicas con las que se rigió el pueblo de Roma.

Era extraño, pero no podía evitar notar la ausencia de Cassie y su mirada se dirigía instintivamente hacia el asiento vacío.

¿Qué cojones le pasaba?

Probablemente se había dormido y no había llegado a tiempo, o se había levantado con dolor de cabeza, o tenía gastroenteritis, ya que había una epidemia de contagios en Chicago.

Al final de la clase, mientras los estudiantes recogían sus cosas y salían del aula, Ethan se acercó a Ingrid y Gerard.

—¿Alguno sabe dónde está Cassie? —preguntó.

Ingrid levantó los ojos hacia él y sonrió.

—Oh, sí. Me dijo que tenía que trabajar en el supermercado esta mañana. Alguien pidió el día libre y le ha tocado cubrir el turno —explicó, mientras guardaba sus cosas en la mochila.

Ethan asintió, aunque su expresión era difícil de leer.

—Entiendo —dijo, con un tono neutro—. Gracias.

—De nada —contestó Ingrid.

Ethan echó a andar y salió del aula.

Gerard observó cómo desaparecía tras la puerta. Se sentó encima de la mesa y se inclinó hacia Ingrid.

—¿No te parece raro que el profesor Lawson pregunte por Cassie así? —dijo, en un tono que no lograba ocultar su incomodidad—. Es como si estuviera demasiado… interesado —observó.

Ingrid giró el rostro hacía él y lo miró, arqueando una de sus pelirrojas cejas.

—¿Demasiado interesado? —repitió—. Gerard, es su alumna —dijo—. Y no olvides que la está preparando para el concurso de Jóvenes Abogados. Es normal que se preocupe si falta a clase.

Gerard negó con la cabeza, claramente no convencido.

—No sé, Ingrid. A mí me parece que hay algo más. No es normal que un profesor se preocupe tanto por una estudiante. A menos, claro, que le guste.

—Gerard, estamos hablando de Ethan Lawson. Todo el mundo sabe que es un picaflor, tú mismo lo dijiste —comentó Ingrid, metiendo el último libro en la mochila.

—¿Y qué pasa porque sea un picaflor? ¿Es que no puede querer follarse a Cassie?

—Por supuesto, Cassie es guapísima, cualquier tío querría estar con ella. Pero no creo que Ethan Lawson se implicara en algo así con una alumna. ¿Solo por un polvo? Creo que no.

Gerard frunció los labios, como si estuviera sopesando algo más allá de las palabras evidentes.

—Sí… claro —murmuró sin mucha convicción, mientras cerraba su cuaderno lentamente.

Ingrid lo miró fijamente, y por primera vez, notó algo en la actitud de Gerard que no había visto antes.

—Gerard —dijo, con un brillo travieso en los labios—, ¿estás celoso?

Gerard negó rápidamente con la cabeza.

—¿Celoso? No digas tonterías, Ingrid —replicó con una risa nerviosa.

—Claro, claro… Son tonterías. No estás celoso —dijo ella, cerrando la cremallera de su mochila—. Solo te molesta que Ethan pregunte por Cassie. Porque, obviamente, no tiene nada que ver con que a ti te guste ella, ¿verdad?

Gerard la miró, sintiendo que estaba perdiendo la batalla.

—No es eso —afirmó—. Solo creo que deberíamos estar atentos, no vaya a ser que Ethan esté cruzando alguna línea que no deba cruzar.

Ingrid puso los ojos en blanco.

—¡Qué manía te ha dado con las líneas! —dijo, medio en broma.

Gerard no obvió su comentario.

—No me gustaría que Cassie se ilusionara con Ethan Lawson y que luego él le hiciera daño.

Ingrid lo miró fijamente, empezando a entender por dónde iban los tiros.

—Gerard, ¿estás diciendo que tienes miedo de que Ethan le rompa el corazón a Cassie?

—Sí, ese tío es un seductor nato. Todas las chicas del campus están enamoradas de él. Ya ves que cuando entra en clase babean como caracoles.

Ingrid se echó a reír, mientras se colgaba la mochila en el hombro.

—Pero porque es muy guapo —comentó.

—Por lo que sea. Cassie es mi amiga, y no quiero que salga herida, si llegaran a tener algo más que una relación profesor-alumna. Ethan no es el tipo de persona con el que debería involucrarse —dijo Gerard, cogiendo los libros.

—Bueno, si te preocupa tanto, tal vez deberías decírselo a Cassie —le aconsejó Ingrid, al tiempo que echaba a andar. Gerard la siguió y salieron al pasillo—. Aunque, por lo que yo sé, ella está más interesada en ganar el concurso que en cualquier otra cosa y, además, hasta ahora no hemos visto nada que sugiera que Ethan Lawson tenga intenciones… de ningún tipo con Cassie. Lo único que ha hecho él es preguntar por qué no ha venido a clase.

Gerard suspiró.

—Sí… bueno… Quizás tengas razón —dijo.

Ingrid lo miró de reojo.

—Claro que tengo razón. —Sonrió, se cogió del brazo de Gerard y tiró de él—. Anda, vamos a tomarnos un café.

CAPÍTULO 32

La noche había caído sobre Chicago cuando Cassie y Ethan salieron del edificio de la Universidad.

El aire fresco que los recibió era un alivio después de la intensa clase que habían tenido. La primera ronda del concurso se acercaba y había que aprovechar el tiempo al máximo.

Cassie se arrebujó la chaqueta contra el pecho.

—¿Dónde tiene aparcado el coche? —le preguntó Ethan.

—Hoy he venido en autobús, andaba pillada de tiempo y como encontrar aparcamiento aquí es casi una Odisea, sabía que no llegaría puntualmente a clase.

Ethan sonrió, señalando su moto aparcada cerca.

—Puedo llevarla a casa —se ofreció.

Cassie negó con la cabeza, sonriendo.

—No, no hace falta. No quiero molestarle —dijo.

Ethan le devolvió la sonrisa.

—Le aseguro que no es ninguna molestia —dijo. Y no, no lo era. Ni mucho menos—. Y es mucho más rápido que esperar el autobús —añadió.

Cassie sabía que tenía razón. Y, además, podría ser… emocionante.

—Está bien. Gracias —accedió finalmente.

—Espero que le guste la velocidad —dijo Ethan, al tiempo que abría el compartimento que tenía la moto en la parte trasera—. No soy el tipo de persona que conduce despacio.

Cassie frunció el ceño.

—Espero que no haga que me arrepienta de haber aceptado.

—No se preocupe, no voy a dejarla caer —dijo Ethan, aunque su tono sonaba más suave de lo que había planeado.

Sacó un casco y se lo entregó a Cassie. Sus dedos rozaron los de ella. El contacto duró unos instantes más de lo necesario.

Cassie tomó el casco y se lo colocó en la cabeza. Intentó abrocharlo, pero sus dedos parecían torpes bajo la presión del momento. Después de unos segundos de lucha infructuosa, miró a Ethan con una sonrisa torcida.

—¿Necesita ayuda? —se adelantó a preguntarle Ethan.

—Sí, por favor —dijo Cassie, riendo suavemente ante su propia ineptitud.

Ethan se acercó para ayudarla y Cassie aspiró el aroma a cuero y a algo ligeramente masculino que llenó sus fosas nasales.

—¿Qué haría sin mí? —bromeó Ethan en un tono cómplice.

—¿Sabe que la vanidad es un pecado? —contestó Cassie.

—Sí, mortal, pero yo ya estoy condenado —dijo Ethan.

Alargó los brazos y sus manos empezaron a trastear hábilmente con la hebilla del casco, ajustando suavemente las correas bajo la barbilla.

Sus miradas se encontraron, un intercambio silencioso que duró unos segundos. Hubo algo eléctrico en ese contacto visual. Era como si el mundo se hubiera detenido durante un momento, dejando solo el suave murmullo del viento nocturno a su alrededor.

«Sus ojos son preciosos —pensó Ethan, cautivado por su profundidad—. Y huele a vainilla y a algo más… algo indefiniblemente suyo».

Cassie notó cómo los dedos de Ethan se detenían un instante más de lo necesario, y cómo Ethan parecía darse cuenta de lo cerca que estaban.

—Listo —dijo él, en un tono más suave de lo habitual, rompiendo el hechizo mientras daba un paso hacia atrás—. Apriete un poco más aquí, si nota que está flojo.

Cassie asintió, con la sensación de que el aire entre ellos se había vuelto un poco más denso, más vibrante.

—Gracias —le agradeció, con una tímida sonrisa que intentaba disimular el ligero rubor que notaba en las mejillas.

Ethan sacó una cazadora de cuero de color negro del maletero de la moto.

—Póngasela, la protegerá del viento —indicó, ofreciéndosela.

—Oh…, gracias —le agradeció Cassie, sorprendida por el detalle.

La cogió y se la puso. De inmediato sintió una mezcla de calidez y nerviosismo recorrer su cuerpo.

La cazadora era muy grande para ella, pero el peso y el aroma a cuero, mezclado con un sutil toque del perfume de Ethan, la envolvieron en una sensación inesperada de confort. Era como si llevara consigo una parte de él.

Mientras se ajustaba las mangas, no pudo evitar sonreír ante lo absurdo y encantador que resultaba sentirse tan segura y al mismo tiempo tan consciente de cada latido de su corazón, de cada pulsación que recorría sus venas.

Ethan se subió a la moto con un movimiento tan ágil como sexy, y arrancó el motor, que rugió suavemente en la noche como un león.

Mientras se acomodaba, Cassie pensó que Ethan Lawson era como el chico malo del instituto, con su chaqueta de cuero y esa mirada desafiante que hacía que todos se sintieran intrigados y a

la vez un poco intimidados por él. Siempre rodeado de un aire de misterio, inmerso en un mundo propio, lleno de secretos, y que volvía locas a todas las chicas.

Cassie se subió detrás de él, notando que el asiento los acercaba más de lo que había pensado. Colocó las manos con cuidado sobre sus hombros, pero Ethan giró la cabeza ligeramente hacia ella.

—Va a tener que agarrarse mejor —dijo, en un tono que sonaba a burla, pero que también tenía una nota de seriedad—. A menos que quiera volar por los aires en la primera curva.

Cassie asintió.

Un escalofrío la recorrió de arriba abajo cuando rodeó la cintura de Ethan con sus brazos. Él era más sólido de lo que había imaginado (como un muro de hormigón), y el calor de su cuerpo a través de la cazadora la hizo consciente de lo cerca que estaban.

—¿Lista? —le preguntó Ethan.

—Lista —respondió Cassie, tratando de sonar despreocupada, aunque su voz sonó un poco más alta de lo normal.

Ethan asintió y aceleró suavemente, saliendo del aparcamiento.

Al principio Cassie estaba rígida, con la tensión marcando sus músculos, e insegura sobre cómo debía comportarse.

Pero cuando Ethan fue acelerando y comenzaron a moverse, instintivamente se apretó más contra él para mantener el equilibrio.

La moto se deslizó por las calles tranquilas de Chicago, y Cassie sintió cómo el viento le golpeaba la cara, mezclándose con el calor que emanaba de Ethan. Cada curva, cada aceleración, los acercaba más, y Cassie no pudo evitar notar cómo su cuerpo respondía a la proximidad de él.

El contacto físico era inevitable. Estaban pegados el uno al otro, sin que entre ellos hubiera un solo centímetro por el que corriera el aire, mientras avanzaban por las calles iluminadas de la ciudad.

Cassie podía sentir el calor del cuerpo de Ethan a través de sus cazadoras, y aunque intentaba concentrarse en otra cosa, no podía ignorar la sensación reconfortante que le producía estar tan cerca de él. Era *sexy*, fascinante… e íntimo.

Y para sorpresa de Cassie, ninguna de esas sensaciones le resultaban desagradables o incómodas. No con Ethan Lawson.

Fue extraño, dadas las circunstancias que la rodeaban.

Ethan iba pendiente de la carretera, pero también era muy consciente de la proximidad de Cassie, de la presión de su cuerpo contra su espalda.

La sensación de sus brazos alrededor de su cintura, la forma en que se inclinaba ligeramente hacia él en cada curva era distinta a cualquier otra cosa que hubiera experimentado en su vida.

Él no era el tipo de persona que se distraía fácilmente, pero en aquel momento tuvo que hacer un esfuerzo consciente para concentrarse en el tráfico, sorprendido por lo natural que se sentía al tener a Cassie tan cerca. Había algo innegablemente agradable en la forma en que sus brazos lo

rodeaban confiada, a medida que ganaban velocidad.

La moto parecía volar. Iba ligera y suave, como si no tocara el asfalto.

Cassie sintió una oleada de adrenalina que la hizo aferrarse con más fuerza a la cintura de Ethan. El viento fresco de Chicago le azotaba el rostro, despeinando los rizos que habían quedado fuera del casco y llenándola de una sensación de libertad que nunca había experimentado.

Las luces de los comercios y de los rascacielos parpadeaban a su alrededor como si fueran estrellas, creando un paisaje vibrante y casi mágico. Cada giro y cada aceleración hacía que su corazón latiera más rápido.

Y no pudo evitar sonreír.

—¿Cómo va? —preguntó Ethan, levantando la voz para que Cassie lo escuchara por encima del ruido del motor.

—¡Genial! —gritó ella.

Ethan sonrió, aunque Cassie no podía verle la cara.

Cuando llegaron al edificio donde vivía Cassie, Ethan detuvo la moto con suavidad y apagó el motor.

Cassie se bajó con cuidado.

Las piernas le temblaban un poco, aunque no estaba segura de si era por el viaje en la moto o por la cercanía de Ethan.

—Gracias por traerme —le agradeció, con una sonrisa radiante.

—Ha sido un placer —contestó Ethan, subiéndose la visera oscura del casco para que le viera los ojos.

Antes de que Cassie se lo pidiera, él alargó los brazos y le desabrochó la hebilla ajustada a la barbilla. Cassie se sacó el casco con las manos y se lo entregó.

La mirada de Ethan se detuvo en la suya una última vez antes de decir:

—¿La veo mañana?

—Sí —respondió Cassie, al tiempo que movía la cabeza en un ademán afirmativo.

—Entonces, hasta mañana.

—Hasta mañana.

Cassie se giró y se dirigió a la puerta de entrada del edificio mientras rebuscaba las llaves en el bolso.

Frente a la puerta, volvió el rostro para mirar a Ethan, que estaba esperando a que entrara. Cassie agitó la mano en el aire y finalmente se metió en el edificio.

Cuando desapareció, Ethan arrancó de nuevo el motor, dio media vuelta y se lanzó con la moto calle arriba, alejándose bajo las titilantes estrellas de la noche.

CAPÍTULO 33

Cassie entró en casa con una sonrisa como si acabara de regresar de un viaje a la luna. Una sonrisa de la que ni siquiera ella misma era consciente.

Cerró la puerta con suavidad, pero el ruido fue suficiente para que su hermana Keeya asomara la cabeza desde el salón.

—¿Cassie? —La voz de Keeya la sacó de su ensimismamiento.

Su hermana estaba sentada en el sofá, en medio de un paisaje caótico de libros de texto y apuntes. Sobre la mesita auxiliar, había un bocadillo a medio comer en un plato.

—Si, soy yo —dijo Cassie, dejando las llaves sobre el aparador del pequeño hall.

Keeya observó a Cassie.

La expresión de su rostro era suave y un brillo tenue cubría sus mejillas.

Arqueó una ceja.

—¡Tierra llamando a Cassie! —exclamó.

Cassie parpadeó.

—¿Y esa sonrisilla? —le preguntó Keeya.

—¿Qué sonrisilla? —dijo Cassie, que seguía sin ser consciente de que estaba sonriendo.

—La que tienes en los labios. Joder, parece que te acabas de meter un chute de polvo de hadas —bromeó Keeya.

Cassie se echó a reír.

—Qué cosas se te ocurren, Keeya. Yo ni siquiera estoy sonriendo —dijo.

—Claro que estás sonriendo —afirmó ella. Movió un poco la cabeza—. ¿Qué narices te pasa? ¿Y de quién es esa cazadora de cuero veinte tallas más grande que tú?

Cassie bajó la mirada hasta sus mangas.

—¡Mierda! —exclamó de repente—. Se me ha olvidado devolvérsela al profesor Lawson.

Cuando Keeya oyó ese nombre, toda su cabeza se llenó de alarmas. Como si decenas de señales saltaran al mismo tiempo en su mente.

—¿Esa cazadora es de tu profesor?

—Sí, me ha traído a casa en su moto —respondió Cassie, tratando de sonar casual, mientras se

quitaba la cazadora de cuero que aún llevaba puesta. Pero involuntariamente, un rubor subió por su cuello.

Keeya se quedó mirándola. Al ver que Cassie permanecía en silencio, dijo:

—¿Vas a quedarte callada?

—Hmmm... ¿qué? —musitó Cassie.

—Ya puedes empezar a contarme por qué tu profesor te ha traído en moto y por qué llevas su cazadora. ¡Te lo exijo! —Keeya alzó el dedo índice—. Y pobre de ti como te guardes algún detalle —la amenazó.

—No hay nada que contar.

El rostro de Keeya compuso una expresión de indignación.

—¿Cómo que no hay nada que contar?

Apartó los libros y los papeles que tenía encima, se levantó, cogió a su hermana de los hombros y la empujó para que se sentara en el sofá.

Delante de ella, se cruzó de brazos.

—Cassandra Marie Maalim, cuéntamelo todo, sin obviar ni un solo detalle, o te las verás conmigo —dijo, apretando los labios, como si fuera una macarra.

—El profesor Lawson solo me ha traído a casa porque hemos salido juntos de la Universidad y yo tenía que esperar al autobús porque hoy no me he llevado el coche. Andaba muy pillada de tiempo y aparcar en el parking de la Facultad de Derecho es una Odisea. Pierdes media vida intentándolo.

Keeya manoteó en el aire.

—Vale, déjate de esas chorradas de parking, Odiseas y demás, que no me interesan nada. Ve a lo importante.

Cassie puso los ojos en blanco.

—No es para tanto, solo me ha traído en moto. Nada más —se defendió.

Keeya fingió creerla.

—Claro, claro… Por eso tienes una expresión en la cara como si acabaras de bajarte de un tío vivo.

—Eso son imaginaciones tuyas.

Keeya se inclinó un poco hacia adelante.

—¡Y una leche! —dijo.

—A ver, ha sido emocionante porque nunca había montado en moto —dijo Cassie.

—Jura que no te has agarrado a él como si fuera el último refresco en la nevera en un día de calor.

—¡No me agarré tanto! Solo... un poco. Algunas curvas eran muy cerradas, ¿sabes? —respondió Cassie a la defensiva.

—Oh, profesor Lawson, no suelte el manillar, ¡por favor! ¡Mi vida está en sus manos! —se burló Keeya, imitando la voz de Cassie.

—¡Para ya! —exclamó ella, lanzándole un cojín, que Keeya esquivó sin problema—. No fue para tanto.

Sin embargo, el aroma de su cazadora de cuero todavía se aferraba a sus sentidos. Una embriagadora mezcla de colonia masculina y algo único… Ethan.

La expresión del rostro de Keeya decía que se encontraba lejos de estar convencida. Conocía a su hermana. Nunca la había visto así. Algo estaba pasando.

Miró a Cassie detenidamente, como si estuviera tratando de descifrar un código secreto, como si estuviera analizando cada microexpresión en su rostro.

—Ajá… Y dime, ¿por qué tienes esa sonrisa tonta, entonces? —preguntó con picardía.

—Ya te lo he dicho, porque nunca había montado en moto y me ha parecido una experiencia muy emocionante.

—Cassie, parece que estás caminando por una nube. ¿Estás segura de que no te gusta ese tío? —le preguntó Keeya directamente.

—¡¿Qué?! ¡¡No!! —Cassie gritó de espanto—. Claro que no me gusta. Es mi profesor, Keeya.

—¿Y eso qué tiene que ver? Solo es unos pocos años mayor que tú y está buenísimo. Fuera de la universidad es un chico como otro cualquiera.

Pero Ethan Lawson no era un chico como cualquier otro (aunque sabía perfectamente a qué se refería Keeya), era un Alfa. Con todas las letras.

No era extraño que ese fuera el apodo por el que se le conocía. A él y a sus socios de bufete.

Encarnaba esa confianza en sí mismo y ese atractivo que lo hacían irresistible. Era pasional, fuerte, rebelde. Poseía un magnetismo natural que atraía a las personas hacia él, una mezcla de carisma y confianza que justificaba completamente aquel apodo.

—Pero es… —Cassie se pasó la mano por el cuello, visiblemente nerviosa—. Bueno, ya te he contado cómo es. No es el tipo de persona con el que alguien como yo podría… Bueno, ya sabes…

—No, no lo sé —contestó Keeya, tozuda, aunque sí que lo sabía.

—A Ethan Lawson le pega estar con supermodelos con doctorados en astrofísica —dijo Cassie —. *Blancas* —enfatizó.

A Keeya no le quedó más remedio que reír. Las ocurrencias de su hermana a veces podían ser épicas.

Keeya echó la cabeza hacia atrás, suspirando.

—Por favor, no puedes salir con lo del color de piel. Eso es una soberana tontería —dijo. Enderezó el cuello—. Vamos, Cassie, ¿por qué no admites que te gusta? No pasa nada por tener un *crush* —presionó Keeya, con una sonrisa cómplice jugando en los labios.

Cassie levantó la vista hacia su hermana, consciente de que la conversación se estaba yendo

por un camino que no quería.

—Ethan Lawson no es mi *crush*, deja de decir tonterías.

—Dime, ¿no hubo toques accidentales de las manos? ¿Miradas que duran más tiempo de lo estrictamente necesario? ¿Silencios llenos de magia?

—¡No! Fue… normal —dijo Cassie—. Un viaje en moto completamente normal —añadió, levantándose del sofá para ir a la cocina.

Sin embargo, mentalmente evocó la escena en la que Ethan le había ayudado a ponerse el casco, cómo se habían mirado en silencio mientras le abrochaba la hebilla, cómo sus dedos habían rozado los de ella durante una fracción de tiempo de más, mientras le entregaba el casco.

—Cassie… —la llamó Keeya.

Ella se giró de repente en mitad del pasillo.

—¡¿Qué?! —dijo.

—Todavía llevas puesta su cazadora de cuero —le recordó Keeya.

Cassie suspiró ruidosamente y con un movimiento rápido se la quitó.

—Es que hace frío —se excusó.

Keeya la miró divertida.

CAPÍTULO 34

El aroma a café recién hecho flotaba en el aire de la cafetería del campus, donde Cassie e Ingrid se habían refugiado en un rincón, lejos del bullicio.

Ingrid tenía los ojos abiertos de par en par.

—No me lo puedo creer —dijo—. ¿Ethan Lawson? ¿El mismo Ethan Lawson que es tan cabrón en clase?

Cassie rio.

—Sí, el mismo —contestó.

—¿Y cómo fue? —curioseó Ingrid, apoyando la barbilla en la mano, dispuesta a escuchar todo lo que tuviera que contarle Cassie—. ¿Te abrazaste a él como si de ello dependiera tu vida?

Cassie miró a un lado y a otro, asegurándose de que nadie las escuchaba, y se inclinó hacia adelante.

—Bueno, puede que me agarrara un poco fuerte a él. Pero solo porque iba rápido y había curvas —dijo.

—Por supuesto, las curvas son muy peligrosas… Sobre todo las que vienen con torsos y brazos musculosos. Y el profesor Lawson tiene muchas de esas.

Cassie se había dado cuenta cuando rodeó su cintura con los brazos y pegó su cuerpo a su espalda. Ingrid tenía razón.

—Nunca había montado en moto y fue… increíble —comentó—. El viento en la cara, las luces de Chicago…

—Con Ethan Lawson es normal que la experiencia sea increíble —apuntó Ingrid.

Se echaron a reír.

—Seguro que no fue el viento en la cara lo que te dejó sin aliento —habló de nuevo Ingrid, y en su voz había un matiz mordaz.

—No, yo no pensaba en esos momentos en… —comenzó Cassie.

Ingrid no la dejó terminar.

—¿En qué? —Levantó una ceja—. ¿En lo guapo que es? ¿En lo bien que huele? ¿O en lo cómoda que se sentía tu cara pegada a su espalda trapezoidal?

—No fue así.

Sin embargo, sintió cómo una ola de calor ascendía por su cara, cuando recordó el momento en el que rodeó el torso de Ethan con los brazos.

—Seguro que no —dijo Ingrid, sonriendo de oreja a oreja—. Por eso te estás poniendo roja como un tomate.

Cassie se tapó el rostro con las manos.

—Bueno, puede que me fijara en algunas de esas cosas… —admitió a regañadientes—. Pero no es para tanto, ¿no?

—No es para tanto, dice. Cassie, cariño, has estado subida en la moto del hombre más deseado de la facultad. Eso no es «nada» —dijo, haciendo el gesto de las comillas en el aire—. Eso es el inicio de una película romántica.

Cassie miró a Ingrid.

—Pensé que el exagerado del grupo era Gerard, no tú.

—No te creas, yo también tengo mi buena dosis —dijo Ingrid. Su voz cambió a un tono más serio—. Por cierto, hablando de Gerard, mejor no le cuentes esto todavía.

—¿Por qué? —quiso saber Cassie.

Ingrid torció el gesto.

—Anda con la mosca detrás de la oreja con el profesor Lawson —advirtió—. Tiene la teoría de que está interesado en ti para… bueno, ya sabes… Para llevarte a la cama.

Cassie estuvo a punto de escupir el café que tenía en la boca.

—¡¿Qué?! —exclamó con los ojos llenos de sorpresa—. Pero… —se limpió los labios con la servilleta. No le salían las palabras—. Eso es ridículo —dijo al fin—. Ethan solo está siendo amable.

Ingrid encogió los hombros, sin dar importancia al tema.

—Ridículo o no, Gerard está convencido de que el profesor Lawson está interesado en ti, y no deja de elaborar teorías conspiranoicas sobre sus intenciones masculinas.

Cassie frunció el ceño.

—Pero si ni siquiera me ha mirado dos veces —replicó.

—Yo he intentado que entre en razón, pero no termino de convencerlo —dijo Ingrid. Movió con la cucharilla el café capuchino que había en su taza—. Entre nosotras… creo que está celoso.

Cassie miró a Ingrid con incredulidad.

—¿Celoso? ¿De Ethan Lawson? —repitió, como si quisiera poner en orden lo que le estaba diciendo Ingrid—. Pero si Gerard y yo solo somos amigos.

Ingrid le dedicó a Cassie una sonrisa cómplice.

—Un amigo que te mira como si fueras la protagonista de una telenovela —dijo—. Vamos, Cassie, ¿no lo has notado?

Cassie bajó la mirada hasta su taza.

—No sé… soy un poco torpe para esas cosas —confesó—. Cuando le gusto a un chico, siempre soy la última en enterarme.

Ingrid rio.

—Es una teoría mía, ¿eh?, que conste que Gerard no me ha dicho nada. Al contrario, le pregunté medio en broma medio en serio que si estaba celoso y me lo negó. Por eso creo que lo mejor es que por el momento no le cuentes nada, sino va a empezar con sus paranoias, y a decir que si no quiere que Ethan te haga daño, que si es tu amigo, que si no quiere que te rompa el corazón…

Cassie suspiró.

—Tienes razón. Aunque no sé por qué Gerard se tiene que meter en esto —dijo, algo confusa.

—Porque el amor, querida Cassie, es un campo de batalla. Y en este caso, tenemos a un profesor muy guapo y a un amigo celoso. —Ingrid esbozó una sonrisilla traviesa—. Esto promete.

Cassie le lanzó una mirada de reproche.

—No exageres, no hay de qué preocuparse.

Ingrid guiñó un ojo a Cassie.

—Dilo otra vez, a ver si te lo crees.

Cassie cogió su taza de café, se la llevó a los labios y dio un sorbo.

CAPÍTULO 35

Ethan se apeó del coche y lo cerró con el mando a distancia mientras se dirigía hacia el bloque de Cassie.

Aprovechando que salía una mujer mayor de él y que la puerta estaba abierta, se metió en el edificio.

Subió las escaleras hasta el segundo piso y tocó el timbre. En la mano llevaba una bolsa que contenía el ordenador portátil que había comprado para Cassie.

Había esperado encontrarla allí, pero en su lugar fue recibido por Keeya, que lo miró con curiosidad.

Una música con mucha percusión salía del fondo del piso.

—Hola —la saludó Ethan.

—Hola.

—Soy Ethan Lawson, no sé si te acuerdas de mí…

«Como para olvidarlo», pensó Keeya en silencio.

—Sí, es el profesor de Cassie, el que le ayudó con ese matón de Jake…

Ethan asintió.

—¿Está tu hermana? —le preguntó a Keeya.

—No, Cassie no está aquí —respondió ella—. Está trabajando en el supermercado.

—¿Podrías darme la dirección? Tengo que entregarle algo urgente.

—Sí, claro —respondió Keeya—. Pasé, por favor, se la apuntaré en un papel.

Ethan entró en el piso. En la mesa del salón, Keeya garabateó la dirección del supermercado en un post-it y se lo entregó.

—Gracias —dijo Ethan.

—Está a un par de manzanas de aquí, puede ir andando, si quiere.

—Vale.

—Encantada de volver a verlo —se despidió Keeya, jugueteando con uno de sus rizos.

—Igualmente —contestó Ethan con amabilidad.

Al entrar en el supermercado, sus ojos recorrieron rápidamente las filas de cajas, hasta que finalmente vio a Cassie. Estaba detrás de la caja registradora número siete, la última, atendiendo a un hombre de unos ochenta años con su habitual sonrisa amable.

Llevaba puesto el uniforme, que consistía en un pantalón negro y una camisa amarilla.

«El amarillo le sienta bien», pensó Ethan, fijándose en que el color resaltaba el tono chocolate de su piel.

El abundante pelo se lo había recogido en una coleta alta, lo que provocaba que sus rizos salieran disparados en todas direcciones. A Ethan le encantó, reflejaba la energía vibrante y la personalidad chispeante de la señorita Maalim.

La observó interactuar con los clientes y se dio cuenta de la facilidad con la que hacía sentir a todos bienvenidos. Estaba claro que tenía un don especial para conectar con las personas.

Ethan se dirigió a la caja donde estaba Cassie con la elegancia de alguien que no solía frecuentar lugares donde las ofertas de «dos por uno» eran la principal atracción.

Mientras esperaba su turno detrás de una adolescente que llevaba unos enormes cascos blancos en la cabeza, sus ojos se fijaron en las estanterías llenas de paquetes de gominolas, chicles y caramelos estratégicamente colocadas al lado de la caja.

Con una sonrisa traviesa, tomó un paquete de caramelos Halls al azar y lo colocó sobre la cinta transportadora.

Cassie cogió el pequeño paquete.

Cuando alzó la vista, sus ojos se encontraron con los de Ethan. La expresión de su rostro pasó de la sorpresa al desconcierto. Tanto, que casi dejó caer los caramelos. ¿Qué cojones hacía Ethan Lawson en el supermercado en el que trabajaba?

—¿Qué hace aquí? —le preguntó mientras escaneaba el paquete de Halls.

—He venido a comprar unos caramelos y a traerle esto —dijo, sacando el ordenador de la bolsa.

Cassie miró la caja del portátil y luego a Ethan.

—¿Está de broma? —dijo.

—No —respondió Ethan, con la tranquilidad de un buda de piedra.

—No puedo aceptarlo —replicó Cassie.

Ethan sabía que diría algo así.

—No es un regalo —aclaró, colocando el ordenador en la cinta transportadora—. Es solo un préstamo mientras se prepara para el Concurso de Jóvenes Abogados. Me lo devolverá cuando gane —dijo en tono despreocupado.

Cassie negó con la cabeza, devolviéndole el ordenador sin dudarlo.

—No, señor Lawson. No puedo aceptar algo así —dijo. Cogió la caja del portátil y la pasó a la otra parte de la cinta, como si fuera un producto que Ethan se tuviera que llevar.

Ethan no se inmutó. En su lugar, agarró otro paquete de caramelos Halls del estante que había

al lado de la caja y unas cuantas bolsas de gominolas y lo puso sobre la cinta.

Aquello le daba unos segundos de tiempo extra mientras Cassie las escaneaba.

—Señorita Maalim, ya le he dicho que solo es un préstamo —insistió—. Además, lo tenía en casa sin utilizarlo.

Cassie lo miró por debajo del espeso abanico de pestañas negras.

—Es nuevo, la caja está sin desprecintar —dijo.

—No sabe la cantidad de cosas que tengo en casa sin estrenar. Mi ático parece una tienda de electrónica.

Cassie sabía que estaba mintiendo.

—Señor Lawson…

Ethan cogió un puñado de paquetes de chocolatinas y los puso en la cinta.

Cassie observó incrédula cómo Ethan continuaba comprando chucherías como si estuviera decidido a vaciar todo el estante. Sabía por qué lo estaba haciendo.

—¿De verdad vas a seguir comprando caramelos hasta convencerme? —preguntó con una ceja levantada y una sonrisa divertida asomando en sus labios.

—Sí, o te quedas con el portátil, o seguiré comprando gominolas hasta que cambies de opinión.

Cassie lo miró sin dar crédito a lo que estaba escuchando.

—¿Está bromeando? —dijo.

—Para nada —respondió Ethan, con una sonrisa traviesa—. Soy muy persistente.

Cassie escaneó las chocolatinas y las metió en una bolsa, pero antes de que pudiera decir algo, Ethan ya había cogido unos cuantos paquetes de caramelos de sabor a frutas del bosque.

—Profesor Lawson, esto es ridículo —dijo Cassie, intentando no reírse—. No puede comprar todo el estante.

—¿No? —preguntó él, levantando una ceja—. Porque tengo una tarjeta de crédito y toda la tarde libre.

¡Claro que podía! Era rico, podía comprar el supermercado, si así lo quería.

Y por si tenía alguna duda, Ethan añadió otro par de bolsas de gominolas con forma de corazón que cogió al azar.

Cassie estiró el cuello y miró a un lado y a otro, buscando a la encargada. ¿Qué pensaría si viera lo que estaba sucediendo? Por suerte, el supermercado estaba casi vacío.

—Va a conseguir que me despidan —le dijo a Ethan en voz baja.

—Sería un despido improcedente, yo la defendería en el juicio. Ganaría sin duda, no se preocupe —afirmó.

Cassie se pasó la mano por la frente. Ethan seguía poniendo bolsas de chucherías en la cinta, como si no hubiera un mañana. ¿Es que no iba a parar?

No pudo evitar soltar una risa.

—Está loco —susurró.

—Quizás —respondió Ethan con toda tranquilidad, colocando otro paquete de chicles en la cinta—. Pero también soy terco. Y creo en usted, señorita Maalim. Este ordenador nos ayudará en nuestras clases. Tendrá acceso a más recursos y a toda la materia sin necesidad de estar tomando constantemente apuntes.

Cassie miró la caja del ordenador y luego a Ethan, que seguía sonriendo como si fuera el hombre más razonable del mundo.

Sabía que no iba a ganar esa batalla. No cuando Ethan estaba dispuesto a comprar medio supermercado para salirse con la suya.

Finalmente, incapaz de contener más la risa ante el comportamiento absurdo, pero encantadoramente obstinado de Ethan, cedió. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Vale —dijo, levantando las manos en señal de rendición—. Me quedo con el ordenador. Pero solo como préstamo.

Ethan sonrió, satisfecho.

—Por fin entra en razón.

Cassie suspiró, pero no pudo evitar sonreír.

Ethan Lawson era, sin duda, el hombre más extrañamente encantador que había conocido (o encantador a su manera). Y, aunque no quería admitirlo (y no lo haría en voz alta), su terquedad la había convencido… un poco.

—Y que conste que he aceptado porque temo por su salud dental.

En aquel momento fue Ethan quien dejó escapar una risilla.

—¿Cuánto es? —le pregunta a Cassie, que estaba acabando de meter las últimas gominolas en la bolsa.

—Ochenta y cinco dólares con treinta centavos —contestó.

Ethan sacó la tarjeta de crédito de la cartera y la pasó por el datáfono, mientras Cassie seguía sin creer lo que acababa de ocurrir.

Antes de irse, Ethan abrió la bolsa, metió la mano en la montaña de chucherías, cogió un paquete de gominolas y se lo dio a Cassie.

—Por su amabilidad —dijo con un guiño, como si realmente fuera un cliente satisfecho por el trato que le habían dado.

Cassie lo miró, sin palabras. Ethan Lawson estaba loco, pero de una manera que hacía que el mundo pareciera un lugar más brillante. Y, aunque no quería admitirlo, estaba empezando a disfrutar de su locura, porque quizá esa locura era exactamente lo que necesitaba.

—Gracias —dijo.

—Hasta mañana —se despidió.

—Hasta mañana.

Cuando Ethan se fue, Cassie abrió la bolsa de chucherías y se comió una. Casualmente Ethan le había regalado unas gominolas con forma de corazón.

CAPÍTULO 36

Cassie acababa de terminar de contar a su hermana la escena surrealista que Ethan había protagonizado en el supermercado, mientras Keeya la miraba pasmada con una expresión que oscilaba entre la incredulidad y la diversión.

Cassie todavía sonreía al recordarlo. Era imposible no hacerlo.

—Así que, déjame ver si lo entiendo —dijo Keeya—. Ethan Lawson, el profesor más guapo de toda la facultad, fue a tu trabajo, compró todo el estante de chucherías, y básicamente te chantajeó para que aceptaras un ordenador portátil.

Cassie asintió.

—Básicamente, sí.

Keeya soltó una carcajada.

—¡Es increíble! ¿Y tú qué hiciste?

—¿Qué iba a hacer? —respondió Cassie, encogiéndose de hombros—. Si no aceptaba el ordenador, iba a comprar todo el supermercado. Incluso podría comprar el propio supermercado.

—¿Qué le pasa a ese tío contigo? —preguntó Keeya.

—Solo es un préstamo —contestó Cassie—. Se lo devolveré en cuanto termine el Concurso de Jóvenes Abogados.

Keeya la miró con escepticismo.

—Las dos sabemos que no lo tenía en casa sin utilizar —dijo—. Lo ha comprado específicamente para ti.

—Sí, pero no deja de ser algo prestado. No tengo ninguna intención de quedármelo. No voy a dejar que gaste tanto dinero solo por capricho.

Keeya la miró con una sonrisa traviesa.

—Cassie, no lo hizo por capricho. Lo hizo por ti.

Cassie frunció el ceño.

—No empieces, Keeya.

—¿No empieces qué? —preguntó ella, levantando las manos en un gesto de inocencia.

Keeya se quedó pensativa un momento antes de lanzar una teoría que había estado rondando en su mente desde hacía tiempo.

—Solo digo que un hombre no hace esas cosas por alguien a menos que... bueno, a menos que le guste. —Vale, ya lo había dicho.

Cassie se quedó callada durante unos segundos. Se mordió el labio inferior, considerando las palabras de su hermana. Había momentos en los que también había pensado lo mismo; por pequeños gestos y miradas que parecían significar algo más. Pero cada vez que la idea se asomaba a su mente, la apartaba rápidamente. Era demasiado absurdo.

Sin embargo, decidió sincerarse con su hermana.

—A veces también lo pienso —confesó en voz baja—. Pero luego me digo que es imposible. Ethan es mi profesor, Keeya. Y es... bueno, es Ethan. Seguro que tiene mejores cosas que hacer que fijarse en mí.

—¿Por qué no ibas a gustarle? —dijo Keeya—. Joder, Cassie, eres guapísima. Y no lo digo por ser tu hermana, lo digo porque lo eres.

Cassie se encogió de hombros, incómoda.

—No lo sé. Tal vez Ethan solo quiere... llevarme a la cama, como dice Gerard.

—¿Gerard también piensa que Ethan está interesado en ti?

—Sí, pero según Ingrid, Gerard está celoso —contestó Cassie.

Keeya enarcó las cejas.

—¿Le gustas a tu amigo Gerard? —preguntó.

—Según una teoría de Ingrid, sí. Dice que me mira como si fuera la protagonista de una telenovela.

Cassie no puedo evitar reír con ese comentario.

—¿Y él te gusta a ti? —preguntó a Cassie.

—No, Gerard es solo mi amigo —respondió ella.

Keeya arrugó la nariz. Gerard lo iba a pasar mal.

—¿Y crees que puede tener razón respecto a Ethan?

Cassie dejó escapar un suspiro.

—No lo sé, pero no quiero ser una conquista más para Ethan.

—Mira, Cassie, no sé qué piensa Ethan. Pero lo que sí sé es que no gastaría tanto tiempo y esfuerzo en alguien que solo quiere llevar a la cama. Eso es demasiado trabajo, incluso para un tipo como él —dijo Keeya—. Ese tío tiene que quitarse a las mujeres de encima a patadas —bromeó.

Cassie sonrió.

—Gracias, supongo —dijo. Se quedó pensando unos segundos—. O a lo mejor nosotras estamos viendo segundas intenciones donde no las hay —teorizó—. A lo mejor Ethan lo único que quiere es que gane el Concurso de Jóvenes Abogados y punto. No tiene que haber nada más. Él cree en mí para alzarme con el premio, me lo ha dicho varias veces ya, y hoy también.

Keeya apartó un rizo del rostro de Cassie.

—A lo mejor —dijo, dándole la razón—. Aunque yo sigo pensando que Ethan está haciendo cosas raras. Y que esas cosas raras que hace demuestran que le importas.

Cassie miró a su hermana, sintiendo cómo una parte de ella quería creerle. Pero otra parte, la parte racional, la parte que albergaba los miedos, seguía resistiéndose.

Y quizá esa parte nunca le permitiría tener intimidad con un hombre, y menos con un hombre como Ethan Lawson. Él parecía tener toda la experiencia del mundo en relaciones sexuales, y ella ninguna.

Cassie no podía evitar imaginarlo como alguien que lo sabía todo, que no dejaba espacio para la inseguridad o los errores. Mientras que ella… Bueno, ella apenas había besado a un par de chicos en su vida, y siempre había sido torpe, insegura, como si no supiera muy bien qué hacer con sus manos o su boca.

La idea de estar cerca de Ethan, de tocarlo, de dejarse llevar por algo más que un abrazo en la moto, la aterraba. No solo por su falta de experiencia, sino porque él era… él. Ethan Lawson. El hombre que tenía todo bajo control, que hablaba con esa confianza que la hacía sentir pequeña y grande al mismo tiempo.

¿Cómo podría alguien como ella, que apenas sabía cómo manejarse en el plano sexual, acercarse a alguien como él, sin hacer el ridículo?

Además, estaba el miedo de que él se enterara de lo que le habían hecho cuando era una niña. ¿Qué pasaría si se reía de ella? ¿O si la miraba con esa expresión sarcástica que usaba cuando un estudiante decía algo que consideraba ridículo? Cassie no estaba segura de poder soportar eso. Prefería mil veces mantener las cosas en el terreno de profesor-alumna, donde al menos podía fingir que tenía el control.

—Lo mejor es que nos olvidemos de todo esto. Seguro que son paranoias nuestras. ¿En serio estamos pensando que Ethan Lawson se ha fijado en mí? —lanzó—. ¡Es mi profesor, Keeya! Y un soltero indomable. Además, no creo que se quiera complicar la vida conmigo.

Keeya suspiró, recostándose en el sofá.

—Vale, vale, pero si Ethan te compra… no sé… un lavavajillas para que la piel de tus delicadas manos no se estropee fregando los platos, ¿puedo empezar a llamarlo «cuñado»?

Cassie agarró uno de los cojines que tenía a su lado y golpeó en plena cara a su hermana, a la que le pilló totalmente desprevenida.

—¡Cállate, Keeya! —dijo, riendo.

Keeya se echó también a reír. Cogió el cojín, que había caído a un lado, y lo rodeó con los brazos.

—Lo digo en serio, lo llamaré «cuñado» —insistió—. Estoy segura de que va a terminar comprando la casa de al lado solo para estar más cerca de ti.

Cassie puso los ojos en blanco, exasperada.

Negó con la cabeza para sí. Su hermana era imposible.

Pero por el momento decidió que no iba darle más vueltas. Prefería guardar todas esas teorías en un rincón de su mente, donde no pudieran molestarla demasiado. Además, tenía que centrarse en el concurso.

—Vale, Keeya —dijo—. Si Ethan compra la casa de al lado, podrás llamarle «cuñado». Pero hasta entonces, dejemos las teorías locas e imposibles para las series de Netflix.

Keeya sonrió, abrazada al cojín.

—De acuerdo. Pero recuerda, Cassie, yo lo dije primero.

CAPÍTULO 37

El aire de sobriedad de la sala de reuniones del bufete, con sus muebles de madera oscura y sus paredes grises, se veía interrumpido por la bolsa llena de chucherías que había sobre la mesa de conferencias. Llamaba la atención como un elefante de color amarillo en medio de una habitación.

Ethan estaba en la silla en la que se solía sentar habitualmente, con una expresión resignada en el rostro, mientras Asher, Samuel y Trevor lo miraban con una mezcla de curiosidad y escepticismo.

—Vale, Ethan —dijo Asher, cruzando los brazos y mirando la bolsa desbordante de chucherías como si fuera un caso legal particularmente complicado—. ¿Vas a explicarnos por qué hay una bolsa de supermercado llena de gominolas, caramelos, chicles y chocolatinas en medio de nuestra reunión?

Ethan alargó el brazo, cogió un paquete de gominolas y lo abrió con calma.

—Es una larga historia —dijo, mientras tomaba el puñado de gominolas y las dejaba caer sobre la mesa para compartir.

—Tenemos tiempo —intervino Samuel, pillando una de las gominolas de encima de la mesa y metiéndosela en la boca.

Trevor se inclinó hacia adelante, y cogió una chocolatina de la bolsa.

—Yo voto por que nos lo cuentes. Tengo la intuición de que esto promete —dijo.

Ethan se recostó en su silla con una sonrisa enigmática en los labios. En el fondo disfrutaba del desconcierto que provocaba en sus amigos. No lo podía evitar.

—Digamos que es el precio que he pagado por convencer a la señorita Maalim de que aceptara el portátil que le compré.

—Vaya… la señorita Maalim otra vez formando parte de nuestras conversaciones —dijo Samuel—. ¿Te das cuenta de que no paras de hablar de ella?

—¿No paro de hablar de ella? —repitió Ethan, como si no fuera consciente de ello.

—No, hablas más de la señorita Maalim que de los Chicago Bulls o el Código Civil, y en ti eso es raro, raro, raro —contestó Samuel con una sonrisa burlona.

—Sigue por favor —le pidió Asher, antes de que Ethan y Samuel se enzarzaran en una de sus discusiones dialécticas a base de pullas y sarcasmos.

Ethan ignoró el comentario de Samuel y continuó.

—Decidí llevárselo a su casa, no quería dárselo en la universidad para no tener problemas, pero no estaba. Su hermana me dijo que se encontraba trabajando en el supermercado, así que fui allí.

—¿Al supermercado? —preguntó Trevor, masticando la chocolatina—. Eso es... dedicación a la causa.

—No es para tanto —dijo Ethan—. El caso es que cuando llegué, Cassie se negó a aceptar el ordenador. Tal y como me temía, es demasiado orgullosa para aceptar ayuda. Dijo que era demasiado, que no podía aceptarlo, y bla, bla, bla. —Ethan hizo un aspaviento en el aire con la mano.

—¿Y qué le dijiste para convencerla? —preguntó Asher, cogiendo un paquete de gominolas con formas variadas de la bolsa.

—Le dije que era un préstamo, que me lo devolvería cuando terminara el concurso —contestó Ethan—. Pero ella seguía negándose. Esa chica es *increíblemente* terca —apuntó.

—¿Más que tú? —dijo Asher con escepticismo.

No podía haber en el mundo nadie más cabezota que Ethan. Cuando una idea se le metía en la cabeza, era mejor arráncale la cabeza que sacarle la idea.

—Por supuesto que no —respondió él con suficiencia.

—Me lo temía —dijo Asher, metiéndose en la boca una gominola con sabor a fresa.

—Ella está en la caja, así que para ganar tiempo y poder convencerla, empecé a comprar cosas del estante de chucherías que había al lado de su caja.

Asher, Samuel y Trevor lo miraron en silencio durante unos segundos, procesando la información.

—¡La madre que te parió! —exclamó Samuel—. Estás zumbadísimo, tío.

Asher fue el siguiente en hablar.

—Déjame ver si lo he entendido bien —dijo lentamente—. Compraste media tonelada de chucherías solo para convencerla…

Ethan se encogió de hombros con indiferencia.

—Sí, le dije que no pararía hasta que aceptara el ordenador —dijo.

—¿En serio compraste el estante entero de chucherías solo para convencerla? —dijo Trevor, riendo.

—¡No todo! —protestó Ethan—. Solo lo suficiente para que cambiara de opinión.

Samuel se pasó la mano por el rostro.

—Dinos que al menos funcionó —dijo Trevor, cogiendo otra chocolatina.

—Al final, sí —admitió Ethan, sonriendo por haberse salido finalmente con la suya—. Aceptó el ordenador, pero solo como préstamo.

Samuel soltó una carcajada.

—Ethan Lawson, el abogado más temido de la ciudad, uno de los «Alfa de Chicago», reducido a comprar chucherías para impresionar a una chica —se mofó—. ¡Esto es épico!

—No estoy intentando impresionarla, Samuel —le rebatió Ethan.

—Claro que no —dijo él, en un tono que dejaba entrever que no le creía una palabra.

—Por supuesto que no, solo trato de ayudarla —aseveró Ethan, al percibir la nota de duda en la voz de Samuel—, y lo de las chucherías fue una simple táctica de persuasión.

Ethan lanzó una mirada de advertencia a sus amigos, pero era inútil. Ya habían decidido que aquello era demasiado divertido como para dejarlo pasar.

—Mira, Ethan —dijo Samuel, en un tono más serio—. No es normal que te tomes tantas molestias por una alumna. ¿Estás seguro de que no hay algo más?

—Esta tontería que os ha entrado a ti y a Asher, ahora que estáis felizmente emparejados, de querer que yo termine igual, tiene que acabar de una puñetera vez. Sois muy pesados, tíos —dijo Ethan.

—Hey, Trevor también está metido en esto —se quejó Samuel.

Ethan lanzó una mirada a Trevor.

—Pues él también es un pesado —dijo, antes de retomar de nuevo el tema del que estaban hablando—. Mirad, la señorita Maalim es inteligente, disciplinada y tiene una determinación que no he visto en mucha gente. Quiero ayudarla, eso es todo.

—Al principio no pensabas eso —le recordó Asher.

—Sí, es cierto, solo pensabas en obtener tu cátedra —intervino Trevor.

—Al principio no la conocía —se defendió Ethan.

—Bueno, si tú dices que eso es todo, nosotros te creemos —dijo Samuel.

Era mentira, por supuesto. Y Ethan lo sabía. Y también sabía que no podía ganar esa guerra.

—Solo espero que no te dé por comprar más chucherías, porque si no todos vamos a terminar con diabetes —añadió Samuel, cogiendo una gominola con forma de cerebro—. Estas me encantaban cuando era pequeño.

—Pues entonces, come y deja de meterte conmigo —dijo Ethan.

Samuel lo ignoró.

—¿Puedo llevarme unas pocas para Tom? —preguntó Asher.

—Por favor —dijo Ethan, encantado de que la montaña de chucherías menguara. Tenía dulces para un año.

—¿Y yo para Nico? —dijo Samuel.

—Claro, creo que compré algunas sin azúcar, búscalas en la bolsa, tienen que andar por ahí —contestó Ethan.

CAPÍTULO 38

Cassie se sentó en la cama, mirando con frustración el ordenador portátil. Estaba trabajando con él cuando, de repente, había dejado de poder abrir las carpetas y los distintos archivos que guardaba. Por más que lo intentaba, no había forma de que el puñetero aparato respondiera a los *clics* del ratón.

Arrugó la nariz.

Tenía que hablar con Ethan. Joder, iba a pensar que era *una manazas*. Solo llevaba unos pocos días con el ordenador.

—Mierda —farfulló.

Le fastidiaba tener que molestarlo, pero no se atrevía a toquetear mucho el portátil, por si lo empeoraba. Con la tecnología había que tener mucho cuidado. Un solo *clic* y todo lo que tienes en el ordenador desaparece sin dejar rastro.

Con un suspiro, cogió su teléfono y comenzó a escribirle un WhatsApp.

Cassie: Hola, señor Lawson. Perdone que lo moleste, pero es que he tenido un problema con el portátil.

(Envió varios emoticonos para suavizar el golpe.)

Solo pasaron unos segundos antes de que viera moverse los tres puntitos que indicaban que Ethan estaba escribiendo al otro lado.

Ethan: Hola, señorita Maalim. ¿Qué le pasa?

Cassie: No me deja abrir las carpetas ni los archivos que tengo guardados. Es como si estuviera bloqueado. No responde a nada.

Ethan: ¿Lo has encendido y apagado? Eso a veces funciona.

Cassie: Sí, como unas cien veces.

Ethan: ¿Se lo has pedido «por favor»?

Cassie enarcó las cejas con sorpresa ante el inesperado comentario de Ethan. ¿Estaba bromeando? Vaya… Ethan Lawson mostraba poco a poco su humor.

Sus dedos volaron por la pantalla.

Cassie: Jajaja, sí, le he dicho «por favor» varias veces, y hasta «porfi», pero nada.

Ethan: jajajaja

Cassie: ¿Cree que podría ser algo grave?

Ethan contestó al instante.

Ethan: La verdad es que no lo sé. No sé qué puede pasarle. ¿Por qué no se acerca hasta mi despacho y le echo un vistazo?

Cassie: No quiero molestarlo. 😳😳😳

No supo la razón, pero a Ethan le enterneció ver aquellos emoticonos de ojos grandes y con expresión de cordero degollado. Sobre todo, por lo que significaban.

Ethan: ¿Molestia? No es ninguna molestia, señorita Maalim.

Cassie: Vale, entonces, si que me vendría bien que le echara un vistazo. ¿Cuándo me podría pasar?

Ethan: Ahora tengo libre, ¿puede venir o tiene que trabajar en el supermercado?

Cassie respondió de inmediato.

Cassie: No, tengo libre.

Ethan: Perfecto. Le mando la ubicación del bufete.

Cassie se quedó unos segundos sopesando lo siguiente que iba a decir.

Se mordió el labio de abajo, hasta que finalmente se decidió.

Cassie: ¿Le llevo algo? ¿Café, galletas? ¿Chucherías, quizás?

Esperó impaciente la respuesta, sin despegar los ojos de la pantalla, mientras se mordisqueaba el interior del carrillo.

Ethan: Jajaja, muy graciosa, señorita Maalim. Con que traiga el ordenador es suficiente. Aunque, si insiste, no diría que no a un café. Negro, sin azúcar.

Bromeó Ethan.

Cassie: Café negro, sin azúcar. Anotado.

Voy para allá.

Ethan: Aquí la espero.

Cassie dejó el teléfono en el escritorio y se dirigió al armario. Tenía que escoger algo para cambiarse de ropa, ya que estaba con un viejo pantalón de deporte y una camiseta de un color indescriptible que había vivido tiempos mejores.

Extrañamente, pasó más tiempo del normal pensando qué ponerse y se cambió un par de veces de ropa porque no terminaba de verse bien.

¿Qué narices le pasaba?

Con unos simples pantalones vaqueros y una camiseta de manga corta básica hubiera valido, sin embargo terminó optando por un vestido de entretiempo marrón con un estampado de hojas de color naranja y una botas planas de media caña.

Se echó un último vistazo en el espejo de cuerpo entero que tenía en la habitación, metió el portátil en su correspondiente maletín, se lo cargó al hombro y salió de casa.

Mientras bajaba las escaleras, consultó qué autobús tenía que coger para que la llevara a la ubicación que le había enviado Ethan. Por suerte, la parada estaba al final de su calle.

CAPÍTULO 39

Cassie entró en el edificio que albergaba el bufete de Ethan y se dirigió directamente a la recepción. En ella le atendió una mujer muy amable e impecablemente vestida, que le indicó que los despachos estaban en la última planta.

Cassie subió al ascensor con un grupo de personas que parecían muy concentradas en sus conversaciones y que fueron bajando en distintos pisos, hasta que se quedó sola.

Cuando las puertas de acero se abrieron en la última planta, Cassie salió a un elegante vestíbulo.

Las paredes estaban revestidas de paneles de madera oscura y pulida, que reflejan tenuemente la luz de los halógenos del techo.

En el centro del lugar, un impresionante arreglo floral descansaba sobre una mesa de mármol negro, añadiendo un toque de frescura y de color al ambiente.

A un lado, un conjunto de sofás de cuero negro y sillones invitaban a sentarse, mientras que las mesas auxiliares de acero y vidrio sostenían lámparas de diseño moderno y revistas de Derecho.

Cassie casi gimió al verlo. A ella le encantaría terminar trabajando en un sitio así.

En aquel instante, se cruzó por delante de ella Samuel.

—Disculpe —dijo Cassie con voz suave.

Samuel se detuvo y se giró.

—¿Sí?

—¿Podría decirme dónde puedo encontrar el despacho de Ethan Lawson?

—Sí, claro. Acompáñeme, si es tan amable, yo la llevaré —dijo Samuel con una sonrisa.

—Oh, gracias —agradeció Cassie.

Siguió a Samuel a través de un pasillo hasta unas puertas de color negro.

—¿Quién digo que quiere verlo? —le preguntó a Cassie.

—Cassandra Maalim.

Samuel no pudo evitar sorprenderse al escuchar su nombre, aunque trató de disimularlo.

Se giró y llamó a la puerta con un toque de nudillos.

—Adelante —se oyó decir a Ethan desde dentro.

Samuel abrió. Su cara tenía una sonrisa de oreja a oreja cuando asomó la cabeza por la puerta.

—Ethan, Cassandra Maalim está aquí —anunció.

Y como era un cabrón y le encantaba picar a Ethan, movió las cejas de arriba abajo.

Ethan rodó los ojos hasta el techo.

—Hazla pasar —dijo.

Samuel terminó de abrir la puerta.

—Pase —le dijo a Cassie, echándose hacia un lado para cederle el paso.

—Gracias —contestó ella.

Cassie se encontró a Ethan sentado tras su impresionante escritorio de madera oscura, con un traje negro que le quedaba con un guante, una camisa blanca, una corbata de rayas tojas y negras, y una expresión de concentración en el rostro que se suavizó al verla.

Cassie sintió una mezcla de nerviosismo y admiración al verlo en su elemento natural, acostumbrada a tratarlo en el ambiente más distendido de la universidad.

Tal vez fueran imaginaciones suyas, pero tenía la sensación de estar ante un Ethan diferente: uno que irradiaba autoridad y profesionalidad.

El despacho, sobrio y elegante, con sus estanterías llenas de libros de Derecho y su escritorio impecablemente ordenado, parecía ser una extensión de él mismo. Y a pesar de los nervios iniciales, Cassie no pudo evitar sentirse fascinada.

—Hola —lo saludó, sintiendo que su voz sonaba más tímida de lo que le habría gustado—. Gracias por recibirme.

—Claro —respondió Ethan, levantándose y sonriendo. Rodeó la mesa y caminó hasta el centro del despacho—. No podía dejar a mi estrella del Concurso de Jóvenes Abogados sin su herramienta de trabajo.

Cassie sonrió.

—Le he traído un café —dijo, tendiéndole un vaso de cartón con la tapa blanca.

Ethan miró el vaso con asombro.

—¿Me ha traído un café? —repitió, como si no hubiera escuchado bien.

—Sí, negro, sin azúcar, como dijo.

Ethan miró a Cassie con una sonrisa en los labios mientras cogía el vaso.

—Estaba bromeando, señorita Maalim —dijo, rascándose el cuello—. No era necesario que me trajera un café. De verdad, no…

Cassie alzó un hombro.

—Como agradecimiento —lo interrumpió—, por todo lo que hace por mí —repuso. Ethan se había convertido en una especie de Ángel Guardián—. Además, lo he cogido de camino para acá, en la cafetería que hay al otro lado de la calle.

—Esa cafetería tiene los mejores cafés del mundo —dijo Ethan.

—Me alegro de haber elegido bien —repuso Cassie.

—Gracias —dijo Ethan, verdaderamente agradecido por el detalle que Cassie había tenido con él—. Bueno, ¿y qué le pasa al ordenador? —preguntó. Quitó la tapa del vaso y dio un trago de café.

Cassie se acercó y colocó el portátil sobre la mesa oval que había en un lado del despacho.

—Pues no me deja acceder a las carpetas y archivos que tengo guardados —respondió Cassie, sacando el portátil del maletín—. Ayer funcionaba bien, pero esta tarde ya no había manera.

Ethan asintió, cogiendo el ordenador y abriéndolo con cuidado.

—Vamos a ver qué podemos hacer —dijo.

Se sentaron uno al lado del otro.

Mientras Ethan examinaba el dispositivo, Cassie era muy consciente de su cercanía, del olor de su fragancia... Se fijó en cómo sus cejas estaban ligeramente fruncidas en un adorable gesto serio mientras trataba de encontrar una solución.

Ethan, por su parte, estaba concentrado, pero no podía evitar notar cómo Cassie se mordía el labio inferior cada vez que él fruncía el ceño, o cómo se inclinaba ligeramente hacia él cuando intentaba explicarle algo, o de ayudarle, o cómo se humedecía los labios con la punta de la lengua.

Después de algunos intentos, de apagarlo y de encenderlo, de pulsar teclas en un lado y en otro del teclado, Ethan se recostó en la silla y dejó escapar un suspiro mientras se rascaba la cabeza.

—No sé qué le pasa —admitió finalmente—. Está más allá de mis habilidades técnicas.

Cassie suspiró, decepcionada.

—Seguro que he tocado algo que no debía y lo he jodido —dijo.

Ethan sonrió.

—No se preocupe, todavía tenemos un último recurso al que recurrir —dijo—. Y si no, llamaremos al Departamento de Informática del bufete.

Antes de que Cassie pudiera preguntar, Ethan había sacado su teléfono del bolsillo y estaba marcando un número.

—Trevor, ¿puedes pasar por mi despacho? Necesito tu ayuda con algo.

—Ahora mismo voy —respondió él.

Ethan colgó la llamada.

—Aparte de abogado, Trevor es conocido por ser el gurú tecnológico del bufete —le dijo Ethan a Cassie en tono distendido.

Un minuto después, Trevor apareció en el despacho, con su habitual aire de tranquilidad y una taza de café en la mano.

—¿Qué pasa, Ethan? —preguntó, mirando a Cassie con curiosidad.

—Este es Trevor —dijo Ethan, presentándolos—. Trevor, esta es Cassandra Maalim, una de

mis alumnas.

Trevor levantó una ceja, pero no comentó nada, a pesar de que se dio cuenta de quién era. Se limitó a alargar el brazo hacia Cassie.

—Encantado —dijo.

En realidad estaba encantadísimo. Por fin ponía cara a la tan nombrada señorita Maalim.

—Igualmente, Trevor —contestó Cassie.

Ethan señaló con el dedo el portátil.

—No permite acceder a las carpetas y archivos guardados —comentó—. ¿Puedes echarle un vistazo? Yo lo he intentado, pero está fuera de mi alcance.

—Claro, vamos a ver qué le pasa —dijo Trevor.

Dejó la taza en la mesa y se puso manos a la obra.

Tras unos minutos, Trevor logró restablecer el ordenador.

—Listo —dijo.

Cassie dejó escapar un suspiro de alivio.

—¿Qué coño le pasaba? —preguntó Ethan.

Cassie arrugó la nariz.

—¿Ha sido porque he tocado algo que no debía tocar con mis manazas? —quiso saber, aunque no tenía claro si quería escuchar la respuesta delante de Ethan.

Trevor sonrió.

—No, tranquila, no ha tenido nada que ver contigo —comenzó—. El antivirus ha detectado como virus el propio perfil del ordenador y ha bloqueado el acceso a todo lo que contiene a modo de prevención. Pasa más a menudo de lo que parece.

—¿Y qué has hecho para solucionarlo? —dijo Ethan.

—He desinstalado el programa del antivirus que tenía y he instalado otro nuevo —respondió Trevor.

—Al final no era algo tan complicado —comentó Ethan.

—La mayoría de las veces no lo es, pero sí que puede dar algún que otro quebradero de cabeza —dijo Trevor, al tiempo que se levantaba.

—Gracias —intervino Cassie.

—Te debo una —dijo Ethan.

Trevor lo miró con los ojos entornados.

—Sí, me debes una —dijo, cogiendo su taza de café y dirigiéndose hacia la puerta—. Y no lo olvidaré. —Antes de salir del despacho, se volvió hacia Cassie—. Encantado de haberte conocido, Cassandra.

—Ha sido un placer —contestó ella.

Con una última sonrisa cómplice hacia Ethan, Trevor salió del despacho dejándolos solos nuevamente.

Cassie se volvió hacia Ethan, sonriendo.

—Gracias a usted también. No sé qué habría hecho sin su ayuda —dijo, guardando el ordenador en el maletín.

—No hay de qué —respondió Ethan, devolviéndole la sonrisa—. Aunque, la próxima vez, dejaremos que Trevor lo arregle desde el principio.

Cassie se echó a reír.

Hubo un momento de silencio, en el que ambos se miraron, sintiendo esa tensión que últimamente siempre parecía estar presente entre ellos.

Finalmente, Cassie cogió el ordenador y se lo colgó al hombro.

—Bueno, debería irme, ya le he quitado mucho tiempo —dijo, sintiendo que su voz sonaba más débil de lo que le habría gustado.

—Claro —respondió Ethan.

Echó a andar detrás de Cassie con la intención de acompañarla a la puerta del despacho, pero terminó en el vestíbulo.

—Gracias de nuevo, señor Lawson —repitió Cassie, mientras esperaba a que el ascensor subiera.

—De nada, señorita Maalim —respondió Ethan, sosteniendo su mirada un momento más antes de que las puertas metalizadas del ascensor se abrieran y Cassie se metiera en él.

Se miraron hasta que las puertas se cerraron y el contacto visual se cortó.

Cualquiera hubiera jurado que ella no se quería ir y que él no quería que se fuera.

Ethan se quedó observando unos segundos las puertas del ascensor por las que Cassie había desaparecido. Sonrió para sí mismo, al tiempo que se guardaba las manos en los bolsillos del pantalón y daba media vuelta.

Cassie era... diferente, pensó.

Y, por alguna razón, no podía evitar sentirse atraído, en cierta manera, por esa diferencia.

Mientras tanto, Cassie salió del bufete con una sonrisa tonta en el rostro, preguntándose por qué cuando estaba con Ethan Lawson, el mundo parecía volverse un poco más brillante.

CAPÍTULO 40

Ethan abrió la puerta de su despacho pensando en Cassie. La sonrisa en su rostro era difícil de ocultar, pero apenas tuvo tiempo de disfrutar del momento cuando se dio cuenta de que no estaba solo.

Se encontró cara a cara con Trevor, Asher y Samuel. Estaban en el despacho como si fuera su propio territorio, como si fueran los dueños del lugar. Trevor sentado en el borde del escritorio, Asher apoyado contra una estantería y Samuel girando lentamente en el sillón de cuero de Ethan.

Los tres lo miraron con sonrisas que no auguraban nada bueno.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó, cerrando la puerta detrás de él.

—Esperándote —dijo Trevor, con una expresión de pura diversión.

—No tengo tiempo para vuestras tonterías ahora mismo.

Pero no lo iban a dejar pasar.

—Vaya, vaya —dijo Samuel en un tono burlón mientras cruzaba los brazos—. Así que esa es Cassandra Maalim…

Ethan levantó los ojos al techo, sabiendo exactamente hacia dónde iría la conversación.

—No tengo tiempo para esto —atajó, intentando sonar firme, aunque sabía que no iba a funcionar—. Largaos. Tengo trabajo que hacer.

Trevor levantó las manos en un gesto pacificador, sin embargo su sonrisa delataba sus intenciones.

—Vamos, Ethan —dijo—. Solo queremos saber más sobre Cassandra Maalim.

Ethan suspiró, pasándose una mano por el pelo en un gesto de frustración. Sus amigos no iban a dejar pasar la oportunidad de vacilarle.

—Sí, cuéntanos —añadió Asher—. Parece encantadora.

Samuel dejó de girar en la silla y se inclinó hacia adelante, apoyando los codos sobre la mesa.

—Es muy guapa —comentó.

Ethan ya sabía que era muy guapa. No necesitaba que sus socios se lo dijeran. Cassandra Maalim era guapísima.

—La señorita Maalim es mi estudiante. Punto —sentenció—. Ahora largo.

—Sí, claro —dijo Samuel—. Y nosotros somos los Reyes Magos.

—Mira, Ethan —intervino Trevor—, no hace falta que lo niegues. La hemos visto salir de aquí con una sonrisa de oreja a oreja. Y tú… bueno, tú pareces bastante contento también.

Ethan los miró. La paciencia se le agotaba.

—Vale, ya está bien —dijo, avanzando por el despacho con un gesto que no dejaba lugar a dudas de que estaba hablando en serio—. Fuera. Los tres. Ahora.

—¿En serio? —preguntó Trevor, fingiendo indignación—. ¿Así tratas a tus amigos?

—Sí —respondió Ethan, agarrándolo por el brazo y empujándolo suavemente hacia la puerta —. Así trato a mis amigos cuando se meten donde no les importa.

—¡Eh, cuidado con las manos! —protestó Trevor, aunque no hizo nada para resistirse. Estaban encantados de llevar a Ethan al límite.

—Vamos, Ethan, no seas así —dijo Samuel, levantándose de su sillón con una sonrisa divertida en los labios—. Solo queríamos saber cosas de la señorita Maalim. No sé…, ¿quieres llevártela a la cama? —le preguntó.

Ethan frunció el ceño.

—¿Llevármela a la cama? ¡Es mi alumna! —contestó, empujándolo también hacia la puerta.

—No hables como si fueras un tío de sesenta años, Ethan —continuó Samuel—. Solo tienes tres o cuatro años más que ella. Podría ser perfectamente normal que te gustara, fuera o no alumna tuya.

—Solo dinos si te la llevarías a la cama, si la hubieras conocido en un bar una noche cualquiera —preguntó Asher.

Ante su silencio, Samuel, Asher y Trevor intercambiaron una mirada.

—Así que sí te la follarías —concluyó Trevor.

—Ese es un punto muy interesante —comentó Samuel.

—¡Largaos! —respondió Ethan, empujándolos hacia la puerta—. ¡Ahora! ¡Fuera! —exclamó, entre las risas contenidas de Trevor, Asher y Samuel mientras se dirigían hacia la salida.

Trevor intentó mantener una expresión seria, pero no pudo evitar reír.

—Está bien, está bien —dijo, levantando las manos en un gesto de rendición—. Nos vamos. Pero esto no ha terminado, Ethan.

—Sí, ha terminado —respondió él, tajante, empujándolo suavemente hacia la puerta—. Y si vuelvo a veros aquí, os tiro a los tres por la ventana.

—Prometido —dijo Asher, con un guiño que hizo que Ethan lo fulminara con la mirada.

—¿Tú también Asher? —dijo—. Se supone que eres el más sensato de los cuatro.

—Supones demasiado —respondió él.

Ethan suspiró exasperado.

Alargó el brazo con el dedo índice estirado.

—¡Largo de aquí! —ladró—. Tengo trabajo serio que hacer… sin distracciones innecesarias

como vosotros tres rondando.

Finalmente, Ethan logró sacarlos de su despacho, cerrando la puerta detrás de ellos con un golpe seco. Se apoyó contra la madera, respirando hondo mientras escuchaba las risas de sus amigos que se alejaban por el pasillo.

—Idiotas —murmuró.

Respiró aliviado. Solo estaban bromeando, pero eso no significaba que a veces no fueran insoportables.

Cuando finalmente se calmó, se dirigió a su escritorio.

Por fin estaba solo. O al menos, eso pensaba. Porque en ese momento su teléfono vibró en el bolsillo. Lo sacó y vio un WhatsApp de Trevor que había enviado al grupo que tenían los cuatro.

Trevor: *No te olvides de invitarnos a la boda.*

Ethan resopló (por no gritar), guardando el teléfono sin responder. Sabía que esto no iba a terminar nunca. Pero por ahora, al menos, tenía un momento de paz.

CAPÍTULO 41

Ethan se encontraba en el estrado, organizando sus notas antes de comenzar la clase. El murmullo habitual de los estudiantes llenaba el aula mientras trataban de encontrar un sitio libre en el que sentarse.

El aire resonaba con el zumbido sordo de los que se iban acomodando, con los pasos que rozaban el suelo pulido, y las mochilas que golpeaban suavemente las mesas.

Disimuladamente, Ethan buscó con la mirada a Cassie, como hacía siempre. Ya casi se había vuelto una costumbre. Algo así como un hábito. Algo que hacía sin pensar. Sin ser consciente.

La localizó en las últimas filas del hemiciclo, riendo con Gerard, el chico con una mata de pelo castaño siempre despeinado y aire despreocupado que habitualmente estaba con ella.

Ethan observó cómo él hacía girar distraídamente un mechón de sus rizos negros alrededor de su dedo, como le daba empujoncitos juguetones y toques breves.

Una broma compartida al oído provocó otra explosión de risa en Cassie, que se llevó la mano a la boca para contener las carcajadas.

¿Qué sería eso tan gracioso que la estaba contando?, se preguntó Ethan, sin dejar de mirarlos.

Gerard le revolvió juguetonamente los rizos, provocando otra risa en Cassie y un «deja mi pelo tranquilo», mientras le daba un pequeño manotazo en broma.

La visión de aquella escena hizo que algo extraño se removiera dentro de Ethan.

Un destello parecido a la inquietud atravesó los rasgos de su rostro.

Se dio cuenta de que no era solo la risa compartida lo que le molestaba, sino la intimidad implícita en los gestos casuales que estaba teniendo lugar entre Cassie y Gerard. Verla tan cómoda y divertida con otro hombre le provocó un pequeño nudo en el centro del pecho.

Mientras intentaba concentrarse en sus notas, no pudo evitar lanzar miradas furtivas hacia ellos. Cada vez que Cassie sonreía o tocaba ligeramente el brazo de Gerard al hablar, Ethan sentía un pinchazo incómodo.

«¿Desde cuándo me afecta tanto ver a la señorita Maalim así?». pensó para sí mismo, intentando racionalizar sus emociones.

Negó con la cabeza.

Y aunque intentaba disimularlo bien, hubo un leve endurecimiento de su mandíbula y una mirada distante en sus ojos que sugería que se había despertado algo inesperado en él.

El eco de ese extraño descubrimiento siguió resonando en su interior.

Decidido a no dejarse llevar por esos sentimientos irracionales, Ethan carraspeó ligeramente y comenzó a organizar los papeles sobre el escritorio con más fuerza de la necesaria.

—Buenos días —dijo, intentando sonar profesional, aunque su voz salió un poco más cortante de lo que pretendía.

—Buenos días —respondió la clase.

Ethan se apoyó en el borde de la mesa.

—Hoy vamos a hablar del principio de la buena fe en los contratos —continuó, intentando mantener el hilo de su explicación—. Este principio es fundamental para garantizar que ambas partes actúen con honestidad y transparencia. Ya los romanos lo tenían en cuenta…

—Profesor Lawson —oyó de repente que le decía un chico sentado en la primera fila.

Ethan pestañeó, dándose cuenta de que había estado callado durante unos segundos que parecieron una eternidad.

—Sí, perdón —dijo, recuperando la compostura—. Como decía, la buena fe es esencial...

Media hora después, el aula estaba envuelta en esa atmósfera de concentración tensa que solo Ethan Lawson podía crear.

Con su voz firme, Ethan explicaba los matices de un caso de derecho contractual de la Antigua Roma, poniendo un ejemplo del principio de la buena fe, mientras los alumnos tomaban apuntes sin levantar la cabeza ni un segundo, intentando no perderse ni una palabra.

Pero en la última fila, Cassie y Gerard estaban en su propio mundo, cuchicheando y riendo en voz baja, como si las complejidades de la explicación de Ethan no fueran con ellos.

Ethan miró a Cassie. Intentaba contener la risa mientras Gerard le susurraba algo al oído.

Apretó los dientes, tratando de ignorarlos, diciéndose que era normal que los alumnos se distrajeran de vez en cuando.

A veces ser profesor era como intentar domesticar gatos: una tarea noble, pero desesperante.

Finalmente, Ethan no pudo más.

Después de perder el hilo de sus pensamientos por tercera vez debido a sus constantes risitas, decidió intervenir.

Con un toque de ironía en la voz y una ceja levantada en señal de desaprobación, dejó caer el bolígrafo sobre la mesa y se dirigió directamente a ellos.

—Señor Hayes y señorita Maalim —dijo en un tono que traicionaba un matiz de irritación—. Parece que tienen algo increíblemente fascinante de lo que hablar ahí atrás.

El aula quedó en silencio de inmediato. Podría haberse oído el vuelo de una mosca.

Todos los ojos se volvieron hacia Cassie y Gerard, quienes ahora eran el centro de atención.

Cassie lanzó miradas a un lado y a otro, sintiendo cómo el calor subía rápidamente por su cuello hasta teñirle las mejillas de un rojo intenso. Era como si hubiera sido pillada con las manos dentro del bote de galletas.

Mierda.

—¿Les gustaría compartir con el resto de la clase lo que parece ser tan interesante?

Cassie tragó saliva y negó con la cabeza rápidamente.

—No… no es nada importante —logró decir finalmente, tratando de mantener la compostura, mientras sentía las miradas curiosas clavadas en ella—. Lo sentimos —dijo, bajando la mirada hacia sus apuntes.

Cassie parecía estar considerando la posibilidad de abrir un portal interdimensional en el suelo y desaparecer para siempre.

—¿Señor Hayes? —Ethan se dirigió a Gerard. Quería hacerle pasar un mal rato, por no dejar en paz a Cassie—. ¿Usted quiere compartir con nosotros lo que sea que está hablando con la señorita Maalim? Parece que lo que estaban discutiendo era muy importante —continuó, cruzando los brazos—. Tal vez deberían compartirlo con la clase. Después de todo, si es tan interesante como para interrumpir mi explicación, seguramente todos podríamos aprender algo.

La voz de Ethan sonaba como un trueno.

Cassie se puso aún más colorada, si eso era posible, casi rivalizando con el color rojo de su jersey.

Gerard, sin embargo, parecía tomarse la situación con más calma. Con una sonrisa despreocupada, se encogió de hombros.

—En realidad, no era importante —respondió.

Su actitud provocó que Ethan se sintiera más irritado.

—Bueno, entonces tal vez puedan guardar sus conversaciones para después de clase —dijo, con un tono que dejaba claro que no era una sugerencia—. A menos que, por supuesto, prefieran continuar en el pasillo.

La clase soltó una risa nerviosa, y Cassie bajó la cabeza aún más, sintiendo que quería desaparecer. Estaba a punto de fundirse con el asiento.

Gerard, por su parte, se encogió de hombros, como si todo fuera una broma.

—Entendido —dijo, con una sonrisa que solo hizo que Ethan sintiera ganas de arrancársela de la cara. ¿De qué iba aquel tío? ¿Lo estaba haciendo a propósito? ¿Le estaba provocando de manera consciente?

Ethan intentó recuperar la compostura. Pero en su interior, una voz le susurraba que tal vez estaba siendo un poco exagerado. Después de todo, ¿qué importaba si Cassie y Gerard se reían juntos? ¿Qué importaba si compartían chistes y miradas cómplices?

Pero, por alguna razón, le importaba. Y eso era lo que más le molestaba.

—Bien, como decía… —Ethan tomó de nuevo la palabra, volviendo a su explicación con una voz que sonaba un poco más tensa de lo acostumbrado.

CAPÍTULO 42

Al salir del aula, Cassie y Gerard se unieron a la corriente de estudiantes que llenaban el pasillo.

—¿Has visto cómo se ha puesto ese idiota de Lawson? —dijo Gerard a Cassie, sacudiendo la cabeza con incredulidad mientras ajustaba la correa de su mochila—. ¿Qué mosca le ha picado? —lanzó, dejando ver su enfado.

—No le ha picado ninguna mosca, Gerard, simplemente nos ha pillado hablando —dijo Cassie, mientras se dirigían a la siguiente clase, con sus mochilas al hombro y el eco de la regañina de Ethan aún resonando en sus oídos.

—Es injusto la manera en que nos ha tratado. Ha sido totalmente desproporcionado. Nos ha echado una bronca como si le hubiéramos robado la moto y la hubiéramos tirado por un barranco.

Cassie agarró el asa de la mochila.

—Bueno, no es que hayamos estado hablando un poco, Gerard. Estábamos riéndonos como si estuviéramos en un parque de atracciones.

—¿Y qué? —protestó Gerard, levantando las manos en un gesto de exasperación—. Joder, nos ha dejado en evidencia delante de toda la clase. Es un puto mamón.

Cassie giró el rostro y miró a Gerard.

—Ya sabes cómo es Ethan… El profesor Lawson —rectificó—. Es estricto y le gusta llevar las clases con rigor.

—Ese tío necesita relajarse un poco.

Cassie intentó hacerle entrar en razón.

—Gerard, hemos interrumpido su clase y tú no has ayudado mucho al encogerte de hombros como si no te importara, o como si la cosa no fuera contigo.

Gerard bajó la vista hasta Cassie.

—Es normal que tú le defiendas, me ha regañado más a mí que a ti. Parece que la tiene tomada conmigo.

Cassie frunció el ceño, sorprendida.

—¿En serio?

—Sí, en serio —respondió Gerard—. A mí me ha mirado como si quisiera arrancarme la

cabeza.

Cassie soltó una risa, aunque intentó contenerla. Se detuvo un momento para ajustar el peso de su mochila y miró a Gerard con una mezcla de diversión y también con una tonelada de paciencia.

—El profesor Lawson quiere arrancarnos la cabeza a todos —dijo—. No le caemos bien ninguno.

—Yo creo que tú le caes muy bien —comentó Gerard, y a Cassie no le pasó desapercibido el tono mordaz que contenía sus palabras. Pero decidió que lo mejor era obviarlo.

—Tú te has enfrentado a él. Has sonreído como si todo fuera una broma.

—¿Y qué querías que hiciera? —preguntó Gerard—. ¿Que me pusiera a llorar y le pidiera perdón?

—No, pero podrías haber parecido un poco más arrepentido —le aconsejó Cassie.

—Lo siento, pero no soy muy bueno fingiendo —contestó Gerard, encogiéndose de hombros —. Además, hubiera dado igual, sigo pensando que ese cabrón de Lawson tiene algo personal contra mí.

Cassie se detuvo de nuevo en mitad del pasillo. El bullicio habitual de conversaciones y risas los envolvía.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es obvio que parece tener una tolerancia menor hacia mí —respondió Gerard, en un tono de conspiración.

Cassie pensó que Ethan no toleraba a nadie, pero dejó que Gerard continuara hablando.

—Cada vez que hablo en clase, me mira como si quisiera expulsarme de la facultad. Y hoy, cuando nos ha regañado, ha sido más duro conmigo que contigo. No digas que no.

Cassie reflexionó sobre ello.

Era cierto que Ethan había estado más incisivo con Gerard que con ella, pero no estaba segura de que fuera algo personal. ¿Qué podría tener Ethan contra Gerard?

—No creo que tenga algo contra ti, Gerard —dijo finalmente, echando a andar—. Es solo que... bueno, siempre estás desafiándolo de alguna manera —sugirió—. No es que seas precisamente discreto cuando cuestionas sus teorías en medio de la clase. No te callas ni debajo del agua, y eso puede molestar a alguien como el profesor Lawson —dijo—. A veces parece que eres tú el que tiene algo personal contra él.

—Bueno, alguien tiene que joderle un poco la existencia a ese tío, ¿no crees? —fue la respuesta de Gerard—. Pero no es nada malo.

—No es que sea algo malo, pero Ethan... El profesor Lawson —rectificó por segunda vez—, no está acostumbrado a que la gente lo cuestione.

—Bueno, tal vez debería acostumbrarse —dijo Gerard, con una sonrisa maliciosa en los labios —. A los cerebritos también se les puede llevar la contraria. No todo el mundo va a estar de acuerdo con él todo el tiempo.

Cassie asintió, aunque en el fondo sabía que no era tan simple. Ethan Lawson era un hombre acostumbrado al control, a la autoridad.

—Solo intenta no provocarlo demasiado —dijo Cassie, en tono de advertencia—. No querrás que te suspenda por pura terquedad —bromeó.

—No se si tu consejo me convence —repuso Gerard.

Decidida a cambiar de tema antes de que Gerard siguiera refunfuñando y echando serpientes por la boca sobre Ethan, Cassie le dio un pequeño codazo juguetón en las costillas.

—¿Por qué no nos saltamos hoy la clase de Derecho Penal y nos vamos a tomar un café a la cafetería? —dijo con una sonrisa traviesa—. Necesito comer un trozo de tarta de chocolate para que se me pase el mal rato —dijo en broma—. Ya pillaremos los apuntes después.

Gerard consideró la idea durante un momento antes de sonreír de oreja a oreja.

—Eso suena bien —respondió finalmente. Entornó los ojos—. Por cierto, no os lo quería decir, pero Ingrid y tú tenéis un vicio obsesivo-compulsivo con la dichosa tarta de tres chocolates de la cafetería del campus.

—Qué pragmático eres, Gerard —rio Cassie, mientras avanzaban por el pasillo abarrotado hacia la salida del edificio.

—Lo digo en serio. ¿No le echaran algo raro, tipo cocaína o algo así que genere adicción?

Cassie dejó escapar una carcajada.

—¡¡¿Qué?!! ¿Has perdido la cabeza? —dijo.

—Qué sí, como la Coca-Cola. ¿No sabes que hay una leyenda urbana que dice que el famoso ingrediente secreto de la Coca-Cola es la cocaína? —repuso Gerard.

Cassie sacudió la cabeza.

—Tú y tus leyendas urbanas —murmuró sin poder parar de reír, mientras salían al aire fresco del exterior.

—Pues algún ingrediente adictivo le echan, porque lo que os pasa a Ingrid y a ti con esa tarta es para estudiarlo.

Aquella tarde, durante la clase de preparación para el concurso, Cassie notó cierta tirantez en Ethan.

Al principio, pensó que se debía a los nervios por la inminente primera ronda del Concurso de Jóvenes Abogados, que tendría lugar en unos pocos días. Después de todo, Ethan la estaba preparando, y era demasiado perfeccionista y exigente como para permitir que algo saliera mal.

Sin embargo, había algo más en su comportamiento que Cassie no lograba descifrar del todo.

¿Se había enfadado por haberles llamado la atención a Gerard y a ella en clase?

No, eso no era algo tan grave. Ethan llamaba la atención a los estudiantes casi todos los días.

Lo que Cassie no sabía era que Ethan estaba lidiando con una sensación desconocida y desconcertante. Una sensación tan humana como los celos.

Verla interactuar con Gerard del modo que lo había hecho en clase, había despertado en él una sensación que no podía ignorar.

Eso parecía significar que ella le importaba (de alguna manera), y Ethan se dio cuenta de lo poco preparado que estaba para enfrentar algo así.

CAPÍTULO 43

Ethan observaba a Cassie mientras intentaba explicarle los cinco principios normativos del derecho, pero notó que su atención estaba en cualquier lugar menos en sus palabras.

Sus ojos, normalmente brillantes y llenos de curiosidad, parecían apagados y distantes. Cada vez que le hacía una pregunta, ella respondía con monosílabos y la había pillado varias veces mirando al vacío, como si su mente estuviera atrapada en otro mundo.

Ethan no ignoraba que Cassie tenía detrás un problema más o menos grave, según el retazo de la conversación telefónica que había podido escuchar con su madre.

Se quedó mirándola unos instantes.

—¿Sabe qué? —dijo, cerrando el libro de texto con un golpe suave—. Creo que necesitamos un cambio de escenario. ¿Qué le parece si continuamos esta clase en el parque que hay detrás de la universidad?

Cassie parpadeó sorprendida, pero asintió lentamente.

La idea de salir al aire libre sonaba tentadora, tal vez el aire fresco y el entorno natural podrían ayudarla a despejar su mente.

Su madre había vuelto a lanzarle una advertencia sobre su padre en la última llamada telefónica. ¿Qué iban a hacer si su padre iba finalmente a Estados Unidos a buscarlas? Quizá no tuvieran escapatoria.

Pocos minutos después, Ethan y ella caminaban hacia el parque que había detrás de la universidad.

El sol de la tarde bañaba los senderos con una luz dorada y las hojas crujían bajo sus pies mientras avanzaban, alejándose del bullicio de las aulas y sumergiéndose en la calma del lugar.

Cassie se fijó en cómo el otoño pintaba el escenario de rojos, amarillos y ocres.

Encontraron un banco apartado bajo la sombra de un gran roble y se sentaron uno al lado del otro, disfrutando del ambiente relajado.

Ethan la observó de reojo, notando cómo su mirada se perdía en el horizonte y cómo sus respuestas seguían siendo más bien mecánicas, carentes de la chispa que solía caracterizarla.

—Señorita Maalim —dijo finalmente—, ¿está bien? Hoy la noto distraída —comentó.

Cassie parpadeó, como si volviera de un sueño (o de una pesadilla), y miró a Ethan con una sonrisa forzada.

—Sí, estoy bien. Solo un poco cansada, supongo.

Ethan no estaba convencido. Había algo más, algo que no decía. Pero en lugar de presionarla, decidió cambiar de táctica.

—Yo creo que es más que cansancio. ¿Qué le pasa? —le preguntó directamente—. Sea lo que sea lo que me cuente, lo mantendré en estricto secreto profesional —dijo en tono distendido, a ver si conseguía que Cassie se abriera con él.

—No es mi abogado —sonrió ella.

—Haga como si lo fuera.

Cassie lo miró, y durante un instante pareció que iba a negarse. Pero entonces, algo en la mirada de Ethan la hizo cambiar de opinión. Había una suavidad en su expresión y una comprensión en sus ojos que no esperaba, y eso la desarmó por completo.

Además, necesitaba desahogarse. Llevaba días cargando con el peso de las últimas noticias de su padre.

Así que, con un suspiro que pareció salir desde lo más profundo de su ser, asintió lentamente y dejó que las palabras comenzaran a fluir, liberando todo lo que había estado guardando en su interior.

—Es solo que... —empezó, jugueteando con el borde de su cuaderno—, a veces es difícil concentrarse cuando se tienen tantas cosas en la cabeza.

Ethan asintió, comprendiendo.

—¿Quiere hablar de ello?

Finalmente, las palabras salieron.

—Mi familia... no es exactamente como la de los demás. Mi padre es un hombre muy autoritario y muy conservador. Maltrataba a mi madre, y en cierta manera, también a nosotras, sus hijas. Mi madre, mis dos hermanas y yo tuvimos que huir de Namibia hace cinco años para alejarnos de él. Fue... duro. Muy duro.

Ethan la miró, conmovido por la sinceridad de sus palabras.

—Lo siento mucho. No puedo imaginar lo difícil que debe de ser pasar por algo así —dijo con sinceridad.

Cassie miró al frente. Sus ojos se perdieron en algún punto del horizonte.

—Lo peor es que el pasado siempre vuelve —afirmó. Había amargura en su voz.

Ethan frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir con eso? —le preguntó.

Cassie se mordió el labio.

—Mi padre va a venir a Estados Unidos.

La mirada de Ethan se llenó, de repente, de suspicacia.

—¿Con qué intención? —dijo en tono cauteloso.

—No creo que venga para tener una charla amistosa, así que me imagino que con la intención

de llevarnos de vuelta a Namibia. No pierde la oportunidad de buscarnos.

—Es mayor de edad, no puede obligarla a ir. —El tono de voz de Ethan se volvió formal y serio, como si quien hablara fuera el abogado.

—Yo sí, pero mis hermanas no, y a ellas sí que puede obligarlas a volver con él. Es nuestro padre.

Cassie sintió cómo un escalofrío le recorría la espina dorsal. Sabía perfectamente lo que les pasaría a sus hermanas si regresaban a Namibia con su padre. Lo sabía perfectamente, porque ella había pasado por eso.

—Señorita Maalim, puedo asesorarla legalmente, si lo desea —se ofreció Ethan.

Cassie sonrió débilmente.

—No podría pagar sus honorarios —contestó con humor.

—Puede estar tranquila, no le cobraría un solo centavo. A estas alturas no soy abogado por el dinero.

Cassie no dijo nada.

—Por favor, téngalo en cuenta —insistió Ethan.

Era un tema tan complejo, pensó Cassie.

—Gracias —se limitó a decir.

Hubo un momento de silencio.

Inspirado por la valentía de Cassie para abrirse, Ethan decidió compartir también una parte de sí mismo que rara vez mencionaba.

—No es comparable a su situación, pero si le sirve de consuelo, la relación con mi padre no es fácil. Él y yo... —Hizo una pequeña pausa—… no nos llevamos del todo bien.

Cassie lo miró, sorprendida. No tanto por la confesión, sino porque hubiera confiado en ella para contárselo.

—¿Por qué? No creo que sea porque estuviera descontento por sus notas en el instituto —bromeó, tratando de quitar dramatismo al momento—. Es superdotado.

Ethan sonrió.

—Mi padre quería que fuera científico, como él. Quería que pusiera mi alto coeficiente intelectual al servicio de la ciencia y no al de las leyes. Nunca ha entendido que sea abogado. —Suspiró, mirando hacia el horizonte.

El atardecer teñía el cielo de tonos cálidos: naranjas, rosas y dorados que se reflejaban en las ventanas de los rascacielos, convirtiendo la ciudad en un mosaico de luces y sombras, que parecía pintado a mano.

En las calles, el bullicio del día comenzaba a ceder, y el aire se llenaba de un susurro tranquilo, como si la ciudad inhalara hondo antes de sumergirse en la noche.

Cassie miró a Ethan, y sintió una conexión con él que no había sentido antes, como si sus

confesiones hubieran creado un puente invisible entre ellos.

—Es difícil cuando las expectativas de los demás chocan con las tuyas —dijo.

Su voz era suave, pero estaba llena de empatía.

Una vocecita interior le decía que Ethan había abierto una puerta que normalmente mantenía cerrada con llave. ¿Por qué la había abierto con ella?

Sus ojos se encontraron con los de Ethan, y en ese instante, pareció que el mundo exterior se desvanecía, dejando a los dos en un espacio íntimo y solo suyo.

—Sí —contestó Ethan, en un tono que mezclaba resignación y determinación—. Pero al final, tienes que seguir tu propio camino, aunque eso signifique decepcionar a alguien que amas.

—¿Decepcionar? —repitió Cassie con incredulidad—. ¿Cómo puede estar su padre decepcionado con usted si es uno de los mejores abogados del país?

Cassie no lo entendía.

Ethan permaneció unos instantes en silencio, como si estuviera sopesando sus propias palabras antes de continuar.

—Mi padre... él es un hombre brillante, pero que vive en un mundo de fórmulas y ecuaciones, donde todo tiene una respuesta clara, donde todo es exacto —dijo—. La ley, la justicia... no es así. No siempre hay respuestas claras, y no todo es exacto, y eso es lo que me fascina. La complejidad, el desafío de encontrar la verdad en medio del caos. Pero como le he dicho, mi padre no lo entiende, solo lo tolera. Le da igual si soy el mejor abogado de Estados Unidos o el peor. Nunca ha estado contento con mi decisión.

Por eso Ethan era adicto a los títulos y a las titulaciones. A los reconocimientos. A los récords. A todo lo que engordara su currículum.

Vivía atrapado en una carrera interminable para hacerse con todos los logros académicos posibles, como si cada título, premio o récord que acumulara borrara la sombra de decepción de su padre.

Desde el momento en que eligió el camino del Derecho en lugar de seguir los pasos de su progenitor, había sentido en los hombros el peso de las expectativas incumplidas.

Así, se convirtió en un adicto a las credenciales, persiguiendo con un fervor casi febril cualquier reconocimiento que pudiera adornar su currículum, por eso deseaba tener una cátedra con solo veinticuatro años. Sería otro récord más en su extenso palmarés.

Para Ethan, ser el mejor en su profesión no era solo una cuestión de orgullo personal; era una necesidad imperiosa de demostrarle a su padre que su elección no había sido un error.

No se lo había dicho nunca a nadie, y probablemente nunca lo haría. Ni siquiera el resto de los «Alfa de Chicago» lo sabían, pero con cada diploma colgado en la pared y cada premio reluciente en la estantería de su despacho, buscaba desesperadamente la aprobación de su padre, que se sintiera orgulloso de él.

—A veces es fácil perderse en lo que creemos que los demás esperan de nosotros, y olvidamos que lo más importante es lo que nosotros esperamos de nosotros mismos —dijo Cassie.

Ethan asintió, con la sensación de que Cassie podía ver más allá de sus palabras.

Durante un rato, ambos permanecieron en silencio, disfrutando de la tranquilidad del momento.

CAPÍTULO 44

El auditorio en el que se celebraba la primera ronda del Concurso de Jóvenes Aspirantes era una joya arquitectónica de siglos pasados, situada en el centro de Chicago. Y un lugar que imponía por su parecido a un santuario y por su ambiente casi sacro.

Las paredes estaban completamente revestidas con madera de roble y talladas con intrincados diseños gráficos.

Altas columnas de madera se alzaban a lo largo del espacio, sosteniendo un techo abovedado, adornado con frescos descoloridos que representaban escenas alegóricas del derecho y la moralidad.

Las butacas, aunque desgastadas por el tiempo, conservaban un aire de dignidad. Estaban tapizadas en terciopelo de color burdeos y formaban hileras perfectamente alineadas alrededor del estrado central, desde donde hablaban los concursantes.

En aquel momento reinaba un silencio tenso, solo roto por el murmullo ocasional de los jueces tomando notas.

El ambiente era una mezcla de nerviosismo y emoción contenida.

Cassie estaba en el estrado, con un traje de chaqueta negro. Se había alisado el pelo y lo llevaba recogido en un moño severo que le daba un aire de profesionalidad que no se correspondía con el nudo de nervios que tenía en el estómago.

Dios, iba a desmayarse. Le temblaban hasta las malditas pestañas.

Se ajustó el cuello de la camisa blanca por enésima vez mientras intentaba calmar los nervios.

Habló el portavoz de los jueces, un hombre de unos sesenta años con las gafas sujetas en mitad de la nariz.

—Representando a la Universidad de Derecho de Chicago en esta primera ronda está Cassandra Maalim.

Cassie se puso de pie.

El caso era claro. Un hombre tetrapléjico con múltiples dolencias y que tenía que vivir acostado en una cama había solicitado la eutanasia y la familia se negaba.

Cassie tenía que defender a la familia, pese a que ella estaba a favor de la eutanasia, pero sabía que debía dejar sus opiniones personales al margen y centrarse en los argumentos legales.

—Señorita Maalim, pase a relatar sus argumentos —dijo el hombre.

Cassie no pudo evitar lanzar una mirada hacia donde Ethan estaba sentado entre el público, observándola con una expresión seria pero alentadora.

Respiró hondo y subió al estrado con una carpeta de notas en las manos. La colocó en el atril.

Tragó saliva, sintiendo que las palabras se le atascaban en la garganta. Había estado preparándose para ese momento durante semanas, con Ethan guiándola en cada paso, repasando cada detalle, cada estrategia. Pero ahora, frente a los jueces y con el peso de la mirada del que era su mentor en la última fila, sentía que todo lo que había aprendido se desvanecía.

Carraspeó para aclararse la garganta y comenzó con su argumentación. Pero mientras hablaba, sintió cómo sus propias convicciones personales nublaban su capacidad para argumentar con la vehemencia necesaria.

A medida que avanzaba en su exposición, notó cómo algunos miembros del jurado no parecían convencidos por sus palabras. Y eso la puso más nerviosa.

A pesar de sus esfuerzos por mantener un tono persuasivo, había algo en su voz que traicionaba su falta de convicción sobre el tema. Inseguridad, debilidad, vacilación…

Los murmullos que recorrían la sala no ayudaban.

Imaginarse la mirada severa y crítica de Ethan clavada en ella, tampoco.

Resopló, se rascó el cuello, nerviosa, y notó un hilo de sudor resbalando por su espalda. Por suerte el traje era negro y no se vería si manchaba la tela.

—Señorita Maalim, ¿quiere añadir algo más a su argumentación? —dijo uno de los jueces.

—No, señoría —respondió Cassie, con una voz que sonaba más débil de lo que le habría gustado—. Eso es todo.

Los jueces asintieron, y Cassie bajó del estrado con las piernas temblorosas.

Mientras el último concursante exponía sus argumentos, sintió un regusto amargo en la boca. Sabía que no había dado lo mejor de sí misma y lo peor es que temía haber decepcionado a Ethan después de todo el tiempo y esfuerzo que él había invertido en prepararla.

Cuando se anunció el veredicto final y supo que había perdido la primera ronda, trató de mantener una expresión neutral mientras recibía las felicitaciones educadas del resto de concursantes.

Después del anuncio del resultado, Ingrid y Gerard se acercaron a ella con sonrisas de apoyo, aunque no lograron disipar la sensación de fracaso que inundaba a Cassie.

—Lo has hecho genial —dijo Ingrid, abrazándola.

—Sí, Cassie, has estado muy bien —añadió Gerard, con una sonrisa de ánimo.

—Pues no lo suficiente —se lamentó ella con voz apática—. ¡Dios, lo he hecho fatal! —exclamó, pasándose la mano por la frente.

—No seas tan dura contigo misma —repuso Ingrid, acariciándola el brazo.

En ese momento, Ethan apareció en la puerta del auditorio con una expresión que hacía que Cassie sintiera que quería desaparecer. Morirse. Que le cayera un meteorito en la cabeza. Que se

derrumbara el edificio.

—Señorita Maalim—dijo, en un tono que no dejaba lugar a dudas de su enfado—, necesitamos hablar.

Ingrid y Gerard intercambiaron una mirada.

—Buena suerte —le deseó Ingrid.

Cassie siguió a Ethan por el pasillo, como si se dirigiera a un matadero, sintiendo que cada paso que daba la acercaba más a una bronca que no quería, pero que sabía que se merecía.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —preguntó Ethan, deteniéndose y volviéndose hacia ella.

Su rostro mostraba una mezcla entre decepción e irritación contenida; claramente esperaba más después del arduo trabajo que habían hecho durante las semanas previas al concurso.

Cassie no sabía dónde meterse. Se sentía como si llevara una piedra en el pecho. Una carga que de momento no podía sacudirse.

La sensación de haber decepcionado a Ethan pesaba más que la de haberse decepcionado a sí misma. Había defraudado a alguien que había creído en su potencial, en ella, que había invertido su tiempo en prepararla. Y no había servido para nada.

—No ha sido lo suficientemente contundente en sus alegatos finales —dijo Ethan, con voz controlada pero firme.

Cassie bajó la mirada antes de responder.

—Lo sé… —murmuró.

—No ha sido persuasiva, no ha sido determinante, no se ha mostrado segura. Ha tropezado con las palabras, ha fallado al hacer suficiente contacto visual con la audiencia —fue enumerando Ethan con los dedos. Las palabras brotaban de sus labios teñidas de frustración—. Vehemencia, señorita Maalim. Lo que le ha faltado ha sido vehemencia. ¿Cuántas veces se lo he dicho? Pensé que le había quedado claro cuando hicimos el ejercicio en la cafetería del campus.

—Lo siento —se disculpó Cassie.

Ethan suspiró, acercándose un poco más.

—No tiene que disculparte, solo tiene que aprender de esto.

Cassie lo miró, con la sensación de que el nudo en su estómago se deshacía un poco.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

Ethan se quedó mirándola. Tomó aire.

—Ahora —dijo, en un tono de voz más suave. Un tono que hizo que Cassie sintiera que todo iba a estar bien—, volvemos a la universidad y seguimos preparándonos para la siguiente ronda.

CAPÍTULO 45

De vuelta a la universidad, el ambiente era mucho más relajado que en el auditorio, pero para Cassie, la presión seguía estando ahí.

Cassie estaba sentada en la primera fila del Aula Magna. Ethan se paseaba de un lado a otro delante de ella, como un león enjaulado. Su ceño fruncido y su intensa mirada revelaban que no estaba dispuesto a dejar pasar un solo error más.

—La he preparado durante semanas. Sabía lo que tenía que hacer —dijo Ethan.

—Creo que mis propias creencias me han jugado una mala pasada… —se defendió Cassie.

Ethan suspiró profundamente, pasándose la mano por el pelo, antes de continuar hablando.

—Entiendo sus sentimientos personales sobre este tema. Sin embargo debe recordar siempre separar sus emociones cuando esté defendiendo un caso. Es fundamental mantener objetividad profesional, incluso si va contra sus principios individuales…

—Lo sé —dijo Cassie, bajando la mirada—. Pero es que... no estoy en contra de la eutanasia, creo que las personas tenemos derecho a morir de una manera digna —se sinceró—. No podía defenderla con vehemencia.

—Señorita Maalim, esto no es un debate moral. Es un concurso. Tiene que defender lo que le toque, aunque no esté de acuerdo. Y le ocurrirá lo mismo cuando sea abogada —aseveró Ethan.

—¿Abogada? —repitió Cassie. En aquel momento estaba a años luz—. Quizás nunca llegue a serlo.

—Por supuesto que será abogada, y una muy buena —dijo Ethan—. Empezamos desde el principio —indicó—. La vehemencia con la que se expone el argumento es crucial —repitió por tercera vez—. No importa cómo de sólidos sean sus argumentos, si no los presenta con convicción. Y la convicción va a acompañada de la vehemencia.

Cassie asintió, mordiéndose el labio inferior mientras intentaba absorber sus palabras.

—Vamos a intentarlo de nuevo —dijo Ethan, deteniéndose frente a ella—. Quiero que me convenza de que está absolutamente en contra de la eutanasia. —La miró fijamente a los ojos—. Haga que me lo crea.

Cassie respiró hondo y comenzó a hablar, tratando de infundir a cada palabra la fuerza y determinación que Ethan exigía.

—No es suficiente —dijo Ethan—. Tiene que ser más vehemente.

—Lo estoy intentando —protestó Cassie—. Pero es difícil.

—Entiendo que le resulte difícil. Pero si quiere ganar este concurso, tiene que aprender a separar sus creencias personales de su trabajo. —Ethan guardó silencio unos segundos antes de decir—: Levántese y venga aquí.

Cassie se levantó del asiento y caminó hasta él.

—Póngase de frente a mí —dijo Ethan.

Cassie hizo lo que le pidió.

—Inténtelo de nuevo. Repita los argumentos.

—Vale.

Cassie respiró hondo, tratando de concentrarse en el ejercicio.

—La eutanasia es una violación de los derechos humanos básicos. Es una práctica que socava el valor de la vida humana y…

—No —interrumpió Ethan, con un tono que hizo que Cassie sintiera que quería gritar—. No lo está diciendo con suficiente convicción. No hay vehemencia en sus palabras.

Cassie estaba de la dichosa vehemencia hasta los cojones. ¡Dios, iba a volverse loca!

Se aguantó las ganas de poner los ojos en blanco.

—No se trata solo de lo que dice, sino de cómo lo dice. La vehemencia es clave. Tiene que creer en su argumento, tiene que sentirlo, vivirlo. Si no lo hace, el jurado nunca lo hará —le indicó Ethan.

Levantó las manos y las colocó en los hombros de Cassie.

—Póngase recta —le ordenó.

Cassie sintió cómo su piel empezaba a hormiguear debajo de la ropa, allí donde estaban posadas las manos de Ethan. Él la miró a los ojos, ajeno a las sensaciones que le estaban recorriendo.

—Y suba la barbilla —dijo, poniendo después el dedo índice bajo su mentón y obligándola a alzar el rostro—. Juegue con su cuerpo y con el lenguaje corporal para transmitir seguridad. Empiece otra vez…

—La eutanasia es una violación de los derechos humanos básicos. Es una práctica que socava el…

—No es suficiente —la interrumpió Ethan—. Tiene que ser vehemente, señorita Maalim. Vehemente. Empiece otra vez…

Cassie lo intentó de nuevo, elevando el tono de su voz y gesticulando con más energía. Pero aún así, Ethan negó con la cabeza.

—Vehemencia —repitió él. Bajó los brazos, acercándose un paso más hacia ella—. Más fuerte. Más convincente —dijo.

Cassie sintió cómo su frustración comenzaba a hervir bajo la superficie. ¿Cómo podía costarle tanto?

Y a pesar de la frustración, había algo en la intensidad de la mirada de Ethan que la impulsaba a seguir intentándolo.

—La eutanasia es una violación de los derechos humanos básicos. Es una práctica que socava el…

Ethan no parecía satisfecho; su expresión seguía siendo crítica. ¡Joder!

—Sigue sin ser suficiente. Empiece otra vez.

Cassie suspiró, pasándose una mano por la cabeza. Sabía que Ethan tenía razón, pero en ese momento, todo lo que quería era encerrarse en su habitación y olvidarse del mundo durante un rato.

—No sé cómo hacerlo —dijo, con una voz que sonaba más cansada de lo que ella hubiera querido. Las fuerzas empezaban a flaquearle.

Ethan suspiró, acercándose a ella.

—Míreme. Contacto visual, señorita Maalim —dijo—. No hace suficiente contacto visual con la audiencia, no aprovecha la atención que le dan.

Cassie alzó la vista y sus ojos se encontraron con los de Ethan. Él estaba ahora justo frente a ella, lo suficientemente cerca como para que pudiera ver las pequeñas arrugas que se formaban en las comisuras de sus ojos cuando fruncía el ceño.

El aire entre ellos parecía cargarse de electricidad. Pero mirarlo no calmaba sus nervios (todo lo contrario), y tampoco le ayudaba a concentrarse. Cassie sintió cómo su corazón comenzaba a latir más rápido.

—Tiene que creer en lo que está diciendo —dijo Ethan, en tono firme—. Tiene que sentir que es verdad, aunque no lo sea.

—Vale.

—Empiece de nuevo. Esta vez, crea en lo que está diciendo y haga que yo me lo crea. Y no deje de mirarme.

Ethan dio otro paso adelante hasta quedar peligrosamente cerca de Cassie. Sus ojos se encontraron de nuevo, y ella pudo ver el fuego en los suyos; una mezcla de desafío y algo más profundo que no podía identificar del todo, pero tan intenso que se estremeció por dentro.

—La eutanasia es una violación de los derechos humanos básicos. Es una práctica que socava el valor de la vida…

—¡Míreme, señorita Maalim! Contacto visual. ¡Míreme, míreme, míreme! —repitió Ethan una y otra vez con contundencia.

Sus respiraciones se mezclaron, las palabras chocaron en el minúsculo espacio que existía entre ellos (de unos cuantos centímetros). La tensión chisporroteó en el aire.

Ethan podía contar las motas color miel de los ojos de Cassie, oler el aroma a vainilla de su champú.

El mundo a su alrededor se desvaneció, reduciendo el universo a ese momento. Solo a ese momento, en ese aula desierta.

Y entonces ocurrió.

Ethan se lanzó a Cassie.

Sus labios se encontraron con los de ella en un beso apasionado; casi desesperado, lleno de urgencia. Su mano encontró la mejilla de Cassie y los dedos de ella se enredaron en el pelo de Ethan.

El mundo exterior pareció desvanecerse por un momento, dejando solo a los dos, con el latido acelerado del corazón y sus lenguas danzando en el interior de las bocas.

El beso fue una liberación, un torrente de emociones que habían estado contenidas durante demasiado tiempo, aunque ninguno de los dos sabía que estaban ahí.

Cassie sintió cómo su piel se erizaba al contacto con Ethan, cada fibra de su ser despertando a una nueva realidad.

La lógica y las palabras quedaron atrás; solo existía ese momento imperfecto, pero que era perfecto al mismo tiempo.

Finalmente, cuando ambos necesitaron respirar, se separaron lentamente. Sus ojos aún permanecían cerrados mientras intentaban asimilar lo que acababa de suceder.

Cassie abrió los párpados primero, encontrándose con la mirada intensa de Ethan, que reflejaba tanto sorpresa como una chispa innegable de algo más profundo.

El corazón le latía con fuerza en el pecho y tenía el aliento atrapado en la garganta.

Ethan parpadeó, aturdido, como si acabara de despertar de un sueño.

Hubo un silencio incómodo, mientras ambos luchaban por encontrar las palabras adecuadas para expresar lo que sentían. Era como si hubieran cruzado una línea invisible y ahora estuvieran explorando un territorio desconocido.

—Supongo que esto es lo que llamas vehemencia —bromeó Cassie, intentando aliviar la tensión con un toque de humor.

Ethan sonrió, agradecido por la ligereza del comentario.

—Bueno, ha sido un ejemplo convincente —respondió, pasándose la mano por el pelo. Miró a los ojos a Cassie—. ¿Crees que ha sido un error? —le preguntó, con la voz ronca.

—No —dijo ella.

—Menos mal, porque yo tampoco lo creo —aseveró Ethan. Volvieron a mirarse—. Sé que esto es una locura, pero me muero por besarte otra vez —susurró.

—Sí, es una locura —admitió Cassie—. Sobre todo porque yo también me muero porque me beses.

Ethan la asió por la cintura y la atrajo hacia sí. Cuando inclinó la cabeza hacia Cassie, ella cerró los ojos y dejó de pensar.

Sus cálidos labios se posaron en los suyos y se movieron sobre ellos estimulando todas las terminaciones nerviosas.

Los golpes de unos nudillos en la puerta resonó como un trueno en el silencio del aula,

haciendo que Ethan y Cassie se separaran de golpe.

Ethan dio un par de pasos hacia atrás mientras se pasaba la mano por el pelo.

—Adelante —dijo.

La puerta se abrió y Charlotte Fanning asomó la cabeza.

—Ethan, tenemos reunión con el rector —anunció.

Ethan trató de recuperar la compostura.

—Sí, voy —dijo. Miró a Cassie—. Mañana continuamos, señorita Maalim.

Ella asintió.

Ethan empezó a recoger sus cosas en silencio.

—Señorita Maalim, siento que haya perdido la primera ronda del concurso —habló Charlotte, que estaba esperando a Ethan.

—Gracias —respondió Cassie.

Aunque estaba convencida de que no lo sentía lo más mínimo. Al contrario, seguro que estaba disfrutando mucho que hubiera perdido.

Había algo en la sonrisa de Charlotte, apenas perceptible, que delataba una satisfacción oculta. La derrota siempre era amarga, pero esta vez había un matiz diferente, una sensación de que alguien más estaba saboreando su fracaso.

—Hasta mañana —se despidió Ethan, dedicándole una última mirada a Cassie, antes de abandonar el aula con Charlotte.

—Hasta mañana —dijo Cassie.

CAPÍTULO 46

Cassie abrió la puerta del piso con un suspiro que parecía llevar el peso del mundo.

El día había sido largo, muy largo; había perdido la primera ronda del concurso y, por supuesto, estaba el beso con Ethan. Ese beso que no dejaba de dar vueltas en su mente, como un eco que se negaba a desaparecer.

Apoyó la mochila en el sofá y después se dejó caer junto a ella. Agarró un cojín y hundió la cara en él. No sabía si reír, llorar o gritar. Tal vez las tres cosas.

—¡Cassie! —la voz de Keeya resonó desde la cocina, seguida del sonido de pasos rápidos—. ¿Qué tal? ¿Has ganado? —dijo, cuando llegó al salón.

Cassie bajó el cojín y negó con la cabeza.

—No, no he sido lo suficientemente vehemente, ni consistente, ni contundente, ni nada acabado en «ente», al exponer mis argumentos, y no he convencido al jurado —dijo apesadumbrada.

—Oh, vaya, lo siento —dijo Keeya. Torció el gesto—. ¿Y cómo te encuentras? —le preguntó.

—Confusa, pero no tiene nada que ver con el concurso.

Keeya frunció el ceño.

—¿No? Entonces, ¿con qué?

—Con Ethan.

—¿Qué ha pasado? —dijo Keeya, arqueando una ceja—. ¿Te has enfrentado otra vez a él? ¿O es algo peor? ¿Te ha echado de clase? ¿O te ha dicho que defiendas a un perro que robó un bistec en un restaurante en un caso hipotético?

Cassie no pudo evitar reírse, a pesar de la tensión que sentía.

—No, no es eso —dijo, jugueteando con el borde del cojín—. Es... algo mucho más grande.

Keeya se inclinó hacia adelante, con los ojos brillando de curiosidad.

—Joder, Cassie, dime ahora mismo que ha pasado. Me tienes en un sinvivir —bromeó.

Cassie tomó una respiración profunda y soltó las palabras como si fueran una bomba que necesitaba desactivar.

—Ethan y yo nos hemos besado.

El silencio que siguió fue tan denso que podría haberse cortado con un cuchillo.

Keeya se quedó con la boca abierta, como si se hubiera congelado. Luego, como si alguien hubiera presionado el botón de «play», estalló.

—¡¡¿QUÉ?!! —gritó, dando pequeños saltitos en mitad del salón—. ¡Es increíble! —dijo, con una sonrisa radiante—. ¡Cuéntame todos los detalles! —exclamó, sentándose a su lado en el sofá.

Cassie sonrió tímidamente, recordando el momento. Había sido inesperado pero perfecto.

—Ha sido perfecto —respondió—. Aunque en realidad nos hemos besado dos veces.

—¡Madre mía! Y dime, ¿besa bien?

La sonrisa de Cassie se amplió en su rostro.

—Muy bien —dijo.

Keeya empezó a patalear.

—Sabía que le gustabas. Lo sabía. Todas esas cosas que hacía por ti…

—Keeya —la interrumpió Cassie, levantando una mano para detener el torrente de palabras—. Para. Respira. No es… para tanto.

—Siempre con lo mismo. ¿Cómo que no es para tanto? —dijo Keeya, mirándola como si acabara de decir que el cielo era verde—. Vamos, Cassie, no vas a salir ahora diciendo que a ti no te gusta, porque no me lo creo. Solo hay que verte la cara que tienes ahora mismo. ¿Te acuerdas de la cara que tenía cuando te trajo a casa en moto?

—Sí.

—Pues es igual, pero multiplicada por mil. Deberías de estar dando saltos.

—Keeya —la interrumpió de nuevo Cassie, esta vez con más firmeza—. No es tan simple. Hay... cosas. Cosas que no sé si puedo manejar.

Keeya se giró hacia Cassie, dejando a un lado su entusiasmo inicial para escucharla atentamente. Su expresión ahora era más seria.

—¿Qué cosas? —preguntó.

Cassie miró hacia abajo, sintiendo cómo el nudo en su estómago se apretaba.

—Cassie, cuéntamelo —la animó Keeya.

Cassie cogió aire antes de continuar.

—Es solo que... yo... no sé si estoy lista para lo que pueda venir. Para él. Ethan es... es muy intenso. Y yo... —hizo una pausa, buscando las palabras correctas. Alzó la vista hacia su hermana—. Tengo miedo, Keeya. Miedo de lo que podría significar esto si seguimos adelante. Miedo de que vaya más allá de un beso. Miedo de la intimidad, de... de llegar a tener relaciones sexuales con él —confesó—. No estoy segura de estar lista para tener intimidad con alguien… ya sabes, llegar a ese nivel físico. No estoy segura de estar preparada para ello —dijo, bajando la mirada.

Keeya miró a Cassie con comprensión. Extendió sus manos para cubrir las de su hermana con ternura.

—Cassie… entiendo tus miedos —comenzó—. Pero no puedes dejar que eso te detenga antes incluso de darle una oportunidad a Ethan. No sabes cómo va a reaccionar hasta que hables con él sobre ello. No creo que vaya a presionarte para algo que no estés lista.

Cassie negó con la cabeza lentamente, luchando contra las dudas que la asaltaban.

—Pero ¿y si lo hace? —preguntó Cassie, con una voz tan pequeña que apenas se escuchaba—. ¿Y si no está dispuesto a esperar? ¿Y si...?

—Cassie —la interrumpió Keeya, apretándole la mano—. No lo sabes. No lo vas a saber hasta que no le des una oportunidad. Tienes que conocerlo, dejar que te conozca. No puedes prejuzgarlo basándote en tus miedos.

—Pero ¿y si es demasiado complicado para él? No quiero perderlo antes incluso de haber empezado algo real… Ethan tiene fama de picaflor… No hay una sola chica en clase que no babee por él. Su experiencia me abruma.

—Cassie, te estás dejando llevar por las apariencias y por los prejuicios, y la mayoría de las veces son equivocados —dijo Keeya en tono sensato.

—No sé…

Keeya suspiró.

—Escucha, Cassie. Si Ethan realmente se preocupa por ti, estará dispuesto a esperar hasta que estés preparada. Si es el hombre que pienso yo que es, te esperará.

—¿Tú crees? —le preguntó Cassie, con un matiz de ingenuidad en la voz.

Keeya la abrazó, dejando que su hermana descansara la cabeza en su hombro.

—Sí —respondió—. Y si no espera… entonces tal vez no sea el hombre adecuado para ti, después de todo. Pero nunca lo sabrás si no le das una oportunidad para demostrarte quién es realmente.

Cassie se quedó en silencio, abrazando a su hermana mientras una lágrima se deslizaba silenciosamente por su mejilla. Siempre era lo mismo.

Sabía que Keeya tenía razón, pero el miedo era un enemigo difícil de vencer.

Recordó los dos besos que se había dado con Ethan, lo que había sentido. Dios, el corazón había estado a punto de estallarle, y se preguntó si alguna vez estaría lista para dar un paso más. O si el miedo siempre sería más fuerte que el deseo de arriesgarse.

CAPÍTULO 47

Al día siguiente, Cassie llegó a la universidad con una mezcla de nerviosismo y emoción imposibles de ocultar. La primera clase de la mañana era con Ethan.

El pasillo estaba lleno de estudiantes que iban de un lado a otro a toda prisa, pero ella se movía como si flotara, con una sonrisa que no podía borrar del rostro.

Esquivó a unos cuantos alumnos que se cruzaron en su camino y se dirigió directamente a clase.

Al entrar en el aula, buscó inmediatamente a Ingrid. La localizó ya sentada en su lugar habitual, hojeando distraídamente los apuntes.

Cassie se deslizó en el asiento junto a ella.

—Hola —la saludó.

Al oírla, Ingrid levantó la vista y le lanzó una sonrisa.

—Hola, Cassie —respondió.

—Ingrid, tengo que contarte una cosa —dijo ella, bajando la voz como si estuvieran conspirando—. Pero tienes que prométeme que no vas a gritar.

Ingrid arqueó una ceja pelirroja, intrigada.

—Depende de lo que sea. Si es que has decidido abandonar la carrera de Derecho para convertirte en cantante de reguetón, no prometo nada —bromeó con buen humor.

Cassie no pudo evitar reírse, pero la risa sonó un poco nerviosa.

—No, no es eso. Es... —hizo una pausa, mirando a su alrededor para asegurarse de que Gerard no estaba cerca—. ¿Gerard, anda por aquí? —quiso asegurarse.

—No, no va a venir a las dos primeras clases —contestó Ingrid.

—Mejor, porque prefiero que no se entere —comentó Cassie.

La mera mención de Ethan, fuera por el tema que fuera, generalmente daba lugar en Gerard a una serie de gestos torcidos y malas caras.

—¿Por qué? —preguntó Ingrid.

Cassie se mordió el labio. Miró de nuevo a su alrededor para asegurarse de que nadie más estuviera escuchando y luego soltó la bomba.

—Ayer Ethan y yo nos besamos —dijo, sin pararse a responder la pregunta de Ingrid.

Ingrid se quedó inmóvil, como si alguien hubiera pulsado el botón de «pausa» en su cerebro y hubiera dejado de procesar la información. Luego, muy lentamente, alzó los ojos para mirar a Cassie, con una expresión que era una mezcla de incredulidad y asombro.

—¿Qué? —preguntó en un susurro, como si no estuviera segura de haber escuchado bien.

—Nos besamos —repitió Cassie, sintiendo cómo el rubor subía por sus mejillas—. Ayer, en clase.

Ingrid abrió la boca para decir algo, pero no salió ningún sonido. Cassie temió que empezara a boquear como un pez cuando lo sacas del agua. Estuvo a punto.

Finalmente, después de unos segundos que parecieron una eternidad, logró articular algunas palabras.

—¿Lo estás diciendo en serio? ¿Ethan? ¿El profesor Lawson? ¿El mismo Ethan Lawson dispuesto a amargarnos la etapa universitaria a todos? ¿Ese Ethan?

Cassie afirmó con la cabeza. Su cara estaba a punto de incendiarse.

—Sí, ese Ethan —dijo.

Los ojos de Ingrid se abrieron como platos y dejó escapar un pequeño grito ahogado que rápidamente convirtió en tos para no llamar la atención del resto de la clase.

—Shhh… —siseó Cassie.

—Lo siento.

Ingrid se llevó una mano a la frente, como si necesitara comprobar que no estaba soñando.

—Dios mío, Cassie. Es… —No le salían las palabras—. Pero ¿cómo…?, ¿cuándo…? —Se rascó la cabeza, confundida—. ¿Cuántos capítulos me he perdido de esta película? —preguntó —. O, mejor dicho, ¿de esta telenovela?

—La verdad es que no sé muy bien cómo ha pasado —dijo Cassie.

—Ah, ¿no? —dijo Ingrid con una ceja levantada.

—¡No me refiero al beso!

—¿Y cómo fue? ¿Fue romántico? ¿Fue apasionado? ¿Fue...?

—Fue… totalmente inesperado. Y también apasionado —respondió Cassie—. Estaba ayudándome con un ejercicio y, de repente, pasó.

Cassie comenzó a relatarle de forma rápida los detalles de cómo había sucedido. Ingrid escuchaba con atención, asintiendo con entusiasmo mientras hablaba.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

Antes de que Cassie pudiera responder, la puerta del aula se abrió y entró Ethan. Su presencia llenó el espacio de inmediato, y Cassie sintió cómo su corazón daba un vuelco al verlo.

Como siempre, llevaba un traje impecable y esa expresión seria que hacía que todos se pusieran rectos en sus asientos. Pero aquella vez, cuando sus ojos se encontraron con los de Cassie, hubo un destello de algo.

Ethan le dedicó una sonrisa apenas perceptible antes de dirigirse a su mesa al frente del aula.

Ingrid, que no había perdido detalle, soltó una risita ahogada.

—Vaya, vaya —susurró, inclinándose hacia Cassie—. Parece que alguien no puede dejar de mirarte.

Cassie le lanzó una mirada de advertencia, pero no pudo evitar sonreír.

Ethan se dirigió al frente del aula, pero no sin antes lanzar una última mirada furtiva hacia Cassie, que sintió cómo el calor volvía a invadir sus mejillas.

—Vaya, vaya —repitió Ingrid, esta vez con una sonrisa traviesa—. Parece que alguien está flotando en una nube.

—No estoy flotando —se defendió Cassie.

—Anda, ten cuidado, o vas a empezar a babear sobre tus apuntes —bromeó Ingrid, mientras señalaba el cuaderno abierto frente a Cassie.

Ella le dio un codazo, pero una risilla involuntaria escapó de sus labios.

—Cállate, Ingrid —susurró, tratando de concentrarse en el temario que tenía delante.

Pero era imposible.

Cada vez que Ethan hablaba, cada vez que se movía, el recuerdo de los besos que se habían dado se filtraba insistentemente en su mente, nublándole cualquier capacidad para pensar. Y cuando sus miradas se encontraban, aunque fuera durante un instante, aunque fuera durante el breve lapso de un parpadeo, sentía que el mundo se detenía.

Todo perdía importancia.

Las voces de sus compañeros se desvanecían hasta convertirse en un murmullo, el aula parecía desdibujarse, dejando solo a Ethan y a ella en un universo suspendido entre lo real y lo imaginario.

Cuando finalmente sonó el timbre, anunciando el final de la clase, Cassie recogió sus cosas lentamente mientras observaba cómo Ethan hacía lo mismo con las suyas.

Con el maletín en la mano, Ethan subió la escalera del hemiciclo camino de la salida, pero antes se detuvo al lado de Cassie.

Su presencia irradiaba una calidez que ella ya había comenzado a reconocer. Sus labios contenían una sonrisa apenas perceptible, que parecía guardar un secreto compartido solo entre ellos.

—Señorita Maalim, la espero en el Aula Magna para continuar con nuestra clase de ayer —dijo.

Sus palabras eran simples, pero la forma en que la miraba, con esa chispa de complicidad en los ojos castaños, transformaba el mensaje en algo que solo ellos podían descifrar.

—Allí estaré, profesor Lawson —contestó Cassie, mientras su corazón zumbaba desbocado contra sus costillas.

Ethan asintió en silencio, y echó a andar hacia la puerta del aula.

Ingrid se inclinó un poco sobre Cassie.

—Bueno —dijo en tono irónico—. Parece que este semestre para ti va a ser mucho más interesante gracias a Ethan «Rompecorazones».

Cassie puso los ojos en blanco ante el apodo, pero no pudo evitar sonreír mientras caminaba con Ingrid hacia su próxima clase.

CAPÍTULO 48

El pasillo estaba casi desierto.

Cassie caminaba a paso rápido, ajustando el asa de la mochila sobre su hombro. Estaba nerviosa, no podía negarlo.

Avanzaba a zancadas con la cabeza sumida en sus pensamientos, cuando al doblar la esquina que llevaba al Aula Magna, chocó contra algo sólido.

Ese «algo» sólido con lo que se estrelló resultó ser Ethan. El impacto la desestabilizó, haciendo que perdiera el equilibrio.

Antes de que pudiera procesar lo que estaba sucediendo, las manos firmes de Ethan la sujetaron por la cintura con rapidez, impidiendo que cayera al suelo.

Cassie sintió una oleada de calor recorrerla desde la cabeza hasta los pies.

—Perdón —murmuró, levantando la vista para encontrarse con los ojos de Ethan, que la miraban con una mezcla de sorpresa y algo más, algo que hizo que su estómago diera un vuelco —. No le vi.

Durante esos segundos suspendidos en el tiempo, Cassie tuvo la sensación de que cada punto de contacto entre ellos emitía una chispa eléctrica

—¿Está bien? —le preguntó él, soltándola, con esa voz grave que siempre parecía resonar en lo más profundo de ella.

Cassie esbozó una sonrisa tímida.

—Sí, gracias por sujetarme —respondió, tratando de sonar segura. Sin embargo, las palabras temblaban al salir de sus labios.

—De nada —dijo él.

Ethan la miró un momento más, como si estuviera evaluando algo.

La fragancia de Cassie lo envolvió, y la suavidad de su piel bajo sus dedos le recordó lo mucho que anhelaba acariciarla.

Finalmente asintió hacia el Aula Magna.

—Vamos. Tenemos mucho que repasar —dijo.

Cuando llegaron al aula, Ethan abrió la puerta y la dejó pasar con un gesto cortés. Cassie entró, sintiendo cómo la atmósfera cambiaba tan pronto como la puerta se cerraba detrás de ellos.

Y entonces, antes de que pudiera reaccionar, Ethan la agarró suavemente por la cintura y la empujó contra la puerta.

Cassie apenas tuvo tiempo de abrir la boca para protestar antes de que sus labios se encontraran con los de él.

Fue un beso apasionado, urgente, lleno de todo lo que no eran capaces de decir con palabras. Un beso que era tanto una pregunta como una respuesta; un acto impulsivo cargado de deseo contenido.

El cuerpo entero de Cassie tembló ante el contacto, como si cada célula respondiera a Ethan.

El beso siguió y siguió.

Cassie le agarró de la chaqueta, aferrándose con las manos a ella como si temiera que desapareciera si lo soltaba, y tiró de él. Los labios de Ethan eran suaves y firmes, y aún tenían algo del sabor del café que se había tomado antes.

Cuando sus lenguas se enredaron, Ethan sintió que el olor de Cassie le colmaba los sentidos, ahogando todo lo que les rodeaba, haciendo que existiera ella y nada más que ella.

A los dos les costaba respirar cuando al fin se separaron. El deseo estremecía sus cuerpos como un chute intravenoso de adrenalina.

Se contemplaron el uno al otro, totalmente quietos, excepto por la respiración entrecortada en sus pechos, con el silencio reinando a su alrededor.

—¿Qué estamos haciendo? —dijo Cassie, con una voz que apenas era un suspiro.

—No lo sé —respondió Ethan, encogiéndose ligeramente de hombros—. Hay muchas cosas que ignoro de lo que está pasando entre nosotros, pero ahora no sé cómo mirarte a los ojos sin pensar en tus labios.

Cassie sonrió, un gesto titubeante en su boca.

—¿Siempre eres tan directo?

—Solo cuando estoy demasiado cansado de fingir que algo no me importa —respondió Ethan, sorprendiéndose a sí mismo con su sinceridad.

Cassie se apoyó contra la puerta. Las piernas le temblaban como si fueran de gelatina.

Ethan se apartó un paso, acariciándose el pelo.

—Quizás esto no debería estar ocurriendo —dijo Cassie, aunque su voz sonaba más a deseo que a convicción.

—Quizás —respondió Ethan—, pero yo no puedo hacer como si no hubiera pasado. No quiero.

Cassie se mordió el labio, sintiendo como su corazón latía desbocado dentro del pecho.

—Yo tampoco —dijo, todavía con el calor del beso en sus labios.

Ethan cerró los ojos unos instantes, como si estuviera luchando por encontrar las palabras correctas.

—Cassandra… —comenzó.

—Cassie —lo cortó ella. Ethan la miró—. Así es como me llama la gente.

Ethan sonrió.

—Me encanta —comentó—. Mejor que «señorita Maalim» —bromeó.

—Sí, mejor —dijo Cassie.

Ethan tomó una bocanada de aire, pasándose una mano por la cabeza en un gesto pensativo.

—Cassie, esto es... complicado —comenzó de nuevo—. Eres mi alumna.

Ambos se quedaron en silencio durante un momento, sopesando las implicaciones de la relación profesor-alumna que había entre ellos. Era complicado. Sabían que estaban cruzando una línea invisible pero real.

Sin embargo, también sabían que ignorar lo que había surgido entre ellos probablemente fuera imposible.

—Sé que es complicado —dijo Cassie, rompiendo el silencio con voz suave pero firme—. Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó, en un tono que era mitad esperanza y mitad miedo.

Ethan clavó los ojos en los suyos.

—No lo sé. No sé qué hacer contigo, con la atracción que siento... —Hizo una pausa—. Pero lo que sí sé es que no quiero dejar de besarte.

Se acercó a ella de una zancada y capturó sus labios con su boca. Fue un movimiento rápido, decidido, como él.

Cassie apenas pudo tomar aliento antes de que el mundo volviera a desvanecerse a su alrededor, dejando solo la sensación abrumadora de Ethan, de su boca caliente y exigente sobre la suya.

El beso no fue suave ni tímido; fue intenso, apasionado. Sus labios se movieron con una urgencia que hizo que Cassie se derritiera, y cuando su lengua rozó la línea de sus labios, ella no pudo evitar abrirse para él, permitiéndole explorar, saborear, poseer.

Ethan la sujetó con firmeza, con una mano en su cintura y la otra en su nuca. Cassie se aferró a él, sus manos agarrando sus brazos, como si fuera el único ancla en un mar de sensaciones. El roce de sus cuerpos, la presión de sus manos, el sabor de su boca... Estaba sin aliento.

El beso se profundizó, volviéndose más lento, pero no menos intenso.

Los dedos de Cassie se enredaron en el pelo de Ethan, tiró suavemente de él como si quisiera acercarlo aún más, aunque ya no había espacio entre ellos.

Cuando rompieron el beso, ambos estaban jadeando, sus frentes apoyadas una contra la otra.

Ethan la miró con ojos oscuros, llenos de una intensidad que hizo que Cassie tuviera la sensación de que el suelo se movía bajo sus pies.

—Cassie… —murmuró. Su voz era ronca y estaba cargada de una nota de desconcierto—. No sé qué estás haciendo conmigo, pero no puedo parar.

Cassie sonrió.

—Entonces no pares —susurró, antes de capturar sus labios de nuevo.

CAPÍTULO 49

—Menudo cabrón estás hecho —soltó Samuel, cuando Ethan les contó lo que había pasado con Cassie.

El bar estaba lleno de ese bullicio característico de los viernes por la noche: risas estridentes, vasos chocando, y música de fondo que intentaba, sin mucho éxito, imponerse al murmullo general.

Ethan, Samuel, Asher y Trevor estaban sentados en los cómodos sillones de cuero en la mesa de la esquina en la solían sentarse, cuando acudían a ese bar con las paredes con láminas en blanco y negro de los edificios más icónicos de las ciudades de Estados Unidos.

La expresión de Ethan oscilaba entre la exasperación y la resignación.

A su alrededor, Trevor, Samuel y Asher lo observaban con miradas que iban desde la curiosidad hasta la pura diversión.

La conversación, como solía pasar cuando estaban juntos, había derivado hacia temas personales. Y, como era inevitable, había terminado en Cassie.

Ethan se sentía como si él mismo les hubiera dado un bidón de gasolina y una cerilla para que le prendieran fuego.

—Entonces… —comenzó Trevor, inclinándose hacia adelante con una sonrisa que era mitad burla, mitad incredulidad—… te andas besuqueando con Cassie, anteriormente conocida como la «señorita Maalim». Tu alumna. La misma que, según tú, «no te importaba en absoluto». ¿Esa Cassie?

Ethan lanzó un suspiro y se pasó por enésima vez la mano por el pelo, despeinándolo aún más.

—Sí, esa Cassie —murmuró, evitando la mirada de sus amigos—. Y no, no me importaba. O eso pensaba. Hasta que... bueno, hasta que me ha empezado a importar —simplificó la explicación—. Fue algo… inesperado.

Samuel soltó una carcajada sarcástica.

—¿Inesperado? Por favor, Ethan, llevas semanas pendiente de esa tía, como si fuera la última galleta que queda en el tarro.

—Yo sigo teniendo la teoría de que esa chica te gusta desde que te abolló la moto con el coche —intervino Asher, cogiendo su botellín de cerveza y dando un trago.

Trevor dejó escapar una risilla.

—¡Vaya, vaya! El gran Ethan, el soltero indomable, cayendo rendido ante una de sus alumnas.

—No he caído rendido, deja de decir tonterías —protestó Ethan a la defensiva—. Cassie me gusta, como me gustan tantas otras mujeres. Punto final. Dejad de insinuar que estoy enamorado de ella o cosas por el estilo, porque no es verdad —dijo—. Vosotros mismos la habéis visto, es como una diosa de ébano. No puedo evitar sentirme atraído por ella.

—Pero hay un pequeño detalle que no podemos ignorar: ella es tu alumna. Eso podría complicar las cosas bastante —dijo Asher, siempre sensato.

Ethan dejó escapar un suspiro más profundo esta vez, consciente del dilema que enfrentaba.

—Lo sé —dijo.

Samuel le dio una palmada en el hombro en un gesto solidario, pero burlón al mismo tiempo.

—Ah, el viejo dilema del profesor enamorado de su alumna —dijo, con una sonrisa que hacía que Ethan quisiera lanzarle un cacahuete a la cabeza.

Lo miró de reojo.

—No estoy enamorado —dijo—. Es simple atracción física. Es un capricho pasajero.

Samuel levantó una ceja, claramente escéptico.

—Lo que tú digas —farfulló, cogiendo un cacahuete del cuenco y lanzándolo al aire para atraparlo con la boca.

Ethan, como hacía en otras ocasiones, lo ignoró. Levantó la cerveza y dio un trago.

—No quiero complicarme la vida por algo que probablemente no vaya a ninguna parte —admitió—. Pero tampoco puedo negar que hay algo en Cassie que me atrae muchísimo, y que no puedo hacer como si no hubiera pasado nada entre nosotros.

Los chicos intercambiaron miradas entre ellos antes de volver a centrar su atención en Ethan.

Trevor fue el primero en romper el silencio que se había instalado tras la confesión de Ethan.

—Mira, entiendo que la atracción puede ser intensa —dijo en un tono comprensivo—, pero tienes que pensar en las consecuencias. No solo para ti, sino también para ella.

Ethan asintió, consciente de la verdad que encerraban las palabras de Trevor. Sabía que cualquier paso en falso podría tener repercusiones no solo en su carrera, sino también en la vida académica de Cassie.

—Lo sé —respondió—. Lo último que quiero es perjudicarla —dijo.

Asher, el más pragmático del grupo, se inclinó hacia adelante, apoyando los codos sobre la mesa.

—Además, piensa en cómo esto podría afectar tu reputación como profesor. Si alguien se entera y decide malinterpretar las cosas…

Ethan lo consideró mientras daba otro trago a su cerveza.

—Si sale mal, me quedaría sin mi cátedra —aseveró.

Dejó escapar un suspiro pesado.

Era un pensamiento que ya había cruzado por su mente más veces de las que le gustaría.

Obtener una cátedra era un logro académico del que se había encaprichado desde que Harold Whitmore, el rector de la Universidad, le había hablado de ella si preparaba a Cassandra Maalim para el Concurso de Jóvenes Abogados.

Para él, esa posición no solo representaba un reconocimiento profesional (que quizá era algo que ya no necesitaba). No, era mucho más. Era la prueba de que había superado las expectativas de su padre, de que había tocado la cima en el mundo del Derecho, de que había triunfado en un campo que no era el que su padre había elegido para él.

—No puedo permitirme ese tipo de escándalo —dijo finalmente—. He trabajado demasiado duro para conseguir todo lo que tengo.

CAPÍTULO 50

La tarde se filtraba a través de las ventanas del Aula Magna.

El ambiente estaba cargado de una tensión casi palpable, aunque no era el tipo de tensión que solía haber en las clases de Ethan. No, era otro tipo de tensión muy distinta.

Todo estaba en silencio, salvo por el eco de la voz de Cassie que resonaba entre las paredes.

Ethan la observaba, apoyado en el borde de la mesa, con los brazos cruzados y una expresión de concentración que no lograba disimular del todo la lucha interna que libraba.

Cassie estaba de pie frente a él, con su pelo rizado negro cayendo sobre sus hombros y sus ojos brillando con determinación. Había estado practicando su discurso para la próxima ronda del concurso, y aunque había mejorado mucho, todavía le faltaba ese toque de vehemencia que Ethan sabía que podía sacar de ella.

—Recuerda, Cassie —la interrumpió con un gesto de la mano, esforzándose por mantener su tono profesional—, la clave para un discurso convincente es la vehemencia con la que hablas. Tienes que creer en lo que dices para que los demás también lo hagan. No puedes sonar como si estuvieras leyendo la lista de la compra.

Ya había dejado de llamarla «señorita Maalim». Por lo menos en privado.

Cassie lo miró, con una expresión en sus ojos que era una mezcla de frustración y diversión.

—Lo estoy intentando. Pero es difícil cuando te encuentras a solo un par de metros, mirándome como si estuvieras a punto de darme una mala nota —dijo.

Ethan sonrió (con Cassie siempre acababa sonriendo), sintiendo que la tensión se aliviaba un poco.

—No te voy a dar una mala nota. Solo quiero que lo hagas bien —dijo.

Cassie suspiró, pasándose una mano por el pelo.

Ethan asintió, observándola mientras comenzaba su discurso de nuevo. Esta vez, Cassie parecía más segura, más enfocada.

—Usa gestos amplios y mantén contacto visual con tu audiencia. Y, sobre todo, proyecta tu voz desde el diafragma.

Cassie no quiso recordar lo que pasó la última vez que Ethan le pidió que mantuviera contacto visual con la audiencia a la que se dirigía.

Pero siguió sus consejos.

En un momento en el que bajó la mirada a sus notas, Cassie se humedeció los labios con un gesto inconsciente, que hizo que Ethan sintiera que el suelo temblaba bajo él.

—Cassie —dijo, en un tono que sonaba más ronco de lo que le habría gustado—, no hagas eso, por favor.

Cassie levantó la vista del papel y lo miró confundida.

—¿El qué?

—Pasarte la lengua por los labios como acabas de hacer ahora —murmuró Ethan—. Me dan ganas de besarte. Ya lo has hecho varias veces, y he tenido que contenerme para no hacerlo.

Cassie se quedó callada un momento, notando que el aire de la habitación se volvía más denso. Un repentino calor se instaló en sus mejillas. Tragó saliva.

—Lo siento —dijo con voz suave.

Ethan suspiró y pasó una mano por su pelo en un intento por recuperar la compostura.

Sabía que debía mantener la distancia con Cassie; después de todo, era su profesor, y cualquier relación más allá del aula podría traerle problemas serios. Pero resistirse a ella resultaba ser una tarea monumentalmente difícil, y agotadora.

—Es difícil mantenerme alejado cuando haces cosas como esa, porque estoy deseando besarte —admitió en tono de resignación.

—¿Y qué te impide hacerlo? —preguntó Cassie.

Ethan cerró los ojos un instante, como si intentara reunir fuerzas para decir lo que venía después. Cuando los abrió, su mirada estaba llena de conflicto.

—Sabes que esto es complicado —dijo con un suspiro—. Eres mi alumna, y yo… yo no puedo permitirme cruzar esa línea.

Estaba en juego su cátedra.

Cassie dio un paso hacia él, reduciendo la distancia entre ellos, hasta que apenas quedaba un suspiro de aire separándolos.

Su voz era un susurro, pero cada palabra resonaba en el espacio que los rodeaba.

—¿Y si no fuera complicado? ¿Y si solo fuéramos… nosotros? Sin reglas, sin consecuencias, sin miedo. ¿Qué pasaría entonces? —planteó.

—Cassie —murmuró Ethan, su voz cargada de advertencia y deseo—, no puedes pedirme que elija entre lo que debo hacer y lo que quiero hacer. Porque si lo haces, no sé si podré resistirme.

Cassie sonrió, una sonrisa tímida pero llena de determinación.

—Tal vez no deberías resistirte —dijo, acercándose aún más, hasta que su aliento se mezcló con el de Ethan—. Tal vez deberías dejar que las cosas sucedan, sin pensar en lo que podría salir mal.

Ethan la miró, sintiendo cómo cada una de sus defensas se desmoronaba bajo la intensidad de su preciosa mirada de ojos negros.

Sabía que estaba jugando con fuego, pero en ese momento, no le importaba.

—Eres peligrosa para mí —susurró, acercando su rostro al de Cassie—. Y no sé si podré alejarme de ti, incluso si lo intento.

Cassie volvió a humedecerse los labios. En realidad era un *tic* que no podía evitar.

—Has vuelto a humedecerte los labios —observó Ethan.

—Yo no… Perdón, no era mi intención —balbuceó Cassie, azorada. Se metió un mechón de pelo detrás de la oreja.

Ethan suspiró, vencido.

—Demasiado tarde —dijo—. Ya lo has hecho.

Miró a Cassie de una forma que ella se estremeció de arriba abajo. Los ojos de Ethan brillaban con una intensidad que hacía imposible apartar la mirada.

La respiración de Cassie se aceleró. Notó cómo el pulso de sus venas parecía latir al unísono con el de él.

Y Ethan sintió cómo su resolución se desvanecía lentamente, como un castillo de arena arrastrado por la marea.

Con un suspiro que sonó a rendición, inclinó la cabeza hacia ella y la besó.

El beso comenzó suave, casi tímido, pero rápidamente se transformó en algo más urgente y lleno de pasión. Ethan podía sentir el calor del cuerpo de Cassie mientras ella se acercaba aún más, sus manos encontrando el camino hasta su cuello.

Cassie respondió de la misma manera, sus dedos enredándose en los mechones de pelo de Ethan, mientras el beso continuaba prolongándose con una mezcla perfecta de ternura y pasión.

Ethan la cogió en vilo por los muslos y de un envite la subió a la mesa. Cassie se sentó sobre la superficie de madera con un pequeño gemido, y abrió las piernas para acogerlo entre ellas.

En aquel momento no había títulos, ni cátedras, ni reglas, ni consecuencias que los ataran a la realidad. Solo existían ellos dos y lo que compartían.

CAPÍTULO 51

El auditorio estaba lleno entre estudiantes, profesores y algunos curiosos.

Las luces brillaban intensamente sobre el estrado donde los participantes se preparaban para la nueva ronda del juicio simulado.

Cassie estaba entre ellos, ajustando los papeles en sus manos mientras intentaba calmar su respiración.

—¿Estás nerviosa? —le preguntó Ethan en voz baja.

—Un poco —respondió ella, restregándose los dedos.

—Me encantaría darte un beso, pero es imposible con toda esta gente aquí —dijo Ethan, inclinándose ligeramente hacia Cassie para que solo ella pudiera oírle.

Cassie sonrió con timidez.

—Lo sé. La intención es lo que cuenta —dijo.

Ethan movió la mano hacia adelante y disimuladamente le acarició los dedos.

Cassie sonrió de nuevo. Su corazón empezó a latir un poco más rápido con el roce.

Ethan le dedicó una mirada cálida y alentadora.

—Vas a hacerlo muy bien, Cassie —susurró—. Confío plenamente en ti. Has trabajado duro para esto y estoy seguro de que hoy vas a ganar.

Sus palabras fueron como un bálsamo para sus nervios, y Cassie sintió cómo una ola de calma la envolvía lentamente. Asintió con una determinación renovada, agradecida por tener a alguien como Ethan a su lado en aquel momento.

—Recuerda todo lo que hemos hablado —añadió.

Cassie asintió con la cabeza.

—Sí.

—Por favor, que todo el mundo se ponga en su sitio —habló uno de los jueces del jurado.

Ethan dedicó a Cassie una última sonrisa antes de sentarse entre el público.

Ella dejó escapar un suspiro y tomó asiento en el lugar reservado para los concursantes.

El juez dio inicio al juicio simulado.

Cada participante, uno tras otro, fueron exponiendo sus argumentaciones, hasta que le tocó a

Cassie.

—Señorita Maalim, su turno —anunció el portavoz, con voz seria y formal.

Cassie se levantó y se dirigió al atril con paso firme.

Respiró hondo.

Ethan la observó con atención, advirtiendo cómo su mirada, antes llena de dudas, ahora brillaba con determinación.

La sala se sumió en un silencio expectante mientras ella comenzaba su argumentación.

El tema que le había tocado era la censura en el arte y la libertad de expresión. Como la vez anterior, tenía que defender lo contrario de lo que pensaba. Ella tenía que defender la censura en el arte.

—Como sociedad, tenemos que proteger a los grupos que son vulnerables, y ciertas expresiones artísticas no lo hacen. —Pasó la mirada por cada uno de los miembros del jurado del modo que le había enseñado Ethan, y alzó el dedo para enfatizar su discurso—. Ciertas expresiones artísticas pueden perpetuar estereotipos, discriminación o violencia contra grupos minoritarios o vulnerables.

Su voz resonaba en el auditorio clara y firme. No había titubeos, no había vacilaciones.

—Todos sabemos que el arte ha sido históricamente un motor de cambio social, ¿verdad? —preguntó. Los presentes asintieron—. Entonces, tenemos que utilizar el arte en consecuencia, porque el arte puede incitar al odio, a la violencia o la rebelión y eso puede ser peligroso para la estabilidad social. Por eso lo deben regular las autoridades competentes para ello.

Mientras presentaba sus argumentos con precisión casi quirúrgica, sus ojos buscaron instintivamente a Ethan entre el público.

Allí estaba, sentado, erguido con expresión seria pero serena. Sus ojos fijos en ella transmitían un apoyo inquebrantable. Cuando sus miradas se encontraron fugazmente, él tenía el amago de una sonrisa en los labios, que logró infundirle aún más seguridad, aunque su expresión seguía siendo seria, casi regia.

Asintió de manera imperceptible, pero lo suficiente para que Cassie se diera cuenta de que lo estaba haciendo bien. Algo que la animó a continuar adelante.

La voz de Cassie sonaba cada vez más segura, más decidida. Cada palabra estaba cargada de convicción y claridad, sin rastro alguno de duda.

Ethan siguió observándola con detenimiento, como si estuviera viendo a una estrella nacer, y él, desde su silla, fuera el primer testigo de su ascenso.

—Señorita Maalim, ¿quiere añadir algo más? —le preguntó el juez.

La vez anterior había respondido que no, pero ahora tenía todavía algo que decir.

—Sí, señoría. Me gustaría que los presentes aquí se parasen a pensar en que debemos preservar la moral pública, y que eso pasa, repito de nuevo, por regular qué se expresa y qué no en el arte.

Y, sin más, volvió a su asiento.

La ronda avanzó rápidamente y antes de que Cassie pudiera darse cuenta realmente del tiempo transcurrido, llegó el momento del veredicto final.

El jurado deliberó durante unos minutos antes de anunciar su decisión.

Un hombre de pelo canoso y aspecto severo se levantó de su asiento.

—El ganador o ganadora de esta segunda ronda es… —La pausa fue breve pero intensa, el auditorio entero contuvo la respiración—… Cassandra Maalim —dijo al fin—. Enhorabuena.

Cassie cerró los ojos unos segundos al escuchar su nombre.

Una oleada de alivio y alegría le recorrió de la cabeza a los pies. Había ganado.

Ethan la miró orgulloso desde la silla. Él sabía que ganaría, lo sabía incluso antes de que el jurado lo anunciara. No había duda; Cassie había estado impecable.

A medida que la multitud comenzaba a dispersarse, Cassie salió del auditorio sintiéndose ligera como una pluma flotando en el viento.

Ethan la siguió discretamente hasta encontrar un rincón apartado.

—Has estado increíble —dijo. Su voz estaba cargada de admiración.

Cassie sonrió, esa sonrisa que hacía parecer que el sol salía solo para ella.

—Gracias—respondió.

Ethan la abrazó.

—Sabía que podrías hacerlo —susurró en su pelo—. Estoy muy orgulloso de ti.

—No podría haberlo hecho sin ti —dijo Cassie.

—Claro que hubieras podido —afirmó Ethan.

Cassie sonrió contra su pecho antes de levantar el rostro hacia él.

Y al ver sus preciosos ojos negros brillar como lo hacían, Ethan no pudo resistirse. Le cogió la mano y, mirando a su alrededor para asegurarse de que nadie los viera, tiró de Cassie y la metió detrás de una de las imponentes columnas del edificio.

Y todo dejó de existir.

Luego, con una suavidad que contrastaba con la intensidad del momento, le sujetó la cara y le dio un beso en la boca. Un beso robado bajo el cobijo de las sombras protectoras de aquella columna.

Cassie rio suavemente, un sonido que Ethan atesoró como si fuera la melodía más dulce del mundo.

—¿Y si nos ven? — preguntó Cassie, aunque su voz no tenía rastro de preocupación.

Ethan se encogió de hombros, como si de pronto la posibilidad de que alguien los viera fuera lo último que le importara en ese momento, como si estuviera dispuesto a enfrentarse a cualquier consecuencia con tal de besarla.

—Que nos vean —respondió, con una sonrisa que desafiaba al mundo entero, mientras pasaba el dedo pulgar por el borde de sus labios.

Ethan no se paró a pensar en si le importaba o no, solo en que quería besarla.

Se preguntó por qué Cassie tenía la capacidad de hacer que todo desapareciera a su alrededor cuando estaba cerca, llevándose consigo cualquier preocupación, cualquier límite que quisiera imponerse, cualquier miedo a las consecuencias. Todo lo que le importaba era ella y saborear sus labios.

Había algo increíblemente liberador en besarla, en dejarse llevar. Y algo que estaba empezando a averiguar era que el deseo de besarla no era solo un impulso sexual, era una necesidad que parecía nacer en el fondo de las tripas.

—Creo que es hora de que nos vayamos, aquí ya no queda nadie —dijo Cassie entre risillas nerviosas.

Ethan sacó la cabeza para asomarse.

—Pista libre —dijo.

Se enderezó y salió de detrás de la columna, con Cassie al lado.

Ella bajó la cabeza.

—Me arde la cara como si hubiera robado en un supermercado y fuera a pasar por el detector de alarmas —bromeó, sin poder contener la risa.

—A mí también —comentó Ethan.

Se miraron de reojo, con los ojos brillantes en una mezcla perfecta de emoción y complicidad, y en silencio caminaron hacia la puerta, como dos adolescentes escapando de las miradas de los adultos.

CAPÍTULO 52

Ingrid entró en el aula como un torbellino, con los ojos brillantes y una sonrisa que iluminaba toda la estancia. Su energía provocó que varios compañeros levantaran la cabeza, curiosos.

Estiró el cuello y miró a un lado y a otro para localizar a Cassie y a Gerard. Los vio sentados en la fila al lado de las ventanas.

—¡Chicos, chicos, chicos! —exclamó, corriendo hacia ellos, esquivando gente y mochilas con una agilidad sorprendente.

Cassie levantó la vista justo a tiempo para ver a Ingrid deslizarse en el asiento vacío junto a ella, casi derrapando en el proceso.

—Ingrid, ¿qué pasa? —le preguntó.

Ingrid no perdió tiempo en sacar un colorido folleto de su bolso y desplegarlo frente a ellos como si fuera un mapa del tesoro.

—¡Mirad! —dijo, sin aliento, demasiado emocionada para esperar a recuperarlo—. ¡Es el anuncio de la fiesta de la Universidad de Derecho! Va a ser este viernes en uno de los bares más *cool* de Chicago.

Gerard se inclinó hacia adelante, intrigado, mientras Cassie cogía el folleto para examinarlo más de cerca.

El diseño era llamativo, lleno de colores vibrantes y tipografía moderna que anunciaba «Noche Legal: Fiesta Universitaria de Derecho en The Velvet Lounge».

Había promesas de música en vivo con un DJ, bebidas especiales y un ambiente que prometía ser una fiesta inolvidable.

—Qué bien traído está el nombre —comentó Gerard, al leer el folleto—. Noche *Legal*, como se nota que estudiamos Derecho.

Pero Ingrid y Cassie ya estaban a lo suyo.

—¿En serio? ¿En The Velvet Lounge? —preguntó Cassie, con una sonrisa que comenzaba a formarse en sus labios.

—Sí —confirmó Ingrid.

—Ese bar es la leche. Todo el mundo quiere ir. Tik Tok está lleno de vídeos de ese local —comentó Cassie.

—Sí, tiene tres plantas y varias terrazas —intervino Gerard—. ¿Os imagináis lo que va a ser

eso?

—¡Algo épico! —exclamó Ingrid—. ¡Tenemos que ir, por supuesto!

—Yo no me lo perdería por nada del mundo —afirmó Cassie.

—Y así de paso celebramos tu victoria en la segunda ronda del Concurso de Jóvenes Abogados —dijo Gerard, guiñándole un ojo.

Cassie sonrió.

—Otro motivo más para ir —dijo Ingrid, como si realmente necesitaran más excusas—. ¡Ay, Dios! —exclamó de pronto, con una expresión de pánico en el rostro—. No sé qué voy a ponerme. —Se llevó las manos a la cabeza como si acabara de recibir la noticia más catastrófica del mundo—. Cassie, ¿qué vamos a ponernos? Tiene que ser algo espectacular.

Cassie no pudo evitar soltar una carcajada.

Gerard suspiró ruidosamente.

—¿No me digáis que ya vais a empezar con esa mierda de qué vestidito os vais a poner? —dijo en tono cansado.

—Por supuesto —contestó Ingrid como algo obvio.

Gerard fingió un bostezo exagerado.

—Me piraría, pero la clase va a empezar —se quejó.

Su atención ya había comenzado a desviarse (antes de que Cassie e Ingrid empezaran a hablar sobre qué ponerse) hacia algo más interesante: un avión de papel que alguien había lanzado desde el otro lado del aula.

Ingrid volvió a centrarse en la conversación con Cassie.

—Entonces, ¿qué vamos a ponernos?

—¿Algo con lentejuelas y pedrería? —bromeó Cassie.

—¿Lentejuelas y pedrería? ¿En serio?

—Bueno, tú has dicho que tiene que ser algo espectacular —respondió Cassie, encogiéndose de hombros con una sonrisa traviesa—. Y las lentejuelas y la pedrería son espectaculares.

Ingrid suspiró, recostándose en el asiento con un gesto dramático.

—¿Y parecer bolas de discoteca? No, gracias —dijo.

—Vale, vale. Olvida las lentejuelas y la pedrería. ¿Qué tal un vestido negro? Clásico, elegante, y siempre funciona.

Ingrid levantó la cabeza, mirándola con una expresión que hizo que Cassie sintiera que había dicho algo increíblemente brillante.

—Sí, tengo un vestido negro precioso que me puse en nochevieja… —Ingrid se quedó pensativa—. Y es ajustado —añadió, como si esa fuera la condición más importante para elegirlo.

—Suena perfecto —comentó Cassie.

—Y tengo unos zapatos plateados que le van muy bien —añadió Ingrid.

Gerard se revolvió en su asiento.

—¿De verdad lo más importante es qué zapatos combinan mejor con tu vestido? —bromeó en tono sarcástico.

Cassie le lanzó una mirada divertida antes de volver a centrarse en Ingrid.

—Ignora al cavernícola aquí presente —dijo—. Él nunca entenderá las complejidades del género femenino.

Gerard puso los ojos en blanco de forma teatral, pero no pudo evitar sonreír.

—A ti te quedaría genial un vestido rojo, Cassie —opinó Ingrid.

—¿Tú crees? —preguntó ella.

—¡Sí! —exclamó Ingrid, dando un pequeño saltito en el asiento—. Rojo intenso, con escote en V, y un poco de brillo. ¡Serías la reina de la fiesta! —exclamó—. ¿Tienes algo rojo?

Cassie hizo memoria.

—No, tengo pocas cosas para salir de fiesta —confesó.

—No te preocupes, ¿qué te parece si nos vamos de compras mañana?

Cassie sonrió. De pronto, la idea de pasar una tarde de compras con Ingrid era la mejor del mundo.

—Me parece perfecto.

Cuando la profesora de Derecho Penal entró en el aula y comenzó a organizar sus notas para iniciar la clase, Ingrid recogió el folleto y lo guardó en su bolso como si realmente se tratara de un mapa del tesoro.

Dio un pequeño codazo en el costado a Cassie.

—Por cierto, es costumbre que a la fiesta vayan los profesores —susurró, con una sonrisilla pícara dibujada en los labios.

Cassie la miró, e Ingrid movió las cejas arriba y abajo en un gesto elocuente.

¿Ethan iría a la fiesta?, se preguntó.

Cuando Cassie terminó de recoger sus cosas después de la clase con Ethan, él la agarró, le dio la vuelta y le rodeó la cintura con los brazos.

—¿Vas a ir a la fiesta de la universidad? —le preguntó en un tono casual.

—¿La fiesta en The Velvet Lounge? —dijo Cassie, con una sonrisa que comenzaba a formarse en sus labios—. ¡Sí! Si no voy, Ingrid me mataría. Está loca por que llegue el viernes. —Miró a Ethan a los ojos—. Y tú, ¿vas a ir? —le preguntó.

—No soy muy fanático de las fiestas —admitió Ethan, haciendo una mueca—. No soy exactamente el tipo de persona que encaja en ese tipo de celebraciones.

—Puede ser divertido —sugirió Cassie, en un tono de voz que hacía que Ethan sintiera que quería sonreír—. Podría ser tu oportunidad para quitarte la fama de profesor duro y cabronazo que tienes.

—¿Crees que eso es posible? —bromeó Ethan. Inclinó la cabeza y le dio un beso rápido en los labios.

Cassie arrugó la nariz en un gesto escéptico, pero divertido.

—Bueno, no va a ser fácil. Muchos estudiantes están pensando en dejar la carrera por tu culpa —respondió, como si fuera una regañina—. Tu fama está muy arraigada en la Universidad, y eso que llevas poco tiempo —dijo con mordacidad—, pero podrías intentarlo.

Ethan se echó a reír.

—Haces que quiera ir —dijo.

Cassie se puso de puntillas y acarició la punta de la nariz de Ethan con la suya.

—¿Entonces?

—Tu poder de persuasión empieza a resultar peligroso —contestó Ethan.

—¿Eso es un sí? —dijo Cassie, esbozando una sonrisa de oreja a oreja.

—Vale —dijo finalmente Ethan, con un suspiro—. Iré.

CAPÍTULO 53

La música retumbaba en la pista de baile con un ritmo contagioso. Una mezcla ecléctica de éxitos pop y clásicos atemporales que hacían imposible no moverse al ritmo que marcaban, sacudiendo las paredes y los vasos de cristal llenos de bebidas de dudosa procedencia.

El aire olía a cócteles dulces y a un extraño popurrí de colonias difíciles de calificar.

Las luces de neón parpadeaban al ritmo de la música, creando un ambiente vibrante y casi hipnótico.

Cassie llegó con Ingrid poco después de que la fiesta comenzara a cobrar vida.

Gerard, que ya estaba allí, las recibió con un abrazo entusiasmado antes de desaparecer entre la multitud.

Después, Cassie e Ingrid se dirigieron a la barra. Mientras les servían las consumiciones, Ingrid no dejó de alabar la elección del vestuario de Cassie.

Siguiendo su consejo, se había comprado un vestido rojo, con escote en V, que se ajustaba perfectamente a su figura, resaltando cada curva con un toque sutil, y que había provocado que más de uno se volviera a mirarla. Incluso a Gerard casi se le habían salido los ojos de las órbitas al verla.

Ingrid había insistido en que ese color era perfecto para ella y tenía razón: el vestido era espectacular y, por primera vez en su vida, Cassie se sentía como la reina de la fiesta. Así que no podía estar más agradecida por el consejo.

Cassie dio un trago de su bebida y estiró el cuello para mirar por encima de las cabezas de la gente.

—¿Estás buscando a Ethan? —le preguntó Ingrid, que estaba al tanto de lo que había entre ellos.

—Sí, pero no lo veo —respondió Cassie.

Ingrid también estiró el cuello para ver si lo localizaba.

—Acaba de llegar —informó a Cassie.

Ella dirigió la mirada hacia la puerta. Justo cuando Ethan entraba acompañado de otros profesores, entre ellos Charlotte Fanning.

Cassie sintió que se le revolvía el estómago. Esa tía no se despegaba de él ni con agua caliente.

Ethan destacaba entre la multitud por su altura. Llevaba un traje negro impecable y una camisa

negra ajustada que acentuaba su complexión atlética, y que había hecho que más de una estudiante lanzara miradas furtivas en su dirección.

Había algo en su porte que irradiaba confianza y misterio, atrayendo miradas curiosas a medida que avanzaba por el local.

Aunque Ethan había llegado con la intención de mantener un perfil bajo, no podía evitar sentirse fuera de lugar entre tanto bullicio.

Sin embargo, cuando sus ojos se encontraron con los de Cassie a través de la gente, todo lo demás se desvaneció, como pasaba siempre que la veía.

Por un instante, el tiempo pareció detenerse.

Cassie sintió un calor repentino en sus mejillas al ver lo increíblemente guapo que estaba Ethan; parecía salido directamente de una revista de moda masculina.

—Joder, Cassie, no puede estar más bueno —comentó Ingrid, sin apartar la vista de Ethan—. Ese *look Total Black* le da un aire de misterio que hace babear a cualquier tía que se cruce con él. A pesar de lo cabrón que es en clase.

Cassie no tuvo más remedio que reír. No podía decir que Ingrid no tuviera razón, en ambas cosas. Ella misma estaba a punto de ponerse a babear como una loca.

Ethan se quedó paralizado unos instantes al ver a Cassie. El vestido rojo resaltaba su figura de una manera que hacía que tuviera que recordarse a sí mismo que estaba en público. Se había alisado el pelo, y su larguísima melena caía por sus hombros como una cortina.

—Santo Dios —murmuró para sí mismo.

—Charlotte Fanning no pierde oportunidad de estar a su lado —comentó Ingrid.

—Es como un chicle en el zapato, no hay forma de que se despegue de él —dijo Cassie.

—Pero por lo que veo, él solo tiene ojos para ti —dijo Ingrid—. Prepárate porque viene hacia aquí, y evidentemente no es para verme a mí —añadió en tono sugerente.

—¿Viene para acá? —preguntó Cassie.

—Directo como una bala —respondió Ingrid.

Decidido, Ethan se estaba abriendo paso entre la multitud, sorteando a los estudiantes que bailaban y reían sin parar.

Adoptó su mejor semblante profesional, intentando mantener una expresión seria, como si estuviera allí en calidad de profesor, pero en realidad, solo tenía un objetivo en mente: Cassie.

Finalmente llegó hasta donde estaba conversando con Ingrid. Les dedicó una sonrisa cortés a ambas.

—Buenas noches —las saludó.

—Buenas noches —respondieron ellas casi a la vez.

—Señorita Maalim, me alegro mucho de verla —dijo Ethan.

—Y yo a usted, profesor Lawson.

Ethan posó sus ojos en Cassie.

—Voy a pedir que me echen un poco más de hielo en la bebida —dijo Ingrid, con una sonrisa rápida y cómplice, que dejaba claro que sabía exactamente lo que estaba haciendo. Sin esperar respuesta, se dio media vuelta hacia la barra.

—Te has alisado el pelo —observó Ethan.

Cassie se acarició uno de los largos mechones.

—Sí, me lo ha alisado Ingrid —contestó Cassie—. Se ha empeñado.

Aprovechando el momento a solas que les había brindado Ingrid, Ethan inclinó ligeramente la cabeza hacia el oído de Cassie.

—Estás guapísima —susurró suavemente, usando una voz baja y seductora, solo audible para ella.

Su aliento cálido rozando la piel sensible del cuello provocó un escalofrío en la columna vertebral de Cassie.

—Gracias —respondió ella en un tono igual de bajo, casi un susurro.

—Ese vestido… —Ethan dejó la frase suspendida en el aire, permitiendo que su mirada recorriera la figura de Cassie—. Es peligroso.

—¿Peligroso? —repitió ella.

—Sabes cual es nuestra situación, y ese vestido hace que no pueda dejar de mirarte —confesó Ethan.

Y sonrió, con esa mezcla irresistible de confianza y picardía que tanto le gustaba a Cassie. Y ella sintió que se derretía por dentro.

Ethan se acercó un poco más, reduciendo la distancia entre ellos, mientras el bullicio de la fiesta continuaba a su alrededor como un telón de fondo.

Cassie sintió que el corazón le latía con fuerza en el pecho. Una sonrisa involuntaria se dibujó en sus labios mientras se colocaba el pelo detrás de la oreja.

Abrió la boca para decir algo, pero en ese momento, Charlotte apareció en escena.

—Ethan, te estamos esperando —dijo.

Ethan, de espaldas a ella, miró a Cassie, y sintió que el mundo volvía a su lugar.

—Ya voy —contestó, sin apartar los ojos de Cassie—. Disfrute de la noche, señorita Maalim.

Cassie notó que se le revolvía el estómago. Qué inoportuna era siempre Charlotte Fanning.

—Igualmente, profesor Lawson.

Ethan finalmente se dio la vuelta y se alejó con Charlotte.

—Qué impertinente es esa tía —dijo Ingrid, acercándose a Cassie.

—Eso mismo estaba pensando yo —aseveró Cassie.

CAPÍTULO 54

Cassie se dejó llevar por el ambiente, riendo mientras intentaba seguir los pasos improvisados de Gerard, que hacía reír a todos con sus movimientos exagerados y su habilidad para convertir cualquier canción en una oportunidad para demostrar sus extrañas dotes de baile.

—¡Esto está genial! —le dijo Cassie a Ingrid.

Ingrid miró a su alrededor.

—La verdad es que no está nada nada mal —comentó en tono sugerente, mientras seguía con la mirada a un chico de segundo curso.

Cassie dio un codazo a Ingrid y le señaló con la barbilla un rincón del bar.

—Mira.

Ingrid giró la cabeza hacia donde le indicaba.

Una compañera de clase se había encaramado a una de las mesas y bailaba como si no hubiera un mañana.

La gente empezó a silbar y a aplaudir a su alrededor, animándola a continuar, aunque la verdad era que ella no necesitaba que nadie la animara.

Un rato después se unió a ella Gerard y otra chica, también de clase.

—Espero que la mesa aguante el peso, si no el dueño del bar nos va a echar a patadas —bromeó Ingrid.

—Ver bailar a Gerard es un espectáculo —comentó Cassie.

Ingrid ladeó un poco la cabeza, como si quisiera observar sus movimientos más detenidamente.

—Sí, pero no sé si es un espectáculo bueno o malo —dijo.

Cassie y ella se echaron a reír.

About Damn Time de Lizzo empezó a sonar por los altavoces.

De inmediato, Cassie e Ingrid se pusieron a bailar al ritmo de la canción.

Era la noche perfecta para olvidarse de las clases, el concurso y las presiones de la universidad.

La fiesta estaba en pleno apogeo y las luces parpadeaban al ritmo de la música.

Cuando las notas musicales de *Bad Habits* de Ed Sheeran empezaron a sonar a todo volumen,

Cassie e Ingrid casi entraron en éxtasis.

—¡Ed Sheeran! ¡Me encanta! —gritó Ingrid, animando a Cassie a bailar con ella.

—Estoy loca por ir a su concierto —dijo Cassie, agitando los brazos al ritmo de la música, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Y yo —repuso Ingrid, moviendo las caderas con una energía contagiosa.

Ambas empezaron a cantar a todo pulmón, sin importarles si estaban desafinando o si alguien las miraba.

—¡My bad habits lead to late nights endin' alone! —gritó Cassie, señalando a Ingrid como si estuviera en un concierto.

—¡Conversations with a stranger I barely know! —respondió Ingrid, riéndose mientras imitaba el gesto de Cassie.

Las dos se miraron y estallaron en carcajadas, pero no dejaron de bailar. Moviéndose al ritmo de la música, se acercaron y comenzaron a coreografiar pasos sin sentido que habían inventado en el momento.

Cassie giró sobre sí misma, extendiendo los brazos como si fuera una estrella de rock, mientras Ingrid se agachaba y volvía a levantarse, moviendo las manos como si estuviera en un videoclip.

—¡Swearin' this will be the last, but it probably won't! —cantaron juntas, señalándose mutuamente con complicidad.

La energía entre ellas era tan contagiosa que algunos de los estudiantes cercanos comenzaron a unirse, formando un pequeño círculo a su alrededor.

Cassie e Ingrid, lejos de sentirse avergonzadas, se animaron aún más, coreografiando movimientos exagerados y riéndose cada vez que uno de ellos salía mal.

En un momento dado, Cassie tomó a Ingrid de la mano y la hizo girar, imitando un baile de salón improvisado. Ingrid se dejó llevar, riéndose tanto que apenas podía mantenerse en pie.

Ethan se encontraba en un extremo del local, acodado en la barra y rodeado por un grupo de profesores que charlaban animadamente, aunque a él le importaba poco lo que decían. Su atención estaba completamente centrada en otra parte.

Desde la posición privilegiada que le daba su altura, podía ver a Cassie en el centro de la pista de baile. Ella e Ingrid se habían convertido en el alma de la fiesta, mientras bailaban y cantaban con una energía contagiosa.

Y ahí estaba él, mirándola como si fuera la única persona en el bar.

Cassie reía con una libertad que iluminaba todo a su alrededor, como si nunca hubiera tenido la oportunidad de hacerlo antes, como si nunca hubiera podido disfrutar del modo en que lo estaba haciendo en ese momento.

Entonces recordó la historia que tenía detrás, como su madre, ella y sus hermanas habían tenido que salir huyendo de Namibia porque su padre las maltrataba. Si de algo estaba seguro Ethan era de que Cassie no había tenido una vida fácil. Por eso le gustaba verla disfrutar de aquella manera.

Sonrió discretamente, llevando la copa a sus labios mientras la observaba.

A su alrededor, las voces continuaban hablando, pero él apenas prestaba atención; sus pensamientos estaban demasiado ocupados intentando descifrar qué era lo que le estaba pasando con Cassie.

Desde aquel primer beso en el Aula Magna, ella había ocupado un espacio en su mente que no podía ignorar. Era como si hubiera encendido una llama que no sabía cómo apagar.

Cada vez que estaban juntos, en los pocos momentos furtivos que le habían robado al tiempo, sentía algo que no podía definir, pero que lo mantenía atado a ella de una forma extraña.

¿Era solo atracción física?

Ethan empezaba a dudarlo seriamente.

—Parece que estás muy… distraído esta noche. —Lo sacó de sus pensamientos la voz de Charlotte Fanning.

—No estoy distraído —dijo Ethan, en un tono que no invitaba a seguir hablando—. Solo estoy disfrutando de la fiesta.

Charlotte no se dejó intimidar.

Siguió su mirada hasta la pista de baile, donde Cassie e Ingrid seguían cantando a todo pulmón y riéndose como si no hubiera un mañana.

—Ah, ya veo… —dijo, con una sonrisa que no llegaba a sus ojos y casi tampoco a sus labios —. Parece que la señorita Maalim es la estrella de la noche. No es de extrañar que llame tanto tu atención. —Su voz sonaba ligeramente tensa, como si hubiera notado algo que no le gustaba.

Ethan apretó ligeramente la copa en su mano, sintiendo cómo la tensión se acumulaba en sus hombros.

—No sé a qué te refieres —respondió. Su voz salió más cortante de lo que había pretendido.

Charlotte levantó una ceja, disfrutando de la incomodidad de Ethan, que trataba de mantenerse impasible, pero no lo conseguía.

—Vamos, Ethan. No hace falta ser un genio para darse cuenta de que no puedes dejar de mirarla.

«Joder, ¿tanto se me nota?», se preguntó Ethan en silencio.

Apartó momentáneamente los ojos de Cassie y volvió el rostro para encontrarse con los ojos expectantes de Charlotte.

Ethan la miró dejando claro que no estaba de humor para juegos.

—La estoy mirando yo y medio bar, igual que a su amiga —dijo, en un tono que no dejaba lugar a dudas—. Se han convertido en las protagonistas de la fiesta. No le des más vueltas —

concluyó.

Charlotte lo miró unos segundos más, como si estuviera evaluando si creerle o no, pero finalmente se encogió de hombros y tomó un sorbo de su copa de vino.

—Como tú digas, Ethan —dijo. Sus palabras sonaban más a advertencia que a resignación—. Solo recuerda que las apariencias importan. Y aquí, todos tienen ojos.

Ethan no respondió. En lugar de eso, volvió su atención a Cassie, que en ese momento estaba riendo tan fuerte que tuvo que agarrarse del brazo de Ingrid para no caerse.

La luz del bar iluminaba su rostro, resaltando cada uno de sus rasgos, y Ethan sintió cómo algo en su pecho se tensaba.

CAPÍTULO 55

Ya de madrugada, Cassie sintió la necesidad de tomar un poco de aire fresco. A pesar de la diversión, necesitaba un respiro. El bullicio, aunque agradable, era abrumador después de algunas horas.

Con una sonrisa que dirigió a Ingrid, que estaba demasiado ocupada hablando con un chico de segundo curso como para notar su ausencia, Cassie se deslizó hacia una de las terrazas.

El aire fresco de la noche la recibió con una brisa suave, que le alivió el calor acumulado dentro del bar abarrotado de gente.

La terraza era amplia, iluminada por un suave resplandor dorado que provenía de las pequeñas bombillas colgantes. Un espacio adornado con unas cuantas macetas con plantas tropicales, sillones de bambú, y una vista de las luces de la ciudad que titilaban en la distancia.

Se apoyó en la barandilla, cerrando los ojos durante unos segundos y dejando que el sonido de la música se convirtiera en un eco lejano.

No pasó mucho tiempo antes de que la puerta de la terraza se abriera de nuevo.

Cassie abrió los ojos y se volvió, esperando ver a Ingrid, pero en su lugar se encontró con Gerard. Llevaba una sonrisa tímida en los labios y un vaso en la mano de algo que probablemente no fuera refresco.

—¿Te molesto si te acompaño? —preguntó Gerard, en un tono juguetón que hizo que Cassie sonriera.

—Claro que no —respondió, haciendo espacio para que él se apoyara junto a ella en la barandilla.

Durante un rato, los dos permanecieron en silencio, observando las luces de Chicago y escuchando el murmullo de la fiesta que continuaba dentro.

—Esta noche está genial, ¿no? —dijo finalmente Gerard, rompiendo el silencio.

—Sí —respondió Cassie, con una sonrisa—. Justo lo que necesitábamos para desestresarnos.

Gerard asintió, mirándola de reojo.

—Aunque tú pareces estar en otro planeta. ¿Todo bien?

Cassie suspiró, sintiendo que la pregunta iba más allá de una simple cortesía.

—Sí, todo bien. Solo necesitaba un momento para respirar.

Gerard asintió, como si entendiera, pero su mirada no se apartaba de Cassie.

—Cassie —dijo, bajando la voz—. Tú y yo nos llevamos muy bien desde el primer día de clase.

—Sí, Ingrid tú y yo hemos formado un buen equipo —dijo ella.

—Sí, claro, Ingrid… —Gerard pronunció su nombre como si se hubiera olvidado de ella—. Sabes que desde que te conozco me gustas, ¿verdad?

Cassie se tensó, sintiendo cómo el ambiente cambiaba de repente. Se quedó callada unos segundos. No era que no lo hubiera intuido, Ingrid y ella lo habían comentado varias veces, pero escucharlo de su boca era diferente.

—Gerard, no sé si este es el mejor momento para...

Gerard levantó la mano para detenerla.

—No, escucha —la interrumpió, acercándose aún más—. Siempre he pensado que podríamos ser algo más. Tú y yo... tenemos algo especial. Lo sabes, ¿no?

Cassie intentó dar un paso atrás cuando él hizo amago de acercarse más, pero la barandilla la detuvo.

—Gerard, creo que estás confundiendo las cosas —dijo, con una voz que sonaba más firme de lo que se sentía—. Somos amigos, y eso es todo.

Gerard no pareció escucharla. En lugar de eso, se inclinó hacia adelante, intentando besarla. Cassie, con un movimiento rápido, apartó la cara, sintiendo cómo sus labios rozaban su mejilla en lugar de encontrarse con los suyos.

—Gerard, no —dijo, con una voz tajante, que no daba cabida a ninguna duda, en el caso de que Gerard las tuviera.

—Pero Cassie…

Cassie lo miró con una mezcla de incredulidad y exasperación.

—Gerard, no hay nada entre nosotros —lo cortó—. Y si lo hubiera, esta no sería la forma de abordarlo. Eres mi amigo, y quiero que sigamos siendo amigos.

Gerard asintió, resignado, como si fuera algo que hubiera esperado.

—Claro —susurró.

—Gerard… eres increíble —comenzó a decir Cassie con suavidad—, pero no es el momento adecuado para mí. Quiero centrarme en los estudios, en la carrera. No estoy buscando una relación sentimental ahora —dijo, en un tono que esperaba que sonara convincente.

Cassie no se atrevió a contarle lo que había entre Ethan y ella. No confiaba en Gerard tanto como en Ingrid, y no sabía qué podía hacer con esa información, y más en las circunstancias que los rodeaban. La relación entre un profesor y una alumna no era algo que se tomara a la ligera, aunque ella fuera mayor de edad, y Cassie sabía que, si se filtraba, las consecuencias podrían ser graves. No solo para ella, sino también para Ethan.

Así que decidió que lo más sensato era guardar silencio.

Le sonrió, sintiendo un alivio mezclado con un poco de tristeza.

—Gracias por entenderlo. Eres un gran amigo, Gerard —dijo.

Gerard forzó una sonrisa.

—Sí, bueno, alguien tiene que serlo. —Hubo unos segundos de silencio—. Creo que voy a volver dentro. No quiero perderme el próximo baile de Ingrid.

Cassie sonrió, sintiendo que el ambiente se aliviaba un poco.

—Buena suerte con eso —dijo.

Gerard tomó aire antes de dar media vuelta y volver a la fiesta.

Cassie se quedó en la terraza, necesitaba que el aire fresco de la noche le ayudara a ordenar sus pensamientos. A poner en orden todo el caos que tenía en la cabeza.

Sabía que había hecho lo correcto, pero también sabía que las cosas entre ella y Gerard nunca volverían a ser las mismas.

Con un suspiro, se giró y con las manos apoyadas en la barandilla, miró hacia las luces de la ciudad. Chicago regalaba unas vistas espectaculares.

Cassie seguía apoyada en la barandilla, con las manos aferradas al borde frío del metal, como si necesitara algo sólido a lo que agarrarse después del incómodo encuentro con Gerard.

Aunque lo había rechazado con toda la delicadeza posible, no podía evitar sentir una mezcla de culpa y alivio. Sabía que Gerard era un buen chico, pero su corazón ya pertenecía a alguien más.

El sonido de unos pasos firmes interrumpió sus pensamientos.

—¿Escondiéndote? —le preguntó Ethan con una sonrisa juguetona. Su voz resonó en la noche, masculina y familiar, como un refugio inesperado.

Cassie se giró rápidamente, encontrándose con esos ojos castaños que parecían ver más allá de las palabras.

Ethan estaba allí, de pie en el umbral de la terraza, con su *look Total Black*, como había dicho Ingrid, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Su figura alta y elegante recortándose contra el fondo iluminado, y esa expresión seria que siempre la hacía sentir como si estuviera bajo un microscopio.

Cassie rio suavemente.

—Solo necesitaba un respiro —respondió a su pregunta, sorprendida pero aliviada al mismo tiempo al verlo—. Tanta gente alrededor a veces me resulta abrumador.

—Es bueno desconectar un poco —dijo Ethan—. Este tipo de fiestas pueden llegar a ser muy intensas.

Cerró la puerta de la terraza detrás de él para amortiguar el bullicio del bar.

—No sabía que estabas aquí —dijo Cassie.

Él sonrió ligeramente mientras se acercaba, sus ojos reflejando una calidez tranquilizadora.

—Yo también necesitaba un respiro, así que salí a la terraza de al lado —explicó—. Pensé que te habías ido cuando no te vi dentro.

Cassie bajó la mirada, sintiendo cómo el rubor volvía a invadir sus mejillas.

—Ah —dijo, con una voz que apenas era un suspiro, al darse cuenta de que Ethan había escuchado la conversación que había tenido con Gerard.

—No era mi intención escuchar —se adelantó a decir él.

—Pero lo has escuchado.

Ethan asintió, acercándose un poco más.

—Sí. Y no debería haberlo hecho, lo sé, pero... —hizo una pausa, buscando las palabras correctas—. No pude evitarlo. Y no quería dejarte sola.

Cassie bajó la mirada durante un instante antes de volver a encontrar los ojos de Ethan. Había algo reconfortante en saber que él entendía sin necesidad de explicaciones largas o incómodas.

—Intuía que le gustabas desde hace tiempo. He visto cómo te mira en clase —dijo Ethan—. Y también he notado cómo me mira a mí —continuó—. Se le pone cara de querer arrancarme la cabeza. —Cassie no tuvo más remedio que sonreír—. ¿Cómo te encuentras?

Cassie alzó un hombro.

—Bien, sin embargo no sé qué hacer. No quiero hacer daño a Gerard, pero no puedo corresponderle —respondió.

Ethan dio un paso más, hasta quedar frente a ella, colocó la enorme mano en su cuello y le pasó suavemente el pulgar por la mejilla.

—Cassie, no tienes que justificarte. Si Gerard no puede aceptar eso, entonces el problema es suyo, no tuyo.

Ella asintió.

Ethan la miró con una expresión que era mitad comprensión y mitad algo más, algo que Cassie no podía definir pero que la hacía sentir segura.

—Gracias —dijo.

Ethan sonrió.

—Aquí no puedo besarte —dijo—. Así que, ¿por qué no nos vamos? Estoy aburrido de esta fiesta. Y quiero estar contigo. Solo contigo.

Cassie miró a Ethan, y en sus ojos había una determinación que hizo que sintiera que el mundo entero estaba a sus pies.

Asintió, con la sensación de que el peso de la noche comenzaba a disiparse.

—Vámonos —contestó, con una sonrisa que iluminó su rostro.

CAPÍTULO 56

—No mires atrás —susurró Ethan con una sonrisa juguetona, mientras salían del bar—. No quiero que nadie nos siga.

Cassie rio suavemente.

—¿Crees que alguien nos ha visto? —preguntó, aunque en realidad no le importaba. En ese momento, lo único que importaba era Ethan y todo lo que le hacía sentir.

—No lo sé —respondió él, en un tono que pretendía ser serio, pero que no lograba ocultar su diversión—. Pero no voy a arriesgarme. No esta noche.

Se deslizaron por separado entre los grupos de estudiantes que charlaban en la entrada del bar, intentando no llamar la atención.

La música y el bullicio de la fiesta se fueron desvaneciendo lentamente detrás de ellos mientras se alejaban del bar.

La noche en Chicago era fresca, con una brisa ligera que acariciaba sus rostros, liberándolos del calor sofocante y el bullicio del interior, y que traía consigo el aroma distante del lago Míchigan.

Ethan echó un vistazo por encima del hombro. Cuando vio que todo estaba despejado y que el bar quedaba lo suficientemente lejos, extendió su brazo hacia Cassie con un gesto protector.

Su mano encontró la de ella casi de manera instintiva, como si hubieran sido hechas para entrelazarse así…

Cassie la aceptó sin vacilar.

Cuando sus dedos se entretejieron, Cassie sintió una oleada de calor que le recorrió de arriba abajo. Le encantaba la forma en que la mano grande y firme de Ethan envolvía la suya, como si fuera algo natural, como si siempre hubieran estado destinados a caminar así, juntos, bajo las estrellas.

Pasearon en silencio por las calles, pasando por delante de las fachadas de acero y vidrio de los rascacielos. Sus pasos resonaban suavemente en la acera iluminada por las farolas.

El aparcamiento no estaba lejos, pero cada paso que daban parecía alargarse, como si el tiempo se hubiera detenido para ellos. Solo para ellos.

Ethan se sorprendió al notar cómo sus manos encajaban perfectamente, como si hubieran sido hechas para sostenerse mutuamente.

—Me encanta el skyline de Chicago —comentó Cassie, rompiendo el silencio, con una voz

suave que se mezclaba con el sonido del viento.

Ethan giró el rostro hacia ella, observando cómo el resplandor de las farolas iluminaba sus rasgos, resaltando la suavidad de su piel y el brillo de sus ojos.

—¿Sí?

Cassie asintió, mirando hacia los rascacielos que se alzaban en la distancia.

—Sí. Para mí Chicago es… como otro mundo.

Ethan la miró, intrigado.

—¿Por qué?

—Porque de donde vengo no hay rascacielos así —respondió Cassie.

—¿De qué parte de Namibia eres? —se interesó Ethan.

—Del norte. De un pequeño pueblo de la región de Oshana.

—¿Cómo es tu país?

A Cassie se le escapó una sonrisilla, como si estuviera recordando algo que la hacía feliz.

—Namibia es increíblemente diverso y hermoso —comenzó—. Desde el desierto de Namib, que es uno de los más antiguos del mundo, hasta el impresionante paisaje del Fish River Canyon. Mi país tiene una naturaleza capaz de dejarte sin aliento. La cultura es rica y variada, con múltiples grupos étnicos.

—Suena increíble —apuntó Ethan.

—Lo es —confirmó Cassie. Se volvió hacia Ethan y ladeó la cabeza con una sonrisa juguetona en los labios—. ¿Sabes que al lado de mi pueblo viven los Himba, cuyas mujeres son famosas por su belleza y sus espectaculares peinados?

Ethan sonrió.

—Por lo que veo, la belleza de las mujeres de tu país no es exclusividad de los Himba, porque tú eres preciosa, Cassie —aseveró.

Ella se sonrojó ligeramente.

—Muchas gracias —dijo.

—No es un piropo, es algo que salta a la vista. —Cassie sonrió—. Cuéntame más cosas sobre Namibia —dijo Ethan.

—La gente es cálida y acogedora, y siempre hay una sensación de comunidad entre nosotros. También hay un fuerte sentido de orgullo por nuestra historia.

—No he tenido la oportunidad de ir nunca a Namibia, pero he visto imágenes y vídeos del desierto de Namib y siempre me deja con la boca abierta —dijo Ethan—. Sus dunas rojas de más de trescientos metros, cómo se funden con el océano Atlántico…

—Se dice que es el más antiguo de todos los desiertos del mundo —comentó Cassie, dejando entrever el orgullo que suponía hablar de su país. Porque, pese a todo, pese a su pasado, Namibia era su país. La tierra de donde procedía. La tierra que la había visto nacer.

—Tengo una visita pendiente a Namibia —dijo Ethan.

—Yo tengo una visita pendiente al mirador *Chicago Observation Deck* —dijo Cassie—. Me han dicho que ofrece unas vistas impresionantes del horizonte de la ciudad y del lago Míchigan.

Ethan se quedó pensando.

—¿Te gustaría ver el skyline de Chicago ahora? —le preguntó.

A Cassie se le iluminó el rostro.

—¿De noche? ¡Sí, claro! —exclamó entusiasmada.

—Pues vamos —dijo Ethan, tirando de Cassie.

Llegaron al coche de Ethan, un elegante y robusto Rolls-Royce Ghost de color azul oscuro, que brillaba bajo las luces de la ciudad.

Abrió la puerta del copiloto para Cassie con un gesto galante que la hizo sonreír.

—Gracias —dijo, deslizándose en el asiento, mientras Ethan cerraba la puerta con suavidad.

Él rodeó el vehículo y se acomodó en el asiento del conductor.

Arrancó el motor, que rugió suavemente antes de calmarse en un ronroneo constante.

Cassie se reclinó en el asiento de cuero, sintiendo cómo la adrenalina de la noche comenzaba a mezclarse con una sensación de calidez y seguridad que solo Ethan parecía poder provocar en ella.

El trayecto por Chicago fue un viaje a través de un mundo de luces multicolores. Los rascacielos se alzaban como gigantes de cristal y acero, reflejando las luces de la ciudad en un espectáculo hipnótico.

Cassie observaba por la ventanilla cómo las construcciones pasaban rápidamente a su lado, bajo el cielo estrellado.

Ethan conducía con una tranquilidad que contrastaba con la tormenta de emociones que Cassie sentía en su interior. Cada vez que sus miradas se encontraban, aunque fuera por un instante, sentía cómo la ciudad se detenía, dejándolos solos a los dos, en su propia burbuja, en su propio universo, disfrutando simplemente de estar juntos, sin necesidad constante de palabras.

Cuando finalmente llegaron al ático de Ethan, situado en uno de los barrios más exclusivos de la ciudad, Cassie no pudo evitar contener la respiración.

El edificio era imponente, con una fachada moderna y líneas limpias que hablaban de lujo y exclusividad.

Ethan estacionó el coche en el garaje subterráneo y la guio hasta el ascensor, donde pulsó el botón del último piso.

Cuando Ethan abrió la puerta del ático, Cassie sintió que el mundo se expandía ante sus ojos.

Era... impresionante.

Espacioso, luminoso y con una decoración que combinaba elegancia y modernidad de una manera que hacía que Cassie se sintiera como si hubiera entrado en otro universo.

Los muebles, minimalistas pero acogedores, estaban dispuestos de manera que invitaban a relajarse y disfrutar del espacio. Una gran alfombra de lana cubría el suelo de madera oscura, y las obras de arte abstracto que colgaban de las paredes añadían un toque de sofisticación.

—¿Vives aquí? —preguntó Cassie, con los ojos abiertos como platos.

—Sí —respondió Ethan, cerrando la puerta detrás de él y dejando las llaves en el aparador.

—Wow —murmuró Cassie mientras recorría el salón, admirando cada detalle—. Esto es increíble…

Ethan sonrió, con una expresión que era mitad orgullo, mitad algo más.

—Gracias —dijo.

Cassie se giró, mirándolo directamente a los ojos.

—No te va nada mal como abogado —bromeó.

Ethan se echó a reír.

—Me alegra que te guste —dijo—. Es mi refugio. Mi lugar personal lejos del caos diario.

—Es perfecto —dijo Cassie con sinceridad.

Ethan se acercó hasta las cortinas del salón.

—Pero no has visto lo mejor… —dijo, descorriéndolas con un botón que había incrustado en la pared.

CAPÍTULO 57

Las cortinas dieron paso a unas cristaleras que iban del suelo al techo, detrás de las cuales Chicago se desplegaba en todo su esplendor, regalando una panorámica única de su paisaje urbano. Un horizonte nocturno lleno de luces que se extendían en la oscuridad como luciérnagas.

Cassie contuvo momentáneamente la respiración, mientras Ethan la observaba, expectante ante su reacción.

Durante el tiempo que habían pasado juntos, Ethan se había fijado en cómo las cosas más insignificantes o intrascendentes lograban hacerla sonreír, y también en la manera educada, respetuosa y amable en que se comportaba con la gente… hasta con los que no se lo merecían, como él.

—No sé si llega a la espectacularidad de las vistas que se pueden ver desde el mirador *Chicago Observation Deck,* pero… —comenzó Ethan.

Cassie no lo dejó terminar, estaba alucinando.

—Pero ¿qué dices? ¡Es mejor, porque lo tienes en casa! —prorrumpió entusiasmada. Dio un paso hacia adelante y se pegó al cristal—. Dios mío, es impresionante —comentó, admirando detenidamente las vistas—. ¿Sabes que podría pasarme toda la noche mirándolas? —murmuró con voz anhelante.

Ethan se acercó a ella. Sus pasos resonando suavemente sobre el suelo de madera pulida. Sus ojos no se apartaban de los suyos, reflejados en el cristal, como si estuviera hipnotizado por la profundidad y el brillo que encontraba en su mirada.

La abrazó por detrás. Su aliento rozando la nuca de Cassie.

—Yo podría pasarme toda la noche mirándote a ti —dijo, inclinando la cabeza para darle un beso en el cuello.

Cassie sonrió, acariciando sus brazos.

—Hay algo en ti esta noche que me tiene completamente hechizado —confesó Ethan, encontrándose con sus ojos a través del reflejo del cristal.

Cassie notó que un calor suave trepaba por sus mejillas, pero no apartó la mirada.

—¿Solo esta noche? —preguntó, fingiendo inocencia, aunque sus ojos brillaban con un matiz de diversión.

Ethan dejó escapar una risa suave antes de responder. Un sonido profundo y cálido que resonó en el aire como una caricia.

—Bueno, debo admitir que me tienes hechizado desde hace tiempo… Pero esta noche es especial. Quizás sea por el vestido rojo. —Suspiró, como si se rindiera a algo inevitable—. O quizás simplemente seas tú —dijo.

Un cosquilleo recorrió la espalda de Cassie ante la sinceridad en la voz de Ethan.

Se volvió lentamente para enfrentarlo, sintiendo que el espacio entre ellos se reducía a la nada. Ethan descansó suavemente las manos en su cintura.

La luz suave de las lámparas estratégicamente colocadas en el salón, creaba un ambiente íntimo y agradable, envolviendo a Cassie y a Ethan en un cálido resplandor dorado.

Chicago se extendía más allá de los ventanales con su suntuosidad. Pero dentro de aquellas paredes, el mundo se había reducido solo a ellos dos.

Como ocurría siempre.

Como si fuera magia.

Cassie levantó la mirada hacia él. El aire a su alrededor se volvió más denso, más eléctrico.

Con un movimiento lento y deliberado, Ethan inclinó la cabeza hacia ella hasta que sus labios estuvieron apenas a un suspiro de distancia.

—Cassie… —susurró, en un tono que hacía que su nombre sonara como una promesa.

—Ethan… —respondió Cassie, su voz apenas audible, como si temiera romper el encanto que los envolvía.

El beso fue al principio tierno y exploratorio, como si estuvieran descubriendo un territorio desconocido, como si ambos quisieran saborear cada momento antes de dejarse llevar por completo.

Ethan rodeó a Cassie con sus brazos, acercándola aún más, atrayéndola más cerca, mientras sentía cómo ella respondía envolviendo sus brazos alrededor de su cuello.

Sus labios se movían al unísono, sincronizados en un ritmo que solo ellos entendían.

Cassie entrelazó sus manos en la nuca de Ethan, notando la textura de su pelo en la yema de los dedos.

El calor de su cuerpo contra el suyo la hacía sentir viva, como si cada célula de su ser estuviera vibrando con la energía que fluía entre ellos.

Ethan deslizó una mano por la espalda de Cassie, acariciando la suavidad de su piel a través de la tela del vestido. Cada movimiento era lento, deliberado, como si quisiera memorizar cada detalle de ese momento.

—Eres increíble —murmuró contra sus labios. Su voz ronca y cargada de deseo.

Cassie sonrió en su boca.

—Tú también —dijo, antes de capturar sus labios en otro beso, más profundo, más intenso.

Mientras continuaban besándose lentamente, retrocedieron juntos hacia el sofá más cercano, donde cayeron suavemente sin dejarse en ningún momento de mirar.

Las caricias eran ahora más audaces, explorando y descubriendo cada rincón de piel expuesta.

Las manos de Ethan se deslizaron hasta los pechos de Cassie. Mientras se los acariciaba suavemente por encima de la tela del vestido, fue dejando un rastro de besos en la línea que iba del cuello a la clavícula.

El corazón de Cassie se aceleró de pronto.

Y los miedos llegaron, haciendo un escandaloso acto de presencia.

Cassie había sentido un fuego encenderse dentro de ella, uno que no podía ignorar.

Cada caricia, cada beso encendía más esa llama, haciéndola vibrar de una manera que no había experimentado antes. Había algo en la forma en que Ethan la tocaba, con una mezcla perfecta de delicadeza y pasión, que hacía que su piel hormigueara, pidiendo más.

Sin embargo, a medida que la intensidad del momento fue creciendo, también lo hicieron sus miedos e inseguridades.

Era como si una sombra se deslizara lentamente sobre ella, sobre el momento, recordándole todas las dudas que había intentado enterrar, que siempre intentaba enterrar, pero que nunca lo conseguía.

Quería estar con Ethan; se lo pedía el cuerpo, se lo pedía la piel, pero una parte de ella no podía dejar de sentir miedo.

Mientras Ethan continuaba besándola, Cassie comenzó a luchar internamente contra esas persistentes voces.

Empezó a sentirse incómoda.

Deseaba tanto dejarse llevar por el momento, perderse en él sin reservas ni temores. Intentó hacerlo, pero sus inseguridades volvieron a surgir con más fuerza.

Finalmente, cuando sintió que estaba al borde de romperse bajo el peso de sus propios pensamientos, de sus miedos, Cassie se apartó. Se levantó del sofá y caminó hasta la mitad del salón, donde se quedó de pie.

—Espera. Espera, por favor… —le pidió a Ethan, con una voz que rozaba la súplica. Le temblaban las manos y el corazón le latía desbocado dentro del pecho.

Sus ojos se encontraron con los de él, y vio en ellos una mezcla de sorpresa y preocupación.

—¿Estás bien? —Ethan se incorporó y se sentó en el sofá.

Cassie lo miró, sintiendo que las palabras se atascaban en su garganta.

Quería decirle que sí, que todo estaba bien, que estaba lista para dar el siguiente paso. Pero no podía. Los miedos y las inseguridades que llevaba dentro eran demasiado fuertes, demasiado abrumadores.

—No… no puedo —murmuró. Su voz era apenas un susurro cargado de emoción.

—¿Estoy yendo demasiado deprisa? —le preguntó Ethan.

Cassie se acarició los brazos mientras se mordía el labio.

—No, Ethan, no es… un problema tuyo. Es… es un problema mío.

Siempre era el mismo problema. El mismo.

Había una verdad profunda y dolorosa que llevaba consigo, una que nunca había compartido con nadie en su vida adulta.

—¿Qué pasa, Cassie? —dijo él, intuyendo que había un motivo de peso detrás de su negativa.

Cassie guardó silencio.

Solo se escuchaba el suave murmullo de la ciudad que se filtraba a través de los ventanales.

Ethan buscó su mirada, pero Cassie no levantó la cabeza.

—Puedes confiar en mí, pero si no te sientes preparada para contarme qué te ocurre, no pasa nada —dijo.

Cassie sabía que tenía que contárselo. Su hermana se lo había aconsejado. Y tenía razón. Tenía que contarle a Ethan todo, aunque aquella fuera la última vez que estuvieran juntos; probablemente después se alejaría de ella. Pero si quería construir algo real con él, tendría que abrirse completamente, aunque el miedo a su reacción la paralizara.

—Quiero estar contigo, Ethan. De verdad que quiero. Pero… —La emoción ahogó sus palabras.

Cassie lo miró con una expresión que hacía que Ethan sintiera que quería abrazarla.

—¿Pero…? —la animó.

—Yo… —empezó, pero no continuó.

—Cassie —dijo Ethan en un tono suave, rompiendo el silencio—, puedes contarme lo que sea.

Cassie respiró hondo, notando que el nudo en su garganta se hacía más grande.

Las palabras que había guardado durante años parecían querer salir, pero el miedo a ser juzgada, a ser rechazada, la paralizaba.

Sin embargo, sabía que no podía seguir ocultándolo. Ethan merecía saber la verdad, por difícil que fuera.

Ethan se levantó.

—Cassie, ven —le pidió, aferrando sus manos y llevándola hasta el sofá.

Cassie se sentó a su lado.

—Es algo que llevo conmigo desde que era niña, algo que me afectó profundamente —comenzó, con una voz temblorosa que apenas lograba sostenerse.

Sentía cómo las palabras luchaban por salir a la superficie. Era como si cada sílaba pesara una tonelada.

Ethan se inclinó hacia adelante, colocando una mano sobre la de ella. Su tacto era cálido, reconfortante, y por un momento, Cassie sintió que podía encontrar la fuerza para continuar.

—Lo que sea, Cassie —dijo Ethan, con una voz suave pero firme—. Estoy aquí para escucharte.

Cassie cerró los ojos, sintiendo que las lágrimas comenzaban a formarse en sus párpados. Respiró hondo, reuniendo el valor necesario para hablar.

—Cuando era niña… en mi pueblo, me hicieron la ablación del clítoris —soltó al fin.

CAPÍTULO 58

Las palabras salieron como un susurro, pero resonaron en el salón como un trueno. Permanecieron colgando en el aire entre ellos, cargadas de dolor y vulnerabilidad; los sentimientos que provocaban en Cassie.

Ethan se quedó en silencio unos segundos, procesando lo que acababa de escuchar.

—Joder… —masculló. Se pasó la mano que tenía libre por el pelo.

Cassie no se atrevía a levantar la vista; temía ver rechazo o incomprensión en sus ojos. Él pareció darse cuenta.

—Cassie… —murmuró, apretando suavemente su mano. Ella seguía con la cabeza agachada —. Mírame —le pidió.

Cassie finalmente reunió el coraje suficiente para mirarlo. El rostro de Ethan reflejaba una mezcla de dolor, indignación y compasión.

—Lo siento mucho. No puedo imaginar el dolor que debió causarte —dijo, sin apartar los ojos de ella. Su voz estaba llena de calidez.

Cassie notó que las lágrimas comenzaban a caer por sus mejillas, tal vez por todas las emociones que había estado conteniendo y que por fin había soltado.

Ethan levantó la mano para enjugar suavemente su rostro, sintiendo el calor que irradiaba su piel.

—Fue… terrible. La infección que me provocó la mutilación de mis genitales fue tan grande que estuve a punto de morir —dijo Cassie. Su voz sonaba más firme, mientras sacaba lo que llevaba años guardando en lo más profundo de su ser.

—Cassie… —susurró Ethan.

No le salían las palabras. Quería decir algo, cualquier cosa, pero el nudo en su garganta lo detenía.

Ella se tomó unos segundos para continuar hablando.

—Por culpa de eso tengo problemas de autoestima, de ansiedad, y a veces he caído en algún cuadro de depresión. Yo… no soy cómo otras mujeres —dijo, en un tono que sonaba a resignación—. Entendería que no quisieras estar conmigo…

Ethan enarcó las cejas, sorprendido por sus palabras.

—Un momento, ¿qué? —la interrumpió.

Cassie lo miró con incertidumbre, esperando lo peor.

—Ethan, no entiendes… —comenzó a decir, pero él la interrumpió de nuevo, esta vez con una voz más suave pero igual de firme.

—No, Cassie, eres tú la que no entiende —dijo, acercándose un poco más, como si quisiera asegurarse de que ella lo escuchara—. Lo que pasó, lo que te hicieron… eso no te define. No eres menos mujer por eso. No eres menos *tú*.

Cassie tragó saliva, sintiendo cómo las palabras de Ethan resonaban en su interior. Como si estuvieran desafiando cada una de las inseguridades que había llevado consigo durante años.

—Pero… —comenzó a decir, sin embargo Ethan no la dejó terminar.

Colocó un dedo sobre sus labios.

—Cassie, no hay «peros» —aseveró, tomando su rostro entre sus manos con una ternura que la hizo temblar.

Para su sorpresa y alivio, Cassie encontró comprensión y ternura reflejadas en la mirada de Ethan. No había ni rastro del juicio o rechazo que tanto temía.

Parpadeó sorprendida ante la pasión en sus palabras, sintiendo cómo una nueva oleada de emociones amenazaba con desbordarla.

—Eres fuerte, increíblemente fuerte —continuó hablando Ethan—. Y no voy a dejar que algo que te hicieron en el pasado te impida ver lo increíble que eres.

Cassie sintió cómo una lágrima escapaba de su ojo, y Ethan se la enjugó con el pulgar, sin apartar la mirada de ella.

—No quiero estar contigo a pesar de lo que has vivido; quiero estar contigo porque eres tú.

Las palabras de Ethan eran como un bálsamo para las heridas que Cassie llevaba dentro, pero todavía había una parte de ella que temía creerle.

—Yo todavía no sé si estoy preparada para darte lo que necesitas —dijo, con una voz que apenas era un susurro.

Ethan sonrió. Un gesto pequeño, pero lleno de sinceridad.

—¿Estás hablando de sexo? —le preguntó.

—Sí. Yo nunca he estado con nadie. No de esa forma —respondió Cassie con timidez.

Ethan la miró con una comprensión infinita, sin rastro alguno de impaciencia o frustración. Le tomó ambas manos, mirándola directamente a los ojos, y le dio un apretón suave pero firme.

—Yo voy a estar aquí, esperando, para cuando estés lista —dijo—. No voy a presionarte para nada para lo que no estés preparada.

Cassie sintió un alivio abrumador ante sus palabras. Saber que él entendía y respetaba sus límites significaba más de lo que podía expresar.

Nunca se hubiera imaginado que Ethan Lawson, el profesor más duro de la universidad, fuera capaz de ver más allá del dolor y las cicatrices, para apreciar quién era ella realmente.

Ethan la envolvió en un abrazo, y Cassie se aferró a él como si fuera su ancla en medio de una tormenta.

—Gracias, Ethan —susurró, con la voz ahogada por las lágrimas—. Gracias por… por no alejarte.

Ethan la apretó con más fuerza, sintiendo cómo su cuerpo temblaba contra el suyo.

—No voy a irme a ninguna parte, Cassie. Estoy aquí para quedarme —le aseguró, con voz firme pero llena de ternura—. No voy a alejarme.

Ethan se separó un poco, alzó la mano y estiró el dedo meñique, ofreciéndoselo a Cassie.

—Lo prometo —dijo, recordando que un día ella le había hecho prometer de aquella forma que, si aceptaba participar en el Concurso de Jóvenes Abogados bajo su tutela, no la haría sentir como una tonta si se equivocaba.

Aquel gesto arrancó una sonrisa a Cassie, que estiró el meñique de su mano derecha y lo entrelazó con el dedo de Ethan.

—Queda prometido —murmuró.

Ethan apoyó la frente en la de Cassie y suspiró.

El salón estaba envuelto en una calma íntima, como si el reloj se hubiera detenido.

La luz tenue de la luna se filtraba a través de las cortinas semiabiertas, vertiendo su resplandor sobre el suelo de madera y el sofá, donde Cassie y Ethan estaban tumbados.

El silencio no era incómodo, sino reconfortante, como un abrazo invisible.

Olía a café recién hecho y a la fragancia ligera del perfume de Cassie, mezclándose en un aroma que Ethan ya asociaba con ella.

Después de su confesión, el ambiente había cambiado. No era solo que el aire se hubiera vuelto más ligero, más liviano, sino que algo entre ellos se había transformado. Probablemente para siempre.

Cassie sentía como si le hubieran arrancado un peso enorme de los hombros. El dolor no había desaparecido (nunca lo haría), pero ahora, al menos, no lo llevaba sola.

Ethan estaba allí, y su presencia era una suerte de bálsamo para las heridas que todavía seguían abiertas.

Él la observaba con una mirada llena de ternura y respeto, acariciándole suavemente el brazo con los dedos, como si cada palabra que ella había compartido fuera un tesoro que él guardaría para siempre.

—Cassie —dijo Ethan, rompiendo el silencio—, ¿quieres que te lleve a casa? —preguntó, aunque en su interior deseaba que ella se quedara un poco más.

Cassie lo miró, todavía tenía los ojos ligeramente enrojecidos por las lágrimas.

—En realidad… —dijo, con una pequeña sonrisa esbozada en los labios—. Me gustaría quedarme contigo, si te parece bien.

Ethan sonrió.

—Me parece genial —respondió él—. Además, tengo un par de películas terribles que podríamos ver para reírnos un rato antes de dormir.

Cassie soltó una risa suave, agradecida por el toque de humor que aligeraba el ambiente.

—Eso suena perfecto —dijo.

Ethan le dio un beso en la punta de la nariz y se levantó del sofá. Ella imitó su acción y también se levantó.

—Será mejor que te deje algo cómodo para dormir.

—Sí, este vestido no lo es —dijo Cassie.

Ethan la guio hacia su habitación, donde la decoración era elegante y minimalista. La cama estaba cubierta con un edredón azul oscuro y varias almohadas desordenadas.

Ethan se dirigió a su armario y buscó algo para que Cassie pudiera dormir cómoda. Después de un momento, regresó con una camiseta blanca grande, que extendió hacia ella con una sonrisa.

—Aquí tienes —dijo, en un tono juguetón—. No es exactamente un pijama de seda ni lencería fina, pero espero que te sirva. Y prometo que está limpia.

Cassie rio mientras tomaba la camiseta de sus manos.

—Gracias. Creo que puedo sobrevivir sin lencería fina por una noche —bromeó.

Cassie se dirigió al baño para cambiarse, mientras Ethan permaneció en la habitación.

Cuando Cassie regresó con su camiseta, que le llegaba hasta medio muslo, Ethan no pudo evitar sonreír. Ella se acercó a él con una expresión divertida en el rostro.

—¿Qué tal me queda? —preguntó, girando sobre sí misma como si estuviera exhibiendo un vestido de alta costura.

Ethan fingió evaluarlo seriamente antes de responder, acariciándose la barbilla con la mano.

—Bueno… creo que acabas de hacer que mi vieja camiseta parezca mucho más glamurosa de lo que jamás pensé posible —dijo con un guiño juguetón.

Ambos se echaron a reír.

—Gracias —le agradeció Cassie.

Y Ethan supo que no se refería solo a la camiseta.

Se acercó a ella, envolviéndola en un abrazo suave pero firme.

—Estoy aquí, contigo —dijo.

Cassie apoyó la cabeza en su pecho y cogió aire, embriagándose de su olor.

Se quedaron así unos instantes.

—Voy a cambiarme —anunció Ethan, al tiempo que deshacía el abrazo y se metía en el cuarto de baño.

Cassie intentó no quedarse boquiabierta cuando apareció un rato después en la habitación sin camisa, con el pantalón del pijama colgando ligeramente de las caderas y el torso desnudo, revelando unos abdominales tan marcados que parecían esculpidos por un artista renacentista.

«Dios mío —pensó, mientras tragaba saliva y fingía interés en una mancha imaginaria en la sábana—. ¿En serio tiene que ser tan perfecto? ¿No hay alguna ley universal que prohíba a los profesores de Derecho tener un *six-pack*?»

Se mordió el labio para no soltar un comentario estúpido, pero no pudo evitar sonreír.

Ethan, por su parte, parecía completamente ajeno al efecto que su físico estaba teniendo en ella, lo que solo lo hacía más atractivo.

«Esto no es justo», se dijo Cassie, mientras intentaba recordar cómo respirar.

Apartó las sábanas y se metió en la cama. Un minuto después, mientras Ethan se quitaba el reloj de la muñeca, notó cómo el colchón cedía bajo su peso al tumbarse a su lado.

Ethan apagó las luces, dejando solo una lámpara con un resplandor muy tenue encendida en la mesilla de noche.

Se acomodaron uno junto al otro.

Cassie apoyó la cabeza en su pecho firme. Él la envolvió con sus brazos, ajustándose perfectamente a su cuerpo, como si fueran dos piezas de un rompecabezas.

Cassie no pudo evitar sonreír.

«Esto es ridículamente cómodo», pensó, mientras el calor de su cuerpo la envolvía como una manta humana.

Ethan, por su parte, intentaba no pensar demasiado en lo suave que era su piel, o en cómo su pelo olía a vainilla y algo más que no podía identificar, que era exclusivo de Cassie, pero que le resultaba adictivo.

«Solo dormir», se recordó a sí mismo, aunque una vocecita traviesa le susurró que la noche se iba a convertir en una especie de tortura dulce.

Aun así, cuando Cassie suspiró satisfecha y se ajustó un poco más contra él, Ethan decidió que, si eso era lo que podía tener por ahora, estaba perfectamente bien.

Sonrió contra su hombro.

Antes de cerrar los ojos, Cassie murmuró:

—Gracias por ser tú, Ethan.

Él se inclinó un poco y besó suavemente la parte superior de su cabeza.

—Gracias por confiar en mí.

CAPÍTULO 59

El amanecer se filtraba suavemente a través de las cortinas, llenando la habitación con una luz dorada y cálida.

Cassie fue la primera en abrir los ojos, sintiendo el ritmo constante del corazón de Ethan bajo su mejilla y el calor de su cuerpo. Sus brazos todavía la rodeaban, firmes pero suaves, como si incluso en sueños él supiera que debía protegerla.

Había algo profundamente reconfortante en despertar así, envuelta en su abrazo.

Durante un rato, Cassie se permitió disfrutar de la calma, de la sensación de seguridad que le daba estar allí, en sus brazos.

Ethan se movió ligeramente a su lado, despertando con un suspiro suave, al sentir que Cassie se incorporaba un poco para mirarlo.

Sus ojos aún estaban medio cerrados, pero una sonrisa perezosa apareció en su rostro al verla.

—Buenos días —murmuró, su voz sonaba ronca por el sueño, mientras ajustaba su brazo alrededor de la cintura de Cassie.

—Buenos días —respondió ella, con una sonrisa tímida.

Ethan notó que el cuerpo de Cassie se relajaba contra el suyo, y eso le pareció una buena señal.

Hubo un momento de silencio, solo interrumpido por el suave tic-tac del reloj en la mesilla de noche. Y ambos disfrutaron de ese momento de tranquilidad antes de que el mundo exterior reclamara su atención.

Ethan se inclinó y le dio un pequeño beso en los labios.

—¿Qué tal has dormido? —le preguntó.

—Demasiado bien —respondió Cassie—. Eres una muy buena almohada —bromeó, con ese humor que era tan propio suyo.

Ethan soltó una carcajada.

—Me alegro de hacer bien mi función de menaje de hogar —dijo.

En ese momento fue Cassie quien rio.

Ethan alargó la mano y le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

El teléfono de Cassie sonó con un WhatsApp. Lo cogió de la mesilla y abrió la aplicación.

—Es de Keeya —dijo.

Keeya: ¿Dónde estás? Dime que la fiesta de la universidad se ha alargado hasta el amanecer y que te estás tomando un chocolate con churros en alguna cafetería del centro, o mejor aún, que has pasado la noche con Ethan. Por favor, da señales de vida. Estoy preocupada.

Cassie torció el gesto.

—Mierda —farfulló.

Rápidamente comenzó a teclear una respuesta en su móvil.

Cassie: Estoy bien, tranquila. No te preocupes. Estoy con Ethan. Ya te contaré. Ah, y siento no haberte avisado.

Por suerte, Keeya contestó de inmediato.

Keeya: Vale. No hay problema. Es que con todos los líos de papá enseguida me saltan las alarmas.

Cassie: Lo sé. Lo siento.

Keeya: No pasa nada. Te perdono si luego me cuentas qué tal te ha ido con Ethan.

Cassie: ¡Hecho!

—¿Pasa algo? —le preguntó Ethan, preocupado, al ver la expresión de su rostro.

—No avisé a mi hermana de que me quedaba contigo y estaba preocupada, con todo lo que está pasando con mi padre, estamos con las alarmas encendidas las veinticuatro horas del día —respondió Cassie, dejando de nuevo el móvil en la mesilla.

Ethan se incorporó un poco, apoyándose en el codo para mirarla mejor. Su rostro todavía estaba adormilado, pero sus ojos reflejaban una atención total.

—¿Sabéis algo más de él? —se interesó, pasándose una mano por el pelo para apartarlo de su rostro.

—No, pero sigue con la intención de venir a Estados Unidos —dijo Cassie.

—Lo de tu padre es un asunto grave, ¿verdad?

Cassie tomó una respiración profunda antes de responder.

—Sí, si mi padre logra llevarse a mis hermanas, correrán la misma suerte que yo —comenzó, en tono amargo—. No quiero que ellas pasen por lo mismo que yo pasé, y mi madre tampoco. Por eso huimos de Namibia con ella. Mi madre sufrió mi mutilación genital contra su voluntad, y no quería que mis hermanas fueran víctimas de esa terrible práctica.

Ethan escuchaba atentamente, sintiendo cómo cada palabra revelaba más sobre la fortaleza y el coraje de Cassie. Su admiración por ella crecía con cada confesión.

—En Namibia no es habitual, excepto en alguna comunidad de inmigrantes. De hecho, a mi madre no se la hicieron, pero mi padre y su familia son de Kenia, y allí está muy arraigado que a las niñas se les practique la mutilación genital, por eso me la hicieron a mí y, por supuesto, mis hermanas iban a correr la misma suerte. Ese es el motivo por el que nos fuimos —continuó—. Por eso tememos que mi padre nos encuentre. Si logra dar con nuestro paradero, a mis hermanas las llevará de vuelta a nuestro país para... para hacerles lo mismo.

—Debe de ser muy difícil para ti —dijo Ethan—. No puedo imaginar el miedo que debes sentir por ellas.

Cassie se quedó unos instantes callada. Movió la cabeza, afirmando.

—Es una práctica terrible. Cruel y terrible —repuso—. Ninguna niña, ninguna mujer debería de pasar por algo así.

—¿Lo recuerdas? —le preguntó Ethan.

—Como si fuera ayer —respondió Cassie con contundencia—. Tenía once años. Me vendaron los ojos y me desnudaron, mientras tres mujeres me inmovilizaban. Una de ellas me pasó los brazos por el pecho para sujetarme. Las otras dos me separaron los muslos para que mis genitales quedaran completamente expuestos y mi abuela, la madre de mi padre, con una cuchilla de afeitar, me extirpó el clítoris. —Cassie se quedó en silencio unos segundos, recordando aquel momento—. Recuerdo sentir un dolor inhumano. Empecé a dar patadas para tratar de liberarme, a un lado y a otro, me retorcí sobre mí misma mientras gritaba y gritaba, pero nadie venía a ayudarme. Mi padre encerró a mi madre en casa y no la dejó salir hasta que no terminó todo el proceso. —Cassie tomó una bocanada de aire—. Tampoco hubiera podido hacer nada… Pero ahí no acabó el dolor. Me cortaron el labio menor y rasparon la carne del labio mayor. Y para verificar que el trabajo estaba bien hecho, me metieron los dedos en la vagina.

Ethan apretó los dientes con fuerza. Un músculo se movió en su mandíbula.

—Ni siquiera te cosen las heridas con hilo quirúrgico —habló de nuevo Cassie—. Unen los labios mayores mediante espinas de acacia, que perforan la carne. Colocan tres o cuatro a lo largo de la vulva y las fijan con hilo de coser o con crin de caballo, como fue en mi caso. Y como eso no basta para asegurar que los labios queden pegados, me inmovilizaron las piernas desde la pelvis a los pies con tiras de tela.

Ethan negó con la cabeza, horrorizado.

Era espeluznante. Lo que estaba relatando Cassie era espeluznante. Nunca una palabra había expresado mejor unos hechos como los que estaba contando.

—El único calmante para el dolor es una pasta hecha a base de hierbas que te ponen en los

genitales… Mejor dicho, en lo queda de ellos, porque lo extirpan casi todo: clítoris, labios… —dijo—. Las consecuencias que sufrimos son terribles: hemorragias, problemas urinarios, llagas en lo genitales, lesiones… Yo tuve una septicemia. La infección fue tan grande que me puso al borde de la muerte, porque utilizan la misma cuchilla para todas niñas; sin desinfectar, sin limpiar, sin… nada. —Suspiró—. Creo que me salvé por todo lo que rezó mi madre por mí, y por todo lo que lloró suplicando que no me muriera. Estoy viva de milagro.

Ethan miró a Cassie.

La luz dorada del amanecer bañaba su rostro. Sus ojos negros reflejaban una mezcla de dolor y fortaleza que solo alguien que ha sobrevivido a lo inimaginable podría poseer.

—Recuerdo el dolor, el miedo, los gritos, la indefensión… y luego la oscuridad, cuando me desmayé —continuó Cassie. Su voz tembló ligeramente al recordarlo—. Fue… fue como si me arrancaran una parte de mí misma.

—Es que te arrancaron una parte de ti —aseveró Ethan.

La había estado escuchando en silencio, con una expresión que mezclaba horror, tristeza e impotencia.

Cada palabra era como un golpe en el estómago, y se dio cuenta de lo poco preparado que estaba para enfrentar la magnitud del sufrimiento que Cassie había soportado, del que aún sobrellevaba en los hombros. Algo así no podría olvidarlo nunca.

Quería decir algo, cualquier cosa, pero las palabras no llegaban. ¿Cómo podía consolar a alguien que había pasado por algo tan dantesco siendo tan solo una niña? ¿Cómo podía aliviar un dolor que ni siquiera podía comprender del todo?

—Me gustaría… poder decirte algo para consolarte, algo que pudiera reconfortarte, pero no encuentro palabras que puedan hacerlo —dijo Ethan, con sinceridad. Su voz era apenas un susurro que delataba su frustración.

Ethan sabía que cualquier cosa que dijera sería insuficiente para aliviar el peso del pasado de Cassie.

—Lo siento, Cassie. Lo siento mucho —fue lo único que se le ocurrió decir.

—No hace falta que digas nada —murmuró Cassie, bajando la mirada—. Solo… solo estar aquí, escuchándome, es suficiente.

Para ella, el hecho de que estuviera ahí, escuchándola de la manera que lo había hecho, significaba más de lo que las palabras pudieran expresar.

Con cuidado, Ethan rodeó a Cassie con sus brazos, atrayéndola hacia él en un abrazo. Sintió cómo ella se relajaba contra su pecho, permitiéndose ser vulnerable en su refugio seguro.

En ese momento Ethan comprendió que a veces el consuelo no se encontraba en las palabras, sino simplemente estando ahí.

Cassie cerró los ojos, dejando escapar un suspiro tembloroso mientras se aferraba a él. El calor del cuerpo de Ethan y el latido acompasado de su corazón le ofrecían una sensación de paz que había creído inalcanzable.

Ethan apoyó suavemente su barbilla sobre la cabeza de Cassie.

—Ahora entiendo por qué quieres especializarte en Derechos Humanos —dijo.

—¿Te acuerdas? —le preguntó Cassie.

—Sí, lo dijiste el primer día de clase, cuando te presentaste.

Cassie no pudo dejar de sorprenderse de que Ethan recordara aquel detalle.

En aquel momento, Ethan no había comprendido completamente la profundidad detrás de sus palabras, pero ahora todo tenía sentido.

—Quiero luchar contra estas prácticas y ayudar a otras niñas y mujeres a no pasar por lo mismo —dijo Cassie.

—Estoy seguro de que harás una gran diferencia en el mundo —afirmó Ethan.

—¿De verdad lo crees? —le preguntó Cassie.

Ethan la apretó contra su pecho como si pudiera protegerla de todo el dolor del mundo. Cassie se aferró a él, hundiendo el rostro en su hombro.

—Sí —respondió.

CAPÍTULO 60

—¿Qué fin cultural tiene la mutilación genital femenina? ¿Por qué se hace? —le preguntó Ethan a Cassie, sentados uno frente a otro en la isla de la cocina.

Habían preparado juntos el desayuno mientras charlaban, aunque Cassie se había descuidado y había medio quemado las tostadas.

—Los argumentos más comunes son aceptación social, por higiene, para conservar la virginidad, para hacer que sea más fácil casar a la mujer y para aumentar el placer sexual de los hombres —respondió Cassie.

—¿En detrimento del vuestro? —dijo Ethan con incredulidad, mientras movía el café con la cucharilla.

Cassie asintió en silencio.

—Uno de sus objetivos es eliminar el placer sexual en las mujeres —contestó, antes de dar un mordisco a su tostada. Ethan sacudió la cabeza, lanzando un bufido—. En algunas culturas se considera como un rito de transición a la vida adulta y como prerrequisito matrimonial —continuó explicando Cassie, después de masticar el bocado—. Las mujeres que no se someten a la mutilación genital no se les considera saludables, ni limpias, ni siquiera valiosas.

—Joder, es dantesco —comentó Ethan sin poder evitarlo.

Levantó la taza y dio un sorbo de café.

—Lo es, por eso cada vez se practica a niñas más pequeñas, para evitar que quienes la sufren juzguen la mutilación genital por sí mismas al ser mayores.

—Como haces tú —intervino Ethan.

—Sí, y se den cuenta de que lo que nos hacen es una aberración.

Ethan dejó la taza en la isla.

—Entiendo que tu madre y tú no queráis que tus hermanas pasen por lo mismo. Es… No hay palabras para describirlo. —Se pasó la mano por la cabeza.

—No solo no queremos por la práctica en sí, que ya es horrible, sino porque hay niñas que mueren desangradas o por infecciones en las semanas posteriores a la intervención. Ya te he contado cómo se realiza. De una manera rudimentaria y sin ningún cuidado por curanderas o ancianas. Y por supuesto nunca se hace en centros sanitarios.

Ethan se quedó un momento pensando. Su mente trabajaba a toda velocidad, mientras sopesaba las opciones legales que podrían proteger a las hermanas de Cassie.

—Cassie, puedo ayudarte a que tu padre no entre en Estados Unidos y, en el caso de que entre de forma legal o ilegal, que no pueda salir con tus hermanas —dijo.

Cassie alzó la vista hacia él, con los ojos iluminados por un rayo de anhelo que no había estado allí antes.

—¿De verdad? —preguntó.

—Sí. Hay leyes que podemos usar para protegerlas —respondió Ethan—. Estados Unidos tiene leyes específicas contra la mutilación genital femenina, y aunque no es un delito federal en todos los Estados, hay formas de impedir que tu padre se lleve a tus hermanas fuera del país. Podemos solicitar una orden de restricción para evitar que se acerque a ellas, y si intenta sacarlas del país, podemos alertar a las autoridades fronterizas —le explicó—. Además, si logramos demostrar que existe un riesgo inminente para su seguridad, podríamos incluso conseguir que se les otorgue asilo o protección especial.

Cassie lo escuchaba con atención, cada palabra de Ethan alimentaba una esperanza que comenzaba a crecer en su interior.

—Pero… ¿cómo podemos probar que él quiere llevárselas para practicarles la mutilación genital femenina? —preguntó, con un matiz de preocupación en la voz—. No tenemos pruebas concretas. Mi padre puede alegar que solo quiere verlas. Al fin y al cabo, es su padre, y tendría derecho.

Ethan asintió, sabiendo que ese era uno de los obstáculos a tener en cuenta.

—Es cierto que necesitamos pruebas, pero no tiene que ser algo tangible como un documento o una confesión. Podemos presentar tu testimonio, el hecho de que a ti te hicieran esa práctica y que tu padre haya expresado su intención de hacer lo mismo con tus hermanas es suficiente. También contará el hecho de que es una práctica que, por tradición y cultura, se ha realizado en todas las mujeres de tu familia paterna.

—¿Y si mi padre ya está aquí, en Estados Unidos? —preguntó Cassie.

—Si ya está en el país, actuaremos de inmediato —respondió Ethan, sin titubeos—. Presentaremos una solicitud de emergencia ante el juez y solicitaremos una orden de protección. También podemos notificar a las autoridades migratorias para que lo vigilen y eviten que salga del país con tus hermanas —le explicó en tono profesional—. Cassie, no voy a dejar que eso pase.

Cassie tragó saliva.

El peso de la situación se hacía más ligero, aunque no desaparecía por completo. Conocía muy bien a su padre, y sabía el carácter autoritario y tenaz que tenía. No desistiría de su idea fácilmente. Ni siquiera aunque la justicia se le echara encima. Ni siquiera aunque el mundo entero estuviera en su contra.

—Me gustaría poder comentarlo con mis compañeros del bufete —comenzó Ethan—. Estoy seguro de que entre todos daremos con una solución. Trevor, el que arregló tu portátil cuando estuviste en mi despacho, está especializado en Derecho Familiar y es el mejor abogado del país en lo suyo.

Ethan recordó que fue Trevor el que aconsejó a Samuel que Haley y él vivieran juntos (a pesar

de llevarse como el perro y el gato), para que no les quitaran la custodia del pequeño Nico cuando sus padres murieron en un trágico accidente de tráfico.

Miró a Cassie, consciente de la delicadeza del tema que estaban abordando.

—¿Te importaría que les contara tu caso? —le preguntó.

Ethan entendía que la mutilación genital era una experiencia profundamente personal e íntima, un capítulo de la vida de Cassie que le pertenecía solo a ella. Quería asegurarse de que cualquier paso hacia adelante se diera con su consentimiento.

Cassie lo miró a los ojos, agradecida por su consideración.

—No, por supuesto que no me importa —respondió de inmediato, sin dudarlo un solo segundo.

—Sobra decir que contarás con su discreción, aparte, claro está, del secreto profesional —añadió Ethan.

—Confío en ti, Ethan —dijo Cassie—. Y confío en tus amigos.

—Somos los mejores abogados del país por separado, Cassie, así que juntos nos convertimos en imparables —dijo Ethan. Quería transmitirle confianza, seguridad y un ápice de esperanza, y que supiera que no estaba sola. Ya no—. Hemos ganado casos que parecían imposibles. Así que, si hay una forma de proteger a tus hermanas, la encontraremos. No importa cuánto tiempo lleve o cuántos recursos necesitemos. Lo haremos.

Cassie lo miró, sintiendo cómo sus palabras llenaban el aire con una energía que casi podía palparse. No era solo la confianza de Ethan lo que la impresionaba, sino la forma en que hablaba de sus socios, como si fueran una extensión de sí mismo.

Ethan alargó el brazo por encima de la superficie de mármol de la isla, tomó la mano de Cassie y la acarició con el pulgar.

—Todo va a salir bien —dijo.

Cassie lo miró, notando cómo una oleada de esperanza la inundaba. Por primera vez en mucho tiempo, sentía que no estaba sola en esa lucha.

Sonrió, esperanzada.

—¿Dónde viven tu madre y tu hermana pequeña? —preguntó Ethan.

—En Evansville, Indiana. Cuando me admitieron en la Universidad de Chicago, teníamos idea de venirnos todas aquí, pero luego pensamos que lo más seguro para nosotras era separarnos. Yo me vendría a Chicago con mi hermana Keeya y mi madre se quedaría con Nadira, la más pequeña, en Evansville. Separadas, mi padre tendría menos posibilidades de encontrarnos a todas.

—Por culpa de tu padre estáis separadas —comentó Ethan.

Cassie alzó un hombro. Ella ya estaba acostumbrada a esa situación.

—Es lo mejor —dijo, simplemente, sin victimismos—. Desde que llegamos a Estados Unidos hemos vivido en varios Estados. No es la primera vez que mi padre viene a buscarnos. Así que nos hemos visto obligadas a jugar al despiste con él.

Ethan inhaló hondo.

La historia que rodeaba a Cassie era espantosa, se mirara como se mirara. Y él tenía que poner remedio a todo aquello de alguna forma.

—El lunes me pondré a trabajar en ello sin falta —aseveró.

—Ethan, no sé cómo agradecértelo… —dijo Cassie con los ojos brillantes.

Ethan se inclinó hacia adelante y le dio un beso en la frente.

—No tienes que agradecerme nada, Cassie —dijo, con un tono suave pero firme.

Con esas palabras flotando en el aire, ambos se quedaron en silencio unos instantes, mirándose con complicidad.

En aquel instante, Cassie supo que había dado el primer paso para proteger a sus hermanas y, quizá, para cerrar definitivamente una herida que aún le dolía.

CAPÍTULO 61

Después de desayunar, Ethan llevó a Cassie a su casa.

Ella estaba como subida en una nube, tratando de poner de alguna manera los pies en la realidad, cuando sonó su teléfono. Era un WhatsApp de Ingrid.

Ingrid: ¡Hola, dormilona!

Cassie: Hola.

Ingrid: ¿Dónde te metiste anoche? Yo me fui con el chico con el que estaba hablando, el de segundo curso y… ¡Santo Dios!

Cassie: ¿Hubo fuego?

Ingrid: Incendiamos su coche, jajaja

Cassie: Jajajaja

Ingrid: Hemos quedado para volver a vernos.

Cassie: ¿Así que la cosa pinta bien?

Ingrid: Muuuuy bien. ¿Y tú?

Cassie: Pues yo no sé por dónde empezar a contarte.

Ingrid: Joder, ¿tan intenso fue el final de la noche?

Cassie: Si.

Ingrid: Antes de perderte la pista me pareció ver que estabas hablando con Gerard en una de las terrazas.

Cassie: Sí, se me declaró.

Ingrid respondió rápidamente.

Ingrid: Bueno, era un poco de esperar. Supongo que estaba esperando un momento así… Seguro que su declaración de amor fue digna de telenovela.

Cassie: No exactamente, estaba un poco borracho, e intentó besarme.

Ingrid: ¡¡¡¿Cómooooo?!!! (que sepas que acabo de escupir parte del tercer café que me estoy tomando).

Cassie rio. Ingrid continuó escribiendo.

Ingrid: ¡Madre mía! Si hubiera estado cerca, le habría echado un cubo de agua fría, en plan: «¡Gerard, relájate!».

Cassie: Por supuesto me aparté.

Ingrid: Esto huele a más drama que en un culebrón.

Cassie: Si te soy sincera, no sabía dónde meterme, y me quedé bastante chafada. Gerard es mi amigo.

Ingrid: ¿Y qué le dijiste?

Cassie: Que en estos momentos no quiero tener una relación sentimental, que quiero centrarme en los estudios, en la carrera… No le podía decir que tengo algo con Ethan Lawson.

Ingrid: ¡No, por Dios! ¡Montaría un berrinche!

Cassie: Según se toma las cosas, seguro. Y más si se entera de que es Ethan Lawson. No lo puede ni ver. Aunque todavía estoy asimilando lo que pasó. Pero se quedó dolido.

Ingrid: No puedes sacrificar tu felicidad por no herir a los demás. Fuiste sincera.

Cassie: Bueno, no del todo…

Ingrid: Ya…, pero dadas las circunstancias, Gerard de momento no puede saber lo que tienes con Ethan.

Cassie: Por eso no me atreví a contárselo. Puede que esté despechado y utilice esa información en mi contra. No le conozco lo suficiente como para asegurar que no haría algo así.

Ingrid: Estoy de acuerdo contigo. Sea como sea, no te preocupes. En el fondo no le has engañado ni estás jugando con sus sentimientos.

Cassie: Eso es verdad.

Ingrid: Tú no tienes la culpa de gustarle. Las cosas del corazón a veces son así. Y ahora dime cómo volviste a casa. ¿Pediste un taxi?

Cassie: No, ahí viene la segunda parte…

Ingrid: ¿Hay segunda parte?

Cassie: Sí. Deberías cambiar el café por unas palomitas.

Ingrid: Por Dios, si que te dio de sí la noche, jajaja… A ver, cuenta, cuenta…

Cassie: Me fui con Ethan… a su ático…

Ingrid: La madre que te parió. ¡Eso es lo primero que tenías que haberme contado! ¿Hubo…? Ya sabes…

Cassie se echó a reír, negando con la cabeza.

Cassie: No. Solo dormimos juntos.

Ingrid: Ejem, ejem… «dormimos juntos» suena muy sospechoso. Ponlo en negrita y subrayado, por favor.

Cassie: Jajajaja, en serio, Ingrid, no pasó nada. Nada que solo pudieran escuchar los mayores de 18 años.

Ingrid: ¿De verdad?

Cassie: Sí.

Ingrid: Entonces, ¿solo hablasteis? ¿Con Ethan Lawson?

Cassie sabía que a Ingrid le resultaba extraño que no se hubiera acostado con Ethan. La próxima vez que hablaran, tendría que contarle su situación.

Y aunque no había tenido sexo con Ethan, había sido una noche muy intensa, con miradas cómplices, confesiones a media voz y una conexión que la había estremecido hasta el fondo.

Cassie: Ya te contaré los detalles, y por qué solo dormimos juntos, ¿vale?

Lo mejor sería que se lo contara en persona. Ingrid pareció intuir algo porque no insistió.

Ingrid: Vale.

Cassie: Y tú, cuéntame más detalles de tu noche con «el chico de segundo curso».

Ingrid: A ver, es guapo, gracioso y… ¡besa de puta madre!

Cassie volvió a reírse al otro lado de la pantalla.

Y entre risas, Ingrid continuó contándole cómo había estado su noche con «el chico de segundo curso».

CAPÍTULO 62

Cassie y Keeya estaban sentadas en la cama de Cassie, con las piernas cruzadas a estilo indio y una taza de té matcha entre las manos.

Keeya, tan expresiva como siempre, miraba a su hermana con ojos expectantes.

—Le conté todo, Keeya, como me aconsejaste. Lo que me pasó en Namibia. Lo de la mutilación genital.

Keeya se quedó boquiabierta, sus ojos oscuros abriéndose como platos.

La taza de té que sostenía quedó suspendida en el aire, a medio camino de la boca, como si el tiempo se hubiera detenido durante un instante.

—¿Se lo contaste? ¿Todo? —preguntó, casi en un susurro.

Cassie asintió.

—Sí. Todo. Y él... él lo entendió, Keeya. No me juzgó ni se alejó de mí. Al contrario, me dijo que estaba dispuesto a esperar el tiempo que fuera necesario. Que no importaba cuánto tardara, que él estaría ahí cuando yo estuviera lista.

Una enorme sonrisa iluminó el rostro de Keeya.

—¡Sabía que Ethan era un buen tío! Te lo dije, ¿verdad? Te dije que él era diferente —exclamó.

Cassie rio suavemente, sintiendo cómo el calor de la felicidad inundaba su pecho por completo.

—Sí, lo dijiste. Y tenías razón. Él es... increíble. —Una sonrisa de oreja a oreja se extendió a lo largo de su rostro.

Cassie todavía estaba asimilando todo lo que había pasado con Ethan. El modo en el que él había aceptado las cosas. Su disposición a esperar pacientemente hasta que ella estuviera preparada para dar el siguiente paso. Sin juicios, sin prisas, con una paciencia que le había aportado una seguridad que no había sentido hasta ese momento.

Recordaba la intensidad de sus miradas, llenas de comprensión y de ternura, y cómo sus abrazos la envolvían en una calma que parecía borrar todos sus miedos. Todo lo que había sentido al dormir abrazados, la seguridad y la paz que le transmitía su presencia, era algo nuevo y… maravilloso.

Su corazón latía con la certeza de que Ethan era verdaderamente especial.

Durante la siguiente hora, Cassie le narró a Keeya los detalles de la noche que había pasado con él y cómo habían dormido juntos.

Cuando terminó, Keeya se inclinó hacia adelante y tomó las manos de su hermana, apretándolas con fuerza.

—Estoy tan feliz por ti, Cassie. De verdad. Mereces a alguien como él.

Cassie sonrió.

—Si te soy sincera, nunca pensé que Ethan reaccionaría así —dijo.

—Las apariencias engañan, hermanita.

—Sí, las apariencias engañan —repitió Cassie—. Otra lección que he aprendido.

Keeya dibujó en los labios una sonrisa traviesa. No iba a perder la oportunidad de picar a su hermana.

—Tienes que llamar a mamá para contarle que estás saliendo con un chico blanquito que, por cierto, es tu profesor de Universidad —dijo en tono de broma—. Seguro que le encantará saberlo.

Cassie soltó una carcajada, casi derramando el té que le quedaba en la taza.

—¡Estás loca! —exclamó entre risas—. No voy a llamar a mamá para contarle eso.

Keeya levantó las cejas con fingida sorpresa, llevándose una mano al pecho dramáticamente.

—¿Qué? ¿No quieres compartir con mamá la emocionante noticia de que su hija está viviendo una novela romántica interracial con un blanquito que está más bueno que el pan? ¡Es material de telenovela! De esos dramas coreanos que tanto le gustan a ella.

—¡Oh, por Dios, deja de decir tonterías! —exclamó Cassie. Negó con la cabeza, aún riendo—. Además, mamá no tiene ningún problema con los blancos.

Keeya rio.

—Estoy segura de que si se lo contarás probablemente reservaría un vuelo de inmediato, solo para conocerlo y darle «la charla» —Keeya hizo con los dedos el gesto de las comillas.

—Yo también —afirmó Cassie—. Y no estoy lista para ese nivel de caos.

Las dos se echaron a reír, imaginándose la escena.

—Tienes razón, sería como soltar un huracán en medio de una brisa tranquila —dijo Keeya—. Pero admítelo, sería divertido ver cómo Ethan intenta impresionar a mamá, mientras ella lo interroga sobre sus intenciones con los brazos en jarra y el ceño fruncido.

Cassie puso los ojos en blanco con afecto y tomó un sorbo de su té.

—Sí, claro… divertido para ti porque estarías mirando desde lejos con un bol de palomitas en las manos, como si se tratara de una película de Netflix.

Keeya siguió con la broma.

—Dime que me dejarás estar presente. Quiero estar ahí cuando se lo cuentes a mamá. Imagínate su reacción: «¿Joven? ¿Blanco? ¿Y tiene una moto? Cassie, ¿estás segura de que no es

un delincuente?».

Cassie se rio aún más. Tuvo que dejar la taza sobre la mesilla para no terminar derramando el té por el edredón.

—Mamá no diría eso —masculló, aunque sabía que Keeya no estaba del todo equivocada.

Keeya apuntó a Cassie con el dedo índice.

—Sí que lo diría, y lo sabes.

Cassie la miró con una sonrisa cómplice. Arrugó la nariz.

—Sí, es verdad, lo diría —admitió—. Pero de momento no hay nada que contar. Ethan y yo nos estamos conociendo. Ninguno de los dos sabe qué puede pasar más adelante.

Pero Keeya no la escuchaba.

—Prométeme que me dejarás organizar la boda.

Cassie aferró la almohada y le dio a Keeya en el costado con ella.

—¡Keeya! —gritó, riéndose—. ¡No hay boda! ¡Todavía no estamos saliendo!... No oficialmente.

Keeya empezó a reírse a carcajadas.

—Bueno, cuando lo estéis, ya sabes a quién llamar —dijo, con un guiño—. Y no olvides decirle a mamá que su yerno favorito es un *sexy* blanquito con una moto más grande que tu *Beetle*.

Cassie sacudió la cabeza.

—Eres imposible —dijo, aunque no podía evitar sonreír.

—Por si acaso, prométeme que me dejarás organizar tu boda —repitió Keeya, y alzó el dedo meñique para sellar la promesa.

Cassie entrelazó su dedo con el de su hermana, al tiempo que lanzaba un suspiro resignado.

—Prometido —dijo.

Tras las risas y la complicidad, Cassie adoptó una expresión más seria.

—Hay algo más que quiero comentarte —comenzó, pasado el momento de algarabía—. Ethan y sus tres socios del bufete están dispuestos a ayudarnos con el problema de papá. Van a hacer todo lo posible para impedir que nos lleve de vuelta a Namibia.

Keeya se quedó en silencio unos segundos, procesando la información.

—¿Lo dices en serio, Cassie? —preguntó, como si no terminara de creérselo.

Cassie asintió.

—Sí —respondió—. Están dispuestos a ayudarnos. Van a hacer todo lo posible para protegernos, para asegurarse de que papá no pueda llevaros a Nadira y a ti de vuelta a Namibia, para haceros lo mismo que me hicieron a mí.

—No puedo creerlo…

Keeya se llevó una mano al pecho como si intentara calmar el latido acelerado de su corazón.

—No puedo creer que vayan a hacer eso por nosotras. —Cassie envolvió las manos de su hermana entre las suyas—. Es como si por fin tuviéramos una oportunidad real de salir de esta pesadilla, Cassie —dijo, con los ojos húmedos.

Las dos hermanas se miraron fijamente durante un momento. Cassie apretó las manos de Keeya con suavidad.

—Sí, Keeya. Por primera vez no estamos solas en esto —dijo con voz firme pero emocionada.

Una lágrima escapó de los ojos de Keeya y rodó por su mejilla.

Cassie alargó la mano y se la enjugó. Después apoyó su frente en la de su hermana y esbozó una débil sonrisa de alivio. Por fin empezaban a ver la luz al final del túnel.

Era como si un rayo de esperanza hubiera atravesado la densa nube de incertidumbre que había oscurecido sus vidas durante tantos años.

Por primera vez, la posibilidad de que aquel mal sueño terminara pronto se vislumbraba en el horizonte. Por primera vez en mucho tiempo, respiraban con cierta libertad, sabiendo que ya no estaban solas en aquella lucha desgarradora y que se abría ante ellas un futuro donde no tendrían que vivir con el miedo constante de ser arrancadas de su nueva vida.

Solo ellas sabían lo que había significado vivir con el miedo constante metido en los huesos, con la sombra de su padre acechando a cada paso.

Solo ellas conocían la profundidad del dolor que habían soportado; noches interminables llenas de preocupación y días marcados por la angustia.

Pero ahora sentían que la pesadilla por fin tenía un final a la vista.

—Eso sí que se lo tienes que contar a mamá —murmuró Keeya.

Ambas se echaron a reír.

—Sí —respondió Cassie.

CAPÍTULO 63

El despacho de Ethan estaba sumergido en un silencio poco habitual. Varias pilas de libros descansaban sobre la mesa de conferencias. Ethan se había pasado buena parte de la tarde consultándolos.

Estaba de pie en mitad del despacho, mirando a Trevor y a Asher reunidos en torno a la mesa. Habían acudido en cuanto les había llamado. Samuel se incorporaría unos minutos más tarde, en cuanto terminara una importante llamada telefónica que estaba atendiendo.

—¿Qué pasa? —se adelantó a preguntar Asher, alzando la vista hacia Ethan.

—Prefiero que estemos todos —respondió él.

—No creo que Samuel tarde más de cinco minutos —dijo Trevor, consultando su reloj de pulsera.

Justo al nombrarle, Samuel abrió la puerta y entró en el despacho de Ethan. Al advertir la expresión de su cara, preguntó:

—¿Ha pasado algo? Pareces preocupado.

—Toma asiento —le indicó Ethan antes de empezar a hablar.

Samuel se desabrochó el botón de la chaqueta del traje y se acomodó en una de las sillas.

Ethan se puso frente a ellos.

—Chicos, necesito vuestra ayuda con un tema muy delicado —dijo con voz firme.

—Tú dirás —habló Asher, con cierta inquietud en la voz.

—Tiene que ver con Cassie.

Mencionarla bastó para que todos dirigieran su atención al asunto.

Trevor, sentado a la derecha, empujó la silla un poco hacia delante, intercambiando miradas con Asher y con Samuel.

—¿Qué pasa con ella? —dijo.

—Cassie tiene una historia personal muy difícil —comenzó Ethan, que prefería permanecer de pie—. Su madre, ella y sus hermanas se marcharon de Namibia huyendo de su padre.

—¿Por qué? —preguntó Asher.

—Cuando era pequeña, le practicaron la mutilación genital.

El silencio que siguió fue espeso, como si el aire se hubiera vuelto pesado. Trevor enarcó las cejas, Asher se quedó inmóvil y Samuel frunció el ceño.

—¿La ablación del clítoris? —dijo Asher, rompiendo el silencio.

Ethan asintió.

—¡Joder! —exclamó Trevor—. Parece mentira que, a estas alturas, todavía se sigan haciendo ese tipo de prácticas.

—Llamarlo ablación del clítoris se puede considerar un eufemismo —intervino Samuel.

Asher volvió el rostro hacia él.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó.

—Porque en la mayoría de los casos no solo se extirpa el clítoris, sino todos los genitales externos.

—Samuel tiene razón —dijo Ethan—. Cassie me ha descrito lo que le hicieron a ella y no solo se limita a una clitoridectomía, también se cortan los labios menores y mayores. Ella incluso estuvo a punto de morir por una septicemia.

Trevor se pasó las manos por la cara.

—Duele solo pensarlo —comentó, cogiendo aire.

—El caso es que su padre quiere hacer lo mismo con sus dos hermanas pequeñas, al parecer es una tradición muy arraigada en su familia, y está dispuesto a venir a Estados Unidos para llevárselas de vuelta a su país.

Asher se llevó una mano a la boca. Samuel, por su parte, apretó los puños, sus nudillos se volvieron blancos por la fuerza.

—Eso es inhumano —dijo Trevor, con una voz que temblaba de rabia contenida.

Ethan asintió, su mirada recorriendo a cada uno de ellos.

—Lo sé, y por eso necesito vuestra ayuda. No puedo dejar que pase. Cassie y sus hermanas merecen estar a salvo, lejos de ese monstruo.

Asher, el más metódico de todos, echó el torso un poco hacia adelante y apoyó los codos en la mesa.

—¿Y quieres que encontremos la forma legal de hacerlo? —se adelantó a decir.

Ethan afirmó con la cabeza.

—Tenemos que hallar la forma de que en ningún caso el padre pueda llevarse a sus hermanas de vuelta a Namibia —dijo. Señaló la pila de libros que había sobre la mesa—. He estado leyendo algunas cosas que nos pueden valer para empezar. —Miró a Trevor—. Tú estás especializado en Derecho Familiar, ¿qué aconsejas? —le preguntó.

—Lo primero es conseguir una orden de restricción. Luego, necesitamos asegurarnos de que las autoridades estén al tanto de la situación. Si su padre intenta algo, tendremos que actuar rápido —dijo en tono profesional—. Para que el padre no pueda sacarlas del país, tenemos que hacer que la madre obtenga la custodia exclusiva o, al menos, una orden temporal de custodia de

emergencia mientras se hacen el resto de los papeles.

Samuel, que estaba dispuesto a colaborar, intervino.

—Se puede solicitar expresamente al juez que prohíba la salida de las niñas de Estados Unidos sin autorización judicial.

Ethan asintió.

—¿Y si el padre ya ha conseguido entrar en el país?

—Podemos notificar a las autoridades migratorias y al Departamento de Estado para que tomen medidas, como negar la visa o revocar el estatus por el que él habría entrado en Estados Unidos —respondió Asher.

Todos comenzaron a esbozar sus ideas con esa precisión que los caracterizaba y que los había hecho ganar el apodo de «Alfas de Chicago».

—Si ya está en territorio estadounidense sin autorización, la policía local y el Servicio de Inmigración y Control de Aduanas podrían intervenir, si viola las leyes migratorias.

—También existe la opción de poner sus datos en la base de la Agencia de Aduanas y Protección Fronteriza para que, si lo detectan intentando salir con las hermanas de Cassie, se actúe de inmediato.

Ethan volvió a dirigirse a Trevor.

—¿Se las podría llevar aduciendo que son sus hijas y que, como padre, tiene derecho?

—Si se certifica cuales son las intenciones del padre y que hay un riesgo real de que las menores puedan sufrir la mutilación genital, y eso no es difícil, según cuentas —enfatizó Trevor —, y el juez otorga la custodia exclusiva a la madre, o una orden temporal de custodia de emergencia, no.

Ethan se acarició el cuello.

—Me lo imaginaba.

—La mutilación genital femenina atenta contra los Derechos Humanos de las mujeres, cualquier juez le dará la custodia a la madre —dijo Samuel.

—Es fundamental que contemos con una orden de protección o una orden de custodia firmada por el juez, que establezca que su padre no puede acercarse a sus hermanas ni llevárselas fuera del estado sin autorización —habló de nuevo Trevor.

—Si aún no ha salido de Namibia, podemos avisar a la embajada o consulado de Estados Unidos allí sobre la situación, para que no valide ningún trámite de viaje si hay riesgo de hacer esa práctica —dijo Asher.

Ethan volvió a pasar la mirada por ellos.

—Entonces, ¿cuento con vosotros? —les preguntó.

—¿Lo has dudado en algún momento? —dijo Asher, hablando por todos.

—No.

—Ethan, somos una piña. Lo que le pasa a uno, nos pasa a todos. Cassie es importante para ti, y eso la hace importante para nosotros —aseveró Samuel, con una determinación que resonó en las paredes del despacho.

Trevor y Asher asintieron con la mirada llena de empatía, ratificando sus palabras.

—Y no solo por ti, Ethan. Lo que le pasó a Cassie es una injusticia y un atropello a los Derechos Humanos que no podemos ignorar. Vamos a hacer todo lo posible para protegerla a ella y a sus hermanas —aseveró Asher, con su habitual pragmatismo.

—Vamos a hacer esto —dijo Samuel—. Juntos.

—Cassie está en las mejores manos posibles —afirmó Trevor.

Ethan miró a cada uno de ellos, sintiendo el peso de su apoyo como una armadura.

Trevor, Asher y Samuel no eran simples socios, no eran simples amigos; eran hermanos, familia. La familia que había elegido, la que había construido entre risas, noches de trabajo interminables y batallas legales ganadas a pulso.

Y lo que decían no eran solo palabras; era una promesa, un pacto inquebrantable. Ellos no dudaban, no titubeaban, porque para ellos no era solo un caso más. Era personal. Era familia.

Ethan sonrió.

—Gracias, chicos —dijo.

Samuel hizo una mueca con la boca.

—No vas a obligarnos a darte un abrazo, ¿no? Que a mí esas cursilerías no me gustan —comentó con su habitual ironía, destensando un poco el ambiente.

—Nooo, cabronazo —repuso Ethan.

Samuel sonrió con complicidad y extendió los brazos buscando la mano de su amigo.

—Estamos contigo, Ethan. No lo dudes ni un segundo —dijo, ya más serio, estrechándole la mano entre las suyas con camaradería.

—Pues empecemos —anunció Asher, al tiempo que se levantaba de la silla—. Tenemos mucho trabajo por delante.

Trevor ya había cogido su teléfono y comenzaba a marcar números.

—Voy a llamar a un par de contactos del Departamento de Inmigración —dijo—. No vamos a perder ni un minuto.

—Yo tengo un conocido en el Consulado —dijo Samuel, buscando su móvil.

Y se pusieron manos a la obra.

CAPÍTULO 64

Gerard entró en el aula a media mañana de aquel lunes, recolocándose la mochila en el hombro. Al divisar a Cassie y a Ingrid en la parte central del hemiciclo, se dirigió hacia ellas.

—Buenos días, chicas —saludó, con un tono de voz que pretendía ser despreocupado, pero que no lograba ocultar del todo su nerviosismo.

Ingrid esbozó una sonrisa, mientras Cassie intentaba mantener una expresión neutral.

—Buenos días, Gerard —respondieron las dos al unísono.

Gerard dejó la mochila en el asiento vacío que había al lado de Ingrid.

Lanzó una mirada furtiva a Cassie, apenas un instante para después bajar los ojos rápidamente.

A ella se le hizo un nudo en el estómago fruto de los nervios, al recordar el momento en el que él se había declarado y había intentado besarla.

La incomodidad llenó el espacio entre ellos como una nube espesa. Sin embargo, Ingrid trató de quitar algo de tensión al momento.

—Parece que todavía estás dormido —comentó a Gerard, al advertir su cara somnolienta y las ojeras violáceas que había dibujadas bajo sus ojos.

—Digamos que todavía estoy lidiando con la resaca del viernes —dijo él, pasándose la mano por el pelo, al tiempo que se dejaba caer en la silla.

Cassie e Ingrid intercambiaron una mirada.

—¿Resaca? ¿En serio? —preguntó Cassie, levantando una ceja con curiosidad.

—Creo que la última copa no me sentó bien —contestó Gerard, aunque sin mirar a Cassie.

—¿La última copa? —bufó Ingrid—. ¿Y todas las anteriores te sentaron bien? —se burló—. ¿Y de dónde sacaste el alcohol? Te recuerdo que no podemos beber.

—Sí, bueno… —dijo Gerard, encogiéndose de hombros—. Lo tenían unos colegas en el maletero del coche. Pero a saber qué cojones era. Empiezo a pensar que tal vez fuera matarratas con un poco de hielo.

Echó la cabeza hacia atrás, recostándose en el asiento, y suspiró. Hizo una mueca exagerada, llevándose una mano a la frente como si estuviera sufriendo un gran dolor.

—Todavía me duele la puta cabeza —masculló.

Cassie soltó una risilla nerviosa, aliviada por el intento de humor de Gerard para aflojar el

ambiente. Ella e Ingrid volvieron a mirarse la una a la otra.

—Ya no soy tan joven como antes para recuperarme tan rápido —añadió Gerard.

Ingrid soltó una carcajada, y Cassie, aunque todavía sentía un poco de incomodidad, notó cómo la tensión comenzaba a desvanecerse poco a poco.

—Bueno, tal vez deberías dejar de beber tanto, abuelo —bromeó, con una sonrisa que esta vez sí era genuina.

Gerard rio, llevándose una mano al pecho como si hubiera sido alcanzado por una flecha.

—¡Abuelo! Eso duele, Cassie —dijo—. Aunque, admito que tal vez tengas razón. A partir de ahora, solo agua y jugo de zanahoria para mí.

Ingrid intervino, con una sonrisa maliciosa.

—¿Jugo de zanahoria? Eso suena más a dieta de conejo que a remedio de resaca.

—Bueno, si funciona para los conejos, ¿por qué no para mí? —respondió Gerard, apretándose los dedos contra las sienes.

En ese momento, el profesor de Derecho Civil entró en aula, poniendo fin a la conversación, pero Cassie notó cómo la tensión inicial se había disipado, en cierta manera.

Por su parte, trataría de seguir adelante con su amistad con Gerard, sin que las cosas fueran incómodas.

Mientras el profesor comenzaba la clase, Cassie intercambió una última mirada con Ingrid, quien le sonrió con complicidad. «Todo va a estar bien», parecía decir esa sonrisa.

Cassie e Ingrid estaban sentadas en una mesa de la cafetería del campus situada junto a la ventana, donde la luz del sol de media mañana entraba suavemente a través del cristal, iluminando sus rostros.

Cassie había estado hablando en voz baja, sus palabras fluyendo con dificultad mientras le contaba a Ingrid la mutilación genital que había sufrido siendo una niña.

Cuando terminó, levantó la vista para encontrarse con sus ojos, que estaban llenos de una mezcla de incredulidad y compasión.

—¡¿Qué…?! —preguntó, con una voz que era más un susurro que una palabra.

Ingrid se quedó sin saber qué decir durante unos segundos, procesando lo que Cassie acababa de confesarle. Finalmente, dejó escapar un suspiro y extendió la mano para tomar la de Cassie sobre la mesa.

—Cassie… —comenzó—. No puedo creer que algo así todavía suceda en el siglo XXI. Es… Joder, es horrible.

—Es una práctica que ocurre en muchas partes del mundo —dijo ella.

—No puedo imaginar lo mal que lo has pasado. Lo siento mucho. —Apretó su mano con suavidad.

Cassie sonrió débilmente.

—Gracias, Ingrid. Para mí era importante contártelo.

Ingrid se levantó de su asiento y rodeó la mesa para abrazar a Cassie con fuerza. El gesto fue cálido y reconfortante, como si intentara transmitir todo el apoyo y el cariño que sentía por ella a través de ese abrazo.

—Eres increíblemente valiente por hablar de esto —susurró contra su pelo rizado—. Sé que no nos conocemos desde hace muchísimo tiempo, pero quiero que sepas que estoy aquí para lo que necesites.

—Gracias, significa mucho para mí —dijo Cassie.

Ingrid volvió a sentarse.

—Ahora entiendo lo de Ethan…, lo de que solo «habíais dormido» que me pusiste en el WhatsApp.

—Sí, bueno… Necesito estar preparada… Ya sabes… —murmuró—. No es fácil.

Ingrid asintió con una aprobación evidente en sus ojos.

—Sí, claro, es perfectamente comprensible. Lo que me has contado es muy duro. Es normal que necesites tu tiempo —dijo—. Y me alegro de que Ethan lo entienda. Eso dice mucho sobre él.

Una pequeña sonrisa apareció en los labios de Cassie al pensar en él.

—Sí, se mostró muy comprensible —dijo.

—Cuando llegue el momento adecuado para ti, sé que será precioso porque estarás lista.

Cassie sonrió más ampliamente esta vez, sintiendo una calidez especial al hablar sobre Ethan.

El pasillo de la facultad estaba casi desierto, solo el eco de los pasos apresurados de Cassie resonaba contra las paredes de ladrillo. Llevaba la mochila al hombro, un par de libros en los brazos y una expresión de concentración absoluta mientras miraba el reloj.

—Mierda, voy a llegar tarde —murmuró, echando a correr.

Pero justo cuando pasaba frente a un aula con la puerta entreabierta, una mano enorme surgió de la nada, agarrándola con firmeza por la muñeca y tirando de ella hacia dentro antes de que pudiera reaccionar.

—¡Eh! —exclamó Cassie, sobresaltada. Pero su protesta se ahogó en el aire cuando se encontró con los ojos castaños de Ethan—. ¡Ethan! —exclamó al verlo, sorprendida.

Estaba guapísimo, con un pantalón de traje negro, una camisa blanca remangada por los codos

y una corbata fina también de color negro.

Su rostro anguloso, con pómulos marcados y una mandíbula firme, le daban un aire de determinación.

Su mirada irradiaba misterio y un toque de peligro que a Cassie le resultaba irresistible.

Él la empujó suavemente contra la puerta, que se cerró con un *clic*, asegurándose de que no hubiera vuelta atrás, y la sonrió con esa chispa traviesa que hacía que Cassie sintiera mariposas en el estómago y que su corazón se acelerara más que con la carrera por el pasillo.

Dios, en aquel momento, le zumbaba desbocado contra las costillas.

—Hola —susurró él. Su voz baja y llena de complicidad.

—¿Qué haces? —preguntó Cassie, tratando de sonar seria, pero sin poder evitar que una sonrisa se escapara de sus labios.

—La verdad es que no lo sé, pero no puedo evitarlo —respondió Ethan, acercándose un poco más a ella—. Te vi pasar corriendo y pensé: «¿Qué hace Cassie corriendo sola por el pasillo?». Y luego me di cuenta de que no podía dejarte ir sin antes hacer esto…

Antes de que Cassie pudiera protestar, Ethan inclinó la cabeza y la besó. No fue un beso apresurado, sino uno lento y deliberado, como si quisiera memorizar cada detalle. Un beso electrizante, lleno de esa mezcla perfecta de urgencia y dulzura que hacía que todo lo demás se desvaneciera, convirtiéndose en humo.

Cassie se dejó llevar, soltando los libros que llevaba en los brazos, para enredar los dedos entre los mechones de su pelo y atraerlo hacia ella.

Las manos de Ethan alrededor de su cintura, empujándola contra la puerta con firmeza, provocaron que le temblaran las piernas.

Cuando finalmente se separaron, Cassie estaba sonrojada y sin aliento. Ethan estaba elevando los besos a la categoría de arte. Supremo.

—Ethan, voy a llegar tarde a clase —dijo, tratando de sonar firme, pero sin mucho éxito.

—Lo sé —respondió él, con los labios curvados en una media sonrisa enigmática que dejaba claro que no le importaba en absoluto—. Pero no he podido resistirme.

Cassie se echó a reír. Se agachó y empezó a recoger sus libros del suelo.

—Eres incorregible —dijo.

—Y tú irresistible —replicó Ethan, ayudándola a recoger los libros.

Ella lo miró con una mezcla de exasperación y diversión, ajustándose la mochila al hombro.

—Bueno, ahora déjame ir, o el profesor va a pensar que me he perdido.

—¿Con quién tienes clase? —quiso saber Ethan,

—Con el profesor Robinson.

—¿Ordenamiento Jurídico Constitucional?

—Sí.

—No es tan importante —comentó—. ¿Qué tal si llegas tarde a clase? —dijo Ethan, con los ojos brillando con complicidad.

Cassie arqueó una ceja, intentando mantener la compostura.

—Vas a hacer que me expulsen —bromeó, tratando de recuperar el aliento.

—¿Y qué? —respondió Ethan, con una sonrisa pícara dibujada en los labios—. Siempre he querido ser el chico malo que te hace ir por el mal camino.

Cassie soltó una risilla, mientras intentaba peinarse con la mano el pelo que se le había desordenado por la acción repentina de Ethan.

—Si sigues así, vas a conseguirlo —dijo.

—Prométeme que irás a verme al terminar las clases —dijo Ethan.

Alzó el dedo meñique al aire y Cassie lo entrelazó con el suyo.

—Prometido —respondió.

Finalmente, Ethan dejó escapar un suspiro resignado a la par que dramático, y abrió la puerta.

—Está bien, te dejo ir… pero solo porque has prometido que irás a verme después.

Cassie asintió rápidamente mientras se giraba hacia la puerta. Antes de salir, se volvió hacia Ethan con una sonrisa traviesa.

—Prometo ir… si me das otro beso como este después —dijo, utilizando el «después» de la misma manera que lo había hecho Ethan.

—Lo prometo —respondió él, observando cómo Cassie salía corriendo por el pasillo, con esa expresión que hacía que le brillaran los ojos.

La observó alejarse con una sonrisa tonta en el rostro (una sonrisa que ni él mismo sabía que estaba ahí) y un ligero temblor en el estómago. Cassie lo volvía loco, lo hacía actuar de una forma que nunca había imaginado, haciendo cosas que nunca había hecho por ninguna mujer.

Joder, se estaba comportando como un adolescente. Acababa de asaltarla en mitad del pasillo solo para besarla. ¿Y si los hubieran pillado? ¿Y si alguien los hubiera visto?

Lo más sorprendente era que no le importaba en absoluto.

Resopló, pasándose la mano por la cabeza.

—¿Qué estás haciendo conmigo, Cassandra Maalim?, se preguntó.

CAPÍTULO 65

Ethan, con su camisa arremangada hasta los codos y un rotulador en la mano, caminaba de un lado a otro frente a la pizarra, gesticulando mientras explicaba los matices de la retórica legal.

Cassie estaba sentada en una de las mesas del hemiciclo, con el ordenador portátil abierto y rodeada de libros y apuntes, mientras observaba a Ethan con una mezcla de admiración y diversión en los ojos.

Era una de sus últimas clases de preparación antes de la final del Concurso de Jóvenes Abogados, y los nervios y la tensión en el aire eran palpables.

—La palabra, Cassie —decía Ethan, deteniéndose para mirarla con intensidad, sosteniendo el rotulador entre los dedos como si fuera un bastón de mando—, es el arma más poderosa que tiene un abogado. Una palabra bien elegida puede cambiar el rumbo de un caso, puede conmover a un juez, puede ganarse a un jurado. Pero también puede destruir. Una palabra mal usada, en el momento equivocado, puede hundir una vida.

Cassie lo miró con atención, aunque no pudo evitar que una sonrisa traviesa se asomara a sus labios.

—¿Y qué hay de la vehemencia? Siempre has dicho que lo más importante era la pasión, la fuerza con la que defiendes tu argumento.

Ethan se acercó a ella, apoyándose en el borde de la mesa con una sonrisa pícara. Arqueó una ceja.

—¿Estás replicando a tu profesor, señorita Maalim? —preguntó, en un tono de voz que pretendía ser severo pero que solo logró hacerla reír.

—Quizás —respondió Cassie, inclinándose hacia adelante.

Por culpa de la vehemencia se habían besado.

—No me repliques. Sigo siendo tu profesor aquí.

Cassie asintió, fingiendo seriedad, aunque no pudo evitar soltar una risita.

—Entendido. Palabras primero, vehemencia después —dijo, tecleándolo en el portátil.

Ethan le lanzó una mirada de reojo, como si fuera una advertencia.

—Lo siento, profesor. Pero tengo que defender mi punto de vista —dijo Cassie, mirándolo por debajo del espeso abanico de pestañas.

Ethan no pudo evitar sonreír, disfrutando de ese juego que había entre ellos.

—Defender un argumento es tu trabajo —respondió—. Pero recuerda: puedes ser tan apasionada como quieras, siempre y cuando no olvides que las palabras bien elegidas son las que realmente impactan.

Cassie se inclinó hacia adelante, interesada.

—Entonces, ¿me estás diciendo que debería escribir mis argumentaciones como si fueran poemas? —Tenía que admitir que le encantaba picar a Ethan.

—Si eso te ayuda a conectar con el jurado, ¡adelante! —Él abrió los brazos. Después entornó los ojos y su mirada se volvió astuta—. Pero no olvides que también necesitas argumentos sólidos detrás de esa poesía.

—Por supuesto —apostilló Cassie, recostándose en el respaldo de la silla.

—Hablando de palabras… —dijo Ethan, cambiando de tema con una de sus seductoras sonrisas—, ¿qué tal si usamos algunas para planear una cita?

La cara de Cassie se iluminó.

—¿Una cita?

—¿Qué te parece si vamos al cine en Lake Forest? Lejos de miradas indiscretas.

Cassie sonrió, sintiendo cómo el corazón le latía más rápido.

La idea de ir al cine juntos y disfrutar de un momento solo para ellos, hacía que la emoción revoloteara en su pecho, como si un enjambre de mariposas hubiera decidido anidar en él.

Imaginar esas horas a solas, lejos de miradas indiscretas y responsabilidades, era como un respiro en medio de la rutina.

—Me parece perfecto —respondió—. Lo que más quiero es pasar tiempo a solas contigo, sin preocuparme por quién nos está mirando.

Ethan le devolvió la sonrisa al ver su entusiasmo, sus ojos brillando con complicidad.

—Entonces, está decidido. El domingo, cine en Lake Forest —dijo—. Prometo no hablarte sobre leyes ni retórica legal durante toda la película… a menos que sea absolutamente necesario para salvarte de un mal guion.

—Trato hecho. —Cassie le señaló con el dedo—. Pero si empiezas a darme lecciones sobre los errores en el guion, me levantaré y me iré.

Ethan hizo un gesto dramático con las manos.

—Eso ha dolido.

Cassie le lanzó una mirada burlona.

—Y quién sabe… —Ethan volvió a tomar la palabra—, tal vez después podamos dar un paseo por el lago agarrados de la mano.

—No sabía que fueras tan romántico, Ethan Lawson.

—Lo soy solo contigo, Cassandra Maalim —respondió él, acercándose un poco más—. Solo contigo.

Y le dio un beso rápido en los labios.

Después se enderezó en toda su estatura y adoptó un semblante más serio.

—Sigamos, que tenemos mucho trabajo todavía por delante —dijo, dirigiéndose a la pizarra.

CAPÍTULO 66

El crepúsculo pintaba el cielo de tonos anaranjados y rosados mientras Ethan y Cassie caminaban por la calle principal de Lake Forest, a unos cincuenta kilómetros de Chicago, rodeados de tiendas pequeñas y cafeterías acogedoras.

La emoción de su escapada clandestina añadía un toque de adrenalina a cada instante que compartían. Cada mirada furtiva y cada sonrisa cómplice se convertían en pequeños tesoros que solo ellos dos entendían.

La clandestinidad de su relación no solo intensificaba sus encuentros, sino que les otorgaba una extraordinaria sensación de complicidad, como si el mundo exterior no importara en absoluto cuando estaban juntos.

Había algo innegablemente emocionante en la naturaleza secreta de su relación, como una manzana que no se debería morder, pero que ellos se estaban comiendo a bocados.

—¿Crees que alguien nos reconocerá aquí? —preguntó Cassie mientras compraban las entradas.

Ethan sonrió, inclinándose hacia ella.

—¿Tienes algún amigo de Lake Forest en la Universidad? —le preguntó.

—No.

—Entonces creo que estamos a salvo.

Se escabulleron en la oscuridad del cine y se acomodaron en sus asientos, rodeados por el murmullo suave del público.

Ethan lanzó un vistazo a su alrededor desde la última fila, donde estaban inmersos en las sombras.

—Aquí nadie nos conoce —dijo—. Podemos fingir ser solo dos extraños en una cita.

Cassie sonrió.

Las luces se atenuaron y los anuncios dieron comienzo. Cassie suspiró suavemente cuando el cine se quedó en silencio.

Se giró hacia Ethan, bajando la voz.

—¿Sabes que siempre he querido que un chico me besara en el cine? —dijo.

—¿Ah sí? —Ethan levantó una ceja—. Bueno, odiaría decepcionarte —susurró.

Inclinó suavemente la cabeza hacia ella, y Cassie, sin dudarlo, cerró los ojos y se dejó llevar. Sus labios se encontraron en un beso suave, pero profundo.

La luz parpadeante de la pantalla iluminaba débilmente sus rostros. El murmullo de la película se desvaneció en el fondo, y durante un instante, solo existieron ellos dos, envueltos en la calidez de ese beso que decía más que mil frases.

Cuando se separaron, Ethan sonrió a Cassie con complicidad, y ella le devolvió el gesto.

—A veces desearía que no tuviéramos que escondernos —dijo Cassie—. Que pudiéramos salir a cenar, a pasear por la orilla del lago, o incluso ir al cine en Chicago sin tener que planearlo como si fuera un golpe de Misión Imposible.

Ethan tomó su mano con ternura, entrelazando los dedos con los suyos, y le dio un beso en los nudillos.

—Yo también —respondió—. Pero tal vez podamos hacer algo al respecto —dijo.

Cassie lo miró con curiosidad.

—¿Qué tienes en mente?

Ethan se acercó, bajando la voz como si estuvieran compartiendo un secreto de Estado.

—Un fin de semana. Solo tú y yo. En algún lugar donde nadie nos conozca. Un sitio donde podamos ser simplemente nosotros, Cassie y Ethan, sin preocupaciones ni secretos. Podemos ir a un pueblo pequeño y alquilar una cabaña junto a un lago.

La idea hizo que el corazón de Cassie diera un vuelco de emoción.

—¿Un fin de semana solo para nosotros? Suena perfecto, Ethan —dijo, entusiasmada.

—Entonces es un trato —dijo él, apretando suavemente su mano—. Buscaremos un lugar especial y haremos una pequeña escapada.

—¿De verdad crees que podemos hacerlo? —preguntó Cassie.

Ethan la miró con una intensidad que incluso le hizo olvidarse por un momento que estaban en público.

—Por supuesto que sí. Si tenemos que robar un fin de semana lejos de todo, lo haremos sin dudarlo.

Y la idea de ese fin de semana juntos, lejos de todo, era un pequeño respiro en medio de la clandestinidad, donde, como decía Ethan, podrían ser simplemente Cassie y Ethan, sin escondites, sin miedo a ser pillados, solo ellos.

CAPÍTULO 67

—Keeya, ¿estás segura de que estarás bien? —preguntó Cassie por enésima vez, ajustándose la correa del bolso que llevaba al hombro.

Su hermana se apoyó contra el marco de la puerta.

—Sí, estaré bien —respondió.

—He dejado algo de dinero en la lata, por si surge algún imprevisto.

—Ya me lo has dicho —le informó Keeya, cruzándose de brazos.

—Tienes mi número, ¿verdad? Y el de Ethan, por si acaso. Y el de Ingrid, por si no me localizas. Y el de...

—¡Cassie! —la interrumpió Keeya, con una mirada entre exasperada y divertida—. Sí, tengo tu número. Y el de Ethan. Y el de Ingrid. Y el de la policía. Y el de los bomberos. Y hasta el de la pizzería de la esquina, por si me da hambre.

A pesar del humor, Cassie sentía esa necesidad persistente de asegurarse de que todo estuviera bajo control antes de irse.

Frunció el ceño, sin estar del todo convencida.

—Pero si ves a papá, o si pasa cualquier cosa, si notas cualquier cosa rara…, me llamas de inmediato, ¿entendido?

Keeya suspiró, poniendo los ojos en blanco.

—Cassie, te lo prometo. Si veo a papá, o a un extraterrestre, o a un unicornio, te llamo de inmediato. Pero, por favor, ¡vete ya! Ethan te está esperando en el coche desde hace un buen rato.

—No bromees con lo de papá —dijo ella.

Keeya tomó aire.

—Sé que no debo bromear con lo de papá, pero solo quiero que veas que todo va a estar bien —dijo.

—Vale. —Cassie esbozó una sonrisa—. Y no olvides regar las plantas —añadió rápidamente —. La última vez casi matas al ficus.

—Fue un accidente y ya me disculpé con él —dijo, señalando el ficus que parecía haber sobrevivido milagrosamente a su negligencia, aunque había quedado ligeramente traumatizado, a juzgar por la cantidad de hojas que se le habían caído.

Desde la ventana del salón, Cassie pudo ver a Ethan esperando pacientemente junto al coche estacionado en la calle. Estaba apoyado contra el capó, con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos, revisando algo en su teléfono.

Keeya siguió la dirección de su mirada y luego volvió a centrarla en Cassie con una expresión decidida.

—Vamos, Cassie —dijo, caminando hacia ella y tomándola de los hombros—. Eres la hermana mayor más pesada del mundo —dijo con un tono firme pero juguetón—. Es hora de que te vayas y disfrutes tu fin de semana romántico sin preocuparte por mí o por el ficus.

—Pero… —comenzó Cassie, cogiendo el asa de la maleta.

Keeya la empujó suavemente hacia la puerta, maleta incluida.

—¡Vete yaaaa! —insistió.

Cassie rio, aunque todavía parecía un poco preocupada.

—Está bien, está bien. Pero recuerda, si pasa cualquier cosa...

—¡Cassie! —gritó Keeya, abriendo la puerta y empujándola hacia el pasillo—. ¡Fuera! ¡Disfruta de tu fin de semana! ¡Y no se te ocurra llamarme a menos que sea una emergencia de verdad!

Cassie no tuvo más remedio que echarse a reír, ajustándose el bolso mientras Keeya cerraba la puerta detrás de ella. Desde el otro lado, gritó:

—¡Y usad protección!

Cassie se sonrojó, mirando hacia la puerta con una mezcla de indignación y diversión.

—¡Keeya! —exclamó, pero solo escuchó la risa de su hermana desde dentro del piso.

Con una última mirada atrás y un suspiro resignado, Cassie se alejó escaleras abajo para encontrarse con Ethan. Mientras se acercaba al coche, él levantó la vista y le dedicó una sonrisa.

—¿Todo bien? —preguntó.

Cassie se subió al coche, todavía sonrojada, mientras Ethan lo rodeaba y se sentaba detrás del volante.

—Sí, todo bien. Solo me estaba asegurando de que Keeya estará bien —dijo.

—Seguro que lo estará, es una chica muy responsable —dijo Ethan. Arrancó el motor—. Como tú —añadió—. Dice mucho de ti que trabajes además de estudiar.

Cassie alzó un hombro.

—Keeya y yo tenemos que sobrevivir de alguna manera. Mi beca no da para tanto y mi madre se encarga de Nadira, la más pequeña —explicó—. Keeya todavía no puede trabajar, pero se encarga de hacer las comidas y las cosas de la casa. Yo apenas tengo tiempo con la universidad y el trabajo en el supermercado.

—Os lleváis muy bien —comentó Ethan, dando la intermitencia e incorporándose al tráfico.

Cassie afirmó con la cabeza.

—Estamos muy unidas. Toda la situación con mi padre y la forma en la que vivimos, nos ha hecho unirnos mucho más que a otras hermanas que viven en otras circunstancias distintas.

—Es admirable, Cassie —aseveró Ethan, girando unos instantes la cabeza para mirarla.

—No sé si es admirable o no, pero es lo que tengo que hacer —respondió ella.

—Pronto se va a solucionar todo —repuso Ethan, en un intento de animarla.

Cassie sonrió, porque animarla resultaba muy fácil.

—Estoy segura de ello.

El sol de la tarde se filtraba a través de los altos pinos de Sister Bay, en Wisconsin, a unas cuatro horas en coche de Chicago.

El Rolls-Royce Ghosh de Ethan rodó por el camino de grava que llevaba hasta la cabaña, enclavada en un claro del bosque y rodeada de árboles cuyas hojas doradas y rojizas brillaban bajo el sol otoñal.

Sister Bay era un remanso de paz, lejos del bullicio de la ciudad, y la cabaña que Ethan había alquilado parecía sacada de una postal. Era una estructura acogedora construida de madera, con un porche delantero adornado con flores silvestres, tejado inclinado, ventanas de cristal biselado y una chimenea de piedra.

El refugio perfecto para su escapada.

—Es aquí —anunció Ethan, apagando el motor y mirando a Cassie con una sonrisa—. ¿Qué te parece?

Cassie, con los ojos brillantes de emoción, miró la cabaña y luego a él.

—Es preciosa, Ethan. Parece sacada de un cuento.

—Espero que aquí no haya brujas ni lobos malos —bromeó él. Bajó del coche.

Cassie se echó a reír.

—¿Quién diría que podríamos encontrar un lugar tan perfecto? —comentó mientras se apeaba del vehículo, estirándose después del trayecto.

Ethan sonrió, sacando el equipaje del maletero. Cassie tomó la mano que le ofrecía.

Juntos, caminaron hacia la cabaña, con la brisa fresca del otoño acariciándoles el rostro.

Ethan abrió la puerta con una llave antigua que chirrió en la cerradura. Al entrar, fueron recibidos por el cálido aroma a madera y el suave crujir del suelo bajo sus pies.

La cabaña era acogedora y luminosa y estaba decorada con sencillez, pero con gusto: una chimenea de piedra dominaba la sala principal, rodeada por cómodos sofás cubiertos con mantas tejidas a mano.

Una gran ventana en la sala de estar ofrecía una vista impresionante del lago Míchigan, cuyas aguas brillaban bajo el sol de la tarde.

—Ethan, esto es... increíble —susurró Cassie, dejando caer su bolso en el sofá y girando sobre sí misma para admirar cada detalle.

Él la observó con una sonrisa, disfrutando de su reacción. Le encantaba verla feliz.

—Me alegra que te guste. Pensé que sería el lugar perfecto para pasar un fin de semana lejos de todo... y de todos.

—Lo es.

—Mira esto —dijo Ethan, señalando una pequeña cocina equipada con todo lo necesario—. Podría intentar no quemar nada por una vez.

—O podríamos simplemente pedir algo en el restaurante que hay en el pueblo y evitar riesgos innecesarios —dijo Cassie con mordacidad—. La cabaña está hecha de madera. Imagínate cómo ardería.

Ambos empezaron a reír mientras exploraban el resto de la cabaña.

Subieron a la segunda planta.

El dormitorio principal era acogedor, con una cama grande cubierta por un edredón mullido y almohadas que invitaban a sumergirse en ellas.

Una puerta lateral conducía a un cuarto de baño y otra a un pequeño balcón privado desde donde podían ver el bosque que había alrededor.

Finalmente solos y lejos de miradas indiscretas, Cassie se volvió hacia Ethan. Sus ojos brillaban de emoción.

—No puedo creer que estemos aquí —dijo suavemente—. Sin tener que mirar por encima del hombro o preocuparnos por quién podría vernos.

Ethan la atrajo hacia sí, envolviéndola en un abrazo cálido y protector.

—Este fin de semana es solo nuestro —murmuró contra su cabello—. Y pienso disfrutar cada segundo contigo.

Cassie se puso de puntillas y, rodeándole el cuello con los brazos, le besó suavemente. El beso fue lento y dulce, lleno de promesas y de todo el tiempo que finalmente tenían para ellos.

La sensación de libertad era embriagadora; sin secretos ni restricciones, sin tener que esconderse. Podían ser simplemente ellos mismos.

—Bueno, entonces, ¿qué hacemos primero? ¿Encendemos la chimenea? ¿Salimos a explorar? ¿O simplemente nos quedamos aquí, disfrutando de que por fin estamos solos? —enumeró Cassie.

Ethan rio, acercándose un poco más.

—Creo que la chimenea puede esperar. ¿Te apetece que vayamos a dar una vuelta por los alrededores?

—Sí.

El bosque se extendía ante ellos, un mar de hojas doradas y ocres que crujían bajo sus pies.

Ethan entrelazó sus dedos con los de Cassie mientras paseaban por el sendero de arena, con el frío aire otoñal enrojeciendo sus mejillas.

—¿Alguna vez has deseado congelar un momento para siempre? —preguntó Cassie.

Su voz sonaba suave en el silencio del bosque, solo roto por las olas del lago Míchigan meciéndose suavemente en la orilla.

Ethan la miró, cautivado por cómo la luz del sol jugaba con los reflejos de color ébano de su pelo.

Durante unos instantes se quedó pensando en su pregunta.

Nunca había sido una persona que se detuviera a reflexionar sobre los recuerdos o la permanencia de las cosas; siempre había vivido al filo, moviéndose de un momento al siguiente sin mirar atrás.

Pero ahora, con Cassie a su lado, todo parecía diferente. Todo era diferente desde hacía un tiempo.

—Sí —respondió al cabo de un rato.

Cassie lo miró, sorprendida por la sinceridad en su tono.

—¿En serio? No te pega. Pareces más del tipo «el tiempo es dinero».

Ethan sonrió.

—Mi fama me precede —dijo—. Bueno, supongo que las cosas cambian.

Cassie esbozó una sonrisa, mirando hacia el sendero que se extendía frente a ellos.

—¿Y qué momento te gustaría congelar?

Ethan se detuvo, haciendo que ella también se detuviese. La miró a los ojos.

—Este —respondió—. Este momento, aquí contigo, en este lugar, con este frío de otoño que nos hace acercarnos más. Este momento en que solo estamos tú y yo.

Cassie lo miró, sintiendo cómo el corazón le latía con fuerza.

—Ethan... —murmuró, sin saber muy bien qué decir.

—No necesitas decir nada —repuso él. Le apretó la mano con suavidad.

Ethan pocas veces se había dejado llevar por los sentimientos, pero con Cassie todo era diferente. Con Cassie, cada momento parecía importar más de lo que debería. Más de lo que le gustaría.

—Y tú, ¿qué momento te gustaría congelar? —le preguntó a ella.

Cassie se quedó pensando.

—Pues… creo que el momento inmediatamente anterior a abollar tu moto en el aparcamiento de la Universidad —dijo.

Ethan soltó una carcajada. Era imposible no hacerlo. Jamás hubiera esperado aquella

contestación.

—Solo tú podías dar una respuesta así —dijo—. Dios mío, Cassie… —Se llevó la mano a la tripa, sin parar de reír—. Eres increíble, de verdad.

—Te lo digo en serio, congelaría ese momento para evitar golpear tu moto. Así no me hubieras mirado como si te hubiera atropellado a ti.

Ethan seguía descojonándose de la risa.

—Me jodiste la moto —dijo.

—Por favor, fue un pequeño abollón —rebatió Cassie.

—Vale, está bien, quizás debí comportarme con más madurez. —Se limpió una lágrima que le caía por la mejilla. Miró a Cassie—. Ahora en serio, ¿qué momento te gustaría congelar?

Ella compuso en su rostro una expresión seria.

—Cualquiera en el que estés tú —respondió, apoyando la cabeza en el hombro de Ethan mientras seguían caminando.

Él la rodeó con el brazo, sintiendo cómo el calor de su cuerpo se mezclaba con el frío del aire.

CAPÍTULO 68

El día amaneció con un cielo despejado y una brisa suave, perfecto para la sorpresa que Ethan había planeado.

Mientras desayunaban en la cabaña, Cassie notó que él estaba especialmente animado, con una chispa traviesa en sus ojos.

—¿Qué estás tramando? —preguntó, sonriendo mientras tomaba un sorbo de café.

Ethan se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en la mesa.

—Bueno, pensé que hoy podríamos hacer algo un poco diferente —dijo.

—Define «diferente» —le pidió Cassie, mirándolo con cautela por debajo de la línea de pestañas.

Ethan sonrió de medio lado de forma enigmática.

—Prefiero que lo veas —dijo.

—Miedo me das —comentó Cassie, pero sus ojos negros brillaban con un destello de anticipación.

—Es algo que creo que te va a gustar. —Cassie sonrió—. ¿Nos vamos? —preguntó Ethan, ofreciéndole la mano.

Cassie dio el último sorbo de café que le quedaba y dejó la taza en la mesa.

—Sí —respondió.

El amanecer en el Condado de Door era una obra de arte. El cielo se teñía de tonos pastel, rosas, naranjas y dorados, mientras el sol asomaba tímidamente sobre el horizonte del lago Míchigan.

Ethan había elegido aquel momento con cuidado, conscientemente; sabiendo que Cassie merecía algo mágico, algo que nunca olvidaría.

De algún modo quería resarcirla, por lo que le habían hecho siendo solo una niña, por lo que aquella terrible experiencia había acarreado en su vida, por todo lo que le había tocado vivir. Quizá fuera por esa vanidad de la que pecaba (no en vano era «Ethan, el Vanidoso»), pero quería

regalarle un momento que no olvidara nunca. Hacerle ver que la vida tenía cosas buenas, cosas maravillosas.

Cuando llegaron a la explanada donde el globo aerostático esperaba, inflándose lentamente con el aire caliente que lo elevaría hacia el cielo, Cassie se detuvo en seco, mirando la escena con una mezcla de asombro y nerviosismo.

—¿Qué te parecería ver el Condado de Door desde las alturas? —preguntó Ethan.

—¿En globo aerostático? —preguntó Cassie, girándose hacia Ethan con los ojos abiertos como platos—. ¿En serio?

—Sí.

Cassie observó uno de los globos. Uno multicolor que se alzaba majestuosamente contra el cielo azul.

Sintió una mezcla de emoción y nerviosismo revoloteando en su estómago. La idea era emocionante, muy emocionante, pero también le daba un poco de respeto. Sin embargo, la mirada expectante de Ethan era imposible de resistir.

—¿Qué me dices? —le preguntó él—. Confía en mí, Cassie. Va a ser increíble.

Cassie lo miró a los ojos. La determinación que veía en ellos la tranquilizaba.

—Está bien. Pero si me caigo, te culparé a ti —bromeó, señalándole con el dedo índice.

Ethan rio, guiñándole un ojo. Después le pasó el brazo por los hombros, la atrajo hacia él y depositó un beso en su sien.

Mientras el piloto realizaba los preparativos finales, Ethan tomó la mano de Cassie y le dio un apretón tranquilizador.

—Va a ser increíble, ya verás —le aseguró—. Y estaré contigo todo el tiempo.

Cuando llegó el momento de subir a la canasta del globo, Cassie respiró hondo y siguió a Ethan dentro, que la ayudó a entrar cogiéndola de la cintura.

Mientras el piloto del globo les daba las instrucciones de seguridad, Cassie no podía evitar sentir cómo sus manos temblaban ligeramente. Ethan lo notó y, sin decir nada, la tomó de la mano, apretándola con suavidad.

—Respira —le susurró al oído—. Todo va a estar bien.

Cassie asintió, tratando de seguir su consejo, pero cuando el globo comenzó a elevarse despacio, los nervios se intensificaron, y sintió cómo el corazón le latía con fuerza. El suelo se alejaba lentamente, y con él, su sensación de seguridad.

—Oh, Dios mío… estamos realmente despegando —dijo Cassie, aferrándose al borde de la canasta—. Ethan... —susurró, girándose un poco hacia él y agarrando su brazo con fuerza.

Ethan se colocó detrás de ella y envolvió sus brazos alrededor de su cintura en un abrazo protector, acercándola a su pecho.

—Estoy aquí contigo. No te voy a soltar —susurró cerca de su oído—. Solo mira hacia adelante y disfruta del viaje.

Cassie cerró los ojos durante un momento, sintiendo cómo el calor de Ethan la envolvía, tranquilizándola, cómo sus brazos eran un escudo contra el miedo.

Cuando por fin se atrevió a abrirlos lentamente, el paisaje que se extendía ante sus ojos la dejó sin aliento.

Desde arriba, el Condado de Door era un impresionante mosaico de colores y texturas. Los bosques, teñidos con los colores vibrantes del otoño; rojos intensos, naranjas brillantes y amarillos dorados, se extendían como una alfombra interminable sobre la tierra.

—Dios mío... —susurró, mirando a su alrededor con asombro.

Las aguas azules del lago Míchigan brillaban bajo el sol de la mañana como si estuvieran salpicadas de diamantes líquidos, contrastando con el verde intenso de los árboles que bordeaban la costa.

En la distancia, se podían ver pequeñas casas y granjas, como si fueran juguetes dispersos en un enorme tablero de juego.

La vista era tan hermosa que parecía irreal; como si hubieran entrado en una pintura viviente creada solo para ellos.

Cassie dejó escapar una risa llena de asombro infantil mientras señalaba hacia abajo.

—¡Mira, hay ciervos corriendo por el bosque! —exclamó.

Ethan siguió su mirada, sonriendo al ver su entusiasmo.

—Sabía que te gustaría —dijo con satisfacción—. Te dije que valdría la pena.

Cassie sonrió de oreja a oreja. La felicidad la inundaba.

—Esto es... simplemente increíble. No tengo palabras.

Ethan delineó una sonrisa en sus labios al ver cómo sus temores iniciales se desvanecían ante la maravilla del momento que estaban compartiendo. La apretó suavemente contra él.

—A veces, no hacen falta palabras —dijo, acercándose para besarla suavemente.

El beso fue breve, un momento perfecto en medio de un paisaje que parecía sacado de un sueño.

Cuando se separaron, el corazón de Cassie empezó a latir con fuerza, pero ya no era por el miedo, sino por la emoción de estar viviendo algo tan especial.

—Gracias, Ethan —susurró, apoyando la cabeza en su hombro—. Esto es... algo que nunca olvidaré.

—Yo tampoco, Cassie.

Y mientras el globo flotaba suavemente sobre el paisaje otoñal, Ethan se dio cuenta de que lo que importaba no era el paisaje, ni el globo, ni siquiera la magia del amanecer. Lo que importaba era que estaba viviéndolo con Cassie.

CAPÍTULO 69

Cassie y Ethan estaban sentados juntos en el sofá, compartiendo una manta, mientras las sombras danzaban a su alrededor con la luz del fuego, iluminando el rostro de Cassie con un resplandor dorado.

La noche había caído suavemente sobre Sister Bay, y en la cabaña reinaba un silencio acogedor, solo interrumpido por el suave crepitar de la leña en la chimenea.

Habían pasado un día maravilloso, lleno de risas, de complicidad, y de momentos que atesorarían para siempre en su memoria.

Cassie se acurrucó más cerca de Ethan, sintiendo cómo el calor del fuego y su cercanía la envolvían en una sensación de paz.

Hacía tanto tiempo que la amenaza de su padre pendía sobre su cabeza como la espada de Damocles, que aquellos momentos de tranquilidad eran oro para ella.

—A veces siento que estamos viviendo dentro de una burbuja perfecta aquí, lejos del mundo real —dijo Cassie, mirando cómo las llamas danzaban de un lado a otro de forma hipnótica.

—Es como si nada malo pudiera alcanzarnos —comentó Ethan.

—Sí, y aunque sé que tendremos que volver a la realidad, quiero disfrutar de esto cada segundo mientras dure.

—Yo también —dijo Ethan.

Cassie se giró y levantó la mirada para encontrarse con sus ojos, su expresión estaba llena de sinceridad.

—Entonces hagamos que sea inolvidable, Ethan —propuso—. Hagamos que este fin de semana sea uno de esos recuerdos que podamos revivir una y otra vez, arrancándonos una sonrisa.

—Trato hecho —dijo Ethan, con esa complicidad que los unía.

La mirada de Cassie se intensificó.

—Ethan… —murmuró, sin dejar de mirarlo a los ojos—. Quiero estar contigo.

Él la miró, sorprendido por la seriedad en su tono.

—Ya estás conmigo, Cassie —respondió, con una sonrisa suave.

Cassie también sonrió, pero su mirada era firme.

—Lo sé. Pero no me refiero a eso. Quiero... quiero estar contigo de verdad. En todos los sentidos.

Ethan contuvo el aliento. Sabía lo que Cassie estaba diciendo, a qué se refería, y la importancia de sus palabras no se le escapaba.

—Cassie, ¿estás segura? —preguntó, con una voz llena de ternura, buscando cualquier rastro de duda en su expresión.

Cassie asintió lentamente, sus ojos brillaban con determinación.

—Nunca he estado tan segura de algo como de esto —respondió, contundente.

—Cassie, no quiero apresurarte. Quiero que sea especial para ti.

—Lo será —respondió ella, con una sonrisa que iluminaba su rostro—. Porque será contigo.

Ethan le devolvió la sonrisa.

Se inclinó hacia adelante y la besó, suavemente al principio, como si temiera romper la magia del momento. Pero Cassie respondió con una intensidad que lo sorprendió, entrelazando los dedos en su pelo y acercándose más a él.

El beso se profundizó, lleno de un deseo que habían estado conteniendo durante demasiado tiempo. Sus labios se movían con una sincronía perfecta, como si hubieran sido hechos el uno para el otro.

Ethan llevó una mano a la mejilla de Cassie, acariciándola con delicadeza, mientras su pulgar trazaba círculos suaves sobre su piel.

Y comenzó a explorar cada rincón de su rostro con sus labios: besando sus mejillas, calientes por el calor del fuego y rozando suavemente su nariz antes de volver a encontrar sus labios nuevamente.

—¿Estás bien? —preguntó Ethan, separándose un poco para mirarla a los ojos.

Cassie asintió.

—Más que bien —respondió.

—Quiero asegurarme de que te sientas cómoda y bien en todo momento —murmuró Ethan entre besos.

Cassie sonrió contra sus labios.

—Lo sé —susurró—. Confío en ti completamente.

Ethan sonrió, acariciándole la mejilla con suavidad.

—Si en algún momento te sientes incómoda, o si quieres parar, solo tienes que decírmelo, ¿de acuerdo?

Cassie lo miró, sintiendo cómo lo que fuera que sentía por él crecía con cada palabra, con cada gesto.

—Te lo agradezco. Pero no quiero parar. Quiero esto. Quiero... quererte.

Ethan la besó de nuevo, esta vez con más intensidad, pero sin perder esa delicadeza que hacía

que Cassie se sintiera segura.

Sus manos continuaron explorando, deslizándose bajo su jersey para sentir la suavidad de su piel. Sus dedos recorrieron su espalda con una delicadeza que hacía que Cassie sintiera que era la persona más importante del mundo.

Cada movimiento de Ethan era lento, cuidadoso, como si estuviera sondeando un tesoro frágil, descubriendo cada parte visible e invisible de su cuerpo.

Cassie, por su parte, se dejó llevar, sintiendo cómo el calor de sus caricias la envolvía en una sensación de placer que nunca había experimentado.

Ethan se aseguró de que cada movimiento, cada caricia, fuera lento y deliberado, como si quisiera memorizar cada detalle de ese momento. Sabía que era la primera vez para Cassie, y quería que fuera perfecta.

—Eres increíble —susurró, separándose un poco. La miró fijamente a los ojos—. Tan increíble.

—Tú me haces sentir increíble —dijo Cassie.

Ethan la besó de nuevo.

Empezó a recoger el dobladillo del jersey con las manos. Cassie sintió un cosquilleo en la piel a medida que iba subiendo la prenda por su torso. Levantó los brazos para ayudarlo y que Ethan pudiera quitárselo por completo.

La prenda cayó al suelo, y Ethan se detuvo un momento para admirarla, sintiendo cómo el aire se le escapaba de los pulmones.

—Eres preciosa —murmuró, su voz cargada de admiración—. Absolutamente preciosa.

Cassie sonrió, sintiendo cómo el rubor le subía por las mejillas, pero no apartó la mirada.

—Tu turno —dijo, con una sonrisa tímida pero llena de determinación.

Ethan asintió, permitiendo que Cassie desabrochara los botones de su camisa con dedos temblorosos pero decididos.

Cada botón que se abría revelaba un poco más de su torso, y Cassie no pudo evitar tragar saliva al verlo. Cuando la camisa desapareció en algún lugar del salón, Cassie apoyó las manos en el pecho de Ethan, sintiendo el calor de su piel bajo sus palmas.

—Eres increíble —susurró, mirándolo con una mezcla de asombro y deseo.

Ethan rio suavemente, un sonido ronco.

—Eso soy yo, ¿eh? —bromeó, acariciándole el pelo con suavidad.

Cassie rio también, notando cómo la tensión inicial se disipaba.

—Sí, eso eres tú —dijo, sin apartar los ojos de su cuerpo.

Le acarició el pecho, y detuvo la mano en su abdomen.

Sintió que los músculos de Ethan se contraían al tacto y sonrió, como si acabara de descubrir un secreto. Le daba cierta sensación de poder sentir que podía excitarlo tan fácilmente.

Dejó escapar una risilla nerviosa, mientras sus manos seguían navegando por su torso, y Ethan la dejó hacer.

Cuando alzó la vista, se encontró con los ojos de él. Tenía las pupilas dilatadas como una noche sin luna y la miraba expectante.

Ethan ahuecó una mano sobre su mejilla y capturó su boca en un beso tan lento y profundo que Cassie se sintió mareada.

Después, continuaron explorando, deslizándose por su espalda para desabrochar su sujetador con movimientos lentos y cuidadosos. Cuando la prenda cayó, Cassie notó la caricia del aire en sus pechos. Los pezones se le endurecieron.

Ethan se inclinó sobre ellos y tomó uno entre sus labios. La lengua jugueteó trazando círculos alrededor, hasta que Cassie no puedo evitar gemir. Al cabo de unos instantes pasó al otro pezón.

Cassie se echó hacia atrás, recostándose en el sofá y Ethan se tumbó encima de ella.

Con las manos apoyadas a ambos lados de su cuerpo, bajó hacia su tripa y recorrió sigilosamente con la boca su suave piel. Notó que ella movía las caderas debajo de él y levantó la vista para mirarla.

—Me estás poniendo a cien —dijo en tono distendido, con una sonrisa maliciosa en los labios.

Cassie sonrió, sorprendida.

Otro secretito que había descubierto.

Ethan desabrochó el botón del pantalón vaquero ancho que llevaba puesto Cassie y se los bajó por las piernas. Agachó la cabeza y comenzó a besarle el interior de los muslos, dejando una contestación de pequeños besos sobre ellos.

—Tu piel me vuelve loco —dijo Ethan.

Cassie sonrió.

Ethan se incorporó un poco y deslizó los dedos bajo el algodón de las braguitas. Cassie levantó las caderas para ayudarle a bajárselas.

Ethan continuó explorando cada centímetro de su piel con devoción, pero cuando sus dedos se deslizaron suavemente sobre las cicatrices que marcaban su sexo, notó cómo su cuerpo se tensaba de inmediato.

Cassie contuvo el aliento, y Ethan detuvo el movimiento de su mano, levantando la cabeza para mirarla a los ojos.

—¿Estás bien? —preguntó, su voz suave pero llena de preocupación.

Cassie desvió los ojos hacia el fuego mientras una sombra de inseguridad cruzaba su rostro.

Ya estaban ahí de nuevo los miedos.

Las incertidumbres.

La ansiedad.

—Sí, es solo que... —susurró—. Las cicatrices...

—Cassie —dijo Ethan, en tono de comprensión—, todo está bien. No tienes que preocuparte por nada.

Ella giró el rostro y lo miró. Sus ojos reflejaban una mezcla de vulnerabilidad y temor.

—Es solo que… no son bonitas —murmuró, casi como si hablara consigo misma.

Ethan negó con la cabeza lentamente, acercándose un poco más para que sus palabras fueran un susurro íntimo entre ellos.

—Para mí, cada parte de ti es bonita —aseguró—. Estas cicatrices cuentan tu historia y te hacen ser quien eres. Y a mí me gusta esa persona completamente.

Cassie sintió cómo sus palabras comenzaban a deshacer los nudos de tensión dentro de ella.

Había algo en la sinceridad de la voz de Ethan, que le daba permiso para dejar ir las inseguridades con las que había cargado durante tanto tiempo.

—Confía en mí —continuó Ethan. Sus dedos empezaron a trazar círculos suaves alrededor del área marcada.

Se inclinó para besarla suavemente en los labios.

—Olvídate de todo, Cassie. Déjate llevar esta noche. Hay muchas formas de darte placer y yo me las sé todas —dijo con una sonrisa pícara asomando a sus labios—. Solo concéntrate en lo que sientes, ¿vale?

—Vale —respondió Cassie.

—Quiero hacerte sentir bien —añadió Ethan con voz susurrante.

Cassie cerró los ojos durante un momento, sintiendo cómo el peso de sus inseguridades y de los miedos comenzaba a disiparse. Cuando los abrió, Ethan la miraba con una intensidad que le hizo sentir que podía confiar en él completamente.

Con un suspiro tembloroso pero liberador, asintió lentamente.

—Está bien —susurró, con una sonrisa tímida.

Ethan sonrió.

Con movimientos lentos y deliberados, volvió a deslizar sus dedos sobre las cicatrices que tenía su sexo. Comenzó a explorar su piel con una ternura infinita, cada caricia diseñada para recordarle cuánto significaba para él.

Bajo las yemas podía notar los relieves que habían dejado las suturas hechas sin cuidado. El tejido cicatricial que la rodeaba y que formaba pliegues de arriba abajo. Sin embargo, la piel era sumamente suave y flexible. Nunca había acariciado nada igual.

Se escurrió hacia abajo y hundió la cabeza entre sus muslos.

Sus labios siguieron el camino trazado por sus dedos, dejando besos suaves sobre cada cicatriz. Después fue su lengua la que trazó caminos sobre ellas.

A medida que Cassie se relajaba bajo su toque experto, Ethan fue tanteando.

Al comprobar que Cassie se había humedecido, le introdujo despacio un dedo. Sabía dónde

tocarla exactamente para arrancarle un orgasmo, aunque no fuera clitoriano.

Mientras su lengua jugueteaba con su sexo, su dedo empezó a moverse hacia adelante y hacia atrás en su interior, estimulando el punto G.

Cassie dejó escapar un gemido de placer. Una señal clara para Ethan de que estaba logrando lo que se había propuesto hacer: mostrarle cuánto placer podía darle, cuanto podía hacerle sentir.

Continuó con ese movimiento hasta que el cuerpo de Cassie empezó a estremecerse.

—Dios…, Ethan —jadeó.

Estiró la mano y cerró los dedos alrededor de uno de los cojines del sofá, aferrándose a él con fuerza.

Cuando los últimos coletazos del orgasmo cesaron, Ethan se incorporó y le dio un beso en la boca, atrapando el borde de su labio inferior y tirando de él con suavidad.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Cassie esbozó una sonrisa de satisfacción.

—Nunca me he sentido mejor —confesó.

Ethan volvió a besarla.

CAPÍTULO 70

La habitación estaba envuelta en una penumbra cálida, iluminada solo por la tenue luz de la lámpara de la mesilla. El aire olía a vainilla, sándalo y a algo más, algo íntimo y dulce.

Cassie se encontraba de pie junto a la ventana, admirando las vistas.

Ethan se acercó lentamente. Sus pasos apenas eran audibles sobre la alfombra mullida. Al llegar a su lado, deslizó suavemente una mano por su brazo, provocando un escalofrío que recorrió todo su cuerpo.

Cassie giró la cabeza para mirarlo y se encontró con sus ojos castaños rebosantes de comprensión y ternura.

Ethan sabía que era su primera vez, y quería que todo fuera perfecto.

—Cassie… —susurró, acariciándole la mejilla con suavidad. Su voz era envolvente—, si en algún momento te sientes incómoda, solo tienes que decírmelo, ¿de acuerdo?

Ella asintió, con una sonrisa tímida.

—De acuerdo. Confío en ti.

Su corazón latía con fuerza, una mezcla de nerviosismo y anticipación que le resultaba casi embriagadora.

Él sonrió también. Una sonrisa cálida que siempre lograba calmar cualquier duda o temor de Cassie.

Tomó su rostro entre las manos y la besó con delicadeza, como si estuviera explorando cada rincón de su boca por primera vez.

Cassie cerró los ojos y se dejó llevar por la sensación de seguridad que le brindaba estar entre sus brazos.

A medida que el beso se profundizaba, Ethan fue guiándola hacia la cama. La ayudó a recostarse sobre el colchón mientras continuaban besándose.

Sus manos recorrieron su piel con suavidad.

Cassie sintió cómo los nervios iniciales comenzaban a desvanecerse poco a poco bajo el toque experto de Ethan. Reemplazados por una creciente ola de deseo que amenazaba con consumirla por completo. Sus caricias eran como fuego líquido sobre su piel.

Ethan sacó un preservativo de la cartera y se lo colocó con habilidad.

Se tumbó sobre Cassie y comenzó a entrar dentro de ella, hundiéndose lentamente, hasta notar

que la barrera cedía.

—¿Te duele? —quiso saber.

—No —musitó Cassie.

Ethan estaba siendo tan cuidadoso y ella tenía tantas ganas de estar con él que no sintió dolor en ningún momento. Solo una ligera presión ante la invasión, que desapareció enseguida.

Ethan se movió despacio al principio. Atento a cada reacción del cuerpo de Cassie bajo el suyo, asegurándose de que estuviera cómoda.

—¿Estás bien? —preguntó entre jadeos suaves, manteniendo el contacto visual con ella todo el tiempo.

Sus ojos estaban oscurecidos aún más por la pasión contenida.

—Estoy genial —respondió Cassie.

—Estar dentro de ti es increíble —dijo Ethan.

Cassie sonrió y rodeó sus caderas con las piernas.

Ethan apretó los dientes para ralentizar sus movimientos, exhalando con fuerza cada vez que salía y volvía a entrar. Quería rozar cada punto sensible para que se volviera a correr, igual que había hecho con los dedos.

A medida que avanzaban, la suavidad inicial dio paso a una pasión que los envolvió por completo.

Cassie fue relajándose, y Ethan fue aumentando el ritmo, aunque siempre atento, para asegurarse de que Cassie estuviera cómoda, pero también dejando que la intensidad del momento los llevara.

—Ethan… —murmuró Cassie, entrelazando los dedos en su pelo—, esto es… Oh, Dios… increíble.

—Tú eres increíble. La mujer más increíble del mundo —susurró él.

Ethan gimió y aceleró otro poco el ritmo. Cassie se adoptó con facilidad, como si no fuera la primera vez, como si llevaran años follando.

El placer la estaba dejando sin respiración.

El deseo aumentó, volviéndose más intenso y exigente.

Ya no había forma de detenerlo ni de controlarlo.

A Cassie no se le ocurría ningún otro lugar donde quisiera estar en aquel momento que allí, debajo de Ethan.

De repente su cuerpo comenzó a estremecerse. Gritó, abrumada por el placer que recorría cada fibra de su ser. Y oyó que Ethan decía su nombre mientras se corría.

Un rayo de sol se coló entre las cortinas color marfil de la cabaña, tiñendo de dorado el rostro de Cassie.

Ethan ya llevaba despierto diez minutos, observándola dormir con la fascinación de quien contempla una obra de arte que, por algún milagro inexplicable, había terminado en su poder. Así se sentía él.

Estaban tumbados en la cama, con las sábanas desordenadas y el mundo exterior completamente olvidado.

—¿Piensas quedarte ahí mirándome como un acosador profesional o vas a preparar café? —murmuró Cassie sin abrir los ojos. Sus labios se curvaron en una sonrisa.

Ethan carcajeó.

—Perdóneme usted, señorita, pero estaba evaluando si este espécimen humano merece una cápsula del café premium que he traído, o si debería guardarlo para personas más agradecidas —respondió, inclinándose para depositar un beso en su frente.

Cassie abrió los ojos, aquellos ojos que recordaban a una noche estrellada, y le dio un golpe juguetón en el hombro.

—Si me haces el café premium, prometo ser extremadamente agradecida —susurró, con una sonrisa cargada de intención—. Ahora que sé cómo… —Le guiñó el ojo.

—Propuesta aceptada y registrada ante notario —contestó Ethan, saliendo de la cama de un salto.

Unos minutos después, el aroma a café recién hecho flotaba en el aire, mezclándose con el olor a leña quemada de la chimenea que todavía crepitaba débilmente en el salón.

Cassie estaba sentada en el borde de la encimera, con las piernas colgando despreocupadamente mientras observaba a Ethan preparar dos tazas humeantes.

Se había puesto una de sus camisetas. Le quedaba enorme, pero le daba un aire de ternura que hacía que Ethan no pudiera dejar de mirarla. Sus rizos estaban despeinados, y tenía una sonrisa tranquila en los labios, como si acabara de descubrir un secreto trascendental.

Ethan se giró hacia ella con una media sonrisa en los labios, sosteniendo las tazas como si fueran un premio recién ganado. Su pelo estaba desordenado y sus ojos aún tenían ese brillo somnoliento que Cassie encontraba irresistiblemente encantador.

—Aquí tienes, señorita —dijo él con un tono juguetón mientras le entregaba una taza—. Café premium especial de la casa: fuerte como tus argumentos y dulce como tu risa.

Cassie soltó una carcajada suave, sintiendo cómo el sonido resonaba en la pequeña cocina.

Tomó un sorbo del café y cerró los ojos durante unos instantes, disfrutando del sabor.

—Mmmm… perfecto. Este café está buenísimo —murmuró con satisfacción, antes de abrir los ojos nuevamente para encontrar los de Ethan fijos en ella con ternura—. Aunque creo que exageras sobre mis argumentos. Además, ¿no fuiste tú el que me hablaste de la vehemencia?

Ethan sonrió, mientras se llevaba la taza a los labios.

—¿Te lo dije yo? —respondió, con fingida seriedad antes de esbozar una amplia sonrisa.

Cassie soltó una risilla. Se sentía muy cómoda y libre para ser ella misma. Había algo mágico en esos momentos que compartía con Ethan. No había necesidad de pretensiones ni máscaras, solo ellos dos disfrutando cada segundo al máximo.

El sonido del reloj de pared interrumpió la tranquilidad, recordándoles que el tiempo seguía avanzando.

—Creo que deberíamos empezar a preparar las maletas —dijo Ethan.

Cassie asintió, con un suspiro resignado.

—Sí, supongo que sí. Aunque no quiero irme —dijo, haciendo un mohín con la boca.

Ethan tampoco parecía tener prisa alguna por abandonar aquel refugio creado solo para ellos dos.

—Yo tampoco, pero tenemos que regresar a la civilización —dijo Ethan—. Aunque siempre podemos volver. Esta cabaña siempre estará aquí para nosotros.

—Me gusta esa idea. Volver aquí, contigo.

Ethan inclinó la cabeza y la besó.

CAPÍTULO 71

Keeya estaba sentada en el sofá, con los pies apoyados en la mesa auxiliar y un libro en las manos, pero al ver a Cassie entrar en el piso, cerró el libro de golpe y se levantó.

Agarró a su hermana de las manos y la obligó a sentarse alrededor de la mesa. Ella se colocó en la silla de enfrente.

—Vamos, Cassie —dijo Keeya, apoyando los codos sobre la superficie de madera e inclinándose hacia ella—. No me hagas rogar. Quiero todos los detalles jugosos sobre tu escapada romántica con Ethan —exigió.

Cassie soltó una risa suave, sintiendo cómo el rubor subía a sus mejillas al recordar cada momento compartido con él.

—Ha sido… increíble —confesó—. Todo ha sido perfecto, Keeya. Desde los paseos por el bosque hasta las charlas junto a la chimenea.

Keeya arqueó una ceja, con una expresión llena de intriga en el rostro.

—Increíble, ¿cómo? ¿Del tipo «comimos mucho y hablamos mucho» o del tipo «no salimos de la cabaña en dos días»?

—Las dos —dijo Cassie.

Keeya abrió los ojos con sorpresa, y se llevó una mano al pecho en un gesto teatral que hizo reír a Cassie.

—Cassie, ¿habéis…? Ya sabes… —dijo en tono confidencial, aunque no las escuchaba nadie.

—Sí.

—¡Oh, Dios mío!¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! —exclamó Keeya, sin poder contener su entusiasmo—. Sabía que Ethan era especial desde el primer momento en que me hablaste de él. Pero cuéntame más, ¿cómo fue?

—Cuidadoso, tierno, dulce… —respondió Cassie—. Se aseguró de que me sintiera cómoda todo el tiempo. —Lanzó un suspiro—. Nunca pensé que podría ser… tan perfecto. Me hizo sentir como si fuera la persona más importante del mundo.

Keeya empezó a patalear en el suelo, entusiasmada.

—Me alegro mucho por ti, Cassie. Te lo mereces. Te mereces ser feliz, te mereces que haya sido así, perfecto.

—A veces no puedo creer que todo esto sea real.

—Pues lo es. Es real, Cassie. Y no dejes que nadie te diga lo contrario.

Cassie bajó la mirada, jugueteando con el borde de la manga del jersey con los dedos.

—A veces tengo miedo de que solo sea un sueño, de que me esté montando castillos en el aire, y de que algo salga mal. De que todo se rompa.

—Cassie, escúchame bien —dijo Keeya con firmeza, tomando las manos de su hermana entre las suyas—. ¿Me estás escuchando? —Quería asegurarse de que tenía toda su atención.

—Sí —dijo Cassie.

—Es normal tener miedo cuando algo es tan bueno. Pero no puedes dejar que ese miedo te impida disfrutar de lo que tienes ahora.

Cassie asintió lentamente, notando el calor reconfortante de las manos de Keeya. Sabía que su hermana tenía razón. Debía permitirse disfrutar del presente sin preocuparse demasiado por lo que pudiera pasar en el futuro.

—Lo sé —respondió con un suspiro—. Es solo que… nunca pensé que encontraría a alguien así. Alguien que me haga sentir tan completa, tan especial.

Keeya sonrió, comprensiva, apretando suavemente las manos de Cassie antes de soltarlas.

—Es que tú eres muy especial, Cassie. Muy muy especial.

—¿Por qué siempre sabes qué decir para hacerme sentir mejor?

—Porque soy guay —bromeó Keeya, con ese sentido del humor tan personal que poseía.

—Eres muy muy guay —afirmó Cassie, sonriendo. Abrazó a su hermana—. Jo, te quiero un montón —dijo de pronto.

Keeya rodeó a Cassie con los brazos y la estrechó contra su cuerpo.

—Y yo a ti, hermanita.

Cassie se separó.

—Por cierto, ¿qué tal está el ficus? —preguntó en tono de broma—. ¿Ha sobrevivido?

Keeya puso los ojos en blanco.

—Está perfectamente —dijo.

Las dos se echaron a reír.

CAPÍTULO 72

El eco de los pasos apresurados de unos pocos estudiantes resonaba en el pasillo medio desierto, después de que las clases hubieran terminado.

Ethan y Cassie estaban ocultos en un rincón, cerca de la puerta medio abierta del Aula Magna.

—Sabes que esto es una locura, ¿verdad? —susurró Cassie, aunque sonreía.

—¿Qué? ¿Que te esté besando a escondidas como si fuéramos dos adolescentes? —respondió Ethan—. Totalmente. Pero no puedo resistirme, ya lo sabes.

Cassie soltó una risilla suave, pero antes de que pudiera responder, Ethan la atrajo hacia sí, inclinó la cabeza y sus labios se encontraron.

Fue un beso lento y dulce, condensando todo lo que sentían en aquel contacto furtivo. Pero justo cuando estaban perdiéndose en la calidez del momento, una sombra apareció delante de ellos.

Gerard se detuvo en seco. Su corazón se hundió en el pecho al ver a Cassie y Ethan juntos. La imagen de sus labios entrelazados...

La mirada que les lanzó era como un rayo que atravesaba la oscuridad: fría y cortante; una mezcla de incredulidad y rabia que hizo que Cassie se separara rápidamente de Ethan, como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

Ethan dio un paso atrás. Cassie sintió que el aire se le escapaba.

—Gerard… —masculló con la voz estrangulada.

En un instante, la confusión de Gerard se transformó en una oleada de decepción y rabia que le nubló la vista. Las cejas se fruncieron con fuerza, creando surcos profundos en su frente mientras apretaba los dientes.

Ethan se acercó a Cassie, como si quisiera protegerla de la mirada de Gerard, pero él no le prestó atención. Simplemente se giró sobre sus talones y comenzó a alejarse a zancadas en dirección contraria.

Cassie miró una última vez a Ethan y salió corriendo detrás de Gerard.

—¡Gerard, espera! —gritó—. ¡Por favor, escúchame!

Pero él no se detuvo. La rabia ardía en el interior de sus venas como si fuera fuego.

—¡Espera! —insistió Cassie, que seguía corriendo tras él—. ¡Gerard!

Gerard se detuvo de golpe en mitad de un pasillo en el que no había nadie, se volvió hacia

Cassie con una mirada llena de furia. Los ojos le echaban chispas.

—¿Escucharte? ¿Para qué? ¿Para que me cuentes otra vez cómo no quieres tener ninguna relación porque quieres centrarte en los estudios, en la carrera? —dijo con desprecio. Su voz sonaba áspera, herida—. ¿Cuánto tiempo has estado mintiéndome?

Cassie se estremeció, su corazón martilleaba contra las costillas.

Sabía que ese día llegaría. Sabía que tendría que enfrentar las consecuencias de sus acciones. Pero eso no lo hacía más fácil, y menos con Gerard.

—Gerard, yo... lo siento mucho —comenzó. Su voz sonaba temblorosa—. Nunca he querido hacerte daño.

—¡Eres una cínica, Cassie! —gritó él, dejando escapar toda la frustración que sentía—. Me dijiste que no querías nada conmigo porque no era el momento, pero parece que con Ethan Lawson sí lo es.

El dolor en la voz de Gerard era palpable, y Cassie sintió cómo su corazón se rompía un poco más con cada palabra. Trató de hablar, de explicarse, pero él apenas la dejaba respirar.

—Gerard, por favor, déjame explicarte...

—¡No! —interrumpió él, con una voz fría y llena de dolor—. No quiero escuchar tus excusas, tus mentiras. —Gerard sintió cómo el calor del enfado subía por su cuello hasta llegar a sus mejillas, mientras luchaba por mantener la compostura—. Haz lo que quieras, Cassie, pero no esperes que yo esté aquí para apoyarte. —El gesto de su mano al señalar el lugar donde se había quedado Ethan fue brusco y lleno de desprecio—. Ese tío va a terminar haciéndote daño —afirmó—. Lo sé, de alguna manera te hará daño.

—No, Gerard, Ethan es diferente —lo defendió Cassie.

Gerard soltó una risa amarga.

—Diferente… —repitió, lanzando un bufido mientras levantaba los ojos al techo—. No es más que un imbécil.

—Gerard, entiendo que estés enfadado, pero eso no te da derecho a insultarlo —aseveró Cassie.

Gerard sacudió la cabeza.

—Pensé que confiabas en mí —masculló.

La rabia burbujeaba bajo la superficie, haciendo que sus manos temblaran ligeramente a ambos lados de su cuerpo. Se sentía traicionado.

—Confío en ti. —Cassie dio un paso adelante, sus ojos tenían una expresión suplicante—. Eres mi amigo, Gerard. Eso no ha cambiado. Pero lo que siento por Ethan... no puedo explicarlo.

Cada palabra de Cassie era como un martillazo.

Él había sido sincero, y Cassie había sido la que había elegido mentir.

—Por favor, perdóname —le pidió Cassie.

Hubo un momento de silencio.

—No sé si puedo perdonarte. No todavía —dijo al fin Gerard.

—Lo entiendo —susurró Cassie—. Y lo siento, Gerard. Lo siento mucho, de verdad. Nunca quise herirte. Tienes que creerme. Esto... lo que tengo con Ethan... simplemente sucedió. No lo planeé, no lo busqué, no lo pedí. Pero no puedo cambiar lo que siento por él —dijo.

«Lo que siente por él», Gerard notó que se le revolvía el estómago.

—Solo espero que algún día podamos ser amigos de nuevo —añadió Cassie.

«Amigos». Gerard sintió la palabra como una bofetada.

Él no quería ser amigo de Cassie. *No solo* amigo. Quería ser mucho más. Quería ser todo. Quería ser lo que era Ethan Lawson.

No respondió, simplemente dio media vuelta y se alejó con pasos largos, dejando a Cassie sola en el pasillo, con el corazón rompiéndose en mil pedazos.

Ethan se acercó a ella, y le acarició la espalda con suavidad.

—Cassie, lo siento mucho —dijo, con una voz llena de sentimiento—. Gerard no debería haberte hablado así.

Cassie asintió, mordiéndose el labio.

—No es tu culpa, Ethan. Es mía. Debería haber sido honesta con él desde el principio —dijo.

—Cassie, no te fustigues, no podías contárselo —repuso Ethan.

Ella se volvió hacia él. Suspiró ruidosamente y se metió el pelo detrás de las orejas.

—Esta situación cada vez se complica más —murmuró.

—Algún día acabará, solo tenemos que esperar un poco más de tiempo.

Se miraron.

Cassie asintió.

CAPÍTULO 73

Cassie lanzó una mirada a su alrededor.

La final del Concurso de Jóvenes Abogados había creado mucha expectación y el auditorio estaba hasta la bandera, con un murmullo que resonaba entre las paredes altas y los techos decorados con frescos y alegorías.

Las luces brillaban intensamente sobre el estrado donde estaba colocado el atril.

Cassie estaba de pie, junto a los otros finalistas, con las manos ligeramente temblorosas y el corazón latiendo a mil por hora. Llevaba un traje impecable de color azul marino, que le daba un aire de profesionalidad y confianza, aunque por dentro se sentía como si estuviera a punto de estallar.

Su corazón latía con tanta fuerza que podía sentir cómo golpeaba las costillas.

Ingrid y Keeya estaban sentadas en primera fila, y Cassie no pudo evitar girarse para buscarlas con la mirada.

Ingrid le hizo un gesto de ánimo con el puño, mientras Keeya, con su uniforme del instituto todavía puesto (se había saltado la clase sin pensarlo dos veces), le lanzó un pulgar arriba y una sonrisa de apoyo. Cassie les devolvió la sonrisa, sintiendo cómo un poco de la tensión se aliviaba.

—¡Cassie! —susurró Ingrid, inclinándose hacia adelante—. ¡Tú puedes! ¡Eres la mejor!

Keeya asintió con entusiasmo.

—¡Sí! ¡Destrózalos!

Cassie dejó escapar una risita por lo bajo, aunque los nervios seguían ahí. Se acercó a ellas.

Estiró el cuello y miró hacia el fondo del auditorio, buscando a Gerard entre la multitud.

—¿Y Gerard? ¿Ha venido? —preguntó con un hilo de voz.

Ingrid frunció el ceño.

—No… todavía está enfadado. Pero no te preocupes, ya se le pasará. Hoy es tu día, cariño.

Cassie sintió un nudo en el estómago. Sabía que Gerard todavía estaba enfadado. Desde que la había visto besarse con Ethan no le había dirigido la palabra. Había empezado a ir un poco por su cuenta, y en clase siempre se sentaba unas filas por delante o unas filas por detrás, y solo interactuaba con Ingrid.

Pero había esperado que, al menos, estuviera allí para apoyarla. Era un día muy importante

para ella, pero también para la Universidad. Había ido a verla el rector, una buena parte de los alumnos de clase, y parte del profesorado, entre ellos, Charlotte Fanning. La expectación era máxima.

Cassie cogió aire, e hizo un esfuerzo para apartar a Gerard de su mente. Era hora de concentrarse.

—No te preocupes por él —dijo Keeya, con un tono despreocupado, como si supiera lo que su hermana estaba pensando. No quería que se sintiera mal por Gerard. No ese día. No en ese momento—. Esto es muy importante para ti, yo me he saltado la clase de matemáticas para venir a verte —bromeó.

Cassie soltó una risa mientras se ajustaba la chaqueta.

—Espero que no te arrepientas. Las fracciones pueden ser muy puñeteras —dijo.

Ingrid hizo un ademán con la cabeza hacia la entrada.

En ese momento, Ethan apareció en el umbral de las dobles puertas de madera, con un traje gris oscuro y una expresión seria pero llena de orgullo. Se acercó a Cassie y le susurró al oído, lo suficientemente bajo como para que solo ella pudiera escuchar.

—Vas a ganar. Lo sabes, ¿verdad?

Cassie lo miró. El corazón le latía desbocado.

—Gracias —respondió, agradeciendo la confianza que Ethan tenía en ella.

Él le sonrió, apretándole suavemente la mano antes de retroceder y tomar asiento entre el público. Cassie respiró hondo, sintiendo que sus palabras la llenaban de determinación.

El juez ordenó a todo el mundo sentarse, ya que la final del concurso iba a comenzar.

Uno a uno, los finalistas fueron subiendo al atril para defender sus argumentos. Cuando le tocó el turno a Cassie, se levantó con calma, ajustándose la chaqueta del traje, y caminó hacia el centro del auditorio con una confianza que sorprendió incluso a ella misma.

Las clases de Ethan no habían sido en vano, pensó mientras respiraba hondo. El mejor abogado de Chicago y uno de los más reconocidos del país la había estado preparando para ese momento crucial y estaba lista para ganar.

Había pasado horas discutiendo casos complejos, analizando estrategias y perfeccionando su oratoria. Cada sesión había sido un desafío, pero también una revelación; Ethan había logrado sacar lo mejor de ella, empujándola a superar sus propios límites.

Sabía que no solo había aprendido sobre leyes y procedimientos; había descubierto una parte de sí misma que nunca antes había imaginado y estaba decidida a demostrarle a todos —y a ella misma— que podía brillar en aquel concurso.

Una vez en el atril, se plantó con firmeza y comenzó.

—Señoras y señores del jurado —dijo, con una voz clara y contundente que resonó en todo el auditorio—, el caso que nos ocupa hoy no es solo una cuestión legal, sino también una cuestión de justicia y humanidad…

A medida que avanzaba en su argumentación, el auditorio se quedó en silencio, capturado por

la elocuencia y la pasión de sus palabras.

Cassie no titubeó, no vaciló. Cada palabra era precisa, cada argumento estaba respaldado por una lógica impecable y expuesto de forma clara y vehemente, dejando claro que no solo tenía talento, sino también carisma. Hasta el jurado, compuesto por algunos de los abogados más respetados de la ciudad, parecía impresionado.

—Y si me permiten hacer una analogía —dijo Cassie con una sonrisa traviesa—. Durante estas semanas he aprendido que defender un caso es como preparar una buena pizza. Necesitas los ingredientes correctos y asegurarte de que todo esté bien cocido antes de servirlo… o si no, terminarás con un desastre pegajoso entre los dedos.

Las risas resonaron en el auditorio, mientras ella miraba de reojo a Ethan, que sonrió.

Cuando terminó, hubo un momento de silencio antes de que el lugar estallara en aplausos.

Cassie bajó del atril con una sonrisa tímida pero llena de orgullo, sintiendo cómo la adrenalina corría por sus venas.

El jurado deliberó durante lo que pareció una eternidad, pero finalmente, el hombre que había hecho de portavoz durante las distintas rondas se levantó, y tras agradecer su participación a todos los concursantes, proclamó al ganador.

—Y el ganador o ganadora del concurso de Jóvenes Abogados de este año es… —Dejó transcurrir unos segundos para aumentar la expectación—… Cassandra Maalim —dijo al fin.

El auditorio estalló de nuevo en aplausos y vítores. Se escucharon un par de silbidos, provenientes de Keeya, que no paraba de señalarla y decir que Cassie «era su hermana». El orgullo le salía por cada poro de la piel.

Cassie se quedó paralizada durante un momento, sin poder creer lo que acababa de escuchar, incapaz de procesar lo que acababa de suceder. Luego, una sonrisa enorme iluminó su rostro y levantó los brazos en señal de victoria.

En medio del bullicio, sus ojos se encontraron con los de Ethan, y el mundo a su alrededor desapareció por un instante. Él, desde su asiento, la miró con una expresión llena de orgullo y algo más, algo que solo ellos dos podían entender y que hizo que Cassie sintiera mariposas en el estómago.

Y entonces lo supo. Lo había sabido siempre.

Estaba enamorada de aquel hombre hasta los huesos.

No era solo atracción, ni admiración, ni gratitud por todo lo que había hecho por ella.

Era algo más profundo.

Algo que había ido creciendo con cada risa, con cada mirada cómplice, con cada beso, y con su paciencia.

Ethan no solo la aceptaba tal como era; la hacía sentirse completa, como si todas las piezas de ella misma finalmente encajaran. Él era su presente, su futuro. Su todo.

Lo que sentía era amor. Sí, era amor.

Después de aquella revelación, volvió a la realidad con la voz del portavoz del jurado, que la

llamó para que fuera a recoger el trofeo.

En cuanto lo levantó para mostrarlo, Ingrid y Keeya corrieron hacia ella como dos torpedos humanos, para felicitarla.

—¡Ganaste! ¡Eres increíble! —gritó Ingrid mientras abrazaba a Cassie con fuerza.

Keeya saltó alrededor como si estuviera celebrando un gol en un partido decisivo. De hecho, era algo parecido.

—Eres la mejor, hermanita. Los has destrozado a todos —dijo con su habitual elocuencia.

Cassie rio entre lágrimas de felicidad mientras abrazaba a ambas.

Keeya rompió el abrazo.

—Tenemos que hacer una videollamada a mamá para contárselo —dijo, sacando el teléfono y marcando el número.

—¡Hola, mamá! —exclamó Keeya, apenas conteniendo su emoción.

—¡Keeya! ¿Cómo estás? —respondió su madre, ajustándose las gafas mientras sonreía.

—Mamá, Cassie ha ganado el concurso de Jóvenes Abogados —dijo, casi gritando de alegría.

Bishara se quedó boquiabierta durante unos instantes, antes de que una sonrisa enorme iluminara su rostro.

—¿En serio? ¡Dios mío! —exclamó, llevándose una mano a la boca.

—¡Sí! —continuó Keeya, moviendo el móvil para que su madre pudiera ver el auditorio lleno de gente, y a Cassie—. ¡Mira, aquí está! ¡Es la ganadora!

—Cassie, cariño…

—¡Mamá! —dijo ella con una sonrisa radiante, tomando el móvil de las manos de Keeya—. He ganado el concurso.

—¡Cassie! ¡No puedo creerlo! ¡Felicidades! —dijo Bishara desde la pantalla, sus ojos brillaban con lágrimas de alegría.

—¡Gracias, mamá! —Cassie sonrió. Las lágrimas asomaban a sus ojos—. Esto es para ti, para nosotras. Por todo lo que hemos pasado.

Keeya se acercó, apoyando la cabeza en el hombro de Cassie para aparecer en la pantalla.

—Estoy muy orgullosa de ti, cariño —dijo su madre, con una voz que temblaba por la emoción.

—Y yo he venido a darle todo mi apoyo —intervino Keeya, con una sonrisa traviesa—. Me he saltado una clase para estar aquí.

La madre de Cassie sonrió, aunque las lágrimas seguían corriendo por sus mejillas.

—Keeya, no deberías saltarte las clases, pero... por esta vez está bien —dijo.

Las tres rieron, sintiendo cómo el amor y la emoción las unían a pesar de la distancia.

—Cassie —dijo Bishara, con una voz llena de cariño—, esto es solo el principio. Sé que vas a

lograr grandes cosas.

Cassie asintió.

—Lo sé, mamá. Y tú estarás ahí para verlo.

—Por supuesto.

Keeya esbozó una sonrisa brillante.

—¡Y yo también! ¡No pienso perderme nada! —exclamó, pasando el brazo por los hombros de Cassie y atrayéndola hacia sí.

Bishara sonrió.

—Estoy tan orgullosa de las dos. —Acercó la cara a la pantalla—. Os quiero mucho, mis niñas.

—Nosotras también te queremos, mamá —respondió Cassie, y notó cómo las lágrimas caían por sus mejillas. Se las enjugó con la mano.

—Te prometo que celebraré esto como se debe cuando vuelva a casa —dijo Cassie con una sonrisa asomando entre las lágrimas—. Vamos a tener una cena familiar épica.

—Eso es lo menos que mereces después de todo tu esfuerzo —respondió su madre—. Me encantaría hablar más con vosotras, pero estoy trabajando.

—Te quiero mucho, mamá —dijo Cassie.

—Yo también te quiero, mi niña hermosa. Disfruta cada segundo de esta celebración; te lo mereces más que nadie.

Keeya tomó el teléfono nuevamente y sonrió a su madre antes de despedirse.

—Nos vemos pronto, mamá. Te queremos mucho —dijo.

Cuando colgaron la llamada, Cassie miró a Keeya con los ojos brillantes. Ambas se abrazaron con fuerza.

—Bueno, siento romper este momento, pero tengo que volver a clase —dijo Keeya, deshaciendo el abrazo.

—Sí, vete, no te metas en líos —dijo Cassie.

—Mamá está muy orgullosa de ti —dijo Keeya—. Y Nadira y yo también.

Aquellas palabras tocaron el corazón de Cassie, despertando una mezcla de emociones que llevaba tiempo guardadas.

Pensó en su hermana pequeña y en su madre, en todo lo que había sacrificado para sacarlas adelante, en las noches en vela llorando en silencio para que sus hijas no la vieran débil, en las veces que había tenido que elegir entre comer ella o darles de comer a ellas.

Su madre había sido su roca, su refugio, incluso en los momentos más oscuros. Y ahora, después de haber ganado el concurso, Cassie sentía que, de alguna manera, estaba devolviéndole algo de todo lo que le había dado.

No era solo un trofeo; era una forma de decirle: «Mira, mamá, todo el esfuerzo está valiendo la

pena».

Aunque sabía que las cicatrices del pasado nunca desaparecerían por completo, esta pequeña victoria era una prueba de que, a pesar de lo mal que lo habían pasado, habían salido adelante.

Keeya le guiñó un ojo antes de salir corriendo, dejando a Cassie y a Ingrid solas.

—¿Y Ethan? —preguntó Ingrid.

Cuando Cassie miró hacia atrás para buscarlo, él ya había desaparecido entre la multitud.

CAPÍTULO 74

—Enhorabuena —le dijo Charlotte Fanning a Cassie antes de salir del auditorio.

Su voz sonaba seca y cortante, y su cara tenía la misma expresión que si acabara de oler un pedo.

—Gracias —contestó ella, pero Charlotte ni siquiera se quedó a escuchar su respuesta, pasó de largo hacia la salida.

—Se le tienen que estar revolviendo las tripas —comentó Cassie a Ingrid.

—Deja que se vaya a llevar paz a otro lugar —se burló Ingrid—, seguro que necesita un poco de aire fresco después de verte brillar tanto —bromeó.

Ambas se echaron a reír.

Algunos compañeros y otros estudiantes de la Universidad se acercaron a Cassie para felicitarla.

Ethan estaba de pie frente a Harold Whitmore, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y una expresión serena en el rostro, aunque su mente estaba lejos, en Cassie y en la forma en que su nombre había resonado en el auditorio cuando la habían proclamado ganadora.

Todavía no había podido felicitarla. El rector le había llamado aparte para hablar con él.

—Ethan —comenzó Harold Whitmore, levantando la vista con una sonrisa—, tengo que felicitarte. El trabajo que has hecho con Cassandra Maalim ha sido simplemente excepcional. No solo ha ganado, sino que ha dejado a todos boquiabiertos.

Ethan sintió que una oleada de orgullo lo invadía. Asintió con una sonrisa.

—Gracias. La señorita Maalim es muy inteligente. Yo solo le di las herramientas; ella hizo el resto —dijo.

Whitmore se echó un poco hacia adelante y agitó la mano en el aire.

—No te quites mérito, Ethan —repuso—. Sabía que eras el hombre adecuado para prepararla para el concurso. Si hasta fuiste capaz de convencerla para participar cuando ella se negó.

Ethan recordó el día que fue a casa de Cassie. Se la encontró en la calle, siendo zarandeada por

esos dos miserables de los que tuvo que defenderla.

Era sorprendente todo lo que había pasado desde entonces.

Harold Whitmore continuaba hablando.

—Debo admitir que al principio no confiaba mucho en vosotros. La química era… digamos… complicada.

Una risa silenciosa danzó en los labios de Ethan antes de desvanecerse suavemente, recordando aquellos primeros días. Desde luego, no se llevaban muy bien, no.

Cassie le había abollado la moto y lo desafiaba en cada clase, con esa mirada llena de determinación que tanto lo había atraído desde el principio.

—Eso es un eufemismo —respondió—. Pero la señorita Maalim tiene una forma única de... bueno, de no dejarse intimidar.

«Ni siquiera por mí», pensó Ethan.

—Sin duda alguna —dijo el rector—. Pero no estamos aquí solo para hablar de Cassandra Maalim. —Apoyó la mano en su hombro—. Ethan, has cumplido con creces lo que se esperaba de ti, y tu parte del… trato, por decirlo de alguna forma. Y, como te prometí, hay una cátedra esperándote aquí en la Universidad. Tu dedicación y tu talento merecen ser reconocidos.

Ethan esbozó algo parecido a una sonrisa, pero por dentro sentía un vacío inesperado. La idea de obtener aquel cargo académico había sido su objetivo inicial; por eso había aceptado preparar a Cassie para el concurso. De otro modo se hubiera negado. Sin embargo, ahora en todo lo que podía pensar era en ella.

Asintió de forma mecánica, sintiendo cómo las palabras del rector resonaban en su mente, aunque su corazón seguía estando en otra parte.

Su cabeza divagaba hacia el momento en que había visto a Cassie brillar sobre el escenario; cómo había capturado la atención de todos con su carisma y su confianza. Esa imagen eclipsaba cualquier ambición profesional que pudiera haber tenido antes, cualquier cátedra que pudiera conseguir, cualquier título que pudiera engrosar su currículum.

—Es un honor —dijo, simplemente—. Me siento muy agradecido.

—No hace falta que lo agradezcas, Ethan. Te lo has ganado —dijo Harold Whitmore, con una sonrisa amplia que no lograba ocultar su entusiasmo—. Gracias a ti, la Universidad de Derecho de Chicago vuelve a estar en lo más alto. Hemos recuperado el esplendor de los viejos tiempos. Por fin volvemos a ser la Universidad que fuimos —aseveró, visiblemente emocionado, mientras ajustaba su corbata con un gesto de satisfacción.

Ethan frunció el ceño, incómodo con la forma en que el rector parecía ignorar el papel de Cassie en todo eso. No le estaba gustando que Harold Whitmore la obviara. Ella había sido la que se había alzado con el trofeo. Era a ella a quien le correspondían los halagos. Había trabajado muy duro para ello, y Ethan no iba a permitir que su esfuerzo pasara desapercibido.

—La señorita Maalim ha tenido mucho más que ver que yo en esa victoria —apostilló Ethan, con un tono firme que dejaba claro que no estaba dispuesto a ceder en ese punto—. Sin su dedicación, su inteligencia y su trabajo, esto no habría sido posible.

Harold Whitmore hizo un gesto con la mano, como si estuviera quitándole importancia al comentario.

—Sí, sí, sí… —respondió, pero su voz sonaba más a formalidad que a reconocimiento—. Por supuesto, la señorita Maalim ha hecho un gran trabajo. De hecho, vamos a organizar una pequeña celebración ahora en la facultad para daros las gracias a los dos.

Ethan no pudo evitar notar cómo el rector mencionaba a Cassie como si su contribución fuera secundaria. Eso lo irritó.

—Creo que sería más apropiado que la celebración se centrara en la señorita Maalim. Ella ha sido la que ha ganado el concurso, la que ha dedicado horas interminables a prepararse, y la que nos ha devuelto a todos ese «esplendor» del que habla. Si alguien merece ser el centro de atención hoy, es ella.

Harold Whitmore parpadeó, sorprendido por la firmeza en la voz de Ethan.

—Vaya, sí que has cambiado tu opinión respecto a ella. Si no recuerdo mal, me propusiste poner a otro alumno en su lugar —dijo—, y solo aceptaste prepararla porque te ofrecí obtener la cátedra a cambio.

—Eso fue al principio —respondió Ethan, serio.

Antes de comportarse como un idiota y prejuzgarla.

Antes de conocerla.

Antes de ver que era la chica más especial del mundo.

Antes de saber su historia.

Antes de que vivieran todo lo que habían vivido juntos.

Durante unos segundos, Harold Whitmore pareció no saber qué decir, pero finalmente asintió con una sonrisa forzada.

—Claro, la gente tiene derecho a cambiar de opinión —dijo—. Por supuesto, la señorita Maalim es la gran protagonista de todo esto. Y estoy seguro de que todos en la facultad estarán encantados de celebrar su logro.

Ethan asintió, satisfecho por haber dejado clara su postura, pero todavía molesto por la actitud del rector. Sabía que Cassie merecía mucho más que un simple «sí, sí, sí» y una celebración improvisada. Ella merecía que su esfuerzo fuera reconocido como lo que era: extraordinario.

—Perfecto —contestó, dejando claro que el tema no estaba abierto a más discusiones—. Entonces, nos vemos en la celebración.

Ethan dio media vuelta y se alejó hacia el auditorio, sintiendo una extraña mezcla de frustración y determinación. Sabía que Cassie no diría nada, que se limitaría a sonreír y a agradecer los halagos, pero él no iba a permitir que su esfuerzo pasara desapercibido.

Ella era increíble, y estaba decidido a asegurarse de que todos lo supieran.

Cassie miró el reloj con cierta impaciencia. ¿Dónde estaba Ethan? Todavía no había podido hablar con él.

El auditorio, que poco antes había vibrado con aplausos y vítores, ahora estaba en un silencio casi reverencial, solo iluminado por las luces tenues que resaltaban las filas vacías de butacas, y con los ecos de la celebración desvaneciéndose lentamente.

Ingrid le hizo a Cassie una señal con la barbilla hacia la puerta delantera del auditorio.

Cassie miró hacia donde le indicaba, y encontró a Ethan esperándola con una sonrisa que hacía que su corazón se acelerara.

—Creo que tengo que ir a celebrar mi triunfo con él —dijo, con una sonrisa tímida.

Ingrid la empujó suavemente.

—Ve. Te lo mereces —dijo. Ella se giró y salió por la otra puerta.

Cassie camino hacia Ethan.

—Cassandra Maalim —dijo él, con una voz suave pero llena de orgullo—, ganadora del Concurso de Jóvenes Abogados. Sabía que lo lograrías.

Cassie lo miró, con una sonrisa que iluminaba su rostro.

Ethan dio un paso hacia adelante, y en ese instante Cassie, sin pensarlo dos veces, se lanzó hacia él y lo abrazó con todas sus fuerzas. Era un gesto espontáneo, pero lleno de un montón de cosas que en ese momento no podía expresar.

Ethan la rodeó con sus brazos y la levantó ligeramente del suelo, disfrutando del momento como si fuera un regalo que nunca quisiera soltar.

Cassie rio de manera contagiosa mientras él la sostenía en vilo.

—¿De verdad lo sabías? —preguntó, con un toque de ingenuidad en la voz.

Ethan sonrió, dejándola en el suelo.

—Por supuesto —respondió—. Siempre supe que lo harías. Desde el primer día supe que tenías algo especial. Algo que no se puede enseñar.

Cassie bajó la mirada, sintiendo cómo el rubor le subía por las mejillas.

—Gracias, Ethan. No solo por creer en mí, sino por estar ahí, apoyándome en cada paso.

Él la miró, con una expresión llena de cariño.

—No tienes que agradecerme nada, Cassie. Verte triunfar es más que suficiente para mí.

—No puedo creer que haya pasado —dijo Cassie entre risas, aún sintiendo el calor del abrazo —. Todo esto es gracias a ti.

Ethan sonrió con complicidad.

—Tú has sido la que has ganado. Yo solo te he dado un pequeño empujón… aunque debo admitir que me ha encantado hacerlo.

—Eres increíble —susurró ella—. No sé qué haría sin ti.

—No tienes que averiguarlo, porque no pienso ir a ninguna parte —respondió Ethan.

El aire estaba impregnado de ese algo inexplicable de lo que se impregnaba cuando estaban juntos. Como si la ciudad entera se hubiera detenido solo para ellos dos.

Pero en ese instante mágico, una figura apareció al fondo del auditorio: Charlotte Fanning, que había entrado buscando a Ethan.

Desde la puerta, los observó en silencio, con una expresión que mezclaba celos y quizá resignación.

Ella estaba enamorada de Ethan, lo había estado desde que entró en la Universidad para cubrir la baja de otro profesor que había sufrido un grave accidente esquiando. Nunca se lo había dicho, aunque sí se lo había insinuado. Pero ahora, viéndolo abrazar a Cassandra Maalim con esa intensidad, supo que nunca tendría una oportunidad con él.

Sin embargo, ella no era una mujer de quedarse con los brazos cruzados.

Sin decir una palabra, Charlotte se dio la vuelta y salió del auditorio, dejando que la puerta se cerrara suavemente detrás de ella.

Estaba segura de que podría actuar llegado el momento adecuado.

Ni Cassie ni Ethan notaron su presencia. Estaban demasiado abortos en su pequeña burbuja.

—¿Dónde te habías metido? —le preguntó Cassie a Ethan.

—El rector quería hablar conmigo para felicitarme —respondió él—. Y también para decirme que se va a hacer una pequeña ceremonia ahora en la universidad para celebrar tu triunfo. —Se retiró el puño de la camisa hacia atrás—. A la que vamos a llegar ostensiblemente tarde, si no nos damos prisa —apuntó.

—Entonces no perdamos más tiempo —dijo Cassie.

Mientras salían del auditorio, Cassie cogió el trofeo, que había dejado encima de una de las mesas, y se lo mostró a Ethan.

—Es bonito, ¿verdad?

—Se verá más bonito cuando lo pongas en lo alto de la estantería de tu despacho, cuando seas la mejor abogada de Chicago.

Cassie hizo un mohín.

—¿Y quitarle el puesto a los «Alfa de Chicago»? —bromeó.

—Algún día alguien nos desbancará. ¿Y quién mejor que tú para hacerlo? —dijo Ethan, alzando un hombro y fingiendo resignación.

Ambos se echaron a reír caminando por el pasillo vacío hacia la calle.

CAPÍTULO 75

Cuando llegaron a la universidad, el salón de eventos estaba hasta arriba de gente: estudiantes, profesores, y otros cargos de la facultad, llenaban el ambiente de risas, murmullos y conversaciones animadas. Algunos brindaban con copas de champán en honor a la victoria de la Universidad de Derecho de Chicago en el Concurso de Jóvenes Abogados

Al verlos entrar, todas las miradas se posaron en ellos.

—Relájate —dijo Ethan, al ver que Cassie se tensaba a su lado.

—Ya sabes que no me gusta ser el centro de atención —dijo ella.

—Lo dices como si no acabaras de ganar un concurso en el que has tenido que hablar delante de decenas de personas —respondió Ethan, con un toque de humor en la voz—. Disfruta. Este es tu momento.

Antes de que Cassie pudiera responder, el rector Harold Whitmore se acercó al micrófono que habían colocado en el pequeño estrado de la sala.

—Señoras y señores… —comenzó, con su voz profunda y resonante—, hoy celebramos no solo una victoria, no solo haber posicionado a la Universidad de Chicago otra vez entre las mejores del país, no solo estar arriba de nuevo, sino el talento, la dedicación y el esfuerzo de una de nuestras estudiantes más brillantes: Cassandra Maalim. Por favor, acérquese —dijo, haciendo un gesto con la mano.

Cassie frunció el ceño.

—Oh, no —murmuró.

Ya había sido el centro de atención bastante aquel día.

—Vamos, solo serán unas cuantas palabras —la animó el rector.

Con resignación y un suave empujoncito de Ethan, Cassie se acercó al estrado mientras las miradas se volvían hacia ella.

La sala estalló en aplausos cuando subió al estrado y Harold Whitmore le cedió su puesto. Cassie notó que un ligero rubor le subía por las mejillas. No estaba acostumbrada a los halagos.

Se aclaró la garganta con un carraspeó, tocó el micrófono con el dedo para ver si funcionaba, y miró a su alrededor. Los rostros sonrientes la animaron un poco.

Ethan le hizo un gesto desde su lugar, levantando dos pulgares como si dijera «¡Tú puedes!». Ella sonrió ante su apoyo.

—Hola a todos… —comenzó—. Estoy muy emocionada y… Mmmm… También algo nerviosa, no os voy a mentir.

El público soltó algunas risas suaves.

—Quiero decir que me siento increíblemente orgullosa de haber representado a la Universidad de Derecho de Chicago en este concurso. Nunca pensé que llegaría tan lejos…

Cassie recordó en silencio sus primeras interacciones con Ethan. Las discusiones, los desacuerdos, y sus intentos fallidos por mantener la calma ante su encantador sarcasmo.

—Agradezco profundamente al profesor Lawson por haber sido mi mentor en este camino y por haberme preparado para el concurso con la devoción con la que lo ha hecho. Sin él no hubiera podido ganar. Aunque debo admitir que hubo momentos en los que pensé que iba a necesitar más que paciencia para aguantarlo; tal vez un par de tranquilizantes —bromeó, provocando carcajadas entre los asistentes.

Cuando Cassie lo miró, Ethan se llevó una mano al corazón como si estuviera herido por sus palabras, pero no pudo evitar reírse también.

—En serio —continuó Cassie—, sin su apoyo constante y su fe inquebrantable en mí, no estaría aquí hoy. Así que gracias, profesor Lawson.

Al pronunciar aquellas últimas palabras, Harold Whitmore se inclinó hacia Charlotte Fanning.

—Quién nos lo iba a decir a nosotros, ¿eh? —comenzó—. Tal y como empezaron…

Charlotte frunció el ceño.

—¿A qué te refieres? —curioseó.

—A que Ethan Lawson ha jugado a la perfección su papel en esta historia —respondió Harold.

El interés de Charlotte fue creciendo.

—¿Por qué dices eso? —preguntó, tratando de sonsacarle información.

—Porque no creía en la señorita Maalim. De hecho, no quería ser su tutor. Incluso cuando ella se negó a participar en el concurso, tuve que convencerlo para que hablara con ella y la persuadiera para participar, diciendo que la idea había salido de él, que veía algo especial en ella, y todo eso… Todo teatro —dijo el rector, que parecía que no podía mantener la boca cerrada—. Si hubiera sido por Ethan, Cassandra Maalim nunca hubiera participado en el Concurso de Jóvenes Abogados, hubiera puesto a cualquier otro estudiante en su lugar. Y él tampoco se tomó bien que ella fuera la elegida para representarnos, tuve que ofrecerle la cátedra para que aceptara. Por supuesto, él se la merece sin necesidad de esto, es un portento del Derecho, pero era una oportunidad de oro para alcanzar ese cargo académico.

Charlotte levantó una de sus perfectas depiladas cejas. Por dentro empezó a frotarse las manos. Aquella información no solo era jugosa, sino muy valiosa... para ella.

¿Qué pensaría Cassandra Maalim si supiera que su adorado profesor la había estado engañando desde el principio? ¿Qué solo la había preparado para el concurso porque el rector le había prometido la cátedra? ¿Que todo había sido una treta urdida por él y el rector? ¿Y que ni siquiera quería ser su tutor?

Esbozó una sonrisilla de medio lado.

Cuando los había visto abrazados en el auditorio, se le había pasado por la cabeza contárselo al rector. Que un profesor estuviera liado con una alumna, a pesar de que fuera mayor de edad, no seguía estando bien visto. Pero pensó que eso solo los uniría más.

Juntos ante la adversidad. Juntos aunque el mundo estuviera en contra.

Y probablemente poco le importaría a Ethan perder su puesto en la Universidad. Era el mejor abogado de Chicago y lo de ser profesor solo era un puesto más o menos temporal.

Pero aquello era muy distinto, Cassie se sentiría traicionada y utilizada por el rector y por Ethan.

No veía la hora de escupírselo todo a la cara.

Miró al frente.

—El profesor Lawson —continuaba hablando Cassie, mirándolo directamente—, creyó en mí cuando ni yo misma creía, y eso me dio fuerzas para continuar. Gracias.

Charlotte cruzó los brazos.

—Y gracias también a todos los que me han apoyado, a mi familia, a mis amigos, al rector, y, por supuesto, a esta increíble universidad. Esta victoria también es vuestra —concluyó Cassie, con una sonrisa radiante—. ¡Vamos, Chicago! ¡A seguir ganando!

Los presentes aplaudieron, y Cassie bajó del estrado.

Un par de profesores estaban felicitando a Ethan, así que Cassie se quedó con Ingrid y otro par de chicas de clase. A pesar de todo, tenían que continuar guardando las apariencias.

Gerard no dio ninguna señal de vida.

CAPÍTULO 76

El baño estaba en silencio, interrumpido solo por el eco lejano de las risas que provenían del pasillo y el sonido del agua corriendo en el grifo.

Cassie se miraba en el espejo, mientras se refrescaba un poco. Necesitaba recomponerse después de la intensidad del día. Todo estaba ocurriendo demasiado rápido y necesitaba parar.

La puerta de madera se abrió con un golpe seco, y Charlotte Fanning entró con paso firme. Su mirada fría y calculadora estaba clavada en Cassie.

—Señorita Maalim, qué casualidad verla aquí —dijo, como si encontrarse en el baño en ese momento hubiera sido una coincidencia y no algo buscado por ella.

—Sí —respondió Cassie.

Charlotte se acercó y se apoyó en el borde de la encimera de mármol del lavabo, cruzando los brazos sobre su impecable traje rojo.

—Nunca un plan ha salido tan bien como este —dijo.

Cassie frunció el ceño, sin saber de qué narices hablaba. ¿Tenía ganas de jugar a las adivinanzas?

—¿Qué plan? —preguntó.

Charlotte entornó los ojos.

—¿No lo sabes?

—No.

—Todo ese discursito que has dado, dando las gracias a Ethan por creer en ti, cuando ni tú misma lo hacías, te ha quedado muy bien, pero es mentira —soltó Charlotte.

—¿De qué estás hablando?

—De que Ethan no creía en ti, ni en que fueras capaz de ganar. No vio nada especial en ti, te preparó para el concurso porque el rector le ofreció una cátedra.

Cassie se quedó petrificada, como si las palabras de Charlotte la hubieran golpeado físicamente.

—¿Qué? No puede ser… —balbuceó.

—Es cierto —insistió Charlotte—. Todo esto ha sido una treta del rector y de Ethan para conseguir publicidad, prestigio, promoción y subvenciones para la universidad. Ya sabes cómo

funcionan las cosas en este país.

Cassie sintió cómo la temperatura del baño parecía descender varios grados.

—Ethan no haría algo así.

Charlotte sonrió con una dulzura venenosa.

—¿No? Pues deberías saber que, en un principio, propuso que te sacaran del concurso para poner a otro estudiante. No confiaba en ti. Ni siquiera quería ser tu tutor. Pero el rector logró que aceptara ofreciéndole una cátedra, y luego insistió para que te convenciera.

Cassie sintió un zumbido en los oídos mientras la sangre palpitaba con fuerza en sus sienes. Su mente reproducía cada momento con Ethan, buscando desesperadamente señales que hubiera pasado por alto.

Recordó el día que él fue hasta su casa para convencerla. Aquella noche Ethan la salvó de Jake y su amigo. Ella le había preguntado si lo había enviado el rector y él dijo que no, que era iniciativa propia porque había visto algo especial en ella, porque creía que tenía potencial y muchas posibilidades de ganar.

Cassie sacudió la cabeza con incredulidad, pero una parte de ella ya comenzaba a creer a Charlotte.

Todo era mentira.

Ethan la había engañado.

Le había preguntado lo mismo en varias ocasiones y él siempre decía que tenía algo especial, que creía en ella. Lo repetía como un disco rayado. Pero no era cierto. Lo había hecho para obtener una cátedra. La había utilizado en su juego solo para conseguir una maldita cátedra.

Cassie sintió que el aire se le escapaba de los pulmones.

—No… no puede ser verdad. —Se resistía a creerlo. Estaba poniendo todo de su parte para no hacerlo—. Ethan ha estado ahí para mí todo el tiempo, desde el principio. Me ha ayudado a prepararme…

Charlotte soltó una risita que sonó como cristal rompiéndose.

—¿Ayudarte o utilizarte? —la interrumpió, su voz estaba cargada de malicia—. ¿No lo ves? Solo te ha estado usando como una pieza más en su juego para conseguir esa cátedra que tanto anhela. Ethan Lawson es un loco de esas cosas: títulos, cargos académicos importantes…

Las conclusiones de Charlotte cayeron sobre Cassie como un balde de agua fría, porque era consciente de que quizá tuviera razón.

Su corazón se detuvo por un instante.

Retrocedió un paso, apoyándose contra el lavabo, mientras intentaba procesar lo que escuchaba. Tuvo la sensación de que el mundo a su alrededor se desmoronaba.

Charlotte tenía que estar mintiendo, pero entonces, ¿por qué sabía que Ethan había tratado de convencerla? Ese dato solo tendrían que conocerlo ellos. Lo sabía porque se lo había contado el rector, y el rector lo sabía porque Ethan y él lo habían hablado.

—Tú no lo entiendes… —murmuró Cassie, aunque su voz temblaba—. Él me dijo que creía en mí.

Charlotte se enderezó y dio un paso hacia ella con una expresión de satisfacción, que a Cassie le dieron ganas de borrársela de una bofetada.

—Lo siento. Sé que duele, pero es la verdad. Ethan te ha utilizado. Todo esto, todo lo que has vivido con él en el concurso, ha sido una mentira —dijo, con cierto regodeo—. Recuerda que ni siquiera quería ser tu tutor, cuando supo que tú eras la concursante que representaría a la Universidad.

Entonces, ¿había sido todo mentira?, se preguntó Cassie, mientras se pasaba la mano por la frente. Se sentía confusa, agobiada. ¿Todo había sido un plan cuidadosamente orquestado para conseguir una cátedra?

Las lágrimas comenzaron a acumularse en sus ojos, mientras luchaba contra la tormenta emocional que se desataba dentro de ella.

La traición era una sombra oscura que comenzaba a envolverla.

—Creo que es mejor que lo sepas ahora, antes de que te haga más daño —dijo Charlotte.

Y con eso, se giró y salió del baño, dejando a Cassie sola con sus pensamientos y el eco de sus palabras.

Cassie volvió el rostro hacia el espejo y se miró en él. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

No sabía qué pensar, qué sentir. Solo sabía que el dolor del pecho era insoportable.

—Ethan... —murmuró, sintiendo cómo el nombre le quemaba en los labios.

Cassie tuvo la sensación de que el suelo se desvanecía bajo sus pies, y que caía. Que caía y caía sin parar.

Las palabras de Charlotte resonaban en su mente como un eco ensordecedor que no dejaba de repetirse: «utilizar», «treta», «plan», «no confiaba en ti». Cada una de ellas era un cuchillo que se hundía más profundo en su pecho, desgarrando la imagen idealizada que había construido de Ethan.

La idea de que su victoria en el Concurso de Jóvenes Abogados no era más que el movimiento de un peón en un juego mucho más grande la llenaba de rabia.

Ethan era el hombre en quien había confiado, el que la había animado a creer en sí misma, el que le había hecho sentir que era especial, que era capaz de lograr lo imposible, pero todo había sido una farsa cuidadosamente elaborada.

Había permitido que sus sentimientos se entrelazaran con la idea de que Ethan creía en ella, de que la veía como alguien excepcional. Pero no. Solo era un medio para un fin. Un fin que no tenía nada que ver con ella.

Se sentía utilizada, como si hubiera sido solo una herramienta para alcanzar los objetivos egoístas del rector y Ethan.

Cassie salió del baño con pasos vacilantes, cada uno más pesado que el anterior.

El bullicio del auditorio parecía distante en aquel momento. Todo lo que podía pensar era en Ethan y si realmente había sido sincero, o si solo había estado interpretando un papel, si solo había sido un instrumento para él.

CAPÍTULO 77

Cassie deambulaba por el pasillo de la universidad. Solo podía pensar en Ethan.

De pronto escuchó su voz.

—Cassie… —la llamó, dirigiéndose a ella. Pero Cassie ni se inmutó.

—No te acerques —dijo. Su voz era firme a pesar del temblor que sentía por dentro—. Sé lo que has hecho.

Ethan se detuvo en seco, a un par de metros. Frunció el ceño, confundido. Sus profundos ojos castaños —los mismos que la habían mirado con aparente admiración tantas veces—, en ese momento estaban abiertos con sorpresa.

—¿De qué hablas? —preguntó.

—Charlotte Fanning me lo ha dicho todo —dijo Cassie, sintiendo cómo la rabia crecía dentro de ella—. Me usaste para conseguir esa cátedra. Nunca creíste en mí; solo querías que ganara para tu propio beneficio. Incluso te negaste a ser mi tutor.

El rostro de Ethan palideció mientras comprendía que su secreto había salido a la luz.

—Cassie, no sé qué te ha contado Charlotte, pero puedo explicarlo…

Cassie lo miró por primera vez desde que habían empezado a hablar.

—¿Así que es verdad? —musitó con incredulidad. Sus ojos se llenaron de decepción.

—Cassie, puedo explicártelo —repitió Ethan.

—¡¿Explicarlo?! —replicó ella con sarcasmo. Una sonrisa amarga escapó de sus labios—. ¿Qué hay que explicar? ¿Que todo lo que dijiste sobre ver en mí algo especial era una mentira? ¡Me preparaste como si fuera un proyecto! ¡Un plan bien trazado por el rector y por ti! No tienes nada que explicarme —dijo.

Apretó los labios, se giró y se dirigió a la salida.

—Cassie, espera…

Pero ella no se volvió. No iba a escuchar ni una más de sus mentiras.

Ethan echó a andar detrás de ella.

La tormenta se desató sobre Chicago con una furia inesperada. La lluvia caía a cántaros, golpeando el pavimento con un sonido constante y destemplado.

El campus estaba casi desierto, solo iluminado por las farolas que proyectaban reflejos

temblorosos en los charcos que se formaban en el asfalto.

Cassie caminaba con paso decidido, sin ninguna intención de parar, con los rizos pegados al rostro y la ropa empapada, pero no le importaba. El dolor que sentía en el pecho era mucho más intenso que la lluvia, que los truenos, que el frío que la envolvía.

La rabia ardía en su interior, cada gota de lluvia parecía reflejar la tormenta emocional que la consumía.

Ethan la seguía desde la universidad, llamándola una y otra vez, pero Cassie no se detenía.

—¡Cassie! —gritó, con una voz que se perdía entre el sonido de la lluvia—. ¡Espera! ¡Por favor, espera!

Finalmente, la alcanzó en medio de una calle vacía, bajo la luz tenue de una farola.

Cassie se giró, con los ojos llenos de lágrimas. Lágrimas que se mezclaban con el agua de la lluvia.

—¿Qué quieres, Ethan? ¿Más mentiras? ¿Más excusas?

Ethan se acercó, con el traje empapado y el rostro lleno de preocupación.

—Cassie, por favor, déjame explicarte. —Su voz era suplicante.

—¡¿Explicar qué?! —gritó Cassie, con una voz que temblaba de rabia y dolor—. ¿Que solo me preparaste para el concurso porque el rector te prometió una cátedra? ¿Que ese fue tu plan desde el principio? ¿Que me engatusaste para que me confiara? ¿Que no creías en mí? ¿Que todo ha sido una farsa? ¡¿Qué mierda me vas a explicar, Ethan?!

Él la miró con una expresión desesperada.

—No es así, Cassie. Sí, el rector me ofreció la cátedra, pero eso no significa que no creyera en ti.

—¡Mentira! Eres un puto mentiroso —estalló ella—. Propusiste a otro estudiante para el concurso. No confiabas en mí ni en mis posibilidades. Ni siquiera querías ser mi tutor, cuando te enteraste de que la Universidad me había elegido para que la representará en el concurso. Todo esto... todo lo que hemos vivido... ha sido solo para conseguir tu maldita cátedra.

La lluvia caía con fuerza, calando sus cuerpos hasta los huesos, mientras el viento soplaba con violencia alrededor de ellos.

Ethan extendió la mano, como si quisiera tocarla, pero Cassie retrocedió, evitando su contacto.

—Cassie, por favor, escúchame. Al principio, sí, el rector me propuso la cátedra si aceptaba prepararte para el concurso. Pero cuando empecé a trabajar contigo, cuando te conocí de verdad, todo cambió. Vi algo especial en ti, algo que no había visto en nadie más.

Cassie lanzó un bufido. Las palabras de Ethan sonaban huecas, vacías.

—¿Y esperas que te crea? ¿Después de todo lo que me has ocultado? En ningún momento me hablaste de lo que tú conseguirías si me preparabas, de tu precio.

Ethan se acercó un poco más, con una voz llena de urgencia.

—Cassie, te lo juro.

Cassie sacudió la cabeza, notando cómo las lágrimas caían por sus mejillas sin parar.

—No puedo creerte, Ethan. No después de esto —dijo. Apretó los labios—. Y yo sintiéndome mal cuando perdí la primera ronda del concurso porque pensaba que te había decepcionado.

Dios, se sentía como una idiota.

Aquellas últimas palabras fueron como aguijones para Ethan.

La agarró del brazo. Su piel estaba fría.

—Cassie, por favor, no te vayas —le pidió—. Déjame explicarte las cosas con calma. Puedo explicártelo, pero necesito un poco de tiempo.

Ella negó con la cabeza, retrocediendo un par de pasos. Su brazo se deslizó por la mano de Ethan, que quedó suspendida en el aire.

Cada palabra se convertía en un grito ahogado dentro de ella. Estaba furiosa y herida al mismo tiempo.

Ethan intentó decir algo, pero las palabras se le atascaron en la garganta, como si fueran piedras.

Cassie lo miró una última vez, con una mezcla de tristeza y decepción que lo dejó sin aliento.

—Quédate con tu maldita cátedra y con tus títulos, Ethan Lawson —dijo Cassie. El dolor brillaba en sus ojos—. Yo… no te necesito.

Ethan dio otro paso, con la mano todavía extendida hacia ella.

—Cassie, por favor… no puedes irte así. Necesito que me escuches. Solo dame un poco de tiempo.

Cassie volvió a negar con la cabeza. Su rostro estaba iluminado por el resplandor de las farolas.

—Todo lo que creí que teníamos se ha desvanecido en un instante. No puedo confiar en alguien que me ha utilizado como un peón en su juego. Ya… ya no eres la persona en la que pensé que podía confiar.

Ethan sintió que el peso de sus palabras caía sobre él como una losa de mármol. Su mano se cerró en un puño, impotente ante la distancia que se abría entre Cassie y él.

Cassie se giró y comenzó a caminar bajo la lluvia, alejándose de Ethan. Él la miró, sintiendo cómo un extraño dolor lo inundaba.

—¡Cassie! —gritó, pero su voz se perdió en el sonido del agua golpeando el suelo.

Ella no se detuvo ni una vez más. Siguió caminando, con el corazón roto y la lluvia golpeándole el rostro, hasta que desapareció en la oscuridad de la noche.

Ethan se quedó allí, bajo la lluvia, con el peso de sus acciones aplastándole.

La tormenta seguía rugiendo a su alrededor, mientras Cassie desaparecía en la distancia.

CAPÍTULO 78

La puerta se cerró con un golpe sordo, resonando en el silencio del piso.

Cassie entró con la cabeza baja, su traje estaba empapado y se pegaba a su cuerpo como una segunda piel. Se sentía como si cada gota de lluvia hubiera arrastrado sus fuerzas. Parecía que le había pasado un camión por encima.

Las lágrimas caían por sus mejillas, mezclándose con el agua que aún goteaba de los rizos de su pelo desordenado.

Keeya estaba en la cocina, preparando algo de cenar cuando escuchó el ruido.

—Cassie, ¿eres tú? —preguntó.

—Sí —respondió ella con voz apática.

Keeya se giró al instante al escuchar el tono de voz y su corazón se hundió al ver a su hermana en el estado en el que se encontraba: calada hasta los huesos, con el pelo pegado a la cara y los ojos hinchados de tanto llorar.

Dejó caer la cuchara sobre la mesa y corrió hacia ella.

—¡Cassie! —exclamó, alarmada—. ¿Qué ha pasado? Estás empapada.

Cassie no respondió. Solo se dejó caer en el sofá, con las piernas temblorosas y el cuerpo sacudido por los sollozos. Keeya se arrodilló a su lado, tocándole el brazo con suavidad.

—Cassie, por favor, dime qué ha pasado —suplicó, con una voz llena de preocupación.

Cassie levantó la cabeza. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Ethan... Ethan solo me ha utilizado, Keeya. Todo ha sido una mentira —susurró.

Keeya frunció el ceño, acercándose un poco más a su hermana.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué ha pasado? No entiendo nada.

—Me preparó para el concurso solo porque el rector le prometió la cátedra —dijo Cassie. Su voz quebrada por el dolor—. Nunca creyó en mí, Keeya. Solo me manipuló para manejarme a su antojo. Incluso se negó a ser mi tutor.

Las palabras salieron de sus labios como un torrente incontrolable, y Keeya sintió cómo su corazón se rompía al escuchar la angustia de su hermana.

—¿Qué? No puede ser.

Cassie sacudió la cabeza, con una risa amarga que se mezclaba con los sollozos.

—El rector le prometió una cátedra si me preparaba para ganar el concurso —repitió—. Fue un plan urdido entre los dos. Todo ha sido una treta de la Universidad y de él. Si ganaba, Ethan conseguiría una cátedra y la Universidad conseguiría prestigio, patrocinadores, subvenciones… Pero él no creía en mí. Todo esto... todo lo que hemos vivido... ha sido solo para engatusarme y conseguir su maldita cátedra.

Keeya se levantó.

—Voy a por una toalla para que te seques —dijo.

Unos instantes después, apareció con una toalla enorme de baño de color amarillo que echó por encima de los hombros de Cassie.

Cuando volvió a ponerse de cuclillas frente a ella, le enjugó las lágrimas.

—Cassie, lo que estás diciendo no tiene sentido. Ethan te ha apoyado en todo. Te ha ayudado, te ha cuidado...

—¡Y todo era mentira! —gritó Cassie, con una voz que temblaba de dolor y rabia—. Me ha manipulado, Keeya. Me ha hecho creer que era especial, que tenía algo que nadie más tenía. Pero todo era para conseguir lo que quería, para su propio beneficio. En ningún momento me habló de la cátedra.

—¿Cómo te has enterado? —preguntó Keeya.

—Me lo ha dicho Charlotte Fanning, una de las profesoras de la Universidad.

—¿Esa es la tía que anda detrás de él?

Cassie asintió.

—¿Y la crees?

—Sí.

—Cassie la gente puede cambiar de opinión —dijo Keeya—. Tú misma cambiaste la opinión que tenías de él. Al principio no le tragabas.

—Claro que la gente puede cambiar de opinión, pero Ethan no me comentó en ningún momento qué había detrás de todo, cuál era su precio, qué obtendría. Me lo ocultó, y lo hizo deliberadamente —expuso Cassie—. ¿Recuerdas cuando vino a convencerme para que participara en el concurso?

—¿El día que te quitó de encima al imbécil de Jake y su amigo?

—Sí. Le pregunté si le había enviado el rector y me dijo que no, que había venido por iniciativa propia porque había visto algo especial en mí, porque creía que tenía potencial y muchas posibilidades de ganar. Pero era mentira, me lo ha dicho Charlotte —aseveró Cassie—. Lo envió el rector. Él no creía en mí, ni en que tuviera potencial, ni en nada. Incluso quería que participara otro estudiante en el concurso. Aceptó prepararme a mí solo porque el rector le ofreció la cátedra. —Se tapó la cara con las manos—. ¡Dios, confié en él! Me he creído todo lo que ha estado diciéndome como una tonta. Debería haberlo imaginado.

—¿Has hablado con él? —preguntó Keeya.

Cassie se descubrió el rostro y asintió.

—Sí, y no me lo ha desmentido.

—¿Qué te ha dicho?

—Nada, porque no le he dejado que me diera ninguna explicación.

—Tenías que haberlo escuchado, haber dejado que se explicara.

—No necesito que me explique nada, para mí está todo muy claro —respondió Cassie, contundente—. Además, lo único que volverá a hacer será mentirme y tratar de manipularme otra vez. Keeya, hizo que me enamorara de él solo para llevarme a su terreno, para poder manejarme con más facilidad —dijo.

Keeya se quedó en silencio durante un momento, tratando de procesar lo que Cassie le estaba diciendo. Luego, la abrazó con fuerza. Notó que el cuerpo de su hermana temblaba bajo la toalla que le había echado por los hombros.

—Lo siento, Cassie —murmuró, acariciándole el pelo empapado—. Lo siento mucho.

Keeya sabía lo que su hermana sentía por Ethan, la forma en la que se había abierto a él en canal, contándole incluso lo de la mutilación genital que sufrió siendo niña. Se había entregado a él en cuerpo y alma.

—Y ahora no sé qué mierda voy a hacer, Keeya —dijo Cassie—. Ethan sigue siendo mi profesor, y aún quedan unos cuantos meses para que acabe el semestre.

Keeya la miró, con una expresión llena de determinación en los ojos.

—Lo primero que vas a hacer es darte una buena ducha caliente, porque si no, te vas a resfriar. Y después, vamos a hablar. Porque no importa lo que haya pasado, no importa lo que Ethan haya hecho, tú eres fuerte, Cassie. Y vas a salir de esta.

El inicio de una débil sonrisa apareció en los labios de Cassie.

En ese momento le llegó un WhatsApp. Cassie metió la mano en el bolsillo de la cazadora y sacó su teléfono.

Era Ingrid.

Ingrid: Has desaparecido. ¿Te has ido a celebrarlo en privado con Ethan?

Cassie se mordió el labio mientras tecleaba en la pantalla.

Cassie: No, estoy en casa. He discutido con él. Te lo cuento en otro momento, ¿vale?

La respuesta de Ingrid no se hizo esperar.

Ingrid: Vale. Espero que todo vaya bien.

Cassie dejó caer los brazos sobre su regazo con el móvil en la mano. Suspiró, derrotada.

—Ve a ducharte, Cassie —dijo Keeya—. Te prepararé algo caliente para que te sientas mejor.

Cassie asintió en silencio, se levantó y echó a andar hacia el baño. Mientras se alejaba, Keeya permaneció allí un momento más, deseando poder borrar la tristeza de los ojos de su hermana y recordarle que siempre salía el sol después de la tormenta.

CAPÍTULO 79

La habitación parecía hacerse más pequeña.

Cassie se sentó en el borde de la cama con el albornoz puesto. De repente, las piernas eran demasiado débiles para sostenerla. Parte del mundo se desmoronaba ante sus ojos como un castillo de naipes.

Y encima tenía que decirle la verdad Charlotte Fanning. Precisamente ella. Esa tía la odiaba, porque desde un principio había intuido que Ethan y ella habían traspasado la línea de profesor-alumna.

Cassie subió las piernas a la cama y se rodeó las rodillas con los brazos. La falsa compasión en el rostro de Charlotte era más dolorosa que cualquier burla directa.

Cada palabra suya era como ácido que corroía las certezas de Cassie.

¿Cómo podía haber estado tan ciega? ¿Haber sido tan estúpida? ¿Acaso no conocía la fama de Ethan antes de empezar todo aquello?

—Qué idiota he sido —murmuró para sí misma, golpeando el puño contra la almohada—. Qué completa y absoluta idiota.

El dolor inicial dio paso a una ira fría. Ethan había traicionado su confianza.

Las lágrimas comenzaron a nublar su visión, pero Cassie las contuvo con fuerza. No iba a llorar por él. No iba a darle ese poder. No iba a derrumbarse ni por él ni por nadie.

Se restregó los ojos llorosos con los nudillos y respiró hondo.

Sintió cómo una oleada de rabia la invadía, mezclada con una profunda decepción. Había sido una ingenua, demasiado confiada. Y ahora pagaba el precio. Pero no iba a permitir que esto la hundiera. Ethan podía quedarse con su cátedra, con su prestigio, con su mentira perfecta.

Lo siguiente que hizo fue levantarse de la cama y dirigirse directamente al escritorio. El lunes le devolvería el portátil.

Ethan se quedó mirando la pantalla del móvil. No había ninguna notificación. Le había enviado dos WhatsApp a Cassie, pero ella no había contestado. Tampoco sus llamadas.

Se guardó el teléfono con un suspiro de resignación y metió las manos en los bolsillos del pantalón.

La penumbra envolvía el salón como un manto pesado, mientras permanecía de pie frente a la ventana, contemplando el skyline de Chicago que se extendía ante él. Una panorámica que había encantado a Cassie, pero que ahora le parecía distante y ajena. Un mar de luces titilantes que se reflejaban en el cristal empañado por la lluvia que había caído horas antes.

La expresión seria de su rostro contrastaba con la elegancia de su postura. Su silueta, recortada contra el brillo de la ciudad, tenía un porte imponente, como si fuera el protagonista de una escena de una película. Pero en ese momento no había nada de fuerza en su postura; más bien, parecía un guerrero derrotado, atrapado entre las sombras de sus propios pensamientos.

Una música suave y melancólica sonaba de fondo, llenando el aire con acordes que vibraban con su estado emocional. Era una canción de piano, suave pero cargada de emociones. Una balada lenta que hablaba de amores perdidos y promesas rotas.

El eco de las palabras de Cassie resonaban en su mente.

Su teléfono no sonaba, y esa ausencia de sonido parecía marcar el final de algo que ni siquiera había sabido nombrar hasta ahora.

Se pasó una mano por el pelo desordenado, sintiendo cómo el peso del remordimiento y la culpa lo aplastaban.

Sus ojos se mantenían fijos en el horizonte, como si buscaran algo que ya no estaba allí.

Recordó cuando le había enseñado aquellas mismas vistas a Cassie.

«Es impresionante —había dicho, con esa voz suave que tanto le gustaba—. Parece que el mundo entero está a nuestros pies».

Él había sonreído, rodeándola con sus brazos; con la sensación de que el mundo se detenía cuando estaban juntos. Esa era su habilidad, hacer que el mundo se detuviese cuando estaba con ella.

—Cassie… —murmuró, con una voz que apenas era audible—. Lo siento.

CAPÍTULO 80

Cuando el profesor Robinson terminó su clase de Ordenamiento Jurídico Constitucional y se fue, Cassie se levantó del asiento, puso la mochila sobre la mesa y abrió la cremallera. Quería salir del aula lo más rápido posible.

—Cassie —dijo Ingrid, tocándole suavemente el brazo, mientras el aire se llenaba del murmullo de las conversaciones de los estudiantes—. ¿Estás segura de que quieres irte?

Cassie levantó la mirada, con una expresión que mezclaba dolor y determinación.

—Sí, Ingrid. No puedo estar aquí. No con él. No después de lo que ha pasado —respondió en un hilo de voz.

Ingrid suspiró, sabiendo que no había forma de convencerla.

—Entiendo que estés dolida, pero... ¿no crees que deberías hablar con él?

Cassie sacudió la cabeza.

—No hay nada que hablar, Ingrid. Él me utilizó. Punto —atajó.

Antes de que Ingrid pudiera responder, Cassie comenzó a recoger sus cosas con movimientos bruscos, metiendo los libros apilados y los cuadernos llenos de apuntes en su mochila, con una determinación que no dejaba lugar a dudas.

Los estudiantes que había a su alrededor la miraban con curiosidad, pero Cassie no les prestaba atención. Solo quería salir de allí antes de que Ethan llegara. Después, no tendría escapatoria.

—Cassie —susurró Ingrid, para que no pudiera oírla nadie—. Por favor, piénsatelo.

Cassie cerró la cremallera a trompicones.

—Ya lo he pensado —respondió, ajustándose la mochila al hombro—. No puedo quedarme aquí. No puedo estar en su clase.

—Está bien, te llamaré más tarde —dijo Ingrid.

Cassie se giró y caminó hacia la puerta con pasos apresurados sin mirar atrás.

Una vez fuera, respiró hondo, tratando de calmarse antes de perderse entre los pasillos abarrotados.

Apenas un rato después, la puerta se abrió y Ethan entró en el aula, con su traje hecho a medida y una expresión seria en el rostro. Sus ojos buscaron inmediatamente a Cassie entre los estudiantes.

Pero Cassie no estaba allí.

Ethan frunció el ceño, mirando hacia el lugar donde solía sentarse. Solo vio a Ingrid, que estaba hojeando los apuntes.

No debería acercarse y preguntarle por Cassie, pero lo hizo.

—¿Dónde está Cassie? —Ingrid estaba al tanto de lo que había entre ellos, así que llamarla «señorita Maalim» era una tontería.

Ingrid se encogió de hombros, con una expresión neutral.

—No está —dijo simplemente.

Ethan miró hacia la puerta, como si esperara ver a Cassie aparecer en cualquier momento. Pero la puerta estaba cerrada. Necesitaba saber si había faltado todo el día o solo a su clase.

—¿Se ha ido? —preguntó, en voz baja.

Ingrid asintió, sin decir nada más.

Ethan decidió no insistir. No le sonsacaría ningún tipo de información. Era amiga de Cassie y no iba a colaborar con él.

Lo que tenía claro era que Cassie no quería estar en su clase ni cerca de él. Y ahora solo podía observar cómo se alejaba cada vez más.

—Gracias —murmuró, antes de dirigirse al frente del aula.

Ethan se dirigía a la sala de profesores. El sonido de sus pasos resonaba en el pasillo vacío. Necesitaba un café, algo que le diera un respiro.

Al entrar en la sala, el aroma del café recién hecho lo envolvió como un abrazo reconfortante. ¡Con qué poco se conformaba en aquellos momentos! En otras circunstancias, aquel café probablemente le hubiera resultado insufrible.

Varios profesores estaban reunidos alrededor de una mesa, discutiendo sobre la próxima evaluación de alumnos.

Ethan se acercó a la cafetera después de saludar. Estaba sirviéndose una taza humeante cuando uno de los profesores, un hombre mayor de pelo canoso y gafas de montura gruesa, se acercó a él con una bolsa en la mano.

—Ethan —dijo el profesor—. La señorita Maalim ha dejado esto para ti.

Ethan se quedó paralizado unos segundos.

—¿Cassandra Maalim? —preguntó, intentando mantener la voz neutral, como si quisiera asegurarse de que se trataba de ella.

El hombre asintió, extendiendo la bolsa hacia él.

—Sí, dijo que era importante que te lo diéramos en persona.

Ethan tomó la bolsa.

Al verla, supo lo que era incluso antes de abrirla.

Con movimientos lentos y deliberados, sacó el portátil que le había regalado a Cassie. El que le había dado para ayudarla con sus estudios; el que, para convencerla de que lo aceptara, tuvo que comprar media estantería de chucherías del supermercado en el que trabajaba.

El brillo de la caja reflejaba la luz del sol que entraba por la ventana.

—¿Estás bien, Ethan? —preguntó el profesor, al notar el cambio inmediato en su expresión.

Ethan forzó una sonrisa, tratando de disimular lo que realmente sentía.

—Sí, estoy bien. Gracias — respondió, mientras cerraba la bolsa rápidamente como si con ello pudiera ocultar su vulnerabilidad.

El profesor lo miró con una expresión de duda, pero no dijo nada más. Se alejó, dejando a Ethan solo.

El portátil era más que un objeto entre ellos; era un símbolo de todo lo que había compartido con Cassie, de la situación de complicidad que habían vivido en el supermercado. Y ahora, al devolvérselo, Cassie le estaba diciendo que no quería nada más que ver con él.

Cassie estaba sentada en una mesa en la esquina de la cafetería del campus, absorta en sus pensamientos mientras daba pequeños sorbos a su café y se metía entre pecho y espalda un trozo de tarta de chocolate más grande que su cabeza.

El aroma a café y a bollos recién horneados flotaba en el aire, pero Cassie no parecía notarlo. Su mente estaba en otra parte, en recuerdos y pensamientos que no la dejaban en paz.

—¿Puedo sentarme?

Cassie levantó la vista.

Gerard.

Asintió lentamente.

—Sí —dijo.

Gerard se sentó frente a ella.

—Ingrid me ha contado lo que ha pasado con Ethan —dijo, con una voz llena de cautela—. Lo siento.

Cassie bajó la mirada, jugueteando con la taza de café entre sus manos.

—Gracias.

Gerard respiró hondo, como si estuviera preparándose para decir algo importante.

—No quiero ser esa clase de tipo, pero... te lo dije, Cassie. No se puede confiar en un hombre como Ethan Lawson. Siempre ha sido un jugador; no es alguien con quien puedas contar.

«Para no querer ser esa clase de tipo lo ha clavao», pensó Cassie en silencio.

—Gerard, por favor, no hagas leña del árbol caído. No es el momento ni el lugar para eso. Ya tengo suficiente con lo que estoy lidiando sin que me digas «te lo dije» —respondió—. Si no quieres ser *ese tipo,* entonces no lo seas.

Gerard se quedó callado un momento, observándola con atención. Finalmente, bajó la mirada y suspiró, con una expresión de arrepentimiento en el rostro.

—Tienes razón. Lo siento. No debería haber dicho eso —se disculpó—. Cassie, sé que las cosas entre nosotros no han estado bien últimamente. Pero quiero que sepas que siempre estaré aquí para ti… como amigo —aclaró.

Cassie lo miró, aguantándose las ganas de llorar.

Sonrió débilmente; era reconfortante saber que Gerard estaba a su lado después de todo lo ocurrido.

—Eso significa mucho para mí, Gerard. De verdad —dijo.

La discusión que habían tenido le había dejado un mal sabor de boca.

La calidez de la sonrisa de Gerard se desplegó lentamente por sus labios, con una expresión llena de cariño.

—No tienes que agradecérmelo, Cassie. Eres importante para mí, y no quiero perderte.

Cassie asintió.

—Yo tampoco quiero perderte.

La tensión que había existido entre ellos comenzó a desvanecerse de forma natural. Cassie sintió cómo poco a poco recuperaba una parte de sí misma al reconectar de nuevo con Gerard. No le gustaba estar enfadada con él. Gerard tenía sus cosas, pero era un buen chico, y él, Ingrid y ella formaban el grupo de «Los Tres Mosqueteros» en WhatsApp, y un poco también en la vida real.

Con Ethan todo se había estropeado, pero aún había esperanza para reconstruir otras relaciones importantes en su vida.

—Por cierto, enhorabuena por ganar el Concurso de Jóvenes Abogados. Eres una *crack* —la felicitó Gerard de forma sincera.

Cassie esbozó una sonrisa, en aquella ocasión más amplia, más ligera.

—Gracias —respondió, después de dar un sorbo a su café, ya medio frío.

—Independientemente de lo que haya pasado, tienes que sentirte muy orgullosa. Hace muchos años que la Universidad de Derecho de Chicago no ganaba.

Gerard levantó la mano para llamar al camarero, que se acercó de inmediato.

—¿Qué te pongo? —le preguntó.

—Un café con leche, por favor. —Miró el trozo de tarta de Cassie—. Y un trozo de tarta tan grande como el suyo —añadió, señalándolo con el dedo.

El camarero asintió y, dando media vuelta, se dirigió a la barra.

Cassie alzó la vista.

—Al final has caído —dijo, refiriéndose a la tarta.

—Ingrid y tú sois unas malas compañías —comentó Gerard—. Voy a tener que ir otra hora más al gimnasio.

Cassie se echó a reír.

CAPÍTULO 81

Asher llamó con los nudillos a la puerta del despacho de Ethan.

—Adelante —contestó él desde dentro.

Asher abrió y asomó la cabeza.

Ethan se encontraba sentado detrás de su escritorio, con la mirada perdida en un punto indefinido.

—¿Interrumpo? —preguntó Asher.

—No, pasa —indicó Ethan.

—Trevor me ha dejado esta documentación del caso del padre de Cassie para que le eches un vistazo —dijo Asher, acomodándose en una de las sillas frente a la mesa de Ethan.

Ethan tomó la carpeta y la dejó a un lado.

—¿Estás bien? —le preguntó Asher. Ethan tenía una expresión sombría que no lograba disimular.

Él suspiró, dejando que el aire saliera entre los dientes.

—No, no estoy bien —respondió.

—¿Quieres hablar de ello?

Ethan se pasó la mano por el cuello.

—No sé qué decir.

—Suelta lo que tengas dentro —le aconsejó Asher.

—Cassie se ha enterado de todo. Sabe que acepté prepararla para el concurso, solo porque el rector me ofreció la cátedra si lo hacía. Sabe que incluso planteé sacarla para poner en su lugar a cualquier otro estudiante, y que no quería ser su tutor. —Ethan bajó la mirada hasta la pantalla de su ordenador, aunque sin ningún interés en lo que veía—. La he decepcionado. Lo vi en sus ojos cuando discutimos; vi cómo se rompía algo entre nosotros.

—¿Y eso te duele?

—Mucho. Cassie ha confiado en mí como muy pocas personas, y yo lo único que he hecho ha sido decepcionarla.

Asher lo miró, con una expresión de comprensión.

—Pero eso no es todo, ¿verdad? No es solo lo de la cátedra.

—No. No es solo eso. Es... todo. Le hice creer que confiaba en ella, que veía algo especial, que tenía muchas posibilidades de ganar el concurso cuando en realidad no lo pensaba. Y sí, al principio fue por la cátedra, pero después... Después todo cambió —dijo.

Asher asintió, como si ya lo supiera.

—Y ahora te duele haberla decepcionado.

Ethan levantó la cabeza, con una expresión que delataba su angustia.

—Sí. No quería hacerle daño. Nunca he querido eso, pero me pudo la vanidad —contestó—. Ella me confió lo más íntimo, lo más doloroso, Asher. Me contó lo de la mutilación genital que sufrió, el trauma que lleva consigo desde niña; cómo ha luchado para reconstruirse a sí misma. Y no solo eso, se entregó a mí, me dio su primera vez… —Su voz se quebró ligeramente. No solo había decepcionado a Cassie; se había decepcionado a sí mismo. Y cargaba encima el peso de su propia decepción.

Las lágrimas comenzaron a acumularse en sus ojos. Tomó una bocanada de aire. No quería perder el control. Bajó la cabeza y apoyó la frente en la mano.

Asher se inclinó hacia adelante, alargando la mano, y le dio un apretón en el brazo. No pronunció ninguna palabra de consuelo. Ethan no la admitiría. Era mejor el silencio.

—Ethan, ¿te has parado a pensar por qué te duele tanto haberla decepcionado? —le preguntó al cabo de un rato, y aunque parecía algo obvio, daba la impresión de que la respuesta contenía el mayor secreto del mundo.

Ethan lo miró con los ojos vidriosos, confundido.

—¿Qué quieres decir?

El eco de una sonrisa apareció fugazmente en los labios de Asher.

—Supongo que a estas alturas habrás caído en que estás enamorado de Cassie.

Ethan se quedó en silencio durante unos segundos, como si las palabras de Asher lo hubieran golpeado físicamente.

—No sé si estoy enamorado, Asher. Nunca he estado enamorado de nadie.

Asher rio, un sonido suave pero lleno de cariño.

—Pues déjame decirte que lo estás, hasta las trancas —afirmó—. ¿Estás asustado? —le preguntó.

—Aterrado —confesó Ethan.

Asher lo miró con su expresión seria pero comprensiva.

—Yo también me asusté cuando me di cuenta de que estaba enamorado de Abby, y esa es casi la señal indiscutible —dijo, recordando aquellos momentos—. Era como si todo mi mundo estuviera patas arriba. Sucede de pronto. Sin buscarlo. Sin… quererlo. —Asher ladeó un poco la cabeza—. Ethan, lo que sientes es normal. El amor asusta; es aterrador abrirse a alguien y arriesgarse a ser herido.

Ethan levantó la vista, encontrando los ojos sinceros de Asher.

—Nunca he estado enamorado antes… —masculló—. No sé cómo manejarlo —dijo, ligeramente agobiado.

Asher encogió los hombros.

—Si algo he aprendido es que el amor no es algo que se maneje con un manual de instrucciones. Además, los hombres somos torpísimos. Siempre nos damos cuenta a destiempo —dijo—. El amor más bien funciona como ensayo-error.

Ethan arqueó una ceja, intrigado.

—¿Ensayo y error?

En aquel momento alguien llamó a la puerta, interrumpiendo la conversación.

—Adelante —dijo Ethan.

La puerta se abrió y entró Samuel.

—Hola, chicos —saludó.

—Hola —respondieron ellos.

Samuel dirigió la mirada hacia Ethan.

—Ethan, en unos días sabremos si el padre de Cassie ha salido de Namibia, o ha empezado algún trámite para pedir el visado en Estados Unidos. Tengo un conocido en el Consulado que ha prometido mantenerme al tanto —le informó, sentándose en la silla que había al lado de Asher.

—Gracias, Samuel —le agradeció Ethan—. Gracias a los tres por el modo en que os estáis implicando en este caso.

—No tienes nada que agradecer —habló Asher, y lo hacía en nombre de todos.

Samuel cruzó las piernas, colocando el tobillo sobre la rodilla.

—¿Y de qué estabais hablando?

—De que el amor es un método de ensayo y error —respondió Asher.

—Ah, sí, es cierto —afirmó Samuel—. El modo de avanzar se lleva a cabo cagándola, a veces cagándola mucho —matizó con humor—, y desechando los errores cometidos para la próxima vez. Haces algo, te das cuenta de que es un error y entonces sabes que no lo tienes que volver a hacer.

Ethan y Asher no pudieron evitar sonreír.

—Muy bien explicado —dijo Asher.

—Sí, el amor tiene un modo de aprendizaje que implica ir cometiendo errores e ir eliminándolos hasta que descubres el camino correcto —añadió Samuel.

—¿A ti te pasó con Haley? —le preguntó Ethan.

Samuel movió la cabeza.

—Uy, sí, y me sigue pasando —respondió, con toda la naturalidad del mundo—. Es algo que

no acaba nunca, porque los hombres tendemos a cagarla constantemente.

—Me gustaría decir que no es así, pero la verdad es que tiene razón —apostilló Asher.

—Pero ¿por qué estáis hablando de eso? —curioseó Samuel.

Asher miró a Ethan, como pidiendo su aprobación.

—Ethan la ha cagado con Cassie —dijo.

La mirada de Samuel vagó hasta Ethan.

—¿Ah, sí? ¿Por qué será que no me sorprende?

Samuel y sus puñeteras pullitas.

—Cassie se ha enterado de que solo acepté prepararla para el concurso porque el rector me ofreció la cátedra, después de haberle asegurado mil veces que lo hice porque creía en ella y porque había visto algo especial —contestó Ethan.

Samuel sacudió la cabeza.

—Eso es cagarla mucho.

Ethan bufó.

—Lo sé.

—¿Y qué ha pasado?

—Que me ha mandado a tomar por culo, básicamente.

—Buen resumen —dijo Samuel.

—Y que la he decepcionado —añadió Ethan.

—Decepcionar a la mujer de la que estás enamorado es de las peores sensaciones —aseveró Samuel.

Ethan lo miró a los ojos.

—¿Tú también crees que estoy enamorado de Cassie?

—Hasta la médula y más allá —bromeó Samuel—. No hace falta que preguntes a Trevor, él también lo piensa. Los tres lo pensamos.

Ethan pasó los ojos de Samuel a Asher, que asintió con la cabeza.

—¿Lo habéis hablado entre vosotros? —preguntó.

—Sí —contestó Samuel.

—¿Desde cuándo creéis que estoy colgado por ella?

—Desde que te abolló la moto. —Asher fue el primero en responder.

—Trevor y yo creemos que desde que le regalaste el portátil y pasó todo aquello de las gominolas —dijo Samuel.

—Portátil, por cierto, que me ha devuelto —repuso Ethan.

—Lo raro es que no te lo haya tirado a la cabeza —bromeó Samuel.

Ethan puso los ojos en blanco.

—¿Cómo supiste que estabas enamorado de Haley? —le preguntó a Samuel.

Él sonrió, como si estuviera recordando algo bonito.

—Bueno, ya sabéis que yo me negaba a reconocer que estaba enamorado de Haley. Siempre he sido de mollera dura —comenzó—. Pero no podía dejar de pensar en ella. Cada vez que estábamos juntos, el mundo parecía detenerse. Y porque cuando la hice daño con todo lo de la custodia de Nico, aunque fuera sin querer, me sentía como si me hubieran arrancado el corazón.

Ethan bajó la mirada.

—Eso es exactamente lo que siento yo —murmuró, con una voz que apenas era audible.

Asher y Samuel asintieron, con una expresión llena de comprensión. Ellos habían pasado en su día más o menos por lo mismo.

—Entonces, ya lo sabes. Estás enamorado de Cassie. Y ahora tienes que decidir qué vas a hacer al respecto —habló Asher.

Ethan se pasó una mano por el pelo. Sentía cómo si una mano le estuviera estrujando el pecho.

Se dio cuenta de que estaba temblando, y no era por el frío. Era por algo más profundo, algo que no podía ignorar por más que lo intentara.

Asher y Samuel tenían razón. Estaba enamorado de Cassie. Enamorado hasta las trancas.

La idea lo asustaba, porque no sabía cómo manejar algo así. Nunca había estado enamorado, nunca había permitido que alguien se acercara lo suficiente como para despertar algo tan intenso en él. Y ahora, cuando finalmente lo reconocía, podía ser demasiado tarde.

Le dolía haberla decepcionado.

Había jugado con sus sentimientos, con su confianza, y ahora pagaba el precio.

Tenía la certeza de que había perdido algo invaluable, algo que no sabía que necesitaba hasta que lo tuvo delante y lo dejó escapar.

Ethan se pinzó el puente de la nariz con los dedos y cerró los ojos, intentando ordenar sus pensamientos, pero era imposible. Cassie estaba en todos lados: en su mente, en su corazón, en cada rincón de su ser.

Y no sabía cómo vivir con eso.

No sabía cómo vivir sin ella.

Lo único que sabía era que no podía dejar que todo terminara así. Pero no tenía ni idea de cómo arreglar algo que había roto con sus propias manos.

Porque, por primera vez en su vida, Ethan Lawson no sabía qué hacer. Y, por primera vez en su vida, estaba dispuesto a admitir que necesitaba ayuda.

—No sé por dónde empezar… —suspiró—. No sé cómo arreglar esto.

—Empieza por ser honesto —dijo Asher, con un tono firme pero lleno de indulgencia—. Dile

que estás enamorado de ella.

Samuel movió la cabeza, afirmando.

—Estoy totalmente de acuerdo con Asher —dijo.

Ethan los miró con una expresión llena de incertidumbre.

—¿Y si no me cree?

Asher se encogió de hombros, con una sonrisa tranquila.

—Ese es el riesgo que tienes que correr. El amor no viene con garantías, Ethan. Pero si no te arriesgas, nunca sabrás qué podría haber pasado.

—Si no te cree, tendrás que insistir —intervino Samuel—. Llenarle la casa de globos con forma de corazón o una pancarta en una avioneta que se pasee por Chicago diciendo cuánto la amas puede dar buen resultado —bromeó.

—Vale —asintió Ethan.

—Y ahora es cuando nos dices que no sabes qué harías sin nosotros —se burló Samuel.

Ethan frunció el ceño, taladrándole con la mirada.

—Joder, deja de ser tan arrogante —dijo.

Samuel se echó a reír, levantándose de la silla.

—Ya te doy yo la respuesta: probablemente te quedarías ahí, con la mirada perdida en la nada, suspirando, y perdiendo todos los casos. Ahora ve y arregla las cosas con Cassie.

Ethan tuvo que sonreír con las ocurrencias de Samuel. Algo parecido a la esperanza empezó abrirse paso dentro de él.

—Lo haré —dijo.

Asher también se levantó, siguiendo los pasos de Samuel. Sonrió, satisfecho al ver el cambio en Ethan.

—Habla con Cassie antes de que sea demasiado tarde —le aconsejó.

Ethan asintió lentamente.

Y mientras sus amigos y socios salían del despacho, dejándolo solo con sus pensamientos, supo que tenía una decisión que tomar. Una decisión que, aunque lo asustaba, era la única manera de recuperar lo que más quería: a Cassie.

CAPÍTULO 82

Aquel día, Cassie tampoco se había quedado a su clase.

Ethan recogió las cosas mirando por última vez el asiento donde solía sentarse, cerró su portátil y salió del aula.

La sala de profesores estaba desierta. El silencio solo interrumpido por el suave zumbido del aire de la calefacción.

Ethan entró con pasos firmes, su rostro marcado por la tensión y la frustración, y cerró la puerta detrás de él con un golpe seco que resonó en la estancia.

Charlotte estaba sentada en una de las mesas, hojeando distraídamente una revista mientras se tomaba un café. Sin embargo, al verlo entrar, levantó la mirada.

Ethan y ella no se habían visto desde la celebración por el triunfo de Cassie en el Concurso de Jóvenes Abogados. Pero ahora Ethan se encontraba cara a cara con la mujer que había desatado todo el caos en su vida.

—Charlotte —dijo, con una voz baja pero cargada de furia—, tengo que hablar contigo.

Charlotte cerró la revista lentamente, como si estuviera disfrutando del momento.

—Ethan… Tú dirás —dijo. Su tono era sereno, pero poseía un matiz de provocación.

Ethan se acercó a la mesa, apoyando las grandes manos en la superficie de madera con una fuerza que hacía temblar los papeles.

—No juegues conmigo, Charlotte. Sabes perfectamente por qué quiero hablar contigo.

Charlotte esbozó en los labios una sonrisa fría.

—Ah, ¿es por lo de Cassandra Maalim? —seguía habiendo provocación en su voz.

Ethan apretó las palmas de las manos contra la mesa, sintiendo cómo la rabia se apoderaba de él.

—No tenías ningún derecho a contárselo —le reprochó.

Charlotte alzó una ceja, manteniendo la calma mientras se cruzaba de brazos.

—¿Derecho? —Encogió los hombros—. Quizás no, pero alguien tenía que abrirle los ojos.

Ethan bufó.

—No pretenderás que piense que fue un acto de buena voluntad.

—Ella merece saber la verdad. Y tú sabes tan bien como yo que las verdades duelen más que las mentiras.

—La verdad no era tuya para contarla —replicó Ethan, con una voz que temblaba de rabia—. No sabes nada.

Charlotte soltó una pequeña risita, un sonido frío y cortante.

—Oh, yo lo sé todo, Ethan. Sé que aceptaste prepararla porque el rector te prometió la cátedra —comenzó—. Sé que al principio no creías en ella y que ni siquiera querías ser su tutor. Y sé que ahora estás aquí, enfadado, porque tu noviecita se ha enterado de todo y te ha mandado a la mierda.

Ethan sintió cómo la ira burbujeaba dentro de él. Su voz se tornó más grave, casi amenazante.

—No sé qué pretendes conseguir con esto, Charlotte. —La miró con una expresión llena de desprecio—. Pero no lo lograrás.

Charlotte sonrió con desdén, un gesto con el que no mostraba los dientes y que arrastraba una satisfacción silenciosa, disfrutando del efecto que sus palabras habían tenido sobre Ethan.

—Ya lo he conseguido —atajó—. Os he separado. Y eso es todo lo que quería.

Ethan se enderezó. Respiró hondo, intentando calmarse. Se pasó una mano por el pelo, frustrado por no poder controlar la situación ni sus propias emociones.

—¿Por qué, Charlotte? ¿Por qué? —le preguntó simplemente.

El rostro de Charlotte se volvió de repente serio, como si se hubiera colocado una máscara encima.

—Porque no soporto verte con ella —le escupió—. Porque yo siempre he estado aquí, esperando, y tú nunca me has visto. —Sus palabras estaban llenas de resentimiento.

—Charlotte, lo siento si te he hecho daño, pero esta no es la manera.

—No necesito tu compasión, Ethan. Solo quería que supieras lo que se siente.

—No sabes lo que has hecho.

Charlotte se inclinó hacia adelante, su mirada fija en él como si intentara penetrar en su alma.

—Quizás… pero puede que sea justo lo que necesita *tu Cassie* para alejarse de ti y ver quién eres realmente.

Ethan sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—No me subestimes, Charlotte. Haré lo necesario para recuperar a Cassie y demostrarle que puede confiar en mí —dijo.

Sabía que había cometido errores, pero también sabía que estaba profundamente enamorado de Cassie, y que no había nada en el mundo que no haría por mantenerla a su lado.

La comisura de los labios de Charlotte se torció un poco, como si estuviera disfrutando del espectáculo.

—Buena suerte con ello, Ethan.

Se levantó de la silla y salió de la sala de profesores, dejando a Ethan solo con sus pensamientos y el eco de sus palabras.

Ethan se inclinó y apoyó de nuevo las manos en la mesa.

Tenía que hacer algo, tenía que arreglar las cosas con Cassie. Pero en ese momento, rodeado por el silencio, no podía evitar pensar si ya era demasiado tarde, si realmente Charlotte habría conseguido su propósito.

No.

Por supuesto que no.

Por primera vez, Ethan se preguntó si estaba dispuesto a arriesgarlo todo por Cassie.

La respuesta fue clara.

Irguió la espalda.

Lo primero que haría sería hablar con el rector y después con Cassie.

Al salir de la sala de profesores se encontró con el profesor Robinson. Sabía que daba la asignatura de Ordenamiento Jurídico Constitucional a Cassie.

—Profesor Robinson —lo llamó.

El hombre se giró.

—Dígame.

—¿Ha visto estos días en su clase a Cassandra Maalim? —le preguntó Ethan.

—¿A nuestra flamante ganadora del Concurso de Jóvenes Abogados?

—Sí.

El profesor Robinson se quedó pensando unos segundos, hasta que finalmente negó con la cabeza.

—No —respondió—. Ahora que lo pienso, lleva unos cuantos días sin ir.

—Gracias —dijo Ethan.

Mientras Ethan se dirigía al despacho de Harold Whitmore, se preguntó por qué Cassie no estaba acudiendo a ninguna clase. ¿Estaba enferma?

No tardaría mucho en averiguarlo.

CAPÍTULO 83

Ethan llegó a la puerta del piso de Cassie con el corazón latiendo a mil por hora. ¿Desde cuándo cojones se ponía nervioso? Él era más «Hombre de Acero» que el mismísimo Superman, en cuestión de nervios.

Había pasado horas y horas pensando en cómo disculparse y arreglar las cosas entre ellos, pero ahora que estaba ahí, era un amasijo de nervios.

Se pasó una mano por el pelo, tratando de calmarse antes de tocar el timbre.

Respiró hondo.

La puerta se abrió y apareció Keeya, con los brazos cruzados y una expresión que mezclaba sorpresa y enfado.

Llevaba un jersey holgado y unos pantalones vaqueros, y su pelo rizado negro estaba recogido en una coleta alta.

Su mirada lo atravesó como un rayo láser.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó, sin ni siquiera saludarlo. Y arqueó una ceja en actitud desafiante.

A Ethan le quedó claro que Keeya tenía tanto carácter como su Cassie.

Se aclaró la garganta.

—Hola, Keeya. Necesito hablar con Cassie. ¿Está?

Keeya frunció el ceño, claramente no convencida.

—¿Hablar? ¿Después de lo que le hiciste? No creo que sea buena idea.

—Lo sé, lo sé —respondió Ethan rápidamente, levantando las manos en señal de rendición—. Pero quiero disculparme. ¿Puedes decirle que salga?

Keeya lo miró de arriba abajo, como si estuviera evaluando si valía la pena dejarlo entrar.

—No, no está.

Ethan arrugó las cejas.

—¿No? ¿Dónde está? —preguntó, confuso.

—Se ha ido a casa de nuestra madre hace unos días.

Ethan sintió que el peso de la decepción le caía encima.

—¿Por qué? ¿Ha pasado algo…?

—No, no tiene nada que ver con nuestro padre —lo interrumpió Keeya, consciente de que los pensamientos de Ethan están yendo por ahí.

Él respiró aliviado.

—Entonces, ¿por qué se ha ido?

Keeya dejó escapar un suspiro.

—Porque está triste, Ethan. Porque no quiere ir a clase. Porque alguien le ha roto el corazón.

Ethan bajó la mirada, sintiendo cómo las palabras de Keeya lo golpeaban como un puñetazo en el estómago.

—Keeya, necesito hablar con ella. ¿Puedes darme la dirección?

—¿En serio? ¿Después de todo lo que has hecho, crees que te voy a dar la dirección de mi hermana para que vayas a hacerla llorar otra vez?

—Keeya, sé que me he portado fatal, que he sido un cabrón. Lo sé. Pero necesito hablar con Cassie.

Keeya permaneció en silencio, evaluando si debía confiar en él o no.

—Por favor… —rogó Ethan.

Keeya apretó los labios.

—¿Y qué vas a decirle?

Ethan inhaló.

—Necesito decirle que... que estoy enamorado de ella.

A Keeya casi se le salieron los ojos de las órbitas al escucharlo.

—¿Estás enamorado de ella? —repitió.

Ethan asintió con una expresión llena de sinceridad.

—Sí. Perdidamente —reconoció.

—¡Lo sabía! —exclamó Keeya de pronto con su naturalidad habitual, haciendo un aspaviento con las manos—. Sabía que estabas enamorado de mi hermana, aunque ni tú mismo fueras consciente de ello.

Ethan sonrió.

—Entonces, ¿qué? ¿me ayudas? —dijo.

Keeya se quedó en silencio unos segundos más, mientras lo miraba fijamente, sopesando sus opciones. Finalmente cedió con un suspiró resignado.

—Está bien, te daré la dirección. Y lo hago porque Cassie también está enamorada de ti y creo que os debéis dar una oportunidad, y porque soy una romántica incorregible. —De pronto se puso seria—. Pero si le haces daño otra vez, te juro que te buscaré y te mataré de una forma lenta, dolorosa y efectiva.

Ethan no pudo evitar reír.

—Entendido. No te preocupes, Keeya. No voy a hacerle daño.

Keeya lo miró con una expresión seria en el rostro.

—Mejor que no. Porque si lo haces, no habrá desierto ni selva ni océano ni montaña ni valle en el mundo donde puedas esconderte de mí.

Las comisuras de Ethan se elevaron de nuevo ante la amenaza de Keeya.

—Prometo portarme bien —dijo.

Keeya sonrió ligeramente al ver su reacción.

—Pasa, te anotaré la dirección en un papel.

Ya en el salón, Keeya escribió la dirección en un papelito antes de entregárselo a Ethan.

—Espero que esta vez hables desde el corazón y no desde… bueno, ya sabes —aseveró

—Desde mi egoísmo y mi vanidad habituales —terminó la frase Ethan, con una sonrisa autocrítica—. Lo tengo claro. —Tomó el papel. Levantó la vista y miró a Keeya con agradecimiento en sus ojos castaños—. Gracias, Keeya. De verdad.

—Cuida de ella, Ethan. Porque si no lo haces, te arrepentirás —dijo ella—. Y ahora no lo digo como una amenaza.

Ethan asintió. Keeya lo decía porque Cassie era una persona maravillosa, porque era una persona realmente especial. Él también lo sabía.

Cassie tenía algo que no se podía explicar con palabras: una luz propia, una forma de ver el mundo que lo hacía todo más brillante. Era como si llevara el sol consigo, iluminando todo a su paso. Esa mezcla de vulnerabilidad y fuerza, de dulzura y firmeza, era lo que la hacía única. Lo que le había cautivado.

Cassie tenía un don para ver lo mejor en los demás, incluso cuando ellos mismos no podían hacerlo, como había ocurrido con él, que no necesitaba que su padre lo valorara. Él valía por sí mismo, sin ningún tipo de aprobación externa; sin títulos, sin reconocimientos oficiales, sin logros ni cargos académicos…

Y no estaba dispuesto a dejar que se fuera de su vida sin luchar por ella.

—Lo haré. Te lo prometo —aseveró.

Se giró y salió del piso con la dirección en la mano.

—Buena suerte, Ethan —murmuró Keeya, antes de cerrar la puerta.

Y en ese momento, bajo el cielo de Chicago, Ethan supo que tenía una segunda oportunidad. Y que no iba a desperdiciarla.

CAPÍTULO 84

El cielo de Chicago estaba cubierto de nubes grises, y el tráfico de la tarde hacía que las calles parecieran un río de luces rojas interminables.

Ethan maniobraba por las bulliciosas calles, con una mano en el volante y la otra tamborileando sobre el salpicadero.

Mientras conducía hacia el bufete, su mente no paraba de dar vueltas, imaginando cómo sería el reencuentro con Cassie. Sabía que no podía esperar más; cada minuto que pasaba sin hablar con ella era un minuto demasiado largo.

Pensaba en cómo iba a explicarle todo. Sus sentimientos reales y cómo había aprendido de sus errores.

Si solo pudiera hacerla reír otra vez… tal vez podría encontrar el camino para volver a ganarse su confianza.

Se acarició los mechones de pelo, sintiendo cómo la frustración se acumulaba en su pecho.

Cuando finalmente llegó al bufete, aparcó en doble fila sin pensarlo dos veces. Entró corriendo por la puerta principal, ignorando las miradas curiosas de las personas que pasaban de un lado a otro del vestíbulo.

La recepcionista levantó la vista, sorprendida por su prisa, pero Ethan no se detuvo.

Se subió en un ascensor que justamente cerraba las puertas.

—Por los pelos —comentó de buen humor un hombre con traje oscuro que ya estaba en su interior.

Ethan se limitó a asentir con una sonrisa.

Al llegar a la sala de reuniones, encontró a Trevor, Samuel y Asher sentados alrededor de la mesa, discutiendo algún caso con carpetas abiertas y tazas de café medio vacías.

—Ethan —exclamó Asher, levantando la vista—. ¿Te has olvidado de que tenemos una reunión?

Ethan respiró hondo, intentando calmarse mientras se apoyaba en la mesa.

—Chicos, necesito unos días libres —dijo rápidamente, sin rodeos.

Y sin dar más explicaciones se dirigió a su despacho.

Los tres lo miraron con caras que iban desde la sorpresa hasta la preocupación. De inmediato se levantaron de sus sillas y siguieron a Ethan.

Samuel fue el primero en hablar, con su habitual tono despreocupado.

—¿Días libres? ¿Tú? ¿El mismo Ethan Lawson que no se ha cogido unas vacaciones en los últimos cinco años?

—Me voy a Evansville a buscar a Cassie —respondió Ethan, mientras cogía el cargador del móvil.

Asher, Samuel y Trevor intercambiaron miradas sorprendidas. Trevor arqueó una ceja con una sonrisa burlona.

—Ya me han dicho los chicos que andas en modo «panda triste» por ella.

Ethan le lanzó una mirada fulminante.

—No es momento para bromas, Trevor —dijo, mientras se guardaba el cargador en el bolsillo de la chaqueta.

—Está bien, perdón —contestó él.

—Ethan, ¿está todo bien? ¿Por qué este viaje tan repentino? —preguntó Asher, con un deje de preocupación en la voz.

—Cassie se ha ido a casa de su madre, a Evansville. Necesito hablar con ella —explicó de manera apresurada.

Asher frunció el ceño, claramente preocupado por la decisión impulsiva de Ethan.

—¿Y qué pasa con los casos que tenemos pendientes?

—Lo resolveré todo cuando vuelva —prometió Ethan—. Pero ahora mismo… Necesito hacer esto. Necesito hablar con Cassie y decirle que la quiero.

Mientras lo observaban recoger algunas cosas más de su mesa, Trevor esbozó una sonrisa pícara.

—Así que vas a Evansville a por tu damisela en apuros, ¿eh?

—No es una película, Trevor —dijo Ethan.

—Podría serlo —respondió él, con un guiño—. Solo asegúrate de llevarte una espada o algo. No sea que su madre quiera cortarte la cabeza.

Asher se sentó en el sofá de cuero negro que había en el despacho.

—No creo que Cassie necesite que la rescaten de nada, pero sí que necesita que le digas la verdad, Ethan.

—Lo sé. Y eso es exactamente lo que voy a hacer.

Justo cuando iba a salir corriendo hacia la puerta, Samuel lo detuvo con una mano en el brazo. Su voz era grave.

—Ethan, espera. Tengo algo que podría interesarte.

Él se volvió.

—¿Qué pasa?

—Mi contacto en el Consulado me ha informado de que el padre de Cassie está en Estados Unidos. Le concedieron el visado hace unos días.

Ethan se quedó paralizado.

—¿Estás seguro?

Samuel asintió, con una expresión seria en el rostro.

—Completamente seguro.

Ethan respiró hondo. La urgencia de hablar con Cassie se multiplicaba.

—Vale, pondré sobre aviso a Cassie —dijo.

—Sí, es lo mejor.

Ethan se quedó quieto, con la mirada perdida en algún punto de la pared, mientras sus pensamientos giraban en torno a Keeya. La idea de que la hermana de Cassie estuviera sola en Chicago, especialmente con la noticia de que su padre había llegado a Estados Unidos, lo inquietaba.

—¿Qué pasa? —preguntó Asher.

Ethan respiró hondo, frotándose la nuca con la mano.

—Me preocupa Keeya, la hermana de Cassie, estos días está sola en Chicago, y con todo lo que está pasando... no quiero que se sienta desprotegida —respondió.

—No te preocupes, nosotros estaremos pendiente de ella —dijo Asher, con su acostumbrada sensatez.

—Danos su teléfono y la llamaremos para ponernos a su disposición —dijo Trevor, con un matiz de seriedad en la voz—. Si nota algo raro, que sepa que no está sola, que puede contar con nosotros.

—¿Haríais eso? —preguntó Ethan.

—Por supuesto —dijo Samuel, como si fuera lo más obvio del mundo.

Ethan miró a sus amigos. Le recorrió una oleada de gratitud tan intensa que casi lo dejó sin aliento.

—Gracias. —Le dio una palmada en el hombro a Samuel, que era quien estaba más cerca de él —. Esto... Esto es importante para mí.

—Lo sé —dijo Samuel en tono comprensivo.

—Los tres lo sabemos —intervino Trevor.

Ethan sacó su móvil y buscó el número de Keeya en la agenda. Recordó que Cassie se lo había dado cuando se fueron a pasar el fin de semana a la cabaña, por si Keeya le llamaba al no localizar a Cassie. Pasó el contacto a Asher.

—Gracias, chicos. Os debo una —dijo con gratitud.

—Buena suerte, Ethan —se despidió Asher.

Con aquellas últimas palabras, Ethan echó a andar y salió del despacho.

CAPÍTULO 85

La casa de Cassie era una modesta vivienda de una sola planta, pintada de un suave color terracota, con un pequeño jardín frontal cubierto por una alfombra de hojas. Las ventanas eran blancas, y una vieja mecedora de madera en el porche añadía un toque de calidez al lugar, aunque fuera otoño.

Beetle, el viejo Ford Ka de Cassie, estaba frente a la puerta del garaje. Ethan pensó que solo Cassie podía poner nombre a un coche y encima llamarlo por él como si fuera una mascota.

Sonrió.

Joder, era especial hasta para eso.

Aparcó el coche en la entrada, apagó el motor y se quedó sentado un momento.

Había llegado hasta allí guiado por el GPS, pero ahora que estaba frente a la puerta, solo separado de Cassie por un caminito de unos pocos metros de largo, se preguntaba si había sido buena idea presentarse sin avisar.

Respiró hondo, mientras observaba la casa con sus tejas desgastadas.

Sus manos permanecieron aferradas al volante como si el coche fuera a despeñarse de un momento a otro por un barranco, como si pudiera ofrecerle algún tipo de salvavidas.

Su corazón latía con tanta fuerza que podía sentirlo en las sienes.

—Ya estoy aquí, Cassie —susurró. Su voz transmitía determinación y vulnerabilidad a la vez —. No sé si querrás oírlo, pero voy a decírtelo de todos modos.

Finalmente, después de un par de intentos fallidos, salió del coche y caminó hacia la puerta principal, con la sensación de que cada paso lo acercaba más a un momento que podría cambiar todo.

Una ráfaga de viento esparció las hojas caídas por el suelo, arremolinándolas en espirales a su alrededor antes de que se asentaran nuevamente. Ethan observó su baile mientras avanzaba por el estrecho sendero.

Al llegar al porche, volvió a respirar hondo, y cuadró los hombros frente a la puerta de madera descolorida. Una alfombra con una inscripción de «Bienvenido» asomó bajo sus pies.

Extendió la mano y tocó el timbre, escuchando el sonido suave que resonó en el interior de la casa.

Por primera vez desde que Cassie había salido de su vida, sintió algo peligrosamente cercano a la esperanza.

Quizá aún hubiera una oportunidad para él.

Si había algo que las vivencias de Cassie le habían enseñado, era que nunca había sido de las personas que se daban por vencidas, por aquello por lo que valía la pena luchar.

Solo tenía que demostrar que él era digno de esa lucha.

Pasaron unos segundos, diez, quince, tal vez veinte. El tiempo se estiraba como un chicle.

Ethan se pasó la mano por el pelo, desordenando el peinado que tanto se había esmerado en arreglar. Quería causar una buena impresión a la madre de Cassie.

«Quizá no está», pensó para sus adentros.

Pero entonces la puerta se abrió.

Una mujer de unos cuarenta y cinco años aproximadamente, con el pelo negro como el ébano, unos ojos cálidos y curiosos, y un gran parecido físico con Cassie, apareció en el umbral.

—Hola —dijo Ethan con una sonrisa nerviosa—. Soy Ethan Lawson… un amigo de Cassie. —No tenía ni puñetera idea de cómo presentarse—. ¿Está aquí?

La madre de Cassie lo miró de arriba abajo, sopesando si valía la pena dejarlo entrar (o darle con la puerta en las narices). Ethan intuyó que Cassie le había hablado de él. Probablemente aquella mujer quisiera clavarle una estaca en el corazón.

—Sí, está aquí —dijo—. Pase, por favor —Bishara hizo una señal con la barbilla invitándole a entrar y se apartó a un lado para cederle el paso.

—Gracias —dijo Ethan. Inclinó levemente la cabeza, agradecido.

—Acompáñeme —indicó Bishara.

Ethan sintió cómo los nervios lo invadían mientras la seguía a través de un pasillo.

—Cassie, cariño, tienes visita —dijo Bishara, cuando llegaron a la cocina.

Lo primero en lo que se fijó Ethan al entrar fue en los ojos negros de Cassie, que se abrieron de par en par, reflejando una sorpresa que rápidamente se transformó en algo más oscuro, más complejo.

—¿Ethan? —Su voz sonó como si acabara de ver un fantasma—. ¿Qué haces aquí?

Llevaba unos vaqueros desgastados y un jersey verde botella holgado que le caía por el hombro. Su pelo estaba recogido en una coleta en lo alto de la cabeza con todos los rizos disparados.

Su cuerpo se tensó visiblemente, como un gato preparándose para saltar o huir.

De espaldas a ella había una niña de unos once años, era tan parecida a Cassie que parecía su versión infantil suya. Ethan no tardó en adivinar que se trataba de Nadira, la hermana más pequeña.

En aquel momento estaba haciéndole unas divertidas trencitas en la cabeza.

—Cassie... —la palabra salió como una plegaria de sus labios—. Necesitaba verte.

La madre enseguida reaccionó.

—Nadira, cielo, ven conmigo, yo terminaré de hacerte las trencitas —dijo.

La niña corrió hacia su madre, pero sin dejar de mirar a Ethan.

—Su piel es blanca, mamá, como la de los niños de mi clase —comentó con ingenuidad.

—Sí, cariño.

La madre de Cassie cogió a Nadira de la mano y salió de la cocina.

Ethan no pudo evitar sonreír al comentario de la niña. Pero enseguida le devolvió la atención a Cassie.

—Necesito hablar contigo, Cassie —dijo.

Cassie cruzó los brazos, con una expresión cautelosa.

—Ya hemos hablado, Ethan. O al menos, eso creía. —Arqueó una ceja con perfecta ironía.

Ethan sintió el golpe de sus palabras como una bofetada, pero se mantuvo firme. Se lo merecía. Merecía eso y mucho más.

—No he venido a molestar —dijo, intentando que su voz no traicionara la tormenta de emociones que sentía—. Solo... necesitaba hablar contigo. Por favor, dame cinco minutos. Solo cinco minutos para intentar reparar lo que rompí.

Cassie lo estudió con los ojos entrecerrados, preguntándose si merecía la pena el esfuerzo de escucharle, o si era mejor echarle a patadas y terminar con esa historia de una vez por todas.

—Has recorrido casi quinientos kilómetros para hablar —dijo finalmente—. Debe ser importante.

—Lo es —respondió Ethan, dejando que sus ojos transmitieran la sinceridad que sus palabras no lograban capturar completamente.

La expresión de Cassie permanecía hermética, como un libro cerrado.

—Escucha, Cassie… Sé que te he fallado. Sé que no deberías confiar en mí. Pero necesito que sepas la verdad.

—¿Y cuál es la verdad, Ethan?

—Lo he arruinado todo. Mi ambición laboral, mi apetito por los malditos títulos, mi necesidad de demostrarle a mi padre que podía triunfar en un mundo que él no eligió para mí, que podía ser el mejor... Todo eso me cegó. Me ha estado cegando durante toda mi vida —comenzó.

Cassie recordó cuando Ethan le contó la relación que tenía con su padre, y que nunca se había sentido orgulloso de él.

—Cuando el rector me dijo que podría conseguir la cátedra si te preparaba para el Concurso de Jóvenes Abogados, solo pensaba en el logro académico que eso supondría en mi carrera y en continuar llenando mi currículum. —Ethan tomó aire y siguió hablando—. Al principio no te conocía, eras una más entre todos mis alumnos. —Se encogió de hombros—. Harold me propuso convencerte y que te dijera que había sido idea mía y me pareció bien. Nosotros no nos caíamos bien, y también pensé que sería buena idea.

Cassie basculó el peso de su cuerpo de un pie a otro.

«No te derrumbes ahora», se ordenó Cassie a sí misma mientras sentía que algo se removía en su interior.

Aquellos profundos ojos castaños que tantas veces la habían mirado con intensidad mientras la preparaba para el concurso, ahora estaban desnudos de toda vanidad, y le mostraban una vulnerabilidad que Ethan nunca le había dejado ver.

—Utilicé todas las armas de las que disponía para llevarte a mi terreno, para que confiaras en mí… Pero después, todo cambió.

—¿Cuándo cambió? —preguntó Cassie.

Ethan la miró directamente a los ojos.

—Cuando me enamoré de ti —respondió, y lo hizo sin titubear.

El silencio que siguió fue breve pero intenso, como si el aire se hubiera espesado con el peso de las palabras.

CAPÍTULO 86

Cassie parpadeó varias veces, tratando de asegurarse de que no había escuchado mal. Una parte de ella quería reírse ante la incredulidad de la situación; otra parte sentía un nudo formándose en su garganta.

Su corazón latía con fuerza, cada pulsación enviando oleadas de calor a través de su cuerpo.

Miró a Ethan, buscando alguna señal de duda o vacilación en sus ojos, pero solo encontró sinceridad, certeza y una especie de ternura que la desarmó por completo.

A pesar de sus intentos por mantener la guardia alta, Cassie sintió cómo todas las barreras que había levantado para protegerse de él y de lo que había pasado entre ellos, comenzaban a resquebrajarse, a desmoronarse lentamente bajo el peso de aquella confesión inesperada.

—Ethan… —murmuró finalmente, con voz suave pero cargada de emoción—. Pero ¿cuándo…? —No le salían las palabras.

Él se encogió de hombros.

—No sé exactamente cuándo. Me he enamorado de ti en mil pequeños momentos —respondió.

Se acercó un poco más, con una expresión llena de cariño en los ojos.

—Cassie, sé que he cometido errores. Sé que no deberías confiar en mí. Pero te juro que lo que siento por ti es real —dijo—. No me necesitas en tu vida, lo sé, pero no puedo evitar querer formar parte de ella.

Los ojos de Ethan se humedecieron y, por primera vez, Cassie vio al hombre vulnerable, detrás de la fachada del profesor brillante y seguro de sí mismo.

Ethan dio un paso hacia ella, reduciendo la distancia que los separaba, hasta que Cassie pudo percibir el sutil aroma a sándalo de su colonia. Aquella cercanía le resultaba dolorosamente familiar.

—Ethan, yo…

—Cassie, mírame a los ojos y dime lo que ves —dijo él en tono bajo.

Cassie levantó la mirada. Durante unos instantes observó el rostro de Ethan y sus profundos ojos de color castaño.

—Veo a mi alma gemela, al chico con el que quiero pasar el resto de mi vida —respondió.

El aire a su alrededor parecía crepitar, como si el planeta entero contuviera la respiración en ese momento. La tensión entre ellos era palpable, cargada de emociones que no necesitaban

palabras para expresarse; descifrando un lenguaje secreto que solo ellos podían entender.

Con una deliberación casi reverencial, Ethan extendió su mano hasta alcanzar la de Cassie. Sus dedos se encontraron en el espacio que los separaba.

El tacto de su piel contra la suya despertó un hormigueo que recorrió el brazo de Cassie. Quiso retirar la mano, protegerse de aquella vulnerabilidad, pero se descubrió incapaz de romper el contacto.

—Cassie… —susurró Ethan. Su voz era terciopelo y arena al mismo tiempo—. No puedo perderte. —Y lo dijo como si fuera algo obvio.

Su voz, normalmente cargada de mordacidad, se había transformado en algo que Cassie apenas reconocía: vulnerable, desnuda de pretensiones, de vanidad.

Notó que algo se rompía dentro de ella, como un dique cediendo ante la presión. No dijo nada. No podía. Las palabras se le atascaban en la garganta, pero sus ojos hablaban por sí solos.

Ethan levantó una mano y le acarició suavemente la mejilla, con una ternura que hizo que Cassie cerrara los ojos durante un instante, sintiendo cómo el calor de su piel la envolvía.

—Por favor —murmuró Ethan, inclinándose un poco más. Su pulgar trazó un camino lento sobre su rostro, como si quisiera memorizar cada contorno y cada textura—. Déjame demostrarte que esto es real.

—¿Y tu cátedra?

—He renunciado a ella y a mi puesto en la Universidad —respondió Ethan—. Ya se lo he comunicado al rector.

Cassie se quedó de piedra, como una estatua, con los ojos abiertos como platos. Era lo último que esperaba escuchar.

—¿Qué? ¿Por qué? —dijo.

—Porque no quiero nada de eso, Cassie. Lo único que quiero es a ti.

—Ethan, no tienes que renunciar por mí.

—Lo hago por nosotros. Por mí. La cátedra, la universidad… Todo eso era importante para mí antes, porque necesitaba demostrarle a mi padre que era el mejor, que no había sido un error elegir un camino distinto al que él quería para mí. De ahí venía mi adicción a los títulos, a los reconocimientos, a los cargos académicos… Pero ahora tú eres más importante. Mucho más importante. No quiero perderte, Cassie.

El momento se suspendió en el aire, cargado de una tensión dulce y expectante.

Cassie lo miró fijamente. En ese instante, todo lo que había pasado, todo el dolor y la decepción, pareció esfumarse, como humo. Lo único que importaba era Ethan, allí, frente a ella, con esa mirada llena de amor y arrepentimiento.

Los ojos de Ethan no se apartaban de los de Cassie, buscando en ellos una señal, una chispa que le indicara que estaba bien seguir adelante.

Los labios de Cassie se elevaron en una sonrisa tímida.

Y entonces, como si una fuerza invisible los empujara, sus labios se encontraron. Y fue como si todo encajara en su lugar de nuevo.

El beso fue suave al principio, un roce tímido, casi reverente; un gesto lleno de ternura y redescubrimiento.

Ethan no quería apresurar las cosas. Pero cuando Cassie respondió acercándose un poco más, e introduciendo los dedos en su pelo, el beso se intensificó.

Los labios de Cassie se movían cálidos y firmes contra los suyos.

Cassie sintió cómo una corriente eléctrica recorría su cuerpo desde la punta de los dedos de los pies hasta su cabeza.

El sabor de Cassie, tan familiar, hacía sentir a Ethan como si estuviera en casa.

Sus manos se deslizaron por su espalda, acercándola más a él. La rodeaba con los brazos, como si temiera que se fuera a desvanecer.

Ambos finalmente se separaron ligeramente para tomar aire, compartiendo una sonrisa y una mirada llena de complicidad.

—Cassie —susurró Ethan, apoyando la frente contra la suya—. Te quiero.

La sonrisa de Cassie se amplió en su rostro.

—Yo también te quiero, Ethan.

Ethan sabía que lo que estaba a punto de decir cambiaría el curso del día. Y aunque le hubiera gustado que aquel momento de tranquilidad durara para siempre, sabía que no podía esperar más para contarle a Cassie lo que Samuel le había dicho.

—Cassie, hay algo que tienes que saber —comenzó, separándose un poco.

Cassie lo miró con preocupación.

—¿Qué pasa, Ethan?

—Tu padre está en Estados Unidos. Le han concedido el visado hace unos días —dijo, observando atentamente cómo Cassie procesaba la noticia.

Ella se quedó quieta, con los ojos abiertos de par en par, horrorizada, y el corazón latiendo con fuerza. Su mente comenzó a correr a mil por hora mientras intentaba asimilar lo que acababa de escuchar.

—Ya está aquí… —masculló con mortificación en la voz. Bajo la vista, pero enseguida levantó los ojos para mirar a Ethan—. ¿Cómo lo sabes? —preguntó con un hilo de voz.

—Me lo ha dicho Samuel, uno de mis socios, tiene un contacto en el Consulado que le ha facilitado la información.

Cassie se pasó la mano por la frente.

—Tengo que decírselo a mi madre —dijo. La voz le temblaba ligeramente.

Ethan asintió.

—Mamá, ¿puedes venir a la cocina?

Apenas unos segundos después, Bishara apareció en la puerta, con una expresión llena de preocupación. Algo había notado en el tono de voz de su hija.

—¿Qué pasa, Cassie? — preguntó, al ver la expresión alterada en el rostro de Cassie.

Ella respiró hondo.

—Mamá, Ethan me ha dicho que papá está en Estados Unidos. Le han concedido el visado hace unos días.

El rostro de Bishara se descompuso. Algo muy parecido al miedo se reflejó en sus facciones.

—Al final va a cumplir su palabra —comentó. Pasó la mirada de Cassie a Ethan—. Keeya… —El miedo de sus ojos se acentuó.

—No os preocupéis —se apresuró a decir Ethan—. Mis socios del bufete están pendientes de ella. Keeya no está sola, y con Asher, Trevor y Samuel cerca, no le pasará nada. Os lo aseguro.

Cassie y Bishara exhalaron aliviadas ante aquella garantía. Miraron a Ethan con la gratitud destellando en sus ojos.

—Gracias… gracias infinitas —murmuró Cassie, emocionada, mientras tomaba la mano de Ethan entre las suyas.

—No tienes que darme las gracias —dijo él.

Cassie respiró hondo.

—¿Qué vamos a hacer, mamá? —le preguntó.

Bishara se quedó unos segundos pensando.

—Hace un tiempo, tomamos la decisión de separarnos, para que tu padre no pudiera encontrarnos a todas a la vez, pero ahora no quiero separarme de vosotras, no quiero que Keeya y tú estéis lejos de mí. No, sabiendo que él está aquí —confesó.

—Entonces regresaremos todos a Chicago —respondió Cassie—. Nadira y tú podéis quedaros en el piso, hay una habitación de sobra.

Bishara asintió.

—Sí, es lo mejor —dijo, reafirmándose en su decisión—. Voy a preparar nuestras maletas, nos llevaremos lo imprescindible hasta ver qué pasa. —Sacó su móvil del bolsillo—. Voy a llamar al colegio de Nadira para avisar de que faltará unos días. Les diré que… está enferma. Yo estoy de vacaciones, así que no tengo que poner ninguna excusa en el trabajo.

—Vale —estuvo de acuerdo Cassie.

Bishara se giró y salió de la cocina.

A solas de nuevo, Cassie se acercó a Ethan y lo abrazó por la cintura.

—Gracias, de verdad. —Cassie apoyó la mejilla en su pecho—. Lo de tus socios es todo un detalle. Me tranquiliza mucho saber que ellos la protegen. Ahora hay muchos kilómetros entre nosotras.

Ethan la rodeó con los brazos, inclinó la cabeza y depositó un beso en su frente.

—Todo va a estar bien, Cassie. A partir de ahora ya no estáis solas —dijo.

Cassie suspiró y se abrazó con más fuerza a él.

Y de nuevo estaba ahí esa seguridad que le brindaba Ethan, y que no había sentido hasta que él había aparecido en su vida. Siempre había estado rodeada de incertidumbre y preocupación.

Siempre alerta.

Constantemente mirando por encima del hombro ante la posibilidad de que su padre apareciera para buscarla a ella y a sus hermanas.

Sin embargo, con Ethan a su lado, sentía como si ese peso se aligerara, como si finalmente pudiera respirar sin miedo.

Él era su ancla en medio de la tormenta, el refugio donde podía encontrar paz. Un lugar donde podía respirar, donde podía tener la esperanza de que, tal vez, aquella maldita pesadilla algún día terminara. Y con Ethan a su lado, comenzaba a creer que eso era posible.

CAPÍTULO 87

El bufete estaba sumido en su habitual bullicio, con el sonido de los teclados y las conversaciones telefónicas llenando el aire.

Sin embargo, en la sala de reuniones, el ambiente era mucho más relajado. Trevor, Asher y Samuel estaban sentados alrededor de la mesa, con tazas de café y carpetas abiertas, pero la conversación había tomado un giro más personal.

Ethan había sido el último en entrar, y lo había hecho con una sonrisa tonta en el rostro, que no pasó desapercibida para sus amigos, por supuesto.

Samuel, siempre el primero en romper el hielo con su humor mordaz, se inclinó hacia adelante con una sonrisa traviesa dibujada en el rostro.

Ethan se temió lo peor.

—Bueno, bueno —dijo, reclinándose en la silla—. Parece que alguien ha pasado una buena noche.

Ethan lo miró con una expresión que pretendía ser seria pero que no lograba ocultar su felicidad.

—No sé de qué estás hablando.

Trevor rio, ajustándose la corbata con un gesto teatral.

—Vamos, Ethan. No hace falta ser un genio para darse cuenta. Llegas tarde, con esa sonrisa de oreja a oreja, y ni siquiera te has quejado del café. Definitivamente algo ha cambiado.

Asher levantó la vista de su portátil con una sonrisa cómplice.

—Creo que nuestro soltero indomable ha caído, chicos —dijo.

Ethan se pasó una mano por el pelo.

—Vale, vale... —dijo—. Sí, Cassie y yo hemos hablado y hemos… arreglado todo —soltó finalmente.

—Mira que te cuesta decirnos las cosas —dijo Asher.

Samuel soltó una carcajada, golpeando la mesa con la mano.

—¡Lo sabía! ¡El gran Ethan Lawson finalmente atrapado en las garras del amor! —dijo, con una sonrisa que a Ethan le resultaba especialmente irritante.

Lo miró, con una expresión de exasperación.

—No estoy *atrapado*, Samuel —dijo, enfatizando la palabra «atrapado»—. Simplemente... he encontrado a alguien especial. Muy especial.

Asher rio, apoyándose en la mesa.

—Eso es lo que dicen todos los que caen, Ethan —afirmó.

—¡Pero si hasta has dejado tu puesto en la Universidad y has renunciado a la cátedra! —exclamó Samuel—. Eso es inaudito en ti.

Ethan no tenía nada que rebatir a su argumento, así que permaneció en silencio.

—Bienvenido al club —dijo Asher. Cuando Ethan lo miró, Asher le guiñó un ojo, disfrutando claramente de cada segundo de la situación.

—Estás atrapado como una mosca en una tela de araña —intervino Trevor en tono mordaz—. Qué decepción, tío. Me has dejado solo.

Los tres miraron a Trevor, y durante un segundo, el silencio llenó la sala. Ethan no pudo evitar esbozar una sonrisa llena de malicia, a pesar de sí mismo.

—No te preocupes, ya llegará tu turno —dijo. Y el tono de su voz sonaba más a advertencia que a consuelo.

—¿Mi turno? —bufó Trevor—. Vosotros estáis locos. Joder, enamorados dais ganas de vomitar.

Samuel y Asher se echaron a reír.

Ethan, por su parte, se reclinó en la silla, cruzando los brazos, con la satisfacción bailando en sus ojos.

—Si he caído yo, tú vas a caer igual —aseveró.

Trevor le lanzó una mirada mezcla de incredulidad y horror. Sobre todo, horror.

—No, no, no —dijo, negando con la cabeza enérgicamente—. Eso no va a pasar. Nunca. Jamás. En la vida. Yo soy inmune a todo ese rollo del amor.

Samuel se apoyó en la mesa con los codos. En sus labios había una sonrisa maliciosa.

—Eso es lo que decía Ethan hace unas semanas —dijo, señalando a Ethan con un gesto dramático—. Y ahora mira. Está completa e irremediablemente perdido —añadió con voz teatral.

Ethan lanzó una mirada de advertencia a Samuel, pero no pudo evitar que una sonrisilla escapara de su boca.

—No estoy perdido —respondió, aunque su tono no sonaba muy convincente. Porque sí, la realidad era que estaba perdidamente enamorado de Cassie, hasta la última pestaña—. Bueno, un poco sí —agregó.

Y no le importaba reconocerlo. Porque, a pesar de las bromas y las risas, sabía que tenían razón. Había caído, y no había vuelta atrás. Y lo más sorprendente era que, por primera vez en su vida, no le importaba. En absoluto.

Miró a Trevor.

—Trevor, te lo advierto: cuando te llegue el turno, no voy a ser compasivo contigo.

Trevor lanzó una carcajada cargada de escepticismo.

—No va a pasar, Ethan —dijo—. Me da igual si vosotros os habéis convertido en unos cursis de cojones, a mí el amor no me va a atrapar, te lo aseguro.

Asher intervino en un tono más serio, pero con una sonrisa en los labios.

—Bueno, dejemos de burlarnos de Ethan y de Trevor. Tenemos cosas más importantes de qué hablar.

Ethan asintió.

—Sí, el padre de Cassie —dijo, mientras adoptaba una expresión de gravedad—. ¿Tenemos alguna información sobre él o su paradero?

Todos negaron con la cabeza, con cierta frustración en la mirada.

—Se nota que no es la primera vez que lo hace —comentó Asher—. Sabe por dónde moverse.

—No, no es la primera vez. De hecho, lo ha intentado a lo largo de estos cinco años. Por eso Cassie, su madre y sus hermanas han estado de un lado para otro del país, para no ser localizadas. Han vivido en varios Estados distintos.

—Qué duro tiene que ser llevar una vida así —comentó Trevor.

—Mucho —dijo Ethan—. Ya es hora de que tengan un descanso.

Todos asintieron.

—Hemos puesto en alerta a la policía, al Consulado y al Departamento de Inmigración sobre el padre de Cassie, y sus intenciones. Sobre todo, de sus intenciones, ya que está legalmente en el país mientras dure su visado —comentó Samuel.

Trevor se inclinó hacia adelante, con una expresión más seria.

—Eso último es lo más importante —intervino—. Si aparece por aquí intentando llevarse a sus hijas de vuelta a Namibia, estarán listos para actuar y deportarlo de inmediato.

Asher, que había estado escuchando en silencio, asintió con la cabeza.

—Pero no podemos bajar la guardia. Si ese hombre está aquí, es porque tiene un plan. Y no dudo de que sea capaz de hacer cualquier cosa, con tal de conseguir lo que quiere —dijo.

Ethan, que permanecía apoyado contra la ventana con los brazos cruzados, se acercó a la mesa. Su rostro estaba tenso, pero su voz era firme.

—Tengo la sensación de que no vamos a tardar mucho en saber de él —argumentó—. Y no creo que sea un tipo al que podamos subestimar.

—Si ya lo ha intentado en otras ocasiones, su plan será más refinado, más concreto —opinó Samuel.

Trevor habló de nuevo. Su tono era un poco más ligero, pero no perdía la seriedad.

—Probablemente tengas razón, pero ahora se va a encontrar con más problemas de los que espera —dijo—. No solo está la policía, también estamos nosotros.

Ethan asintió, visiblemente agradecido por el apoyo incondicional de sus amigos.

—Contar con vosotros significa mucho para Cassie y su familia. Durante todo este tiempo se han sentido y han estado muy solas.

—Si el padre de Cassie se acerca, nos encargaremos de convencerlo de que se vaya —dijo Trevor.

—¿Vas a sacar tus *dotes de persuasión*? —le preguntó Ethan.

Trevor era, sin duda, el más visceral de todos, y a veces contaba con poca paciencia.

—Esperemos que no haga falta llegar a eso —dijo.

—Mientras tanto, seguiremos vigilantes —apuntó Asher.

CAPÍTULO 88

Durante los días siguientes, la vida pareció concederles una tregua. El sol brillaba con suavidad sobre Chicago, pese a estar en pleno otoño, como si quisiera regalarles un poco de calma después de tanta tensión.

Ethan y Cassie aprovecharon cada instante juntos, conscientes de lo frágil que podía ser aquella paz.

Y lo era. Muy muy frágil.

Una tarde, a última hora, Ethan estaba en su despacho, concentrado en revisar unos documentos referentes a un caso en el que estaba trabajando, cuando el móvil vibró sobre la mesa, interrumpiendo el silencio que había reinado durante los últimos minutos.

Ethan lo miró y vio el nombre de Cassie en la pantalla.

Una sonrisa automática apareció en sus labios.

Deslizó el dedo para responder, y antes de que pudiera decir algo, la voz de Cassie, agitada y temblorosa, llenó el auricular. La sonrisa se desvaneció en un instante.

—¡Ethan! —exclamó Cassie. Su voz era un susurro desesperado, tembloroso y lleno de miedo —. Está aquí… mi padre está aquí… Y también mi tío. Nos han encontrado…

El corazón de Ethan dio un vuelco violento en su pecho. Se levantó bruscamente de la silla, sintiendo cómo la adrenalina inundaba cada fibra de su cuerpo.

—Cassie, escúchame bien —dijo con firmeza, intentando mantener la calma—. Voy para allá ahora mismo. Intentad no enfrentaros a él.

Pero antes de que Cassie pudiera responder, se escucharon al otro lado del teléfono voces masculinas fuertes y agresivas hablando en un idioma que Ethan no entendía.

De pronto, Cassie gritó algo incomprensible y luego hubo un golpe fuerte y seco, y un grito ahogado seguido del sonido metálico del móvil cayendo al suelo.

—¡Cassie! ¡Cassie! —aulló Ethan, desesperado.

Pero solo escuchaba ruidos confusos y lejanos: gritos ahogados, un llanto infantil y pasos pesados resonando contra el suelo del apartamento. Y, finalmente, el silencio.

Sin perder un segundo, Ethan salió corriendo de su despacho, casi derribando la puerta.

En la sala de reuniones, Trevor y Asher estaban discutiendo la defensa de un cliente, pero al ver la expresión de Ethan, se pusieron en pie de inmediato.

—¿Qué pasa? —se adelantó a preguntar Asher, con una voz llena de preocupación, aunque ya se imaginaba de qué podía tratarse.

—Es Cassie —respondió Ethan, con una voz que temblaba de rabia y miedo—. Su padre está en el piso. Necesitamos ir ya —dijo, con una urgencia que se reflejaba en sus ojos, que en esos momentos se veían llenos de angustia.

Trevor no hizo preguntas. Simplemente asintió y se levantó de la silla.

—Vamos contigo —dijo, sin dudarlo ni un instante, mientras cogía rápidamente las llaves del coche que tenía guardadas en el bolsillo de la chaqueta.

Samuel no se encontraba allí en aquel momento. Había salido hacía apenas media hora para reunirse con un cliente importante fuera del bufete. Pero no podían esperarle; cada segundo contaba demasiado como para detenerse siquiera a pensar qué hacer después.

El trayecto hasta el piso de Cassie se compuso de silencios tensos y maldiciones entre dientes, en el coche conducido velozmente por Trevor a través de las calles abarrotadas del tráfico vespertino de Chicago.

Ethan no podía dejar de imaginarse lo peor: Cassie, Keeya, Nadira y su madre, Bishara, enfrentándose al hombre que había sido una pesadilla en sus vidas, y que había vuelto una pesadilla sus existencias.

—¿No puedes correr un poco más? —le apremió Ethan a Trevor.

Trevor giró la cabeza hacia él con las manos en el volante.

—Entiendo que las circunstancias en las que nos encontramos requieren rapidez, pero el semáforo está en rojo —le advirtió.

Ethan se pasó las manos por el pelo, visiblemente frustrado.

—Sí, ya… Tienes razón —masculló.

Asher, que estaba sentado en la parte trasera del coche, alargó el brazo y apoyó la mano en el hombro de Ethan.

—Todo va a salir bien —trató de tranquilizarlo.

Ethan lo miró de reojo, asintiendo.

Se obligó a confiar en las palabras de Asher. Si no, se iba a volver loco.

Cuando llegaron, Ethan saltó del coche antes de que Trevor hubiera aparcado por completo. Corrió hacia el edificio a zancadas, con Asher y Trevor siguiéndole de cerca.

Al llegar al piso, tras subir las escaleras de dos en dos, se encontraron con la puerta entreabierta. La cadena de seguridad estaba arrancada de cuajo del marco y colgaba junto con un trozo de madera de forma precaria, balanceándose de lado a lado.

El sonido de voces alteradas y llantos llegaba desde el interior.

Ethan entró primero, con el corazón latiendo a mil por hora y dispuesto a defender a Cassie de la forma que fuera necesaria.

La escena que encontró lo dejó sin aliento.

El padre de Cassie, un hombre imponente de casi dos metros de altura y una complexión robusta, estaba de pie en medio del salón, con una expresión llena de furia. A su lado, un hombre igualmente intimidante, alto y corpulento, que Ethan supuso que era el hermano, sostenía a Keeya por el brazo, mientras ella forcejeaba para liberarse con la ayuda de Cassie.

En un rincón, Bishara abrazaba a Nadira, que lloraba desconsoladamente contra su pecho.

—¡Basta! —gritó Ethan, con una voz que resonó en el salón como un trueno.

El padre de Cassie se giró, con los ojos entornados y una mirada en ellos llena de desprecio.

—¿Quién cojones eres tú para meterte en mis asuntos? —dijo con malas pulgas, en un inglés con acento, pero que se entendía perfectamente.

—Soy la persona que va a asegurarse de que nadie salga de aquí en contra de su voluntad —respondió Ethan, en tono firme pero dejando entrever sus rabia.

Asher y Trevor se colocaron a cada lado de Ethan, formando una barrera entre el padre de Cassie y su familia.

—Esto se ha terminado —dijo Asher, en un tono calmado, pero autoritario—. La policía está en camino.

El tío de Cassie soltó a Keeya, que se abrazó a Cassie, y se acercó a Ethan con una sonrisa torcida.

—No necesitamos a la policía. Esto es un asunto de familia —aseveró con voz rasposa.

La tensión en el salón era palpable, como si el ambiente estuviera cargado de explosivos, capaces de hacer que todo saliera volando por los aires en segundos.

El padre de Cassie dio un paso hacia adelante, con los puños apretados.

—Papá, por favor… —le suplicó Cassie, con la angustia atenazando su garganta.

—No te metas en esto —contestó él con los dientes apretados.

Un músculo se movió en la mandíbula de Ethan, que también dio un paso hacia adelante. Si aquel hombre quería pelear, pelearía. No era partidario de usar la violencia para arreglar los conflictos, pero no se quedaría de brazos cruzados.

Pero antes de que el padre de Cassie pudiera hacer algo, se escucharon sirenas en la calle. Un revuelo de voces y pasos rápidos empezó a subir por la escalera.

Samuel apareció en la puerta, acompañado de cuatro policías.

—Creo que es hora de terminar con esto —dijo.

La policía irrumpió en el salón. Dos hombres se dirigieron al padre de Cassie y otros dos al tío.

—Quedan detenidos por la violación de la Ley Federal 18 U.S.C. por practicar, intención de practicar o conspiración para practicar la mutilación genital femenina en menores de dieciocho años —comenzaron a relatar de manera formal—, así como por abuso y maltrato infantil.

—Nosotros no hemos hecho nada —se defendió el padre de Cassie—. Son mis hijas.

—Aunque la mutilación genital femenina no se haya llegado a realizar, el hecho de planificar,

pagar o tratar de enviar a las niñas a otro lugar para someterlas al procedimiento, se imputará como conspiración o intento, lo cual también está sancionado penalmente en Estados Unidos —indicó el policía.

El padre de Cassie miró a los agentes, y por un momento, pareció que iba a resistirse, o a tratar de huir. Pero finalmente, colocó los brazos a la espalda y bajó la cabeza.

—Todo lo que digan puede ser utilizado en su contra… —continuaba diciendo uno de los policías, al tiempo que esposaban a uno y a otro.

—Esto no se va a quedar así —masculló el padre de Cassie antes de salir del piso.

—Camine —le ordenó el policía, con voz autoritaria.

Detrás de él, salió su hermano.

Ethan corrió hacia Cassie, que estaba en un rincón, temblando.

—¿Estás bien, mi niña? —preguntó, visiblemente preocupado.

Cassie asintió varias veces seguidas, abrazándolo con fuerza, como si fuese una tabla salvavidas.

—Sí, gracias a ti —susurró contra su pecho.

Ethan le pasó la mano por el pelo, acariciándola.

—Ya ha pasado todo, mi amor. Ya ha pasado todo —dijo en voz baja, meciéndola entre sus brazos.

Ethan miró a Bishara, que estaba abrazando y consolando a sus dos hijas. Asher, Trevor y Samuel las estaban atendiendo.

—¿Estáis bien? —preguntó.

Bishara afirmó con la cabeza.

—Gracias —dijo en tono de agradecimiento.

Nadira sonreía por algo que le había dicho Asher. Desde que Abby estaba en su vida, tenía muy buena mano con los niños.

—He pasado tanto miedo… —dijo Cassie.

—Tu padre ya no va a volver, Cassie. Nunca más —aseveró Ethan—. Vuestra pesadilla ha terminado.

Cassie respiró aliviada, y notó cómo el peso que llevaba en los hombros se levantaba definitivamente.

Era el momento de mirar hacia adelante sin miedo ni incertidumbre.

CAPÍTULO 89

Y por fin llegó la paz a la vida de Cassie, su madre y sus hermanas. Una paz que no cambiarían por nada del mundo.

Bishara se sentó en el porche de su casa en Evansville, con una taza de té rojo entre las manos y la mirada perdida en el horizonte, que teñía el cielo de tonos naranjas y rosas.

El aire de la tarde era suave, y el aroma a tierra húmeda llenaba el ambiente de una calma que hacía tiempo que no sentía.

A su lado, Nadira jugaba tranquilamente a la rayuela. Bishara la observó con una sonrisa, notando cómo el peso de los años de lucha y miedo se aliviaba por fin.

Sintió una oleada de gratitud al ver a su hija de once años tan feliz y despreocupada. Era un recordatorio constante de por qué había luchado tanto.

Habían pasado cinco años desde que había tomado la difícil decisión de dejar Namibia y todo lo que conocía, y huir con sus hijas a Estados Unidos, buscando un futuro mejor para ellas, para darles la oportunidad de que fueran libres.

Había sido un viaje lleno de incertidumbre y peligros, pero ahora, sentada en ese porche, sabía que había valido la pena. Mucho.

—Mis niñas son libres —murmuró para sí misma, dejando escapar un suspiro cargado de alivio—. Libres para vivir cómo quieran, sin ataduras ni miedos, sin tradiciones que las coarten.

Sus pensamientos volvieron a Cassie, que ahora estaba construyendo una vida propia llena de amor junto a Ethan, un hombre que la amaba y la respetaba, y estudiando Derecho, para ayudar a otras mujeres que, como ellas, habían tenido que luchar por su libertad.

Sabía que su hija mayor era fuerte e independiente, pero también sabía cuánto significaba para ella tener a alguien como Ethan a su lado.

Keeya estaba a punto de terminar el instituto, con sueños de estudiar Medicina. Y Nadira crecía feliz y segura, sin el miedo constante de que su padre apareciera para arrebatarles todo lo que habían conseguido.

Bishara había vuelto con Nadira a Evansville, porque allí tenía su trabajo estable y allí estaba el colegio de Nadira. Ahora podía estar tranquila sabiendo que sus tres hijas estaban seguras, lejos de amenazas del pasado.

Bishara respiró hondo y sonrió, sintiendo cómo las lágrimas asomaban a sus ojos.

Por fin, sus hijas eran libres.

Libres para vivir la vida que eligieran.

Libres para ser quienes querían ser.

—Mamá —dijo Nadira, levantando la vista del dibujo de la rayuela pintado en el suelo—, ¿por qué sonríes?

Bishara la miró, alargó la mano y le acarició el pelo con suavidad.

—Porque estoy feliz, mi amor. Porque sé que tú y tus hermanas estáis a salvo.

Nadira sonrió con inocencia.

—Yo también estoy feliz, mamá.

Bishara la abrazó, y el calor del cuerpo de su hija la envolvió.

Las mañanas de Cassie y Ethan comenzaban con el aroma del café recién hecho inundando el ático de Ethan o el piso de Cassie.

Él se había acostumbrado a verla despertar, observando cómo sus largas pestañas temblaban ligeramente antes de abrir los ojos y sonreírle con dulzura.

En esos momentos, sentía que podría quedarse así para siempre, contemplándola en silencio, mientras ella bostezaba suavemente y se acurrucaba contra su cuerpo.

—¿En qué piensas? —preguntó Cassie una mañana, levantando la mirada hacia él con curiosidad.

Ethan acarició su mejilla con el dorso de la mano, y sonrió.

—En lo afortunado que soy —respondió en voz baja—. Y en lo mucho que me gusta verte despertar cada día a mi lado.

Cassie rio, ruborizándose un poco mientras escondía el rostro contra su hombro.

—Es una pena que tengamos que levantarnos para atender nuestras obligaciones —añadió Ethan.

—Tienes razón —dijo Cassie.

Ethan le dio un beso en la nariz y se levantó. Mientras ella se duchaba y se vestía, él prepararía el desayuno.

Keeya apareció con su mochila al hombro, lista para ir al instituto, pero no sin antes robar una tostada del plato de Ethan.

—¿En serio, Keeya? —dijo Ethan, con una sonrisa de exasperación—. ¿No puedes esperar a que te sirva?

Keeya rio, con una expresión traviesa.

—Es que tus tostadas son las mejores, Ethan.

Cassie observaba la escena desde la mesa, con una sonrisa en los labios. Ver a Ethan interactuar con su hermana, con esa naturalidad y cariño, le hacía sentir que, tal vez, todo iba a ir bien.

—Al menos no las quemas como Cassie —agregó Keeya.

—¡Ehhh…! —se quejó ella.

—Cassie, reconoce que a veces las quemas —dijo Keeya.

—Bueno, sí, pero es porque voy con prisa.

Ethan se volvió y le dio un pico en los labios.

—Yo me las como igual, incluso aunque estén quemadas —dijo.

Cassie se echó a reír.

Keeya puso los ojos en blanco.

—Me largo, tortolitos. Os ponéis tan dulces que voy a llegar a tener diabetes —dijo en broma —. Que tengáis buen día.

—Igualmente —contestaron Cassie y Ethan.

Cuando la puerta se cerró, Ethan se volvió hacia Cassie y le rodeó la cintura con los brazos.

—Ahora que no provocamos diabetes a Keeya, puedo besarte todo lo que quiera —dijo.

Cassie se echó a reír.

Se puso de puntillas, colocó los brazos alrededor del cuello de Ethan, y lo besó.

—Te quiero, Ethan —susurró, mirándolo a los ojos.

Él le dedicó una mirada llena de amor.

—Y yo te quiero a ti, Cassie. —Su mirada se volvió traviesa—. ¿Crees que nos dará tiempo a echar uno rapidito? —le preguntó.

Cassie se humedeció los labios con la lengua, consciente del efecto que ese gesto tenía en Ethan.

—Por supuesto —respondió, con una sonrisa de oreja a oreja.

Ethan la cogió en brazos y echó a andar hacia la habitación.

EPÍLOGO

Seis años después

Cassie estaba sentada en su despacho del bufete que había montado con Ingrid y Gerard, revisando unos documentos.

La luz natural inundaba el espacio a través de los ventanales que ofrecían una vista panorámica de Chicago.

El bufete, que habían bautizado como «Maalim, Foster, & Hayes», en honor a sus apellidos, se había convertido en uno de los más respetados de la ciudad, compitiendo directamente con los célebres «Alfa de Chicago», y no era raro que les quitaran algún que otro caso.

Aparte, Cassie se había convertido en una defensora acérrima de los derechos de las mujeres. Sobre todo de las más vulnerables, y sus conferencias eran conocidas en todo el país.

—Cassie —dijo Ingrid, entrando en el despacho con una taza de café en la mano—, ¿has visto el último caso que nos ha llegado? Es contra los Alfa.

Cassie levantó la vista, con una sonrisa pícara dibujada en los labios.

—Sí, lo he visto. Ethan va a flipar cuando se entere —dijo.

Ingrid rio, sentándose en la silla frente al escritorio.

—Bueno, al menos no puedes decir que la vida con él sea aburrida.

Cassie soltó una risilla.

—No, desde luego que no.

En ese momento, Gerard apareció en la puerta, con una foto enmarcada de su hija de seis meses en la mano.

—Chicas, ¿habéis visto esta foto? Es que mi niña es la cosa más bonita del mundo —dijo.

Cassie e Ingrid intercambiaron una mirada cómplice. A Gerard se le caía la baba con su pequeña.

Cassie sonrió para sí, recordando un día que Gerard llegó a clase, a finales del primer curso de la carrera, diciendo entre risas nerviosas que había conocido a la mujer de su vida. Y sí que lo era, porque terminaron casándose y teniendo una hija.

—Sí, Gerard, la hemos visto unas cien veces. Pero sí, es preciosa —dijo Cassie.

—Está claro que ha salido a la madre —comentó Ingrid en tono divertido, para picar a Gerard.

—Menos mal —contestó él.

—¿La vas a poner en tu escritorio? —le preguntó Cassie.

—¡Por supuesto!

—¿Cuántas fotos tienes ya? —dijo Ingrid.

—No las suficientes —respondió Gerard, orgulloso.

El móvil de Cassie vibró en la mesa. Alargó el brazo y lo cogió.

Era un WhatsApp de Ethan.

Ethan: ¿Cena esta noche en tu restaurante favorito?

Cassie sonrió sin poder evitarlo. El corazón comenzó a latirle con fuerza.

Cassie: ¡Por supuesto!

—Chicos, tengo que irme. Ethan va a invitarme a cenar en mi restaurante favorito —dijo, levantándose de la silla y guardándose el móvil en el bolsillo de la chaqueta del traje.

Ingrid y Gerard se rieron, cómplices con Cassie.

—Dile que no se preocupe si volvemos a ganarles un caso —dijo Ingrid, con un guiño.

Cassie se echó a reír, agarrando su bolso y saliendo del despacho.

—Hasta mañana, chicos —se despidió.

—Hasta mañana —respondieron Ingrid y Gerard.

Aquella noche, Ethan la llevó a su restaurante favorito, un lugar pequeño y acogedor que habían descubierto juntos años atrás.

En el corazón del vibrante barrio de Lincoln Park, escondido entre las calles arboladas y las boutiques de moda, se encontraba *Évasion*. Un restaurante con la fachada de ladrillo rojo cubierta de enredaderas y un letrero vintage que invitaba a entrar.

A Cassie le gustaba porque emanaba un encanto acogedor e íntimo. El suave murmullo de las conversaciones mezclado con la música jazz de fondo, creaba un ambiente relajado, donde Cassie y Ethan se escapaban del bullicio urbano.

—¿Sabes? —dijo Cassie, rompiendo el silencio con una sonrisa traviesa—. A veces pienso

que deberíamos haber llamado al bufete «Los Rompe-Alfas».

Ethan soltó una carcajada profunda. Un sonido que siempre lograba hacerla sentir en casa.

—No digas eso, Cassie. Ya sabes que mi ego aún está recuperándose de la última vez que me ganaste un caso —respondió él, fingiendo un tono herido, mientras sus ojos brillaban con diversión.

Cassie lo miró de reojo, disfrutando del juego entre ellos. Su relación había evolucionado desde aquellos primeros días. Ahora eran un equipo imbatible, tanto en lo personal como en lo profesional.

—Bueno, no es nuestra culpa que Ingrid sea una genio legal y Gerard tenga esa capacidad de persuasión para convencer al jurado más escéptico —replicó ella, encogiéndose de hombros con fingida inocencia.

Ethan levantó la vista del plato para observarla mejor. La luz de las lámparas que colgaban del techo dibujaban suaves sombras en su rostro, iluminando aquellos ojos negros que eran su refugio.

Su mirada reflejaba una mezcla perfecta de determinación y dulzura. Era imposible no sentirse atraído por Cassie.

—Y tú eres la estratega más brillante que he conocido —añadió él—. No puedo evitar sentirme inmensamente orgulloso cada vez que veo tu nombre en esos titulares, y el modo en que utilizas tu voz para dar esperanza y justicia a quienes más lo necesitaban.

Cassie había creado en su bufete un espacio seguro para mujeres sin recursos, brindándoles asesoramiento y defensa legal gratuita.

Su trabajo se centraba especialmente en aquellas que habían sufrido la mutilación genital femenina, un tema que había abrazado con dedicación, porque ella misma lo había sufrido.

Para Ethan, verla convertida en una abogada respetada y una defensora incansable de los Derechos Humanos, le llenaba de orgullo.

Cassie sintió cómo el calor subía a sus mejillas ante su cumplido. Aunque habían pasado seis años desde que comenzó su relación. Ethan todavía tenía el poder de hacerla sonrojar como si fuera la primera vez.

—Gracias —murmuró, alargando el brazo por encima de la mesa y apretando su mano con cariño—. Pero no olvides que tú también has hecho cosas increíbles. Los Alfa no serían lo mismo sin ti.

—Lo sé —bromeó Ethan con falsa modestia. Ethan «el Vanidoso» nunca había dejado de ser vanidoso del todo—. Pero hablemos de cosas más importantes. ¿Cómo va Keeya con sus exámenes finales?

Cassie dejó escapar un suspiro de algo parecido al orgullo maternal.

—Está nerviosa pero muy emocionada. No puedo creer que esté a punto de graduarse en medicina —dijo—. Y Nadira… ¡Ya está pensando a qué universidad quiere ir! Dios, parece que fue ayer cuando llegamos a Estados Unidos y todo era tan incierto…

—Las tres habéis conseguido salir adelante a pesar de las adversidades. Sois increíbles.

—Tú siempre has estado ahí, ayudándonos desde el principio.

Ethan sonrió, tomándole la mano sobre la mesa y acariciándola con el pulgar.

—Siempre estaré aquí, Cassie. Para lo que necesites —dijo.

Cassie lo miró, sintiendo cómo el amor por él crecía con cada palabra.

—Ethan, gracias por estar ahí, por no rendirte, incluso cuando yo misma dudaba de todo.

Ethan apretó suavemente su mano.

—Cassie, eres la persona más fuerte que conozco. Yo solo te di un empujón cuando lo necesitabas. Pero todo lo que has logrado, lo has hecho tú.

Ella sonrió. Ethan volvió a tomar la palabra.

—No sé cómo decirlo de otra manera, pero… te quiero. Más de lo que las palabras pueden expresar.

—Yo también te quiero, Ethan. Más de lo que nunca pensé que podría querer a alguien.

Ethan se inclinó y depositó un beso en sus labios.

1ª NOTA DE LA AUTORA

Quisiera informar a las lectoras que la descripción de la práctica de la mutilación genital femenina (MGF) presentada en esta novela, ha sido cuidadosamente ajustada a la realidad, basándome en informes y descripciones proporcionados por Amnistía Internacional.

Mi intención al incluir estos detalles, tan crueles como reales, es crear conciencia sobre los terribles abusos que enfrentan muchas mujeres y niñas en todo el mundo.

Actualmente, se estima que 120 millones de mujeres han sido sometidas a clitoridectomías, y cada año, tres millones de niñas corren el riesgo de sufrir esta práctica en veintiocho países del mundo.

Espero que este relato contribuya a tomar mayor conciencia de la mutilación genital femenina y de cómo esta práctica viola los derechos de las mujeres.

2ª NOTA DE LA AUTORA

Aprovecho para decirte que mi Facebook está ya lleno y no puedo admitir más amistades, pero estaré encantada de tenerte en mi **Instagram (andreaadrich_)**, en el cual siempre serás bienvenida. En él encontrarás novedades, próximas fechas de publicación, imágenes de los personajes, ilustraciones y mucho más. ¡Te espero!

Si quieres conocer la historia de Samuel, puedes hacerlo en la novela **«SAMUEL, el Arrogante: Padres inesperados»** y también puedes conocer la historia de Asher en la novela **«ASHER, el Poderoso: Un lugar para el amor»**, ambas publicadas en Amazon. Estoy segura de que te encantarán.

OTROS LIBROS:

Hermanos Montenegro:

Donde vuelan las mariposas.

En el otro lado del corazón

Mi sabor preferido eres tú

Vendetta

Trilogía Señor Baker:

La proposición del señor Baker

La petición del señor Baker

La decisión del señor Baker

Algo increíble

Un trocito de cielo para Nathan Littman:

El infierno de Nathan

El cielo de Nathan

Bilogía señor Brooks:

Los pecados de Olivier

La absolución de Olivier

Khalil, el hijo del desierto.

Los Maestros del Placer:

Érase una vez… el placer

Érase una vez… el amor

Serie Cicatrices:

Un corazón para Bruce Sanders

El retorno de Logan Mont Blanc

La bestia de las Highlands

Algo más que magia

Los Borkan:

KADEN: Amor por contrato

KILLIAN: Desde siempre

KAIROS: Y apareciste tú

Prohibido Enamorarse

Al mejor Postor

Serie Los Alfa de Chicago

SAMUEL, el Arrogante

ASHER, el Poderoso

ETHAN, el Vanidoso

Mi odioso (adorable) vecino